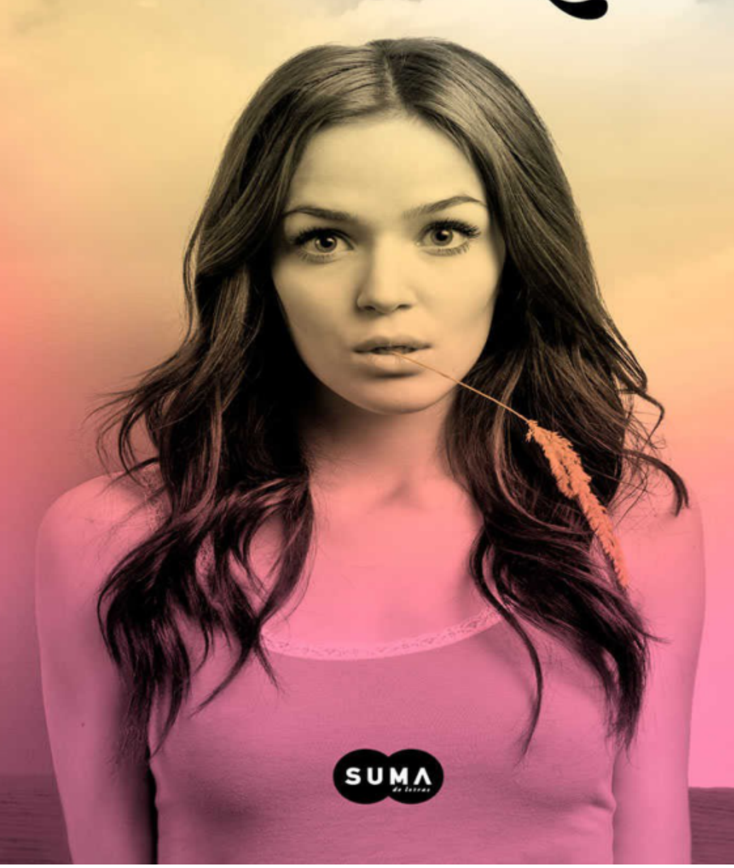
Sara Ballarín

También llueve en verano



Sara Ballarín

También llueve en verano



A los rincones que nos han visto crecer

1

La llamada

Tengo un secreto que confesar. Bueno, en realidad son dos. El primero, odio a Hello Kitty por encima de todas las cosas. Nunca entenderé cómo esa rata-gata con un lazo hortera en la oreja se puso de moda en los ochenta, en los noventa, en… Qué pesadilla, por Dios; ¡que solo es una rata-gata! El segundo es que me han despedido. Sí. Debería poner una canción tristona de fondo para crear atmósfera y generar drama, porque me han des-pe-di-do. Así que estoy sin trabajo por primera vez en diez años. En mi defensa diré que no ha sido por ser poco productiva o por alguna razón que encienda mi sentimiento de culpa. El tema es que la empresa europea de aviación y aeronáutica donde trabajo en Hamburgo decidió hacer un recorte masivo de plantilla para así reajustar pérdidas, por lo que sin comerlo ni beberlo, *Auf Wiedersehen!* Vamos, que adiós muy buenas, maja. Y cierra la puerta al salir, gracias.

Se venía venir. El despido masivo, digo. Llevábamos semanas de negociaciones y conversaciones con la cúpula directiva y hasta salimos en prensa. Lo intentamos todo para frenar la debacle, pero no ha sido posible. Desde hoy, 30 de abril, muchos de los ingenieros aeronáuticos que llevábamos años trabajando ahí tenemos un enorme moratón en el culo debido a la patada que nos han dado. De nada ha servido el enorme esfuerzo que me costó mi preparación al elegir una de las carreras más exigentes que existen ni estar durante años dejándome la piel en el diseño de piezas de aeronaves. Tampoco la lucha con uñas y dientes para hacerme un hueco en un sector complicado. Ni siquiera el decir adiós a mi familia y a mi país en pos de labrarme un futuro más prometedor en Alemania… Porque, toma castaña, menudo futuro prometedor: al paro.

¿Y ahora qué hago? Es obvio que tengo que buscar otro trabajo, pero me refiero a qué hago con mi vida. La idea de volver a España me ronda desde que se avistaba el despido, porque lo cierto es que aquí ya no me ata nada y regresar es algo que me tira, y más desde que mi madre está como está. Pero no quiero pensar las cosas a lo loco, así que me lo tomaré con calma. Porque lo bueno es que a nivel económico tengo las espaldas cubiertas por un tiempo. Sin tirar cohetes, eso sí, pero da cierta tranquilidad. Así que puedo permitirme respirar un poco y pensar con sensatez qué quiero hacer y dónde

quiero vivir.

No ha sido un gran drama, al menos por ahora. Quizá porque ya estaba bastante agobiada de tanto trabajo, tantas horas extra, tanta presión acumulada. Muy desmotivada. Por eso, cuando he recogido mis cosas, he salido a tomar algo con unos colegas para despejarme un poco del día denso. Después, una vez en casa, me he servido una última copa de tinto para interiorizar a solas toda la carga de hoy. Bueno, vale, lo confesaré: me he encendido un cigarrillo también. Es que dejé de fumar hace años y soy superantitabaco; de las que gritan si alguien fuma a su lado; de las que alaban las virtudes de no tener ese asqueroso y repulsivo vicio; de las que critican sin piedad a los fumadores, y también de las que se fuman un pitillo a escondidas cuando les sale del moño. Llamadme hipócrita y todo lo que queráis, que mientras tanto yo exhalo el humo de mi última calada y contemplo por la ventana un precioso Hamburgo nocturno, con mi copita de buen vino semivacía y con los neones estridentes del cartel luminoso de Hello Kitty en el comercio de enfrente.

Ya, ya, todo muy ideal, pero que no se me olvide que me han despedido.

Doy un último sorbo cuando mi teléfono suena y, de forma inconsciente, miro el reloj: son las doce de la noche. «Qué raro», pienso. Y más al ver que es mi hermana.

—¿Gala? —respondo con miedo.

—Hola, Alicia —balbucea entre sollozos.

—¿Es mamá? —y lo pregunto llevándome una mano al pecho.

—No, no, tranquila. Mamá está bien. —Suspiro con alivio—. Perdona que te llame a estas horas.

—No pasa nada. Pero ¿ocurre algo?

—Sí. —Inspira. Resopla—. Bueno, lo que ya te comenté. Esta tarde Ernesto se ha marchado a su nueva casa, en otra ciudad, con su nueva novia y lejos de su pronto exmujer y de su hijo. Íbamos a esperar a que Tito terminara el colegio, pero anoche tuvimos una muy gorda y decidió que no podía aguantar más. —Calla y la oigo sollozar—. Así que, en cuanto me he tranquilizado y he acostado a Tito, me he tomado unas horas para digerirlo todo, por eso te llamo tan tarde.

Me quedo unos segundos en shock. Reconozco que me sorprende mucho que mi hermana haya tenido la necesidad de contarme algo tan doloroso. Y más a estas horas. Pero me recompongo rápido de mi asombro y trato de estar a la altura.

—Lo siento, Gala. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Tito?

—Tito no lo acaba de entender. Se lo explicamos en su momento, pero creo que todavía no comprende muy bien qué significa que papá

y mamá se separen. Solo tiene seis años. —Llora—. No sé cómo le va a afectar todo esto. No lo sé. ¿Y si le crea un trauma? ¿Y si nos odia? Dios, cómo voy a hacerlo, cómo voy a hacerlo…

Mi hermana rompe a llorar y a mí se me pone un nudo en la garganta porque jamás la había escuchado así. Le intento decir las típicas frases para consolarla, pero me da tanta pena notarla tan rota que, en lugar de ayudar, lo dramatizo todo mucho más.

A ver, lo explico rápido: mi hermana y Ernesto se conocieron en un bar de nuestro pueblo hace nueve años. Comenzaron una relación llena de altibajos en la que, además, lo dejaron una o dos veces. El caso es que, llegado el momento, a mi hermana le hizo tictac el reloj biológico y se empeñó en que quería casarse y ser madre, que era lo que siempre había querido, que ya tenía treinta y tres primaveras, que no quería esperar más. Ernesto también quiso ser padre y así nació Ernestito. Todo queda en casa. Por el nombre, digo. En lo de casarse, en cambio, no estuvieron tan de acuerdo y casi rompen la relación de nuevo por las discusiones que tenían. Mi hermana quería boda por todo lo alto. Ernesto no quería ni oír hablar de matrimonio. Al final los casó el juez de paz al poco de quedarse embarazada. Ni vestidos, ni alianzas, ni banquete, ni invitados. Solo los respectivos padres. Nada de hermanos, amigos o vecinos. Es la condición que puso Ernesto para casarse, así que me ahorré el viaje y la rabia de ver como Gala se casaba con un imbécil que ni la quería ni era querido por la familia. El tiempo nos dio la razón y, tras seis años más de tormentas, de relación complicada, de expectativas frustradas, de discusiones, de lágrimas, de rencores y de pésima convivencia, Ernesto se enamoró de una compañera de trabajo y puso punto final a su matrimonio. Un punto final que todos, menos mi hermana, vimos desde que se conocieron, por cierto. Sin embargo, no oséis poner dosis de realidad a quien no la quiere ver, que os tildará de entrometidos y se enfadará con vosotros.

—Calma, Gala. Hoy en día es de lo más normal. No le va a crear trauma de nada. Además, os sigue teniendo a ti y a su padre.

—Ahora mismo su padre está más concentrado en vivir la *dolce vita* con su novia, Ali. Y tampoco es que se haya preocupado por él más de lo estrictamente necesario desde la primera ecografía —suspira—. Dios, cómo lo voy a hacer. Y con mamá así. No voy a poder.

Silencio. Llanto. Pero llanto del que duele. Del que desgarra. Del que se te mete en las entrañas y te las quema porque las llena de dolor, de angustia y de miedo. Por ti y por la personita que más quieres en el mundo. Pagaría por que Gala y mi sobrino no pasaran por algo así. Pagaría por ayudarles, por estar ahí con ellos y decirles que todo saldrá bien.

—Gala, estoy pensando que, bueno… —Me rasco la cabeza—. Hoy ha sido mi último día en la empresa y no tengo nada en perspectiva, pero sí mucho tiempo libre y algo de dinero ahorrado como para…

—¿Para qué?

—¿Y si nos vamos todos de viaje unos días? —Escucho a Gala chasquear los labios—. O quizá también podríais venir Tito y tú aquí, como hace unos meses. Mamá se lo pasó en grande; deberíamos repetir.

—Imposible —me dice mi hermana con un punto de soberbia—. No puedo permitirme cerrar la tienda en verano porque ahora estoy yo sola con todos los gastos, y además mamá ya no está para viajes. No.

—Me gustaría estar con vosotros, Gala.

—¿Por qué no te vienes tú?

—¿Yo? ¿Ir al pueblo?

—¿Por qué te extrañas? Dices que quieres estar con nosotros, ¿no? —y lo pregunta con un tono triunfal. Apuesto a que lo tenía todo planeado para llegar a este punto.

—Sí, pero…

—Pues ya está; vente.

—Es que con todo el tema del trabajo no creo que sea buen momento.

—Pero si acabas de decir que todavía no tienes nada en perspectiva y además cuentas con dinero ahorrado. Y yo te necesito. Eres la única familia que me queda.

—Está mamá —apunto extrañada por esa repentina necesidad.

—Me refiero a la única familia cuerda que me queda.

—No sé, Gala. —Me rasco la frente—. No he pisado el pueblo desde que me marché a la universidad y…

—Viniste para el entierro de papá —y lo dice con tanto sarcasmo que a mí se me encoge el corazón—. Además, no seas elitista: este pueblo es tu pueblo y, sea pequeño o grande, eres lo que eres gracias a él.

—No es por eso —digo con un hilo de voz.

—Sí, ya sé: trabajas mucho, apenas tienes tiempo libre, prefieres que vayamos nosotros a verte porque así hacemos más cosas… Lo que sea, Alicia, pero esta vez estoy bien jodida y, la verdad, necesito que alguien me ayude con Tito. Como ya no está su padre, no tengo quien lo lleve al colegio y lo vaya a recoger. Por no mencionar que luego vienen las vacaciones y no sé dónde dejarlo hasta septiembre porque yo trabajo todo el día, y este año, además, no han salido adelante los campamentos escolares. Así que, como ya no tienes trabajo ni, según dices, nada en perspectiva, estaría bien que vinieras a pasar el verano

con nosotros y me ayudaras.

Aprieto los dientes porque sabía que esta llamada tenía doble intención.

—Joder, Gala.

—Te lo pido por favor, Alicia. Tito te necesita.

—Pero…

—Si no vienes, lo tomaré como una decepción imperdonable porque no puedes fallarme en el peor momento de mi vida.

Pongo los ojos en blanco.

—Mira que eres dramática. Y teatrera. Y mentirosa. Y chantajista.

—¿Vienes?

Lo sopeso unos segundos. Preferiría romperme las piernas y pasar el verano escayolada a ir al pueblo, pero el chantaje emocional de mi hermana siempre surte efecto. Es una maestra en el arte de manipular al prójimo. Pero, sobre todo, está Tito, al que adoro por encima de todas las cosas y no quiero dejarlo solo. Inspiro hondo. Y casi lloro cuando respondo un:

—Está bien. —Me resigno—. Creo que puedo exportar el paro para cobrarlo en otro país y eso me da el verano de margen. Intentaré organizarme para ir julio y agosto.

—Ah, no. Te necesito ya, Alicia. —Abro mucho los ojos—. Así que haces la maleta, te vienes la semana que viene a más tardar y así te pegas las tardes con Tito hasta que termine el cole y luego te pegarás todo el día hasta que vuelva a empezar las clases en septiembre. —Ríe ella sola—. Hale, ya tengo *au pair*.

—Pero ¡qué dices! ¿Pretendes que vaya desde mayo hasta septiembre? ¡Eso son cuatro meses!

—Siempre se te dieron bien los números —dice con sorna.

—Gala… Si no he estado en el pueblo desde que me marché a estudiar es por algo. —Intento calmarme y razonar, pero ella sigue a lo suyo.

—Quizá, si la cosa va bien, puedo cerrar la tienda un par de días en agosto. Podríamos ir a la playa. ¿Levante? ¿Te gustaría? O quizá el sur, que no he estado nunca.

—¡Gala!

—¿Qué?

—No voy a ir cuatro meses al puto pueblo.

—Voy a despertar a Tito para decirle que su tata, a quien más quiere en este mundo después de a mí, viene todo el verano para estar con él y así no estará tan triste porque su padre se largue a otra ciudad a vivir y a pasar de él. ¿Te parece bien?

—No.

—Recuerda que las noches de verano aquí son como mañanas de invierno en el resto del mundo.

—Sé lo que es un pueblo de alta montaña, gracias —respondo irónica.

Pero me doy cuenta de que ya ha colgado, la muy… Así, sin más. Se podría haber ahorrado todo el drama si solo quería que me comprometiera a lo que sabe que me da más pereza en el mundo. Y lo voy a hacer, por cierto. Porque así soy yo: tengo la misma personalidad que un yogur de agua y me dejo embaucar con nada, por lo que está claro que voy a pasar todo el verano en mi pueblo. Un pueblo solitario de la montaña pirenaica con unos quinientos habitantes. El pueblo que me vio nacer, crecer y marchar gritando un «hasta nunca». Fetén.

Hello Kitty al otro lado de la calle me mira con su cara de rata y juraría que se está riendo de mí con toda su maldad.

2

La calma que precede a la tempestad

Es más rápido ir a Tokio que a mi pueblo. Volé de Hamburgo a España, tuve que hacer noche en Barcelona, después viajé en tren a Zaragoza y me desplacé en dos autobuses, sin contar las horas entremedias. Han pasado casi veinticuatro horas desde que dejé mi apartamento hasta que por fin el autocar se aproxima a mi destino por una carretera comarcal serpenteante que no he tardado en reconocer. El corazón me bombea fuerte al ver desde la ventanilla la silueta de mi pueblo, suspendida en el tiempo y el espacio. Estoy nerviosa y no dejo de juguetear con una cadenita que llevo en el cuello, con los ojos fijos en el paisaje para que no se me escape nada. Noto ráfagas de sudor frío y el estómago encogido en un nudo de emociones, porque hace quince años que no veo esta tierra; este cielo; estos campos; este pueblo, mi pueblo. Hace quince años que me fui de aquí llena de rabia mientras juraba que jamás volvería al lugar donde nací. Incumplí mi promesa cuando vine al funeral de mi padre, pero apenas estuve las horas necesarias y, por motivos obvios, ni siquiera sabía dónde estaba o quién me rodeaba, así que no tengo conciencia del lugar en ese día, por lo que todas las sensaciones que me invaden cuando el autocar se detiene en la parada son desconocidas, nuevas, temblorosas.

Casi con miedo, me levanto del asiento y me apeo del autobús en la triste y solitaria parada que está en la entrada del pueblo, en medio de un campo tan grande que no se ve el fin. El vehículo cierra sus puertas para reanudar su marcha y me deja plantada en medio de la nada, con una enorme maleta y el corazón a punto de salir por mi garganta.

Bien, pues ya he llegado. Ya estoy en mi pueblo.

Intento dar un paso, pero me quedo paralizada, anclada al revoltijo emocional que me produce ver mi hogar por primera vez después de tantos años. Contengo la respiración y hago un barrido al desértico horizonte con el pueblo a sus faldas. Me entran tantas ganas de llorar que tengo que tragar saliva para no hacerlo, porque en menos de un pestañeo reaparecen los malos recuerdos, la nostalgia amarga y la rabia de lo que debería haber sido mi vida y de cómo tendría que haber sido yo. Se suceden, como en uno de esos praxinoscopios antiguos, escenas donde entre lágrimas o maldiciones me quejo por haber nacido en este pueblo minúsculo del que tenía tantas ganas de marcharme. También me azota la culpa, siempre al acecho, por haber

dejado atrás las cosas buenas a las que renuncié: mi hogar, la gente que merecía la pena, mi familia. Todo se entremezcla en un vaivén de sentimientos que no puedo controlar. Todo lo malo. Pero, también, todo lo bueno.

Porque lo que más me sorprende, lo que no esperaba, es que, pasados los primeros segundos de impacto al encontrarme de bruces con mis demonios, siento que estoy en casa.

En mi casa.

Es muy contradictorio. Tanto que me cuesta entenderlo. Porque a pesar de todo lo negativo que me trae este paisaje, lo observo y tengo la sensación de estar en paz con algo que no atisbo a saber qué es. Es desconcertante esta emoción que es sentirte a salvo y segura porque estás en un lugar que conoces y te conoce bien, aunque te duelan los recuerdos. Esta percepción de que el tiempo se ha detenido y todo está igual que cuando eras una niña de cinco años; es más, siento que soy esa niña de cinco años. Es calma. El hogar de uno es calma. Y me siento tan bien que casi me reconcilio con todo lo que este lugar ha sido para mí en una especie de sensación telúrica al pisar mi tierra. Cierro los ojos e inspiro hondo. Mi media melena castaña se despeina con el aire y yo sonrío al oler la brisa que baja de las montañas en las mañanas primaverales como esta de principios de mayo, que se transformará en frío en cuanto baje el sol. El aire tan puro que casi hace daño al respirarlo, ese que se te mete muy dentro y te paraliza los pulmones. Ese que hace que te lleguen los ecos de las historias que se esconden entre los bosques de abetos y hayas o entre los ibones y los senderos. Percibo los sonidos de las abejas, los pájaros o los grillos que me llevan a las largas tardes de verano jugando entre los escondrijos de un transparente río. Es mi hogar, sí. Mi hogar. Y todavía lo siento más cuando comienzo a andar hacia mi casa —ahora de mi hermana—, al adentrarme en esas calles empedradas, estrechas y oscuras, llenas de desniveles; al contemplar las otras moradas de piedra ennegrecida que llevan aquí toda la vida, con sus balcones típicos y las ventanas de madera llenas de flores; casas solariegas, enormes, que susurran los secretos que durante generaciones han guardado sus puertas. Pequeñas plazas, largas cuestas y un sinfín de recovecos que me han visto crecer, jugar, caerme y levantarme. Mi pueblo. «Ojalá pudiera hacer las paces contigo», pienso. Ojalá estos minutos de calma duraran un poco más. Solo un poco más. Y que no se diluyeran tan pronto entre los malos recuerdos que hacen estallar la tempestad.

3

Bienvenida

Mi sobrino se abalanza sobre mí y me estruja con tanta fuerza que apenas puedo respirar. Es sábado, así que no tiene colegio, por lo que la ociosidad ha dejado campar a sus anchas a la impaciencia por mi visita. Mi hermana, en cambio, sí trabaja hoy, pero ha cerrado su tienda de ultramarinos un poco antes de la hora de comer para recibirme.

—Yo también me alegro mucho de verte, Tito —digo como puedo, con la cara morada porque no me llega el riego sanguíneo.

—Te doy un abrazo de oso y un beso baboso.

Se echa a reír y empieza literalmente a babearme la cara, pero le dejo hacer, claro, que para eso estamos las tías: para mimar a nuestros sobrinos y darles todo lo que sus padres no quieren que les demos.

—Te he traído un millón de chuches, de esas que hacen dos millones de caries —le susurro al oído, y él se ríe con una carcajada inocente.

—Te he oído —gruñe mi hermana—. De verdad, qué paciencia. Yo le intento educar y su tía me lo malmete.

—Ya, los niños se vuelven yonquis de mayores porque sus tías les compraban golosinas.

—Mira que eres burra.

Me levanto con Tito todavía enroscado a mi cuello y le doy como puedo dos besos y un abrazo a Gala, mi hermana mayor.

A ver, seamos sinceras ya desde el principio para no dar lugar a equívocos: mi hermana y yo no somos amigas. Nunca hemos sido de esas hermanas que se lo cuentan todo, que son cómplices y que comparten secretos. No. De hecho, hemos tenido siempre muchos roces y discusiones; aunque ahora, como nos vemos poco, nos llevamos bien dentro de la complicidad y el cariño que da haberse criado bajo el mismo techo, pero nada más. Quizá porque nos llevamos siete años o quizá porque somos muy diferentes, nunca hemos sido íntimas. Ella no supo quién me dio mi primer beso y yo no la cubrí cuando se pillaba sus primeras borracheras, porque ni me enteraba. Somos más vecinas que hermanas, supongo. Es más, me sorprendí cuando me llamó para contarme que ella y Ernesto iban de mal en peor y que la separación les rondaba a ambos. Y supuse que estaba tan sola que no le quedó más remedio que acudir a mí; de lo

contrario jamás habría sabido nada y ni mucho menos me habría rogado que fuera al pueblo. Los hermanos y hermanas, qué curiosa relación. Parece que estés destinado a ser uña y carne, pero no siempre es así. La quiero porque la tengo que querer, aunque ninguna hemos hecho nada por afianzar ese cariño forzado. Y no niego que a una parte de mí le gustaría que las cosas fueran más íntimas entre nosotras, pero como decía siempre mi padre, no podemos obligar a nadie a meterse en nuestra vida y quedarse ahí.

—Has engordado, ¿no? —me dice.

Hermanas. Lo que os decía.

—La Virgen, qué bienvenida.

Ni se inmuta la tía. Yo la miro de arriba abajo sin disimulo alguno. Su melena morena, que en tiempos era la envidia del pueblo, ha dado paso a un pelo andrajoso y lleno de canas caóticas. Sus ojos azules, tan hipnóticos hace años, están ahora cubiertos de ojeras y de párpados entrecerrados por el cansancio. Y si antes era una persona que no salía sin maquillar y sin sus zapatos de tacón a la calle en un claro desafío al qué dirán en un pueblo diminuto, ahora me encuentro con una tipa vestida con ropa y zapatillas compradas hace varios años en alguna tienda china de la ciudad.

Subimos los tres las escaleras que van a la tercera y última planta de mi antigua casa. Al igual que las viejas construcciones de la zona, la mía tiene un patio con jardín —que en tiempos de mis abuelos era el corral por donde campaban algunos animales—, una planta vivienda, un antiguo granero con dos habitaciones más y una pequeña terraza abuhardillada. Mi hermana hizo algunas reformas cuando se vino a vivir aquí con Ernesto, pero los dos cuartos superiores los dejó intactos: uno, a modo de estudio; y el otro, mi viejo dormitorio con vigas de madera, ventanucos y decenas de libros olvidados llenos de polvo.

Un tsunami de emociones contradictorias vuelve a invadirme cuando entro en mi habitación por primera vez en todos estos años. Por una parte, siento el lado bucólico de estar en el sitio más íntimo de mi infancia y adolescencia, ese refugio nuclear que son los dormitorios y cuyas paredes te han visto crecer, escuchar música, escribir en un diario, dar portazos, llorar y suspirar en secreto por el guaperas del instituto. Es como reencontrarme conmigo misma. Pero, por otro lado, también siento las sombras de las lágrimas, los puñetazos a la almohada, el triste desahogo de los diarios. De nuevo, todo lo bueno y todo lo malo se entremezcla en un coctel que sería molotov si no fuera porque tengo a mi sobrino haciéndome mil preguntas y a mi hermana explicándome sus horarios de trabajo para

que me organice y esté con Tito.

—Y odia el parque, así que evítalo.

Me giro con el ceño fruncido.

—¿Por qué odia el parque?

Mi hermana se encoge de hombros.

—No sé.

Tito baja la cabeza y empieza a enredar con mis maquetas de aviones, pero yo me quedo con la mosca detrás de la oreja. ¿Qué niño odia jugar en un parque? Y meneo la cabeza ante las respuestas que se me ocurren.

—Entiendo.

Pero lo dejo correr. Solo llevo unos minutos aquí y no es plan de hacer conjeturas. En su lugar, deshago la maleta mientras Gala parlotea nerviosa de cosas sin importancia o me hace preguntas sobre Hamburgo, sobre mi anterior trabajo, sobre la búsqueda de uno nuevo y un montón de cosas como si fuera de la Interpol.

—¿Estás estudiando periodismo, Gala? —pregunto con sorna.

—Muy graciosa. Pues que sepas que colaboro en un programa de radio todos los miércoles por la tarde, de ocho a nueve. Así que, a esa hora, también te necesitaré de niñera.

—Ah, ¿sí? Pero ¿aquí?, ¿en el pueblo?

—Sí, aquí.

—No sabía que había una radio.

—Bueno, no es una radio. Es más bien una emisora local que funciona solo unas horas al día para la comarca; sobre todo noticias y poco más. A la chica que la lleva se le ocurrió hacer tertulias cada tarde con cosas del pueblo y de la redolada. Por ejemplo, los lunes van cuatro o cinco agricultores de la zona a hablar de cosas de agricultores; los martes, abuelos que llevan toda la vida aquí para que cuenten historias de antes; los miércoles, vamos la gente joven que nos quedamos en el pueblo, o los que han venido nuevos, para dialogar sobre cómo podemos impulsar que crezca el turismo y se generen puestos de trabajo y ocio. Esas cosas. Está bien. La gente está muy contenta con esta iniciativa y solo es una horita semanal, así que no me roba mucho tiempo y me entretengo un poco.

La miro con ternura.

—Eso está muy bien. Hacer cosas es —miro a Tito de soslayo— lo mejor para…

—Ya —me corta ella.

—Tenemos que hablar, Gala. Me tienes que contar…

—Dejémoslo estar por el momento.

Pongo una mueca de pena.

—Bueno, cuando quieras. —Sonrío—. Y ahora —me pongo seria— quiero ver a mamá.

Gala asiente y le dice a Tito que pase a casa de la vecina un rato, que nosotras tenemos algo que hacer. Bajamos las escaleras con mi sobrino enfurruñado por dejarlo atrás, pero ninguna de las dos presta atención a sus demandas; nos hemos quedado demasiado circunspectas como para lidiar con rabietas.

Nos despedimos de la vecina, que me ha tenido diez minutos de cháchara sobre cosas de cuando era pequeña, y nos encaminamos en coche a la residencia de ancianos que está a las afueras del pueblo.

—De verdad, mira que coger el coche para no andar diez minutos. —Pongo los ojos en blanco.

—Diez minutos a pleno sol de mayo, con lo que pica. Quita, quita.

Llegamos en nada y aparcamos delante del recinto. Lo miro haciendo un barrido de lado a lado, porque jamás lo había visto. Trago saliva y doy un paso al frente.

La residencia abrió sus puertas hace unos años y es un complejo moderno que da cabida a ancianos de toda la comarca que no se valen por sí mismos. Entre ellos, mi madre con su avanzado y precoz alzhéimer. Fue ella misma quien, cuando le diagnosticaron la enfermedad y todavía estaba cabal para tomar decisiones, quiso asegurarse una plaza aquí en perspectiva de lo que iba a pasar. «Sé lo que es cuidar a un enfermo y no dejaré que mis hijas pasen por eso», nos decía siempre. Así que nos hizo prometer que cuando todo se pusiera demasiado gris, la traeríamos aquí para que estuviera bien cuidada. Aun así, mi hermana se hizo cargo de ella en casa durante un tiempo hasta que ya no fue viable. Gala trabaja todo el día en su tienda de ultramarinos, de nueve de la mañana a ocho de la tarde, sábados incluidos, por lo que cuando mi madre empezó a empeorar y ya no podía quedarse sola, tuvimos que tomar medidas y decidimos respetar su voluntad. Tampoco podríamos haber hecho otra cosa, porque en un pueblo tan pequeño no hay posibilidad de contratar a alguien cualificado para que la cuidara en casa. Por otra parte, tanto ella como mi hermana se negaron en rotundo cuando sugerí llevármela a Hamburgo: «¿Y pasar mis últimos años lejos de mi casa, de mi nieto, de mi idioma y de los pocos recuerdos que ya me bailan? Antes muerta». Así que la ingresamos como ella había pedido. Gala la viene a ver cada día y la trae consigo cuando me visita en Hamburgo, y yo me hago cargo de todos los costes mensuales, como una forma de resarcir mi culpa por no estar aquí. Y aunque nos dio mucha pena y no fue una decisión fácil, sabemos que está atendida como ninguna hubiéramos podido hacerlo.

Avanzamos, cabizbajas y en silencio, por el amplio pasillo en el que están las habitaciones hasta llegar a la suya, donde la encontramos sentada en un escritorio que le compré, entretenida haciendo rayujos en un papel.

—Mamá —dice Gala. Mi madre no se inmuta—. Mamá, mira quién ha venido.

Se gira hacia nosotras y se me llenan los ojos de lágrimas. La última vez que la vi fue hace unos meses cuando vinieron ella, Gala y Tito a verme, pero está tan distinta que parece otra persona. No sabría decir qué tiene diferente, porque lleva el mismo tinte en el pelo, tiene el mismo peso y el mismo tono de piel, pero está radicalmente cambiada.

Es la enfermedad. La está dejando sin nada.

Me acerco despacio a ella, para no asustarla, pero no lo consigo. Cuando me agacho a su lado y le acaricio la mano que tiene en el apoyabrazos de la silla, ella da un pequeño saltito hacia atrás y Gala y yo intentamos tranquilizarla.

—Ya está, mamá. Ya está —susurro yo—. No pasa nada.

—¿Qué queréis, brujas? Ya le dije a Tomasa que no os voy a vender la casa, que es para mis hijas —dice enfadada.

Trago saliva.

—No. No somos las hijas de Tomasa, mamá. Somos Gala y Alicia. ¿Ves a Gala? Viene cada día. ¿Te acuerdas?

—No voy a vender la casa, ¡es para mis hijas! Decídselo a la víbora de vuestra madre.

Se me cae una lágrima, y mi hermana me aprieta el hombro.

—¿Y cuántas hijas tiene, Úrsula? —pregunta mi hermana para ver si así reacciona.

—Ah, tengo dos. —Sonríe—. Una es muy guapa, vive y se casó aquí. Y la otra es muy lista y vive en ese sitio que está en otro país.

Ahogo un sollozo.

—¿Quieres que te llevemos a casa a comer, mamá? —pregunto.

—¿Yo? No, no. Yo no me voy con desconocidas, y menos con las hijas de la Tomasa, que me quiere quitar mi hogar, la víbora de ella.

Y yo vuelvo a contener el llanto, aprieto los dientes muy fuerte y a la vez maldigo a la vida por llevarse los recuerdos de mi madre.

Por la tarde mi hermana se ha ido a trabajar y yo me he quedado con Tito. Le he propuesto ir al parque con toda intención de averiguar el motivo de su desprecio, pero ha declinado mi oferta hasta que le he sugerido ir a dar un paseo por el camino que lleva hasta el río, a la parte donde íbamos cuando éramos pequeñas y todavía no habían construido piscinas en toda la redolada. No a bañarnos, porque

moriríamos congelados, pero al menos dar una vuelta. Eso sí ha querido. Todas las alarmas se me han encendido de nuevo, pero el niño se lo ha pasado tan bien jugando con las piedras del camino y dando saltitos que no he querido preguntar los porqués que llegarán solos. Además, después de ver a mi madre tan desmejorada y con el alzhéimer tan avanzado, tampoco estaba yo para análisis emocionales de niños.

Pobre mi madre. La última vez que la vi todavía me reconocía. No se acordaba de casi nada, pero me reconocía. Y aunque por empatía puedes hacerte una idea de lo que supone que tus padres no se acuerden de ti, cuando te sucede es mil veces más duro de lo que imaginas. Es dejar de tener raíces. Porque el árbol que ellos plantaron cuando iniciaron nuestra familia se esfuma sin que tú puedas hacer nada. Empezó cuando mi padre murió, poco después de mi veintiséis cumpleaños y de la boda de Gala. Entonces a las tres se nos cayó el mundo de un día para otro y nos costó recobrar durante bastante tiempo el norte y el rumbo de la vida. Continuó con el diagnóstico de la enfermedad temprana de mi madre hace un par de años; porque ya no es esa madre a la que acudía, y el alzhéimer me la ha ido quitando sin poder hacer nada. Los padres son los pilares de nuestras vidas, para bien o para mal, y cuando caen antes de tiempo, caes un poco tú con ellos.

Tras acostar a Tito en mi habitación, porque quiere dormir esta noche conmigo, y prometerle que subiré dentro de poco rato, salgo a la puerta del jardín donde mi hermana está ¿liándose un porro? Ay, Dios. Con mucha cautela, me siento a su lado en el escalón del porche y no se inmuta. Entiendo que, como yo, lleva un día cargado de cosas de las que no quiere hablar.

—Madre mía —digo al mirar hacia arriba—. Había olvidado lo que es un cielo despejado en la montaña.

Gala sonríe y me ofrece el canuto, que rechazo.

—¿Fumas mucho? —le pregunto.

—Tengo cuarenta tacos, cielo; no me jodas con sermones. —Frunzo los labios—. Están siendo meses muy duros, Alicia. Y no, no lo hago mucho. Solo alguna vez, antes de dormir, cuando intuyo que no voy a poder conciliar el sueño.

—Entiendo.

—Mejor esto que atiborrarme a barbitúricos que me dejen grogui, ¿no? —dice con mal tono.

—¿Quieres hablar de todo lo que ha pasado? —pregunto.

—No.

Hay un silencio incómodo que no sé cómo rellenar. Mi hermana

siempre fue muy hermética, poco dada a poner palabras a lo que su cabeza rumiaba, lo que, unido a nuestra escasa complicidad, ha hecho que nuestra intimidad sea más que precaria.

—¿Qué tal la tienda? —Intento cambiar de tema.

—Se mantiene, pero no le queda mucho más: el megasupermercado que abrieron en la ciudad el año pasado me está haciendo polvo. La gente prefiere ir hasta allí en coche, cargarlo de todo lo que no encuentran aquí y de paso dar una vuelta, ir al cine o salir a cenar. El ocio de una ciudad, vaya.

—¡Gala!, no sabía nada.

—Ya, bueno. No hay nada que se pueda hacer. Intento suplirlo con cosas que se me ocurren, como servicio a domicilio y cosas por el estilo, pero no se puede competir con un supermercado gigante y tengo muchos gastos.

—¿Ernesto no te ayudaba?

Se echa a reír con tristeza y yo me arrepiento de mi pregunta al instante.

—Hacía sus cosas, pequeños arreglos a vecinos, ayudaba en un bar…, pero nada fijo.

Un vago. Ya lo decía mi padre: «Si hay algo que no soportaré será un yerno vago y una hija que lo aguante». Pues bingo.

—Vaya. Si necesitas dinero, sabes que no tienes más que decírmelo.

—No. —Da una calada—. No necesito dinero, pero estoy preocupada; el pueblo va a menos y no sé qué futuro le espera aquí a Tito si no es irse a estudiar fuera y no volver.

Otro silencio. De los que se cargan con cuchillos.

—Sabes que tenéis sitio en mi casa.

Niega con la cabeza. Más silencio.

—¿Y tus amigas? ¿Cómo están?

—Algunas se fueron a vivir a la ciudad cuando sus hijos empezaron a ser adolescentes y a querer hacer cosas de adolescentes. Y otras —traga saliva—, otras me evitan tras la separación.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque tienen miedo de que sea contagioso. Porque adoraban a Ernesto. Yo qué sé. La gente huye muy pronto de los problemas de los demás. —Aprieta la mandíbula y se calla.

—¿Pero te han dado la espalda así, sin más? ¿Todas?

—Joder, Alicia, que no quiero hablar de ello, en serio.

—Está bien. —Me resigno—. Solo quiero que sepas que estoy aquí, contigo.

—Lo sé. Pero —da una última calada—, ni se te ocurra preguntarme si fumo mucho. Ah, y tampoco me digas que todo irá

bien. Lo odio, en serio.

—No lo diré. —Sonrío—. Todo va a ir como el culo.

—Eso está mejor —suspira.

Miro al cielo de nuevo.

—Dios, todo el verano aquí. Aún no me lo creo.

—¿Qué tiene este pueblo que odias tanto? Si es precioso y tan pintoresco. La gente viene de todas partes para verlo. ¿Por qué tú no?

Me quedo callada y me encojo de hombros.

—Nunca fui feliz aquí, supongo.

—Y allí, ¿eres feliz?

Me vuelvo a encoger de hombros.

—Sin más.

—¿Cuál ha sido la mejor época de tu vida? —pregunta.

Joder con mi hermana, se le está subiendo el místico con el peta.

—No lo sé, Gala. —Me río—. No sé.

—¿No has vivido una «mejor época», un momento dorado, algo que recordar con cariño y nostalgia?

—Creo que no.

—Entonces prepárate —dice mientras se levanta y me da un toquecito en el hombro.

—¿Para qué?

—Para vivir tu mejor época.

—¿Ah, sí? —Sonrío—. ¿Esta va a ser mi mejor época?

Mi hermana asiente.

—Sí, Alicia, ¡este va a ser el verano de tu vida!

—El peta te ha pegado pero bien, ¿eh?

Nos echamos a reír y entramos en la casa.

4

Jaime el maestro

He discutido con mi hermana tres veces desde que estoy aquí. Y ojito que llevo cuatro días exactos. La primera, porque tuve que ir a la ciudad a hacer los papeleos pertinentes para cobrar aquí el paro alemán y le dejé el coche en reserva sin darme cuenta. Dramón. La segunda, porque no le pareció bien que llevara a Tito a merodear por el río, ya que piensa que es muy peligroso y se puede caer o romper una pierna. Ese mismo río al que tanto ella como yo hemos ido desde que tenemos uso de razón, y sin adultos que nos acompañaran, a hacer el cafre de mil maneras —y no solo dando paseos como estoy haciendo con Tito, sino también adentrándonos en sus aguas, sus rápidos y sus recovecos—, es muy peligroso ahora. Cuánto nos olvidamos de cómo fuimos criados, hoy en día estamos haciendo niños de cristal que no saben hacer la «o» con un canuto. Y la tercera discusión, ayer, porque le pegó tal grito a Tito por no querer beberse un vaso de leche tan caliente que ardía que intervine en su defensa y me cayó otro grito a mí para que no me entrometiera. Moraleja: no opinéis sobre cómo vuestra hermana educa a sus hijos, aunque os chirríen cosas, aunque luego veáis a vuestro sobrino cabizbajo media tarde porque está cansado de broncas estúpidas provocadas por los nervios descontrolados de una situación personal que supera a su madre. Y la entiendo, ojo, Ernesto no ha venido a ver a Tito desde que se mudó. Lo ha llamado por teléfono un par de veces, pero debe de pensar que con eso está todo hecho y que tan solo un par de semanas después de separarse su hijo ya se ha hecho a la idea y entiende que debe estar sin ver a su padre. Como para no querer matar a todo bicho viviente, incluida a mí.

Sobre todo a mí.

Así que esos han sido mis primeros días aquí: lidiando con mi hermana, que es como una pelota de ping-pong que rebota contra las paredes sin lógica ni control; tratando de aliviar el ambiente hostil y nervioso que se respira en esta casa; centrándome en sacar alguna sonrisa a Tito, al que no le he visto los dientes desde que llegué más que cuando hemos ido al río, y en no coger las maletas y largarme. En todo eso y en contener las lágrimas. Por mi madre.

La he ido a ver todos estos días. Dejo a Tito en el colegio por la mañana y paso unas horas con ella, luego hago la compra en la tienda

de mi hermana —que pago yo, por estar en su casa— y después voy a buscar a mi sobrino al colegio otra vez para cuidarlo toda la tarde. Que, por cierto, mi hermana me llamó la atención por dejar a Tito en la puerta del recinto y no en la de su clase, como corresponde. «Pero si el salón de casa es más grande que ese colegio». «Sí, pero puede pasar cualquier cosa en esos metros desde la valla hasta el aula». «Hale, pues a partir de ahora entraré en la clase y le sentaré en el pupitre también».

A mi madre la he sacado de paseo y he intentado que me reconozca, pero no hay manera. Tiene algunos recuerdos, pero están distorsionados, mezclados e inconexos. Cree que soy la hija de la Tomasa, una antigua vecina que murió hace años y con la que se llevaba a matar. Y en esos momentos entiendo un poco más a mi hermana y su ansiedad; con lo hecha polvo que te quedas cuando la ves, imagina lo que es llegar a casa y lidiar con un marido que pasa de ti y de tu hijo, ponte a hacer todas las tareas domésticas sin recibir ni un gracias, educa a tu retoño que está en edad de descubrir el mundo y trata de tener un minuto para pensar en cómo sacar tu negocio a flote. Agotador. Desquiciante. Normal que así solo quieras gritar a todo el mundo y más a tu hermana, que llega de fuera a darte lecciones de cómo cuidar a tu hijo y discutirte hasta dónde debes acompañarlo dentro del colegio.

Ay, Dios, no doy un duro por este verano.

Pero de momento sigo aquí y hoy, miércoles por la tarde, me dirijo con Tito hacia la casa consistorial del pueblo, en cuya planta de arriba, desde una minúscula habitación, se emite el programa de radio en el que mi hermana colabora para hablar de cosas del pueblo. Los he estado escuchando hoy. Han tenido una acalorada discusión sobre si rebajar el precio de la entrada de la piscina municipal ayudaría a atraer a los turistas este verano. Apasionante. Pero es cierto que, al menos, se movilizan, piensan en cosas, debaten, discuten, hablan, ríen, y mi hermana sale un poco del bucle casa-trabajo-niño-meacabodeseparar y se despeja.

Cruzamos la plaza mayor hacia el edificio en cuestión y ya veo desde lejos que nos aguarda en la puerta un grupo de personas entre las que está mi hermana. Son los contertulios, que han terminado el programa, pero siguen debatiendo con ímpetu en la puerta del ayuntamiento. Desde la distancia reconozco a un par de vecinos, porque tienen mi edad y venían conmigo al colegio. «Genial, lo que faltaba», rebufo. Y ralentizo la marcha todo lo que puedo. A los demás no los conozco o no caigo en quiénes son. Y conforme nos acercamos entre refunfuños para mis adentros porque no quiero dar un paso más

y encontrarme frente a frente con esos a los que conozco, Tito echa a correr en dirección a su madre, quien le da un achuchón, para después ir a abrazar a un chico que no sé quién es.

¡La Virgen!

El «amigo» de mi sobrino es un hombre al que no tenía visto. Intento hacer memoria por si es alguno a quien los años le han tratado bien y no lo he reconocido, pero no; estoy segura de que no es de aquí. Pero Tito parece adorarlo porque este lo aúpa y lo impulsa al aire para volverlo a coger, entre risas de ambos. Mi hermana ni se inmuta, y los demás siguen con su discusión, pero parece que al forastero le da bastante igual la conversación. Ya me cae bien. Y me ha dado la excusa perfecta para no saludar mucho al resto, así que mis pies dan un paso dirigido hacia ese tío de pelo corto, rubio y barba incipiente, con camisa azul arremangada por los codos y entremetida de forma casual por sus vaqueros con zapatillas. Él se percata de mi presencia y sonríe cordial.

—Hola —digo a todos cohibida cuando llego al grupo.

Pero, por suerte para mí, nadie se inmuta. Ni mi hermana. Continúan discutiendo sobre el programa, a viva voz y con gestos, como forofos enardecidos. Todos hablan y gritan a la vez y todos llevan la razón, por supuesto. Recordemos el polémico tema: el precio de la entrada de la piscina.

—Hola —me responde el rubiales con una sonrisa cortés—. No lo intentes; ni te escuchan ni te ven. —Se gira hacia mí y me tiende la mano—. Soy Jaime, el maestro y tutor de la clase de Tito.

—Encantada. Soy Alicia, la tía desertora —digo irónica mientras nos damos la mano y él se ríe.

—Tú ganas a molona, entonces.

Sonrío también.

—Es mi tía —interviene Tito—. La que vive en Hamburgo y fabrica aviones con sus manos en un túnel del tiempo —dice orgulloso, y yo muero de vergüenza.

—Me parece que quieres decir túnel de viento, Tito —le dice con cariño.

—Y no fabrico aviones con mis manos —me apresuro a decir—. Solo diseño sus piezas.

Él alza sus cejas.

—Pues estaría bien que te pasaras por el colegio a dar una charla a los chavales. Les gustan mucho esas cosas y sería motivador.

—Claro. Un día de estos. ¿Llevas mucho aquí?

—Tres años. Conseguí plaza fija en la oposición, por fin, y me asignaron este pueblo.

—Vaya —digo a modo de pésame.

—Bueno, no está tan mal; en el colegio hay buen ambiente y nos divertimos mucho, ¿verdad, Tito? —Lo mira y mi sobrino asiente serio —. Además, así hago mucho deporte de montaña, que me encanta, y también tengo un huerto en una pequeña parcela alquilada y me entretiene un poco.

Huerto en pequeña parcela alquilada. Y pienso que es mejor huir del «neorrural» de —segurísimo— ciudad grande.

—¿De dónde eres?

—De Zaragoza.

—Lo sabía —digo sin pensar, y él se ríe. Ups.

—En fin —sentencia mi hermana—, que no nos vamos a poner de acuerdo y yo tengo mucho que hacer. Hale, Alicia, vámonos.

Me quedo sin saber bien qué decir, pero cuando abro la boca para despedirme, oigo:

—¿Alicia? ¿Alicia Sierra? —dice uno del grupo de los que iban conmigo al colegio.

Mierda.

Me giro hacia él sin disimular cara de asco y sin saber muy bien qué hacer.

—Madre mía —continúa—, cuántos años. Y cómo has cambiado —dice con tono goloso que me hace tener una arcada.

—¿Qué tal, Ramón?

—Ya no eres la Alicia en el país de las fe…

—¿Nos vamos, Gala? —apresuro a interrumpir.

Jaime me mira con el ceño fruncido y yo solo quiero desaparecer de la faz de la tierra una vez más.

—Sí, sí —dice mi hermana sin coscarse de nada.

—Encantada de nuevo. —Sonrío a Jaime y él me la devuelve.

—Igualmente. Y lo dicho: sería genial que alguien del pueblo que ha llegado tan lejos y que debe ser un orgullo de la zona diera una charla en el colegio.

Lo miro sin entender muy bien a qué se refiere y a qué ha venido eso, pero él levanta las cejas como si fuera mi cómplice. Y me da la sensación de que no ha pronunciado esas palabras sin motivo. Me da la sensación de que se ha percatado de todo y ha querido echarme un cable que yo no he pedido, pero que agradezco. Sí. Aprendí demasiado bien a agradecer los buenos detalles, porque fueron pocos.

5

Alicia en el país de las fe…

Le ponías ojillos al maestro. —Sonríe mi hermana sentadas en las escaleras del jardín por la noche—. Y él te los ponía a ti.

—Qué va. Pero, oye, es guapo, ¿eh?

—Nah, no es mi estilo. A mí los rubios no me van. —Chasquea la lengua—. Y es un poco cabezón, ¿no? —Le doy un manotazo en el hombro y nos reímos—. Pero, eso sí, es majísimo. Con los críos y eso. Se ha hecho muy bien al pueblo y está muy vinculado, aunque Ernesto lo odia.

—¿Por qué?

—Envidia, supongo. Un tío de ciudad, vivido, listo, guapete y que no se anda con tonterías de pueblo no es del agrado de un paleto que no ha dado dos pasos más allá de la ciudad, que está orgulloso de su incultura, que es un guapo venido a menos y tan simplón que se deja embaucar por cualquier tontaina que luego no le paga o le da la espalda.

Frunzo el ceño porque no sé si habla de Ernesto o de Ramón. Mi hermana niega y mira hacia el cielo nublado. Nos quedamos en silencio un buen rato, cada una con sus pensamientos. Ella probablemente pensando en Ernesto y en lo que todavía lo quiere a pesar de lo poco amable de sus calificativos. Yo pensando en Ramón y en todo lo que él y los que le rodeaban influyeron para ser quien soy. Para ser como soy.

—Ramón también está venido a menos. Se ha echado años encima —digo.

Mi hermana asiente.

—Otro que es más tonto que hecho de encargo. —Reímos—. En serio, es más simple que un botijo el Ramón. Más que Ernesto, incluso. Me juego la casa a que no ha echado un polvo sin pagar en su vida.

—Lo llaman karma.

Gala me mira suspicaz.

—En fin, me voy a la cama —dice.

—Yo me quedo un rato más.

Mi hermana asiente y se levanta. Y, cuando se va, yo me enciendo un cigarrillo secreto mientras trato de ordenar un poco todo el revoltijo que llevo dentro.

Veréis, Ramón era el chico más popular del colegio y de mi

generación. Era muy guapo, divertido, revoltoso, gracioso y sabía camelarse cuando quería a profesores, padres o alumnos. Todas las niñas suspiraban por él y todos los niños querían ser su mejor amigo, por lo que seguían a pies juntillas lo que él decía. Era un líder, con ese carisma innato que algunos poseen y que muchos echan a perder porque se lo come su propio ego. Porque Ramón también era un niño cruel, envidioso, mentiroso y tirano que, conforme avanzaban los cursos, maduraba con una insaciable necesidad de mostrarse superior y alardear de su poder mediante humillaciones a los demás cada vez más ruines, salvo a los que le reían las gracias, que no eran pocos, porque era un experto en embaucar a quien le interesaba. Se acostumbró desde muy pequeño a hacer lo que le daba la gana y cuando quería, sin consecuencias, porque sus padres jamás le imponían disciplina y le dejaban hacer a sus anchas. «Qué malo es este crío», decían algunas abuelas, y su madre entraba en cólera. Y cuando los maestros les decían preocupados que su hijo generaba problemas a los demás niños, sus padres se reían y lo justificaban con un «son cosas de críos».

No era el único canalla, está claro. Los que lo seguían eran tan poco espabilados como él. Tenían a varios niños como blanco frecuente de sus humillaciones, a quienes hacían muy difícil la vida en el colegio día tras día. Eso sí, hicieran lo que hicieran, siempre salían impunes de sus fechorías, porque nadie le daba importancia con un «son cosas de críos» o preferían no avivar más la descontrolada ira de un niño malcriado y sin control. Así que la gente hacía oídos sordos. «Toda generación tiene un Ramón», decían. A nadie le daba por pensar en el pequeño grupo al que vejaban. Y en este grupo de elegidos estaba yo: Alicia.

Alicia en el país de las feíllas.

«Fea, feto. Qué asco me das, Alicia Sierra». Risas. De todos los que querían ser amigos de Ramón porque tenían miedo de pasar al otro lado. De todas las que querían ser su novia y rezaban por no ser mi reflejo.

Dejadme que os diga una cosa y permitidme que me ponga seria. Será solo un momento, palabrita. Las humillaciones, los insultos continuados e hirientes, las vejaciones, el daño físico, no… no son cosas de críos. Que se burlaran de mí cada día, que se mofaran con saña de mi físico, de mi mente, de mi familia, de mi casa o de mi ropa no eran cosas de críos. Que me amenazaran, me escupieran en el bocadillo o se orinasen en mis zapatos no eran cosas de críos. Que se rieran de los niños que intentaban estar a mi lado, para que al final declinasen ser mis amigos por miedo, no eran cosas de críos. Son cosas

de tiranos con más problemas emocionales que un adulto a quienes nadie les ha enseñado ni límites, ni empatía, ni a saber perder. Y escudarse bajo el «eso es algo que siempre ha existido» no tiene ninguna lógica porque que siempre haya existido no justifica que siga ahí. ¿O es que nos es más cómodo mirar hacia otro lado cuando vemos que nuestros hijos humillan con maldad adulta porque dice mucho más de nosotros como padres de lo que queremos reconocer?

A un niño lo ataron a un árbol y lo dejaron ahí un par de horas, solo, muerto de miedo y de frío. Se rieron durante meses porque cuando lo encontraron se había orinado encima. A otra niña, de familia muy humilde, le tiraban limosna cuando salía por la puerta. Un niño llevó todo un día una compresa pegada en la espalda con letras escritas en rotulador rojo donde se leía «maricón». Yo era la empollona y por eso me insultaban, me aislaban, se reían de mis padres o me rompían las gafas y los libros de texto cada dos por tres. Siempre es por un motivo estúpido y suele ser por dos cosas: por ser diferente en algo o por generar envidia. En mi caso, no generaba envidia, pero sí era diferente: era retraída, siempre estaba leyendo y sacaba todo sobresalientes. Además, llevaba gafas gruesas (hasta que fui adulta y me pude operar la miopía), aparato en los dientes, era alta, desgarbada y tenía acné desde muy jovencita. Un cliché de niña de la que burlarse. Me llamaban «Alicia en el país de las feíllas» y se reían de mi físico a todas horas. Odié a Lewis Carroll hasta bien pasados los veinte años.

«Cosas de críos», decían. Como si fueran de esas pequeñas trastadas inocentes que hasta te hacen gracia. ¿Se habrán parado a pensar en las consecuencias que tienen las «cosas de críos» llevadas tan lejos? Os lo responderé yo: baja autoestima, aislamiento social, dificultad para relacionarse con otros niños, frustración, depresión encubierta, rabia contenida o trastornos de la personalidad, entre otros. Y todo esto va contigo siempre, como una mochila llena de piedras que es muy difícil vaciar. Porque, aunque el colegio termine y las burlas cesen, lo aprendido queda y la forma de relacionarse también. Así que de adulto te esperan decenas de complejos físicos; timidez; introversión o, por el contrario, una extraversión exagerada; un falso complejo de superioridad que encubre un real complejo de inferioridad; buscar constantemente ser aceptado; necesitar la aprobación de los demás; tener miedo a no ser suficiente y perder a la gente que quieres. Es cierto que la madurez rebaja en mayor o menor medida el autodesprecio que sientes y te enseña a gestionar esa mochila, aunque no siempre es fácil. Muchos piensan que deberías aprender a defenderte, y es cierto, pero para eso tienen que enseñarte los mismos

adultos que le quitan hierro al asunto, porque eres un niño, coño, no sabes plantearte cómo actuar.

Por eso quise estudiar una carrera universitaria lejos de casa. Quería poner toda la distancia que me fuera posible entre lo que era yo y lo que quería ser. Alejarme todo lo que pudiera de este pueblo, de las burlas, de las humillaciones, de la rabia. Necesitaba reinventarme. Hacer nuevos amigos, conocer a otra gente. Desintoxicarme de todas las cosas malas que acumulaba a pesar de renunciar con ello a las buenas que dejaba. Así que cuando me cogieron en Ingeniería Aeronáutica en Madrid no me lo pensé más y allí que me fui. Recuerdo cuando mis padres me llevaron a Madrid en coche unos días antes de comenzar las clases. Me quisieron acompañar y así también me ayudaban a instalarme en un piso de estudiantes que era peor que un cuchitril. Ni siquiera tenía fuerza emocional para estar en una residencia o colegio mayor con mucha gente a mi alrededor; preferí un piso con dos compañeras a las que no conocía más que por un anuncio en el periódico y una conversación telefónica. El caso es que, durante el trayecto, miraba por la ventanilla a mi pueblo hacerse cada vez más y más pequeño, con un revoltijo de emociones entre las ganas de que desapareciera del todo y la incertidumbre de no saber qué me depararía mi nueva vida. Mi padre, que siempre fue más sensible que mi madre a los sentimientos ajenos, me vio por el espejo retrovisor mirar hacia atrás y me dijo: «Hija, tienes una oportunidad de oro para labrarte la vida que quieras vivir. Aprovéchala y no mires tanto atrás. No vuelvas a ningún sitio en el que no hayas sido feliz, pase lo que pase». Mi madre lo miró sin entender, pero yo sí lo hice. Y entonces me prometí no volver al sitio donde más infeliz había sido. Empezaría una nueva vida, lejos del pueblo, de Ramón, del acoso, y sería feliz en Madrid. Aunque las cosas no fueron fáciles y no me reinventé tanto como esperaba; la dureza de la carrera me dejaba más bien poco tiempo para el ocio y para labrar una nueva vida social, así que estuve en las mismas. Dos o tres colegas de clase, algún que otro novio adolescente y poco más. Sin acoso, eso sí. Pero sola, eso también. Mis padres y mi hermana siempre me decían que todo mi esfuerzo había valido la pena cuando la terminé, aunque yo nunca pensé igual. Porque, sí, nada más recibir el título ya conseguí un trabajo bien pagado que me permitía vivir en un miniapartamento muy cuco en pleno centro de Madrid, pero seguía sola, sin apenas amigas, y desde luego ninguna íntima, ni pareja. Poco había cambiado.

Eso sí, no todo iban a ser penas: las cosas mejoraron cuando, al poco de licenciarme, empecé a trabajar en la delegación madrileña de

la mayor empresa aeronáutica que hay en Europa; la misma que me despidió hace poco más de una semana. Aprendí mucho esos primeros años. Sobre el trabajo en sí y sobre la vida. Hice nuevos amigos. Tenía mucha vida social. Tuve alguna que otra relación seria. El pueblo y todos los que ahí seguían quedaron atrás. Solo echaba en falta a mi familia, pero tanto mis padres como mi hermana venían a menudo a verme a Madrid, porque les encantaba. Era su forma de salir del pueblo y de la rutina, además de ver a su hija y hermana, y yo siempre lo agradecí; así no tenía motivo para volver. Jamás mencionaban al pueblo o a su gente en sus visitas y llamadas telefónicas. Tampoco yo preguntaba. Era un tema tabú que intuyeron en cuanto me fui. Pero aun sin verbalizarles mi decisión de no volver, la entendieron. O fingían esa resignación. «Es lo normal», decían. «Vives lejos, trabajas mucho, tienes poco tiempo libre y te desvinculas». Todo estaba en calma así, conmigo a mucha distancia de un pasado lleno de incomodidad.

Pero a mis veintiséis años murió mi padre de un accidente con su tractor. Unas horas antes había telefoneado a mis padres y todo era normal, por lo que cuando recibí la llamada de mi madre para darme la noticia no me lo podía creer. Entré en shock. Fui al pueblo para asistir al funeral en un viaje relámpago, pero no fui consciente de dónde estaba, de juramentos sobre no volver o de qué estaba ocurriendo porque, como es lógico, me rompió entera y en mí no cabía más que dolor por la pérdida. Me costó mucho tiempo levantar cabeza. Lo llaman luto. Te dicen que hay que pasarlo, pero no te avisan de que no se va nunca del todo. Aunque sí es cierto que aprendes a levantarte y, tras un año de sombras, volví a respirar.

Empecé a salir con un chico. Lo quise mucho, muchísimo. Madre mía; estaba loca por él y le hubiera seguido hasta el fin del infierno si me lo hubiera pedido. Me creí en una nube de euforia y, al principio, fui feliz a su lado de una forma ilusa que desconocía. El amor que tienes a los quince o dieciséis años, con esa fuerza descomunal por la que crees que podrías mover el cielo porque, oye, sí, estás destinada a esa persona y lo vuestro es algo especial y mágico, yo lo tuve más bien cerca de la treintena. Como una boba. De hecho, creo que me aferré a él con todas mis fuerzas para terminar de superar la muerte de mi padre, porque de otra manera no me lo explico.

Si lo pienso ahora, el chico no tenía nada. Nada de nada. Pero ahí estaba yo, a punto de dejarlo todo por irme con él de mochilera a cruzar Asia. ¡Yo, que veo una cucaracha en casa y no vuelvo a dormir en un mes! Por suerte, mi ex terminó la relación y el algodón de azúcar en el que estaba metida se disolvió, lo que dio paso a una

depresión que encerraba bastante más que un bajón posruptura y un duelo por mi padre que todavía coleaba. Fui a un psicólogo, que sacó toda la ponzoña que llevaba dentro y me enseñó a ver que me había anclado tanto en mi infancia que era imposible que saliera de ahí. El pueblo volvió con fuerza durante esas sesiones, y también todo lo que viví allí. Recuerdo que un día me hizo escribir una lista improvisada con las diez peores cosas que le pueden pasar a un niño. Las peores. En la consulta fui diciendo lo que se me ocurría, en una especie de *brainstorming*, para luego ordenarlo. Evidentemente, en los primeros puestos estaban los abusos sexuales, el asesinato, los malos tratos, el abandono, los secuestros o vivir una guerra, seguidos por las enfermedades o la muerte de los padres. Se me ocurrieron tantas cosas que no podía poner solo diez, pero tras varios minutos ordenando y desordenando, tachando y volviendo a escribir, le entregué a mi terapeuta la lista.

—Qué curioso —me dijo—, en esta lista no has puesto «que se burlen de ti en el colegio».

—Bueno —carraspeé—, es que solo me caben diez cosas y las que hay son bastante peores.

El terapeuta sonrió y yo lo entendí. No tuvo que explicármelo: de las peores cosas que le podían pasar a un niño, según mi criterio, yo no había vivido ninguna. Ni de lejos. Lo que yo había vivido no fue algo bueno ni fácil ni agradable y ningún niño debería pasar por eso, pero yo fui responsable de anclarme tanto a ello y convertirlo así en una experiencia mucho peor. Me ayudó mucho el psicólogo. Me liberé y dejé de darle tanta importancia al pasado.

Se reían de mí en el colegio, sí. Lo intenté suplir con humor y cuando contaba las cosas que viví, lo hacía con tanta gracia que la gente se reía conmigo y todos pensaban que era muy madura y natural. Nadie intuía lo mucho que me costaba tener relaciones personales sanas y recíprocas. O la cantidad de veces que me sentía sola o poca cosa. Disimular, lo llaman. Y lo rematé al poner punto final a una etapa cuando le pedí a mi empresa un traslado a la delegación de Hamburgo, que me concedieron y adonde me fui. Lo necesitaba. Salir, huir de todo, dejar atrás de verdad todo lo que estaba del revés. Cuando se lo comenté a mi madre y a mi hermana les dije que era una buena oportunidad para labrarme una carrera, que aquí era más difícil y que podría llegar más lejos. Lo entendieron y hasta me animaron a macharme. «Tu padre estaría tan orgulloso de ver a su hija en Alemania, nada menos», decía mi madre. No mentí cuando les expliqué la decisión de trasladarme a Hamburgo, porque la mejora laboral fue una de las razones de peso, pero les omití la parte

sobre dejar todavía más atrás el pueblo, el luto y el desamor. Quería empezar de cero, otra vez.

Pero estos años allí no han sido lo que esperaba. El diagnóstico del alzhéimer de mi madre hace dos años me dejó rota de nuevo y con un sentimiento de culpa constante al no estar a su lado; además, mi vida social no ha sido muy boyante, plagada sobre todo de gente de paso que no echa raíces, por lo que los grandes amigos han brillado por su ausencia, y mis relaciones sentimentales no han tenido mucho que destacar. Así que con el despido y la búsqueda de empleo tras el verano supongo que comenzará otra etapa en mi vida. ¿En Hamburgo? ¿En España? Me gustaría volver, la verdad, y dejar de sentirme fuera de lugar, pero también estoy cansada de empezar. Pero es curioso que, terminado este gran ciclo, aquí esté otra vez: en el punto de partida.

Es una puta garrapata el pueblo.

Me levanto del escalón del jardín y me encamino a mi habitación, pero antes paso por el baño y me lavo la cara para despejarme un poco. No puedo evitar mirarme en el espejo y pensar que a veces no sé hacia dónde me dirijo y cuándo voy a parar de dar vueltas. Tengo la continua sensación de que simplemente me dejo llevar, sin tener un mínimo de control sobre mí y sobre mi vida. Dejarse llevar es muy fácil y cómodo; es un placebo mental para no enfrentarse a decisiones, miedos o a lidiar con frustraciones y aceptar los fracasos. Pero es una forma de no sentir la vida, eso también. El espejo refleja a una Alicia resultona, de pelo castaño, ojos oscuros y brillantes, sonrisa bonita, alta y con un cuerpo atlético, pero yo sigo viendo a esa Alicia con gafas y aparato en los dientes; esa niña de ojos tristes porque se siente tan poca cosa que quiere desaparecer. Nunca fui especialmente guapa ni especialmente fea, pero cuando alguien necesita hundirte para hacer menos miserable su vida, te repite tanto lo que no es verdad que terminas creyéndole. Y los demás, también.

Por eso no he querido venir más allá de lo imprescindible. Aquí solo hay niñas llorando en sus habitaciones suplicando que alguien no las desprecie otra vez.

6

Un buen día

Es posible, solo posible, que el buceo introspectivo e involuntario de anoche, lejos de ponerme mohína o demasiado anclada en un pasado que ya pasó, me dejara con la sensación de quitarme una pequeña losa de encima. No es que la cargara a modo de penitencia durante estos años, para nada; pero ver a Ramón cara a cara y encontrarlo tan venido a menos, tan irrisorio, y yo tan tranquila, me ha hecho pegar el último portazo que quedaba pendiente. Y lo sé porque ni siquiera he tenido que plantearme el motivo por el que me siento así o si debí decir esto o hacer lo otro. Tampoco me he sentido ni mal ni bien ante mi reacción y mucho menos me ha hundido en recuerdos. He sido consciente de que es una historia pasada y superada que no ha podido conmigo, aunque lo intentara. Y creo que parte de esta sensación se debe a que mi propia indiferencia es la que me ha puesto no a su altura, sino por encima de él. Por primera vez en mi vida no me siento por debajo de nadie. «Que te den, Ramón, soy más madura, más lista y más real que tú. Porque todo lo que tú tienes es de vapor. Tus fieles seguidores, que dejaron de serlo en cuanto necesitaron a alguien que no se mirara tanto el ombligo; tus múltiples novias-fans, que se cansaron de tener al lado a un simplón que no aportaba nada. Vapor. Y como el vapor, te has esfumado. Tú y todo lo que tú representas en mi vida».

Por eso, hoy me levanto como nueva. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien ni me despertaba tan descansada. Además, hoy Gala se ha encargado de llevar a Tito al colegio, así que puedo recrearme en este rato para mí sola. Siento la tranquilidad de un día de primavera donde se huelen flores, árboles, hierba fresca o los jabones de la ropa que se tiende afuera. Pocos sonidos de asfalto, neumáticos o estridencias por aquí. Tan solo la cafetera bullendo café y la radio con las noticias del día puesta. No las escucho apenas, pero me recuerda a viejos tiempos. Buenos viejos tiempos. Mi padre siempre con su transistor al oído; mi madre siempre con Gabilondo en alguna parte. Y mientras desayuno en la terraza con el tibio sol de compañía, miro el reloj porque tampoco quiero que se me haga muy tarde para ir a ver a mi madre. Hoy, si la cosa va bien, me gustaría llevarla a dar un paseo por el pueblo o hacer algo con ella. Lo cierto es que le he cogido el gusto a mis visitas, aunque sea de esta manera, porque es como

retenerla un poco más y así poder mirarla y llamarla mamá.

Lo que sí hago antes de entrar a ver a mi madre es comprar unas flores que le den un poco de color a su habitación. No les hace ni caso cuando llego y tampoco tiene el día para paseos porque está especialmente desorientada. «Los cambios de tiempo», me dice otra anciana que va con su andador por el pasillo. Asiento, cortés. Qué triste es venir aquí.

Así que al cabo de un rato la dejo y voy a buscar a Tito al colegio. Esta vez tengo aprendida la lección y me adentro hasta la puerta de su aula, que ya veis lo que le costaría al crío andar solo unos metros, pero, bueno, aquí que estoy. Los niños salen atropellados y gritones, y Tito me abraza con una sonrisa muy fuerte de oreja a oreja para mi total sorpresa.

—¡Tata! ¡Has venido!

—¡Pero si vengo todos los días, cara pan! —Me río.

—¡Digo aquí!

Y juro que no volveré a alejarme ni un metro de esta clase.

Cuando nos componemos, veo a Jaime, que sale el último, y nos saludamos.

—Hola, tía desertora.

—¿Cómo va esto? ¿Tengo que preguntarte qué tal se ha portado hoy? —pregunto con una sonrisa.

—Yo siempre me porto bien —se enfada mi sobrino.

—Eso es cierto —asiente Jaime y le guiña un ojo—. Aunque ha llegado un par de días tarde. —Me mira a mí con cierta guasa. Qué majo el rubiales.

—Es que la tata es un desastre.

—¡Oye! —Intento no reírme y Jaime hace lo mismo—. Te va a llevar de paseo Rita.

—¿Quién?

—Nadie. Anda, vamos a comer, que se hace tarde.

—Desde luego, no se aburrirá contigo —dice Jaime antes de irnos.

—Soy una tía muy molona. —Le guiño el ojo.

—Y tardona.

Gran aportación de Tito a la conversación.

Mi sobrino me dice que tiene tareas que hacer, así que la excursión se reduce a ir hasta la ermita, que está a quince minutos a pie, y volver. Para que se despeje un poco, más que nada. Y lo cierto es que me encanta haber venido porque hacía muchos años que no transitaba por este camino tan bonito ni saludaba a los recovecos que me vieron crecer. Está siendo un buen día, y eso sí que no me lo esperaba. Hasta Gala está de un humor increíble cuando llega a casa por la tarde y se

ríe con su hijo que da gusto verla así.

—Oye, ¿por qué no vas a por unas hamburguesas al restaurante de Paqui? Las hace deliciosas, en serio. No has probado nada igual.

—¿Yo? ¿Y por qué no vas tú? —Me río.

—Porque yo tengo que poner una lavadora, tenderla, planchar algo para mañana, preparar con Tito la mochila de mañana y pensar qué hago de comer. ¿Qué prefieres?

—Estaba en la plaza, a la izquierda, ¿verdad?

Entro y lo primero que veo es a Jaime sentado en un taburete de la barra, con su caña a medio terminar. Lo miro mientras me acerco. Qué va a ser cabezón, si está para…

—¡Ey!

—Hola. ¿Tomando un *afterwork*?

—Dios, ni recuerdo lo que era eso. —Reímos—. Pero qué va, estoy esperando mi cena. Es el único sitio que hace comida para llevar y no me apetecía cocinar esta noche.

—Vengo a lo mismo.

—Entonces ¿me acompañas en el *afterwork*? —Me acerca otro taburete.

—Claro.

—Si no has probado la hamburguesa especial de la casa, tienes que hacerlo. Es de las mejores que he comido, y no es coña —dice.

—Marchando tres especiales entonces. —Sonrío—. No la he probado.

—¿No? ¿Cómo es eso, siendo de aquí?

—Bueno —carraspeo—, es que hacía años que no venía.

Creo que él nota mi incipiente incomodidad y cambia de tema.

—Ah, ya. Entonces, pruébala y me cuentas. Y si me permites la sugerencia, vente a comer aquí algún día. Está realmente bien.

—Sí, mi hermana me ha hablado genial de este sitio.

—Es que se sale un poco de los platos típicos de los otros restaurantes.

—Entiendo. —Apoyo mi mano en mi cuello—. Debe ser un choque para ti venir de Zaragoza a un pueblo que solo tiene cuatro restaurantes iguales.

—Na, qué va. Estoy acostumbrado. Llevo años de colegio en colegio y la mayoría han sido en pueblos pequeños, incluso más que este.

—¿Más?

—Sí. —Sonrisa—. Estuve en uno que no tenía ni bar, imagínate. Llevaba una clase con solo cinco alumnos y ninguno estaba en el mismo curso.

—Uau. ¿Y cómo gestionas eso?

—Haciendo malabares. —Me hace gracia su comentario—. Así que aquí no se está tan mal. Al menos hasta que me pueda acercar a alguna ciudad, que espero sea pronto. Me he convertido en un auténtico y odioso neorrural. —Y se nos escapan unas risas.

Y entre sonrisas cómplices y conversación fluida de la que no dice nada pero que te hace sentir cómoda al lado de una persona, compartimos dos cañas y más de treinta minutos que han pasado en un pestañeo. Joder, Jaime. Cuánta fluidez.

—¿Te veo mañana en el colegio?

—Puntual como un clavo; a riesgo de críos echa-broncas.

—Genial, entonces.

Nos miramos. No nos movemos.

—Disfrutad de las hamburguesas.

—Igualmente. Y gracias por las cañas. —Le guiño un ojo cómplice.

—No hay de qué. Hasta mañana, Alicia.

—Hasta mañana, Jaime.

Llego a casa y me espera un miniser eufórico por cenar un plato de fin de semana un día cualquiera, así que contagia la ilusión. Y después, cuando Gala va a acostar a Tito, yo decido saltarme la parte del jardín y me voy directa a la terraza abuhardillada de la tercera planta, por eso de saborear a solas el día. Porque hoy ha sido un buen día, así sin más. Echo una última mirada a la luna llena, con una sonrisa cerrada, sin pensar en absolutamente nada más.

7

Por algo será

Mi hermana y yo ponemos la mesa en un ritual que repetimos como autómatas con el mismo ceremonial que cuando éramos pequeñas: ella extiende el mantel, yo llevo los platos, ella coge los cubiertos y los vasos, yo alineo las servilletas… Se une mi sobrino ayudando con sus manitas diminutas, ante la atenta mirada de mi madre, que sigue sin entender qué hace en casa de la Tomasa, con sus hijas que quieren quitarle su hogar, las muy brujas. Pero me la he traído a comer hoy, porque al ir a verla me ha dado la sensación de que durante un fugaz segundo de conversación me reconocía y me sonreía con esa ternura maternal. Y he querido estirar esa sensación, aunque ya haya desaparecido. Quién sabe. Quizá si viene más a su casa, con sus hijas y su nieto, tenga más momentos de esa lucidez escapista. Un oasis en medio de la aridez del alzhéimer. Pero nada, que seguimos siendo las brujas de la Tomasa.

Comemos con las noticias en televisión sobre lo descerebrado que está el mundo. Mi hermana siempre ha querido que Tito escuche el *Telediario* de fondo, que su condición de niño le permita pasar de puntillas por la realidad, pero que sepa que existe y que no todo el mundo en este planeta es tan afortunado como él. Tito no se entera de nada, he de decir, y está más pendiente de hacer chinchar a su abuela, con la que no tiene un vínculo muy marcado por las circunstancias, pero con la que se ríe por lo marciana que le parece.

Suena en un anuncio de televisión «I promised myself» de Nick Kamen, que nos encantaba a Gala y a mí y que bailábamos como poseídas por toda la casa. Miro a mi hermana con ojos cómplices, pero ella no se percata. Y a pesar de que nadie lo note, a mí me da la sensación de que el tiempo se ha detenido y de que estamos en uno de tantos mediodías cuando comíamos todos juntos. Yo salía del instituto, mi hermana de trabajar, mi padre llegaba del campo a mesa puesta y mi madre lo tenía todo listo para comer todos juntos en familia. Le echo de menos aquí. A mi padre, digo. Ya no me ahoga la pena al pensar en él, porque han pasado tantos años que he aprendido a vivir con ello, pero siempre está. Echo en falta a mi madre, eso también. Ese pilar indestructible de una familia que, aunque está sentada a mi lado, no puede estar más lejos de nosotros.

—Se llama iPad, abuela. —Mi sobrino interrumpe mis

pensamientos—. Y sirve para jugar.

—¿Para jugar? ¿Con una máquina, sentado, solo y cabizbajo? Jesús, qué aburridos sois los críos ahora. No descubriréis el mundo así.

—No es Cristóbal Colón —farfulla mi hermana.

Sonrío y le guiño un ojo a mi madre, con una complicidad que solo entiendo yo, porque ella ni se inmuta. Ay, qué triste. Y qué asco cuando mi hermana mata a una mosca con un rápido y contundente movimiento de su servilleta.

—Dios —digo con cara de arcada.

Ella me mira alzando una ceja.

—Dame las gracias. Tu sopa ya no tendrá huevitos de mosca buceando.

Qué bonicas las comidas familiares en el pueblo.

El timbre de la puerta interrumpe la comida y mi hermana se levanta a abrir, pero antes de que se ponga en pie, un Tito ávido de visitas corre hacia ella bajando las escaleras a toda prisa.

—¡Mamá, es Jaime! —grita desde el patio.

Yo no puedo evitar sonreír por dentro y, cuando alzo de nuevo la vista, mi hermana me mira con cara de maligna.

—¿La Tomasa?

—No, mamá —replica mi hermana—. Joder, con la Tomasa. Va a resucitar de tanto mentarla.

—¿Está muerta? —pregunta asustada.

—No —le digo yo con ternura—. Es que Gala es muy bruta. Como papá.

—Ah.

Jaime y Tito entran en la cocina y me encanta que no se haya perdido ese momento visitas a la hora de comer de los pueblos, que siempre daba lugar a una invitación y a largas sobremesas.

—Buenas tardes, que aproveche —dice.

—¿Y este quién es? ¿Tu marido? —pregunta mi madre mirándome.

—No, mamá. Es Jaime, el maestro de Tito.

—Ah.

—¿Cómo está, Úrsula?

—Pues bien. Con ganas de irme a casa, que aquí hay muchas moscas.

Un leve silencio incómodo se cierne sobre todos nosotros, pero Jaime lo llena rápido.

—No quiero molestar. He venido —dice dirigiéndose a mi hermana— porque no sé si Tito te ha comentado, pero hoy en clase he dicho que quiero organizar una pequeña excursión con mis chavales. Se lo he comentado a los padres a la salida también, pero —se dirige a mí—

ya no os he visto y venía para asegurarme de que os enterabais. Había pensado en ir, por ejemplo, a la ermita, pero por el sendero largo, y explicarles la vegetación, las tradiciones de las romerías y demás. Sería salir mañana por la mañana, almorzar al mediodía de bocata, estar en la explanada un rato y volver a primera hora de la tarde.

—Ah, pues no me había dicho nada. —Lo mira y Tito baja la cabeza—. Pero me parece genial. ¿No te gustaría ir, Tito?

Tito se encoge de hombros y de forma instintiva miro a Jaime, que me devuelve una mirada cómplice que no sé de dónde ha salido.

—Ey. —Jaime se agacha para estar a la altura de mi sobrino y lo mira mientras le coge la mano—. Lo pasaremos bien. Podrás traer esa mochila roja tan chula que tienes, una cantimplora como los exploradores y, lo mejor, al día siguiente no habrá ningún examen. —Sonríe y yo también, porque cómo no voy a hacerlo—. No pasa nada si no te apetece, pero no será lo mismo si tú no vienes.

Me llevo una mano al pecho en un momento de amor infinito por ese hombre, y mi hermana esconde una risa que al maestro no le pasa desapercibida y también sonríe.

—Bueno —dice mi sobrino—. Vale.

—¡Genial! —Se incorpora Jaime—. Solo hay un pequeño problema: de momento se han apuntado diez y, bueno, necesitaría que algún adulto viniera también, por si acaso. —Frunce la boca—. Pero mis compañeros están a tope, y ningún padre puede por trabajo, así que no sé si tú podrías acompañarnos —le dice a Gala.

—Vaya. —Mi hermana menea la cabeza—. Pues me temo que yo tampoco; tengo la tienda abierta todo el día y no la puedo cerrar. Salvo que lo hicieras en domingo.

—Ya. —Chasquea los labios—. El domingo muchos niños no estarán, pero voy a tener que intentar reorganizarlo porque veo que si no, va a ser imposible.

—¡Que venga mi tía! —dice Tito ante mis ojos abiertos de par en par y mis ganas de asesinarlo más que visibles—. Que ella no hace nada.

«Gracias, cara pan. Te cuido a ti, por cierto».

—Qué majo, el niño —digo sarcástica, y Jaime se ríe con disimulo.

—Pero tiene razón —interviene mi hermana—. Tú no tienes nada que hacer y supongo que con que haya dos adultos es suficiente, ¿no, Jaime?

—Eso es. Un adulto más, por si pasa algo y hay que correr de vuelta, que el otro se quede con los chavales y esas cosas. Todavía son muy pequeños y…

—¡Vente, tata! Entonces sí me apetece ir.

—Eres un chantajista emocional —digo.
—¿Un qué?
—Nada. —Meneo la cabeza—. No sé, tengo poco de *boy scout*.
Jaime se ríe y yo me encojo de hombros.
—No te preocupes. Si no te apetece, no pasa nada.
Y la cara de decepción que pone me sobrecoge.
—Jo, tía —se queja a continuación Tito.
—No me ayudas —le digo a mi sobrino, que no entiende nada.
—Anda, Alicia, ve. Solo es ir hasta la ermita y volver —intenta convencerme mi hermana.
Diosito, qué presión.
—Bueno, vale. Si a ti te parece bien. —Miro a Jaime.
—Totalmente. —Que no se cohíbe en mostrarse contento y me hace sonreír.
—Gracias, Jaime —dice mi hermana—. Tienes unas ideas muy majas para los críos y así no están todo el día en casa con la consola.
—A vosotras. No os molesto más.
—No es molestia. ¿Quieres quedarte a comer? —le invita mi hermana.
—Gracias, pero he de irme. Por cierto, tú que estás en el chat de padres, ¿podrías decirlo por si alguien no se ha enterado? Creo que ya os lo he dicho a todos, pero por si acaso.
—Claro. ¿Qué les digo?
—Lo que ya les he explicado: que mañana a las once de la mañana en la plaza del ayuntamiento y que traigan agua y almuerzo.
—Perfecto.
—Genial. Y Alicia —me mira—, ¿te paso a recoger a las diez y media y así vamos los dos hacia allí?
—Vale. ¿Llevo algo? ¿Botiquín o cosas así?
—No te preocupes. De todo eso me encargo yo.
Asentimos, se despide de Tito con un arrumaco y de nosotras con un «hasta mañana» y se va.
—¿Y ese quién era? —pregunta mi madre, otra vez.
—El futuro marido de Alicia. —Ríe mi hermana.
Yo le doy un manotazo y le digo «imbécil» entre risas.
—Pues le saldrán bien rubios los hijos.
Ay, las madres. Siempre pensando en lo importante.

A las diez y media de la mañana abro un ojo porque un rayo de sol se clava en él, cegándome. No me he dado cuenta de que me he dormido y llego tarde, pero no me importa demasiado cuando, adormilada, siento mi piel erizarse al escuchar los susurros de su voz.

—Despierta, Alicia. Vamos a llegar tarde.

Doy un ligero murmullo a modo de asentimiento, sin ser consciente de que Jaime está inclinado encima de mi oído para tratar de despertarme con suavidad y, por un segundo, un fugaz segundo, toda mi piel se eriza por su contacto y quiero más.

—Pero ¡despierta, tata! —chilla mi sobrino, sobresaltándome.

Me asusto del grito y más cuando, al abrir los ojos e incorporarme, veo a Jaime ahí de pie a mi vera, ahogando una risa que no alcanzo a ver con mis pelos por medio de la cara que intento despejar. No puedo salir con dignidad de esta, lo tengo claro.

—¡Mierda, lo siento! —me apresuro a decir mientras me levanto, todavía asobinada, sin percatarme de que solo llevo una camiseta de tirantes cortita y unas bragas en cuya parte de atrás pone en gigantes letras amarillas chillonas «Wonder Woman». ¿Me puedo morir ya?

Jaime se aguanta la risa y yo alzo la cabeza con toda la dignidad de la que soy capaz, pero me sale regular, así que termino riéndome también.

—Te espero abajo. —Sonríe con picardía y se da la vuelta hacia la puerta—. Pero date prisa, Wonder Woman.

Las carcajadas que emite mientras baja por las escaleras son por la pelotita de goma que le he tirado tratando de darle en todo el cogote, sin éxito. Y cuando se aleja, yo estoy muy contenta.

—¿Quieres un café? —le pregunto al entrar en la cocina, donde me espera, ya duchada y vestida.

—Qué rápida —dice.

—Es que tengo superpoderes. —Sonrío irónica y él me acompaña —. ¿Cómo has entrado?

—Tito me ha abierto. Por cierto, he dejado a mi perro abajo, en el patio. Se viene con nosotros.

—¡Anda! ¿Tienes un perro?

—Y se llama Lennon. —Se encoge de hombros con una mueca de «soy de un original…»—. Lo adopté el año pasado en una protectora. El pobre no había tenido buena vida.

—Vaya, ¿y eso?

—Lo típico: un regalo de Reyes para un niño y luego lo abandonan a su suerte. Además de todas las dificultades que vive un perro callejero, ya sabes.

—Pobrecito. —Frunzo los labios—. Oye, ¿por qué no lo has subido?

—Por si no le hacía gracia a tu hermana. Gala ya se había marchado cuando he venido, pero había dejado a Tito vestido y desayunado porque sabía que tú no te levantarías a tiempo.

Hago una mueca burlona mientras me siento a desayunar.

—Jodida garrapata.
—¡Has dicho una palabrota! —señala mi sobrino.
Yo pongo los ojos en blanco.
—¿Cuántos mocosos dices que habrá?
—Al final, los doce.
—Va a ser el mejor día de mi vida.
—Anda, quejica, date vidilla, que no llegamos.
Pero lo hacemos, y Jaime, Tito, Lennon y yo nos encaminamos hacia la plaza del ayuntamiento cinco minutos antes de la hora acordada. Y cuando llegamos, los padres nos miran a Jaime y a mí entre mil preguntas silenciosas y sonrisas con malicia. Cotillas. Pero a él parece no importarle lo más mínimo, así que yo no voy a ser menos. Una vez compuestos después de que los niños hayan recibido todas las advertencias de sus padres, emprendemos la marcha hacia el sendero en cuestión.
A ver, os cuento rápido: al principio es un poco caos porque los niños están más descontrolados y pesados, con Jaime intentando calmarlos y yo sin saber bien qué hacer. Luego se acostumbran al tema, se cansan más, hablan menos y Jaime ejerce de maestro que les enseña un montón de cosas de cada zona que pisamos: la vegetación, cómo se produce, los animales, la cadena alimenticia, por dónde pasaban las caballerías, de dónde viene la romería anual que hace el pueblo, qué es una tradición… ¡Hasta yo aprendo cosas que no recordaba! Conclusión: al cabo de treinta minutos de excursión, los monstruitos están domados. Bien, Jaime.
—Se te dan bien los niños —le digo mientras avanzamos, todos los niños delante, él y yo detrás para que no se despiste nadie.
—Me gustan, sí. Sobre todo disfruto con mi trabajo.
—Se nota. Y debe apasionarte mucho, para estar aquí y llevarlo bien.
—Bueno, si te soy sincero al principio se me cayó el mundo al tener la plaza fija aquí durante al menos unos años, pero me acostumbré y la verdad es que ahora me gusta la calma que hay y el contacto con la naturaleza.
—Demasiado típico, don neorrural. —Nos reímos.
—Es lo que tenemos los de ciudad: nos parece que el pueblo es todo sentir paz y comunión con la tierra —dice con tono pedante.
—Sí, y con las boñigas en la puerta de tu casa o la culebra que aparece entre tus sábanas.
—Y el invierno. El invierno aquí es lo más duro que he pasado en mi puta vida. —Nos volvemos a reír.
—Es que los inviernos aquí son matadores. La gente que viene al

pueblo en verano se piensa que es así todo el año. Que todo es naturaleza y paz, cero agobios, fuera estrés, solo campo y flores. Pero en invierno están en sus ciudades disfrutando de la calefacción que nunca se estropea, del ocio, de los bares que aquí no hay, del cine que tampoco, de teatros o de quedar con amigos. Y aquí te puedes volver loco todo el día solo encerrado en casa. De hecho, así de chalados estamos todos. —Le saco la lengua.

—Pues espero no chalarme ya. —Sonreímos—. Porque creo que el año que viene ya podré acercarme a alguna ciudad.

—¿Ah, sí?

—Eso espero. El concurso de traslados sale en octubre este año, así que me queda otro curso aquí seguro, pero esta vez tengo puntos para irme a algún sitio más urbano, por lo que al siguiente… Tengo esperanzas.

—¿Y te gustaría volver a Zaragoza?

—Me gustaría, sí. Es mi ciudad. Y ahí tengo a mi familia y a mis amigos. He estado mucho tiempo alejado de ellos y si antes me daba más igual, con la edad me pasa lo contrario.

—¿Alejado de ellos? —pregunto curiosa.

—Sí, verás, cuando terminé la carrera me salieron unas prácticas como profesor de español en un colegio de Manchester, así que no me lo pensé y me fui ahí creyendo que serían solo unos meses. Pero las prácticas se convirtieron en un contrato indefinido y, al final, estuve siete años.

—Uau. —Sonrío.

—Hice vida ahí. Tenía amigos, vivía con mi novia…, lo típico.

—¿Y qué pasó?

—Que mi novia y yo lo dejamos. Mis amigos eran básicamente sus amigos, así que poco a poco se alejaron y todo se volvió muy tóxico como para seguir ahí.

—Vaya, lo siento. —Frunzo los labios en señal de empatía—. No quiero ser entrometida, pero supongo que fue muy duro para ti vivir algo así tan lejos de casa.

Él tuerce una sonrisa amarga y yo trago saliva.

—Lo fue, sí. Se juntaron la ruptura, que fue decisión suya y no la esperaba, con el hecho de que todas las personas que me rodeaban dejaron de hacerlo de un día para otro sin explicación alguna. Me quedé solo, sin entender por qué la gente a la que quería se había alejado así de mí. Intenté aclararlo con los más íntimos, pero fue inútil; ellos ya habían tomado su decisión y no querían enfrentarse a sus consecuencias. A nadie nos gusta saber que estamos siendo un poco capullos, supongo.

Hago una mueca condescendiente y él la agradece.

—Siento que te vieras en esa situación, Jaime. Chocar de bruces con la decepción cuando no tienes nada más a lo que agarrarte es…

—No pasa nada. —Sonríe él—. Fueron meses difíciles, pero cuando lo superé sentí que había terminado una etapa y me volví.

Bajo la cabeza. Me suena.

—Te entiendo —digo sin pensar. Jaime alza las cejas, pero no comenta nada más—. ¿Y después, cuando volviste?

—Encontré trabajo en un colegio concertado de Zaragoza y cuando aterricé del todo y me habitué al cambio, decidí opositar. Estuve como maestro interino unos años, hasta que hace tres conseguí plaza fija, por fin, y esta es la que me dieron.

—Espero que dentro de lo que cabe estés contento aquí.

—Bueno, no es mal sitio. Zaragoza está a dos horas y voy muy menudo. Ya sabes: algunos fines de semana, puentes… Así que no se me hace pesado estar aquí. Y si entre semana necesito algo que aquí no puedo encontrar, voy a la ciudad, que está a un paso, y vuelvo.

—La verdad es que tener la ciudad a un paso y Zaragoza a dos es genial. Lo hace todo más llevadero.

—Eso es. —Sonríe—. Esa es mi historia. ¿Cuál es la tuya?

—Pues… me marché del pueblo para estudiar en Madrid, después trabajé ahí un tiempo, pero tras la muerte de mi padre y una posterior ruptura amorosa me pasó como a ti: sentí que necesitaba un cambio y pedí un traslado a la delegación de la empresa que hay en Hamburgo, hasta que hubo un despido masivo hace un par de semanas y me tocó.

—Vaya.

—Sí. Pero, bueno, supongo que los despidos también son nuevas oportunidades, así que a ver qué me brinda la vida. —Hago una mueca divertida.

—Es una buena forma de ver las cosas. —Me sonríe—. Parece que ambos sabemos lo que es vivir en otro país y lo que significa cerrar etapas.

—Totalmente. Aunque yo no sé muy bien en qué punto estoy ahora mismo. —Me encojo de hombros.

—Estoy seguro de que lo averiguarás. —Pone una sonrisa enigmática.

—Eso espero. —Se la devuelvo, por si acaso se refiere a… yo qué sé a qué se refiere.

—Y al pueblo, ¿vienes mucho? Porque no te había visto en estos tres años.

—No, la verdad es que no. Desde que me fui a estudiar solo he venido una vez. —Digo con una punzada de vergüenza, pero no entro

en más detalles—. Salvo ahora, que voy a pasar aquí todo el superverano. —Alzo las cejas—. No me puedo creer que aún estemos en mayo y yo no haya querido amorrarme a la botella de ginebra para no salir de ahí hasta septiembre. —Nos reímos.

—¿Y a qué se debe este despliegue de tiempo en el pueblo ahora?

—Mi hermana y Ernesto. —Me encojo de hombros.

—Ah, entiendo, sí —murmura para que no le oigan—. A Tito le irá bien. Es un crac de crío, en serio.

—Lo es. —Sonrío.

—Y hablando del rey de Roma —alza la voz Jaime cuando Tito se aproxima y se pone a su lado.

—Rubén dice que sois novios.

Hala, ahí directo. Creo que me pongo roja y carraspeo. Jaime disimula una risa.

—Rubén tiene la lengua muy larga —dice.

—Y la cabeza muy corta —susurro.

Jaime me mira con desaprobación, y yo hago una mueca de disculpa que es recibida con una sutil sonrisa y una negación con la cabeza, divertido.

El día pasa así: Jaime y yo charlamos mientras caminamos. Tito viene más con nosotros que con los niños de su clase. Y Jaime explica de cuando en cuando lo que vemos o llama la atención o hace cosas de maestro. Cuando llegamos al destino, comemos en una explanada, descansamos un rato y después algunos niños improvisan un partido de fútbol al que se une Jaime mientras yo me quedo sentada en la hierba porque no soy muy de fútbol. Me trae amargos recuerdos.

—¿No vas a jugar? —le pregunto a Tito, que está a mi lado.

—No soy muy bueno.

—Eso da igual, solo es un partido para pasar el rato.

—Ya. —Se encoge de hombros.

—Pero si te encanta el fútbol —le acaricio el pelo— y juegas muy bien.

—No sé.

—Oye, Tito, ¿en el cole tienes muchos amigos? —intento ser cauta.

—Sí.

—¿Y cómo se llaman?

—No sé.

—Entiendo —y lo digo con un nudo en el estómago—. ¿Sabes? Yo no tenía muchos amigos cuando iba al colegio. Pero llegaron después.

—¿Cuándo fuiste al cole de mayores?

Me echo a reír.

—Algo así. —Me levanto y le levanto a él conmigo, haciéndole

cosquillas y haciéndole reír—. Anda, vamos a jugar al fútbol. Verás qué risas.

—¿Eres buena?

—No. Soy pésima. Pero —Tito alza las cejas expectante— seguro que se nos ocurrirá algo para disimular lo malos que somos. —Le guiño un ojo y él se ríe.

Una risa que a mí me duele, porque sé lo que esconde. Y siento auténtico miedo.

Volvemos de la excursión a la hora acordada y alucino con la organización silenciosa de Jaime. Ha cronometrado todo para no salirnos demasiado de los horarios y evitar quejas de los padres; ha traído un balón, juegos tradicionales, botiquín, litros de agua, bocadillos por si a alguno se le olvidaba y ha llevado a cuestas una mochila más grande que yo. ¿Qué me decís de este chico, bien, no?

Cuando nos despedimos de los padres agradecidos y de los niños entusiasmados y cansados, Jaime y yo nos alejamos. Mi hermana se ha llevado a Tito a tomar algo con otros padres hasta que vuelva a abrir la tienda por la tarde, así que él y yo nos quedamos solos.

—Gracias por venir, Alicia. Has sido una gran compañera. Sobre todo cuando te has caído jugando al fútbol, he tenido que ponerte alcohol y todas las tiritas del botiquín o cuando te has tropezado con una piedra por el camino y al ver un lagarto pequeño has dicho un «me cago en la puta» delante de doce niños tan alto que te han oído en Japón. —Se ríe.

—Soy un primor, no te quejes tanto.

—No, en serio. Gracias por venir. Lo has hecho genial. —Sonreímos—. Esto se merece una caña, ¿no?

—Se la merece.

La plaza mayor no tiene nada que difiera de otras plazas mayores de tantos y tantos pueblos turísticos de la zona: es toda de piedra; tiene cuatro bares-restaurantes con terrazas que se abren en verano, puentes y algún fin de semana; una fuente mediana de piedra cercada por bancos de madera y césped con un pequeño parque infantil en un lateral. Los fines de semana suele estar llena de turistas como los esquiadores en invierno, los recolectores de setas en otoño, los excursionistas en primavera y los montañeros en verano. Es bonita. Así que no creo que pueda haber mejor sitio que este para terminar un día bonito en compañía de alguien así. Jaime sonríe, tímido, cada dos por tres mientras conversamos, como si no pudiera evitarlo. Así lo veo yo. El sol de la tarde baña la plaza con esa luz que lo convierte todo en cálido y mágico. El pelo de Jaime es más rubio. Sus ojos más

azules. Y hay algo en el aire, o en nosotros, que hace que nos hayamos sentado el uno al lado del otro, y no frente a frente, y que cada vez estemos más pegados, hasta poder oler su cuello o que él mire de soslayo mis labios.

—Se está fenomenal aquí —digo en un *impasse* mientras charlamos de nada en especial y acaricio a Lennon, que se ha repantingado a nuestros pies.

—Sí. Y cuando hay turismo es genial porque es como pasar desapercibido por un ratito —asiento sonriendo—. A veces me saturo mucho con tanto…

—Cotilleo.

—Iba a decir calor humano, pero sí.

—No sé cómo lo aguantas. Siempre con murmullos y confabulaciones a tus espaldas. Es agotador.

—Bueno, tiene una parte muy cargante, sí. Pero solo si tú lo permites y les haces caso entrando en ese juego. Yo hago lo que me da la real gana, no doy explicaciones ni las pido y si hablan, que hablen. Voy a lo mío y ni opino ni me interesa la opinión de nadie. Que se pasan de la raya hasta el punto de repercutir en mi trabajo, pues les paro los pies con una sonrisa y mucha educación por ser el maestro de sus hijos, aunque por dentro les quiera trepanar sin anestesia.

Sonríe cínico y yo me parto de risa.

—Imagino que hay cosas que nunca cambian.

—No. Pero también tiene una parte buena.

—Ilústrame, neorrural. —Me saca la lengua en una mueca.

—Aquí no estás solo. Siempre hay algún vecino dispuesto a echarte una mano, ya sea para arreglarte el coche estropeado o para darte caldo casero y que así cures mejor la gripe, hijo mío. —Imita los tonos vecinales con gracia—. El individualismo se ha instalado en todas partes, pero aquí está un poco menos extendido y hay un sentimiento de colectividad que es lo que hace funcionar al pueblo.

—Creo que prefiero el individualismo a que estén todo el día con las narices puestas en lo que hago.

—Cierto. Pero ambas cosas se pueden equilibrar. Y al final, cada uno cierra la puerta de su casa y nadie sabe más.

—Supongo que tienes razón. Nadie muere solo aquí. Pero…

—Pero ¿qué?

—Te aseguro que el chat de padres está ahora mismo hirviendo. —Reímos.

—¿Sabes qué? —pregunta mientras se acerca un poco más a mí y clava sus azules ojos en los míos. Niego y trago saliva—. Dejémosles que hablen, ahí sentaditos en sus sofás mientras ven sus vidas pasar

sin más aliciente que opinar sobre todo lo que hacen los demás mientras nosotros disfrutamos al vivir las nuestras como nos da la gana, ¿no?

Asiento y sonrío con la boca cerrada.

—Tendría que haberte conocido con diez años —digo en un susurro, sin pensar.

Jaime se me acerca y yo dejo caer mis ojos en su boca.

—Pero nos hemos conocido ahora, Alicia. Por algo será.

Exhalo aire como respuesta y volvemos a nuestras posiciones en las sillas, a bebernos otra cerveza helada, a intercambiar números de teléfono y sonrisas y a no querer que se acabe nunca el día.

8

Conocerse

Llevo solo unos días en el pueblo y me parece que han pasado siete años. En serio. Porque en esta semana he visto a mi madre peor que nunca, mi hermana está como las maracas de Machín (tan pronto es la persona más amable como la más hostil), mi sobrino tiene problemas de socialización que ignoraba y he conocido a Jaime, un maestro guaperas con el que noto *feeling*. Una semana. Y yo siempre me pongo muy nerviosa cuando me ocurren varias cosas en pocos días, aunque no tengan mucha importancia. Esas semanas en las que te pasa de todo y no das abasto a mí, que soy de procesar lento, me cuestan estrés y ansiedad. Me gusta el meneo, ojo, pero siempre y cuando lo pueda controlar. Pero, bueno, es casi verano, me tomo con filosofía la búsqueda de empleo, no tengo nada que hacer y «oye, Alicia, que tampoco es para tanto».

Y ya puedo relajarme, porque mientras desayuno con la creída calma que dan los sábados y mi hermana se prepara para ir a trabajar, el timbre de la puerta suena y una visita de lo más inoportuna irrumpe en casa.

—Hola, Alicia, ¿cómo estás? —me pregunta Ernesto cuando entra en la cocina y me ve.

—Hola, Ernesto —digo sin disimular la sorpresa al verlo.

Por educación, y porque siempre será el padre de mi sobrino, me levanto a saludarlo. Ha venido de improviso a recoger a Tito para pasar el día con él y con su chica, que espera en el coche. El muy canalla tiene la santa caradura de presentarse con su novia en casa de su todavía mujer, hasta que firmen todos los papeles, para pasar el día con mi sobrino al que no hace ni caso. Un despropósito en toda regla. Mi hermana se ha quedado muerta cuando ha abierto la puerta y ha visto el percal, pero antes de que pudiera decir nada, Tito ha visto a su padre y se ha emocionado tanto que Gala se ha mordido la lengua. Mi hermana nos observa cuando Ernesto y yo nos saludamos con cortesía, pero con cientos de cuchillos a punto cortar el ambiente. Nunca nos caímos bien. Y ahora nos damos dos gélidos besos mientras Tito se viste más rápido que un rayo y baja las escaleras con auténtica euforia por pasar tiempo con su padre. La que se avecina.

—Menudo impresentable —digo cuando ya se han marchado y nos quedamos Gala y yo solas.

En parte porque necesito decirlo y en parte porque quiero provocar de alguna forma a mi hermana, que explote de una vez, que me hable de él y que le ponga a parir. Algo que no sea gritar por todo menos por lo que realmente le duele. Que lo saque.

Pero ella tiene otros planes.

—Pues para ser un impresentable bien que te le has tirado al cuello.

«¿Cómo?», pienso. Y giro la cabeza hacia ella con tanta tensión que creo que me hago una contractura. Abro la boca e intento decir algo, pero estoy tan alucinada que no me salen ni las palabras.

—Pero Gala… —Es lo único que alcanzo a decir.

—Pero ¿qué? —espeta—. ¿Tú ves normal levantarte cuando solo llevas camiseta, con las bragas bien a la vista, sonreírle como si fuera lo mejor que has visto nunca y plantarle dos besos que parecían un puto morreo? ¿¡Te parece normal!?

—Pero ¡qué dices! —exclamo perpleja.

—¡Que os vayáis los dos a la mierda, eso digo!

Me entran ganas de abofetearla con el tostador, pero intento mantener la calma por no subir más la absurdez del momento.

—Gala, estás nerviosa, histérica, y es normal. Estás cabreada y llena de rabia. Tu ex se planta aquí con la tía por la que te dejó para llevarse a tu hijo sin avisar y es totalmente natural que te joda y te cabree. Estás pagándolo conmigo y no me importa. Puedes seguir haciéndolo todo lo que quieras, soy tu hermana, pero piensa que todas esas tonterías que dices solo son invenciones que hace tu cabeza para aumentar la rabia y justificarla. Páralo, Gala.

—Oh, ya entiendo —ríe con sorna—, que ahora la cerebrito mosca muerta es psicóloga también. ¡Cómo se me había olvidado!

—Pero ¿de qué vas?

—¿De qué vas tú? Vienes aquí pavoneándote de tu vida, haciendo miguitas con el maestro, poniéndole ojitos como una adolescente babosa y paseándote en bragas delante de mi marido. Eres patética, Alicia. ¡Patética!

—Pero ¿¡qué te ha dado!? —grito—. He saludado a Ernesto por educación, sin el menor gesto de cariño porque ¡no se lo tengo! Si iba en camiseta es porque ¡estaba así cuando ha entrado de sopetón! No me pavoneo de mi vida y si le hago ojillos adolescentes a quien me sale del moño es mi problema. ¿¡Cuál es el tuyo, joder!?

—¡Que te den! ¡Me largo a trabajar!

Y coge la puerta, la cierra de un portazo que hace retumbar toda la casa y se va, dejándome a mí con tal cara de gilipollas que no sé si reír o llorar. Empezamos bien el día. Miro hacia mis piernas: la camiseta

que llevo me llega hasta más allá de los muslos. No se ven las bragas. Aun así, me la estiro para bajarla un poco más.

No es que una discusión con mi hermana me ponga triste y me estropee el día, para qué vamos a mentir, pero tampoco me deja con buen sabor de boca. Supongo que en todas las familias pasan estas cosas y hay días en los que la tirarías por la ventana, pero no te queda otra que capear el temporal y seguir hacia delante. Por eso los familiares son los lazos más fuertes que una puede tener; en realidad son las únicas personas que saben en su totalidad cómo eres, cómo reaccionas, cómo sientes y con quienes te muestras tal y como necesitas, sin filtros. Dejan que des rienda suelta a lo que sientes, por retorcido e hiriente que sea. Nos toleran por obligación, pero nos toleran.

El caso es que tampoco quiero llamar a Gala para ver qué tal está pasado un rato, eso empeoraría las cosas. La conozco y se vendría muy arriba. Mi hermana es obcecada. De esas personas que, aunque saben que han hecho algo mal, solo por no reconocerlo siguen empeñadas en que está bien y no las sacas de ahí. Lo más probable es que cuando la vea actúe como si nada. Y mañana será otro día. Y así toda la vida. Aguantando el carácter difícil de mi hermana, que es igual que el que tenía mi madre. Jesús, qué cruz. Pero no quiero darle vueltas, así que decido calzarme mis cómodas cuñas, una falda larga tan naranja que parezco el butanero e ir a dar una vuelta por el pueblo a hacer fotos. Sí, fotos. Es uno de mis pasatiempos. He hecho varios cursillos de fotografía y tengo una buena cámara, así que de cuando en cuando me gusta ir a algún sitio, o pasear por la ciudad, y perderme en paisajes e imágenes. Me abstraigo y desconecto de todo así.

El pueblo está muy bonito en primavera y en verano. La alcaldesa cuida mucho el turismo estival y engalana los balcones de las casas más pintorescas con geranios enormes, con farolas *vintage* en las calles, con los musgos verdes que se cuelan entre las paredes y que dan ese aspecto de pueblo bucólico de época. Qué bonito es. Foto. Parezco una guiri más en mi propia casa.

Cuando he hecho varias fotos de las calles más vistosas, decido alejarme un poco y adentrarme por los caminos que rodean el pueblo. Están llenos de pequeños rincones donde he pasado mi infancia, donde he jugado, me he caído, he descubierto mundo y desde donde soñaba con salir de aquí. Así que como voy pensando en mis cosas, no me doy cuenta de una piedra traicionera en medio del camino que me hace tener un traspiés y, con las cuñas, se me tuerce el tobillo de tal forma que termino en el suelo. Maravilloso.

Me duele un huevo, joder. Y perdón por el taco, pero es que me

duele un huevo. Se me está hinchando el tobillo derecho y apenas me puedo poner en pie. Es apoyarlo y zas, al suelo otra vez. Espero que sea solo una contusión y no esté roto, pero a ver qué hago yo *in the middle of nowhere* con el tobillo del tamaño de un jamón. Pues llamar a mi hermana, que no me lo coge porque está enfadada como una mona. Otra vez. Nada. Le mando un wasap. No tengo cobertura de datos y no le llega. Me muevo un poco a la pata coja. Me caigo otra vez. Y maldigo mi vida. Así que hago la única cosa que se me ocurre hacer, aunque me muero de vergüenza. Bueno, en realidad, no.

—Yo creo que no está roto —dice Jaime al palparme el tobillo con suavidad.

—Espero que no, porque lo que me faltaba es pasarme el verano aquí con una escayola.

—Vamos —dice mientras me ayuda a levantarme—, he tenido que dejar el coche en la entrada del camino porque no cabía, pero no son más que cuatro pasos. Iremos al ambulatorio.

—Gracias por venir, Jaime. De verdad que siento haberte llamado, pero mi hermana no lo cogía y no sabía a quién más acudir.

—No tienes nada que agradecer. —Sonríe a la vez que vamos agarrados conmigo a la pata coja—. No tengo nada mejor que hacer que recoger paseantes que van con tacones por los caminos.

—Son cuñas —espeto—. Comodísimas.

—Entiendo. —Y noto que le divierte la situación.

—Jodido neorrural —refunfuño.

—Sí, sí, pero la que va con tacones, perdón «cuñas», por un camino de tierra eres tú. —Hace una mueca burlona que me hace reír.

Nos montamos en el coche camino al ambulatorio del pueblo, pero Jaime cambia de idea y decide ir directamente a la ciudad, donde hay un hospital, para que me puedan hacer radiografías.

—Así nos quedamos tranquilos —dice.

—No es necesario que me acompañes, Jaime, ya llamo a un taxi o algo.

—Tarda más el taxi en venir y volver que yo en llevarte. No te preocupes.

—Pero…

—Pon música y calla un poco, anda. —Sonreímos cuando me saca la lengua.

La Bien Querida y sus «Poderes extraños» suenan en la radio y de alguna forma pone banda sonora a las miradas de soslayo que nos dedicamos, a las sonrisas furtivas o a nuestras manos que intentan acercarse con cualquier excusa. Él. Yo. Ninguna palabra. Todo el sol.

Mi hermana me telefonea mientras estamos en la sala de espera de urgencias. Me llama torpe y cuelga. Fría como el hielo. Sigue enfadada y a mí me da bastante por saco.

—¿Todo bien? —pregunta Jaime cuando cuelgo.

—Sí —asiento con poca convicción.

Jaime me coge de la mano. Las miro entrelazadas porque me sorprende y porque no entiendo muy bien el gesto, pero lo cierto es que me gusta y me reconforta, así que se la aprieto fuerte y él lo hace más. Lo miro desconcertada, intensa y sincera, a lo que él me sonríe con la boca cerrada, asintiendo a algo que no sé qué es, pero que me hace sentir en casa.

Qué miedo.

Qué puto miedo.

—No hay rotura ni fisura —dice el traumatólogo de urgencias—. Tan solo ha sido la contusión.

Así que me ponen una venda y al rato me dan el alta. Pero, en lugar de volver al pueblo, como se ha hecho tarde, decidimos quedarnos a comer en la ciudad. Eso sí, antes de nada, entramos en la primera zapatería que veo, donde me compro unas sandalias planas entre risas ahogadas de Jaime y miradas asesinas mías.

—Podemos intentar comer ahí mismo —señala un restaurante que está justo enfrente de la zapatería—. Así no andamos.

—Perfecto. Invito yo, por la molestia.

—Que no es molestia —recalca.

—Lo que sea. Pero invito yo.

Jaime pone los ojos en blanco y entramos en el restaurante, siempre agarrados y yo moviéndome a la pata coja.

—¿Y cuando empiecen tus vacaciones te irás a Zaragoza o a algún sitio? —pregunto mientras comemos.

—A Zaragoza en verano ni de coña; es un puto infierno. No sé qué haré todavía. Supongo que iré unos días para ver a mi familia, aunque mis padres son muy viajeros y, desde que se jubilaron, se pegan unas vueltas por medio mundo dignas de ovación, así que no sé bien qué marcha llevarán este verano. Yo también soy muy trotamundos y el año pasado recorrí en un par de semanas el Reino Unido en furgoneta, pero esta vez voy más jodido de pasta así que creo que me quedaré en el pueblo.

Sonreímos.

—¿Y qué tal ese viaje al que fue tu hogar?

—Muy positivo. Estuve por muchos sitios que no había pisado y que tenía pendiente, lo que fue genial porque lo cierto es que es un país que me gusta mucho. —Baja la cabeza—. Pero seré sincero y

confesaré que también hubo momentos de recordar las cosas desagradables que quedaron ahí.

—Tu novia y tus no-amigos.

—Más que ellos en concreto, la sensación de decepción en sí. La ruptura con mi ex quedó más que superada hace años, y lo mismo el resquemor hacia los que creí mis amigos, pero cuando pisé los lugares en los que había vivido me percaté de lo presente que aún estaba el miedo a que la gente a la que quieres se distancie por completo de ti. —Mira a lo alto—. Entendí que mis no-amigos, como tú los llamas, se posicionaran hacia un lado, y eso no me dolió para nada, pero no que desaparecieran del todo como si yo nunca hubiera estado en sus vidas, y más cuando sabían que estaba solo en un país extranjero.

—Siento que te cruzaras con gente así, Jaime. —Le acaricio la mano por encima de la mesa, sin pensar.

—Me quedo con lo bueno. —Aprieta mi mano y sonreímos—. Es algo que comprendí en el viaje. No hay nada como viajar para reencontrarte contigo mismo y confirmar que has tomado las decisiones correctas.

Yo bajo la mirada.

—¿Fue dura la vuelta de Manchester?

—No, al contrario. Me costó readaptarme unos días, pero no lo pasé mal porque estaba muy seguro de lo que hacía. Vivir fuera durante mucho tiempo es muy duro, y si no tienes algo que te agarre y te compense, se hace muy cuesta arriba.

—Totalmente de acuerdo. —Sonreímos, cómplices.

—Supongo que la clave para no pasarlo mal y no arrepentirse de las decisiones es madurarlas mucho y ser muy realista tanto con los motivos por los que las tomas como con las posibles consecuencias.

—Creo que estoy en ese punto. Me he cansado un poco de dar vueltas —me sincero—. Y desde que le diagnosticaron el alzhéimer a mi madre, ya no vivo tranquila allá.

—Siento lo de vuestra madre. Tiene que ser muy duro, tan joven, tan precoz.

—Lo es. —Me encojo de hombros—. Es injusto que le haya pasado tan pronto y que no haya podido ni disfrutar de su nieto. Pero, como decía siempre mi padre, no podemos anclarnos en lo injustas que son nuestras circunstancias. Toca hacerles frente y no hay más.

—Eso es cierto. —Sonríe con pena—. Y en cualquier cosa que pueda ayudar, no tienes más que pedírmelo.

Y por la mirada y los gestos que le acompañan, sé que es sincero y me enternezco. Él aprieta mi mano otra vez.

—Gracias, Jaime. Con la adoración que Tito te tiene ya haces más

que suficiente. No sé cómo saldrá él de todo esto. Tiene todas las papeletas para salir en *Hermano mayor* cuando cumpla los diecisiete. —Río con pena.

—Bueno, tiene una situación difícil, desde luego, pero saldrá adelante. Los niños se adaptan a las cosas más rápidamente que los adultos, y Tito es muy inteligente. Y tiene una madre que está al pie del cañón y una tía a la que adora. No para de hablar de ti en clase, ¿sabías?

—¿En serio? —pregunto con un deje de orgullo.

—Claro. Yo creo que eres su inspiración. Como una especie de hermana mayor en la que fijarse. Quiere ser como tú y vivir en el extranjero. ¿Qué tal se vive en Hamburgo, por cierto?

—Extraño a ratos. Pero no es una ciudad muy grande, así que es manejable. Y es muy bonita.

—¿Tienes gente ahí? ¿Novio, amigos? —pregunta mirando hacia el plato.

—No, nada de eso. —Sonrío y él más—. Bueno, tengo colegas del trabajo, gente con la que tomarte algo que también es de fuera, pero…

—¿Pero?

—No sé. —Frunzo los labios—. Son relaciones algo frías, con poca, digamos, complicidad. De irte de copas tras el trabajo o de hacer alguna cena en casa, pero poco más. Yo intento que sean más profundas, ojo, pero no terminan de ser íntimas y al final te hacen sentir un poco más sola de lo que ya estás.

—Eso suele ser común en los sitios donde no tienes raíces. Se establecen relaciones con una conexión…

—… extraña —interrumpo.

—Sí. Y débil. Una conexión débil. Me pasaba lo mismo en Manchester, exactamente igual. Y lo peor es que no puedes forzar esas conexiones porque son tan débiles que se rompen con tan solo soplar.

—Supongo que por instinto de supervivencia te aferras a ellas vistiéndolas de amistad cuando en realidad no lo son. Pero, bueno, es lo que hay y está bien también. No serán mis amigos del alma, pero son mi gente allá. Nos hacemos la vida un poco más fácil. ¿Y tú, tienes gente aquí? ¿Novia, amigos?

Y creo que ambos nos echamos a reír en silencio.

—No, tampoco. Bueno, el pueblo en sí es un amigo que no te deja mucho solo, aunque me pasa un poco como a ti, tienes gente con la que hacer cosas, pero nada más. Y por mí está bien. En Zaragoza tengo a mis amigos de siempre, pero, aunque nos vemos a menudo, en realidad estamos cada vez más dispersos y no es lo mismo que antes.

—La edad adulta.

—Así es.
—Estoy segura de que eres un buen amigo, Jaime.
—Y yo diría lo mismo de ti.

Cuando llegamos de vuelta al pueblo estoy cansada y tengo el tobillo como un botijo. Me duele menos, eso sí, gracias a los calmantes que me he tomado y la pequeña gran euforia que llevo por haber estado tan a gusto con Jaime en todo momento. Conectamos, eso es cierto. Y nos sale una confianza no forzada que es un auténtico gustazo. Fluimos, sin plantearnos más. Así que cuando Jaime aparca en la puerta de mi casa, me ayuda a subir las escaleras y a acomodarme en el sofá con la pierna en alto y hielo sobre la hinchazón.
—No sé si hará mucho ya, pero menos da una piedra —dice.
—Calla, no me hables de piedras. —Reímos.
—¿No hay nadie en casa?
—Mi hermana llega en un par de horas y Tito está con su padre. No sé a qué hora vendrán.
—Entonces me quedo a hacerte compañía.
—No hace falta, Jaime. Ya has hecho mucho por mí hoy y no quiero molestarte más.
—No es molestia, Wonder Woman. —Me saca la lengua y yo le hago una mueca burlona.
Nos pasamos el resto de tarde en el sofá charlando, cómodos el uno con el otro, con Natalia Lafourcade en mi reproductor y con decenas de sonrisas que se nos escapan de las manos. Tiene una sonrisa bonita. Simétrica y tierna. Como la de un niño en verano. Y no puedo dejar de mirarla.
Cuando mi hermana llega a casa, me pregunta cómo estoy —no lo ha hecho en toda la tarde— y le da las gracias a Jaime por ayudarme, muy educada y cortés. Al poco rato, Tito entra en casa, sin bajarse su padre del coche esta vez, emocionado por haber pasado el día con él, y Gala no pone muy buena cara. Jaime entonces se despide y yo estoy por gritarle que no se vaya dejándome sola con esa loca de atar, pero me contengo. Así que, cojeando, le acompaño a la puerta.
—Gracias de nuevo por todo, Jaime. De verdad.
—Ha vuelto a ser un placer pasar el día contigo. —Sonreímos—. Nada que agradecer.
—Hasta la próxima, entonces —digo.
Jaime se acerca a mí y me da un beso lento en las mejillas. Me coge de la mano mientras lo hace y yo acaricio su cintura, hasta que nos percatamos de que estamos demasiado pegados como para no

continuar y nos separamos sin muchas ganas.

—Mañana me paso a ver ese tobillo.

—Aquí estaré.

Sonreímos y, ahora sí, se da media vuelta y se monta en su coche. Yo cierro la puerta y subo las escaleras a la pata coja con una sonrisa bobalicona que no me quita ni la matraca que nos da Tito en la cena contándonos su increíble día, que ha ido a pescar, que ha hecho una excursión y no sé cuántas cosas más. Y todo aderezado con continuos comentarios acerca de lo simpática que es la novia de papá y qué cariñosa es la novia de papá y que la novia de papá me ha hecho un barco de papel.

—Ya vale con la novia de papá —espeta Gala con mucha saña, dando un puñetazo en la mesa que nos asusta a todos.

Tito me mira con lágrimas en los ojos, sin entender muy bien qué ha pasado.

—Venga, cariño —le digo—, vamos a la cama.

Mi hermana se queda sentada como una estatua. Yo me levanto y cojo en brazos a un Tito todavía asustado. Se agarra a mi cuello con mucha necesidad y lo llevo hasta su habitación, disimulando el pellizco de dolor que causa su peso en mi tobillo. Cuando llegamos, le abro la cama, lo meto ahí e intento hablarle.

—¿Por qué se ha enfadado mamá? —dice entre lágrimas.

—No se ha enfadado contigo, renacuajo. —Le revuelvo el pelo—. Pero quizá sea mejor que no mencionemos a la novia de papá durante un tiempo. ¿Lo entiendes?

Tito asiente sin entender mi indicación, pero no sé muy bien qué decirle o cómo abordar este tema. Qué complicado es ser padre y qué complicado es explicar según qué cosas a un niño. Y yo no tengo ni rodaje ni experiencia así que, tras un silencio incómodo, comienzo sin más a contarle su cuento favorito, que era también el mío cuando me lo narraba mi padre: la historia de un niño que se llamaba Tito (claro, cambio el nombre) y que iba a las ferias con sus amigos. Todos tenían miedo de montarse en una noria gigante menos él, y cuando bajaba, todos le aplaudían y le llamaban valiente y querían ser sus amigos. El mismo cuento repetido una y otra vez. Día tras día. Mi padre, digo. Qué cosas los padres. No se les escapa ni una.

Ha tardado casi una hora en dormirse el pobre. Entre la emoción del día, el berrinche y que era más pronto de su hora, estaba como para ponerse a bailar samba en lugar de soñar con angelitos, pero, bueno, ha caído. Así que salgo de su habitación con cautela porque no sé qué me encontraré. Y cuando llego al comedor, Gala está viendo la televisión, pero ausente, con los ojos enrojecidos de llorar y la luz

apagada. La miro apoyada en el quicio de la puerta y siento una pena infinita por ella. Por lo que está viviendo y porque no es capaz de sacarlo fuera. Se lo está comiendo todo sola. Su maldito orgullo está acabando con ella. Y yo solo rezo por que saque de una vez todo lo que lleva dentro; que grite, que llore y maldiga. Que le insulte, que la insulte y que rompa cosas. Que se emborrache, que se tire a un desconocido y que discuta. Que reaccione. Que se enfrente a lo que siente con valentía. La valentía de reconocer que no estás bien y mostrarlo al mundo. Esa es la gente fuerte para mí, esa es la que siempre gana: los que enseñan cómo son sin importarles parecer débiles. Porque todos lo somos en muchos momentos. Dejemos de fingir lo contrario.

—Gala —susurro cauta. No me responde.

Me acerco a ella y me siento a su lado.

—Tenemos que hablar —le digo.

—Estoy muy cansada, Ali. Me voy a la cama. —Se levanta.

—Pero…

—Estoy agotada —sube el tono.

—Está bien. Estoy aquí.

Mi hermana asiente perdida y se va. Yo me quedo diez minutos más hasta que me vence el sueño también y subo a mi cama. Vaya día. Vaya día de todo. Día de mierda, día genial. ¿Se puede tener todo eso junto? Sí, si sois como yo y no podéis tener una mísera semana normal. Pero voy a intentar quedarme con lo bueno. Voy a intentar obviar que no sé cómo ayudar a Gala y que estoy muy preocupada por ella y por mi sobrino. Voy a pensar en Jaime y en esos labios gruesos, en esa sonrisa sincera, en esos ojos azules, en cómo me coge de la mano, en cómo huele, en cómo se ríe de las historias que le cuento y en cómo me gusto cuando estoy a su lado.

Sí. Mejor voy a pensar en eso.

9

Las personas que vuelven a ti

Ayer no viniste —me dice mi madre con tonito reprobador.

Qué jodida; no se acordará de quién soy, pero lo de echar broncas con un leve levantamiento de ceja al mínimo fallo no se le ha olvidado.

—Me torcí el tobillo y no pude venir. Lo siento, mamá.

—Pues no viniste.

La que es madre es madre siempre ¿eh?

—No, no vine. Pero hoy sí. Hale, vamos a dar un paseo. No hace una mañana para quedarse en casa.

—Quita, quita. Yo no salgo.

—Que sí, mamá. Además, la Tomasa se ha ido a la ciudad hoy y no te la vas a encontrar. —Sonrío.

—Ah, pues vamos.

Mi madre me agarra del brazo para sujetarse y yo le acaricio la mano mientras paseamos por el pueblo a paso de pulga, que hoy llevo el tobillo fenomenal, pero no es cuestión de forzar. Ella lo mira todo con los ojos muy abiertos en un intento por ubicarse, pero a la vez es como si supiera perfectamente qué calle está cruzando. Es curioso cómo su mente se debate entre saber dónde está y querer olvidarlo. Eso sí, el paseo termina pronto porque a mí se me empieza a cargar el tobillo, así que le sugiero volver. Pero no es tonta la tía, y me pide ir a comer un helado. Y quién soy yo para llevarle la contraria. Decido ir a por Tito antes, porque había quedado con mi hermana en que yo volvía pronto para cuidarlo esta mañana de domingo, ya que ella tiene que hacer unos recados para aprovechar que con la llegada de los primeros turistas algunos comercios están abiertos.

Así que, media hora después, mi sobrino, mi madre y yo nos sentamos en una de las terrazas de la plaza mayor a comer un helado. Tito se va a jugar al parquecillo que hay justo enfrente en cuanto se lo termina, y mi madre y yo nos quedamos sentadas en un banco del mismo parque al sol.

—Qué bien se está aquí —dice.

Yo la miro y le cojo la mano. Ella me corresponde, supongo que porque en su mente le ha cogido cariño a esa desconocida que va a verla cada día.

—¿Alicia? ¿Alicia Sierra? —me interrumpe una voz femenina.

Me giro hacia la chica que se ha plantado frente a mí y que me mira de arriba abajo sin disimulo.

—¿Berta? —pregunto cuando la reconozco.

Ella asiente sonriendo y a mí se me pone la misma sonrisa genuina sin pensarlo. Jo-der. Berta y yo fuimos al colegio y al instituto juntas. Era la única persona que me hablaba y yo a ella. Éramos dos marginadas de manual; ambas objeto de las burlas o los menosprecios de nuestros compañeros, liderados por Ramón. Pero éramos amigas, sí. Pasábamos todo el tiempo que podíamos juntas, casi siempre soñando estar lejos de ahí y rodeadas de otra gente. Es curioso cómo las dos deseábamos tener amigas porque en el colegio y el instituto no las teníamos, sin percatarnos de que ya nos teníamos la una a la otra. Parecía como si nuestra amistad no nos fuera suficiente. Y es que nos centrábamos más en los que nos daban la espalda que en quienes no nos la daban. Supongo que ambas queríamos que todos los que nos odiaban nos quisieran, sin importarnos quién nos quería de verdad. Una extraña forma de gestionar una amistad; pero a esto lleva la inseguridad y el rechazo: a no saber centrarte en lo bueno. Además, después del instituto, yo me fui a Madrid y ella a estudiar a Barcelona, así que ninguna de las dos supo mantener la relación en unos años en los que todavía no había wasap. Nos distanciamos hasta diluirnos, sin más. Pero, eso sí, siempre la recuerdo con mucho cariño, así que cuando la tengo aquí plantada con una sonrisa sincera igual a la mía, no puedo evitar abrazarla con emoción.

—¡Dios mío! —dice.

—¡Joder!

Nos echamos a reír, nos miramos un segundo y nos volvemos a abrazar entre risas.

—Habrán pasado, ¿cuántos? ¿Quince años?

—Sí —digo emocionada.

—No me lo puedo creer. ¡Pero si estás igual! Bueno, igual no, estás…

—Sin aparato. —Suelto una carcajada y ella sigue mi ejemplo.

—Me refería a más, no sé. Más moderna y joven.

—Tú estás estupenda, Berta. ¡Madre mía!

—Bueno —se toca la tripita—, mi tercero tiene seis meses y esto no vuelve a su sitio ni de lejos, pero hago lo que puedo.

—¿Tu tercer qué?

Se echa a reír.

—Mi tercer hijo, Alicia.

—¡La Virgen! —chillo—. ¡Tres! Pero ¿cómo?

—Pues papá puso sin querer una semillita en mamá, mamá casi se

la corta de cuajo y ambos maldijeron el «antes de llover, chispea».

—Madre mía.

—Eso mismo. —Y me doy cuenta de que estamos hablando con esa complicidad que tienes cuando sientes que no ha pasado el tiempo y parece que te viste ayer—. No tengo tiempo ni para ir al baño tranquila y no recuerdo la última vez que dormí dos horas seguidas, pero estoy contenta.

—Ya, poco a poco, dicen. Me alegro mucho, Berta.

—¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? Sé que vives en Hamburgo. —Para mi vergüenza tiene más información sobre mí que yo sobre ella. Ya sabemos: cuando me fui no quise saber nada de nadie y mi familia, que intuía el percal, jamás hizo mención alguna sobre lo que hacía la gente de aquí.

—Sí, y contenta también. He venido a pasar el verano con mi hermana y mi sobrino.

—Ah, ya. Me enteré de lo de tu hermana. Qué pena.

Asiento.

—¿Y esta quién es? —pregunta mi madre.

Berta se le acerca y le sonríe.

—¿Ya no se acuerda de mí, Úrsula? ¡Con la de veces que me daba pan con Nocilla para merendar!

—Ah —dice mi madre, y Berta y yo nos miramos cómplices.

—Oye, pues si vas a estar aquí todo el verano, deberíamos quedar y vernos. Ya sabes, ponernos al día y esas cosas, ¿no? Yo ahora vivo aquí.

—¿Aquí, en el pueblo? —y lo pregunto asustada.

Ella se ríe.

—Sí, hija —dice con resignación—. ¡Tenemos que ponernos al día sí o sí!

—Vale, te doy mi teléfono y me escribes cuando quieras. Casi seguro que no tengo nada que hacer.

—Eso está hecho. —Sonríe—. He de irme, ¡pero de esta semana no pasa!

Asiento y ella se aleja. Yo vuelvo a sonreír a mi madre, pues noto algo que no acabo de saber qué es, pero que me hace sentir bien. Muy bien.

—¿Y ese crío de ahí no estaba con nosotras? —señala a Tito.

No recordará quién es, pero no le ha quitado ojo ni un solo segundo. Qué cosas el instinto.

10

Los demonios

Gala ha venido a comer un poco más calmada que ayer. Ha pasado a ver a mi madre antes, mientras yo hacía la comida, y verla de buen humor la ha debido de ablandar, porque hasta me ha dicho que mi presencia le está viniendo bien. Uau. Comemos en paz. Aunque lo bueno dura poco, porque parece que, tras la siesta, mientras yo leo *La buena letra*, de Chirbes, tumbada en la hamaca de la terraza del salón, se ha despertado con el cierzo soplando en su cabeza de nuevo.

—Tengo que irme a la tienda a terminar unos pedidos y hacer unos papeles —me dice seria—. Échale un ojo al crío hasta que vuelva.

—¿Tienes que trabajar en domingo?

—Es lo que tiene ser autónoma —espeta.

—¿Estás bien? —Me incorporo en la hamaca.

—No, Alicia, no estoy bien. Y deja de preguntármelo. La respuesta es no. Siempre.

—¿Quieres hablar de ello?

—Que no, joder.

—Vale, vale.

—Tengo que irme.

Mi hermana la ostra.

Aprovecho y voy a la cocina a servirme un té con mucho hielo y una rodajita de limón. Intento no hacer ruido para no despertar a Tito, que duerme tan plácido en el sofá del salón que da gusto hasta mirarlo, y vuelvo a la sombra de la hamaca en la terraza. Pero, antes de llegar a mi pequeño paraíso, el timbre de la puerta suena. Tito ni se inmuta.

—¡Hola! —saludo con una sonrisa genuina cuando abro la puerta y lo veo ahí, tan rubio, tan guapo, tan sonriente.

Viene con Lennon, que me ladra cariñoso y yo le acaricio dándole mimos.

—Hola. He venido a ver qué tal va ese tobillo.

—Hola, neorrural. Subid. Estaba en la terraza.

—¿Lennon también?

—¡Pues claro!

Me lo agradece con una sonrisa y yo cojo al perro.

—¿Quieres beber algo? ¿Un té helado? —digo mientras subimos las escaleras.

—De acuerdo.

Le pido que me espere en la terraza mientras preparo el otro té y saco unas galletitas en una bandeja intentando que no se me caiga nada, que con lo ágil que soy y lo coja que voy, tengo todas las papeletas de tirarle encima el té a mi sobrino, que sigue dormido. Dejo la bandeja en una mesita con cuatro sillas que hay en la terraza y entrecierro la puerta para amortiguar el ruido. Jaime se sienta en una de las sillas. Yo hago lo mismo y Lennon lo olisquea todo.

—Este sitio es increíble —dice al mirar hacia abajo, donde está el jardín en todo su esplendor.

—Lo es. Antes no era así. Cuando éramos pequeñas, me refiero.

—¿Esta era vuestra casa? —asiento—. ¿Y qué sientes al estar aquí y verla cambiada?

Entrecierro los ojos, porque nunca me lo había preguntado. Nunca me había parado a pensar cómo me sentía al estar en la casa que me vio nacer y crecer cuando está tan distinta. Tengo este hogar tan metido dentro, tan arraigado en mí, que me da la sensación de no estar en él porque hay partes que no reconozco. Me siento aquí en mi habitación, que está igual, o en la cocina, que apenas ha cambiado. Y me doy cuenta de que siempre proyecto esta casa como lo que fue y no como lo que ahora es. La he anclado a mí, aunque ya no me pertenezca. Qué cosas las casas. Cuando se convierten en hogares dejan de ser paredes para transformarse en vida.

—Es raro —respondo—. Pero mi habitación está intacta, al menos. Lo que pasa es que está tan bonita que… qué puedo decir.

—¿Qué tal el tobillo?

—Superbién. La verdad es que apenas me ha molestado, salvo un ratito esta mañana cuando he ido a dar un paseo con mi madre. Ah, por cierto.

Me levanto un segundo y voy a la cocina a buscar un paquetito que le encargué a mi hermana de su tienda.

—Toma. —Se lo doy—. Un detalle por socorrerme ayer. —Sonrío.

—¡Vaya! Gracias. No tenías por qué.

Es una caja de tamaño medio con tres botellas de aceites de la zona y tres tarritos de distintas mermeladas artesanas, tipo gourmet, que mi hermana vende a precio de oro y que yo religiosamente pagué.

—¡Qué buenos! Gracias.

—A ti, Jaime.

—¿Tata?

La vocecita de mi sobrino asobinado asoma por la puerta de la terraza y está para comérselo, con la carita hinchada y los ojos entrecerrados.

—¡Ey! Ven aquí, dormilón.

Tito viene corriendo a mis brazos sin percatarse de la presencia de Jaime. Está en ese punto cuando te despiertas de un profundo sueño en el que solo quieres un abrazo y muchos mimos, así que lo subo a mi regazo y lo balanceo mientras me lo como a besos.

—Hola, campeón —le saluda Jaime.

—Hola —contesta tímido al verlo.

Sé que le hace ilusión. Creo que lo tiene como una figura masculina referente, ya que su padre siempre ha pasado bastante de él.

—¿Quieres que te haga la merienda? —le pregunto cariñosa. Tito asiente.

—¿Qué vais a hacer hoy? —pregunta Jaime.

—Pues… —Me encojo de hombros—. No hemos pensado mucho.

—¿Qué os parece si vamos de excursión?

—¡Hala! ¡Sí! —responde Tito emocionado.

Jaime me sonríe y yo me lo quiero comer.

—Podríamos ir por el camino hacia la ermita del otro día, pero desviándonos antes hasta llegar a…

—El pantano —termino la frase.

—El pantano —asiente con la cabeza contento—. Podemos alquilar una barca a pedales o un kayak.

—¡Jo, sí! ¡Venga, vamos! —dice Tito eufórico.

—Espera, renacuajo. Hay que llamar a tu madre para que se venga.

—¿Y si no quiere venir?

—Si no quiere venir —le dice Jaime—, no pasa nada. Lo guardamos para otro día y hoy hacemos otra cosa.

Entro dentro para llamarla y casi me tiembla la mano. Dios, con lo rancia que está seguro que dice que no, se cabrea encima por haberlo propuesto y la que se come el marrón de explicárselo a Tito soy yo.

—¿Ocurre algo? —responde nada más descolgar.

Yo le cuento el tema con la mayor delicadeza que puedo e intento que lo vea como algo que nos divertirá a todos.

—A mí me queda un rato aún, pero id vosotros; así Tito sale un poco.

—¿Seguro?

—Que sí, de verdad.

—Bueno, pues entonces le doy la merienda y vamos, ¿vale? Te mando fotos.

—Vale. Pasadlo bien.

Vuelvo a la terraza.

—Ha dicho que no puede venir, pero que vayamos nosotros. —Y los gritos de mi sobrino se oyen en Sebastopol.

Empieza a dar saltos y a corretear como un loco. Madre mía los críos, venga a comprarles regalos para que sean más felices y lo único que quieren es que pases tiempo haciendo cosas con ellos.

—Oye, ¿quieres que le digamos a algún niño que venga también? —pregunto cauta.

Jaime me mira suspicaz y yo a él. Cómo entendemos esa mirada. Cómo la entendemos.

—No —responde Tito más serio.

—Pues hale, ¡vamos! —digo con una palmada al aire para cambiar de tercio, y subimos a las habitaciones a cambiarnos y coger lo necesario a toda prisa.

—Mejor vamos en coche por la carretera —dice Jaime cuando ya salimos de casa—. Tu tobillo lo agradecerá.

Así que nos montamos en el coche y en quince minutos llegamos a un pantano enorme y bastante profundo. Además, como tiene fácil acceso tanto por carretera como por camino, está muy transitado y viene mucho turismo, lo que ha favorecido que se monten actividades acuáticas, un restaurante y hasta un pequeño camping. Yo venía mucho aquí con mis padres y mi hermana. Me encantaba ir en una de esas barcas a pedales a recorrer el pantano, aunque me daba una pena infinita pensar que bajo esas aguas hubo una vez un pueblo lleno de gente y de vida que un día desapareció y se quedó expropiado, vacío, lleno de lágrimas de los vecinos que abandonaban su hogar y que ahora lo veían cubierto de agua. Qué dura fue la vida hace no tanto tiempo. Y cuánto se nos ha olvidado ya todo eso.

Decidimos alquilar un kayak durante una hora. Yo voy en medio, Tito va en un extremo y Jaime en el otro, con Lennon detrás ladrando contento y a la vez temeroso. Me encantan los perros y su lealtad hacia su dueño, a quien siguen a todas partes sin ni siquiera planteárselo.

—¿Seguro que Lennon estará bien ahí? —Me preocupo.

—Seguro. —Jaime me tranquiliza con su voz calmada.

—¡Venga, vamos! —implora Tito.

Pues nada. Nos pegamos una hora rema que te rema por el pantano para así vislumbrar los rincones con los que te topas una vez te alejas un poco. Jaime le va contando historias a Tito sobre la vida en los pueblos de antaño y cuando nos alejamos demasiado, damos marcha atrás. Hay un momento en el que Tito está parloteando con Jaime y yo me pierdo un poco. Dejo de remar porque estamos semiparados, disfrutando del paisaje, y yo me abstraigo en esas aguas y en todo lo que me rodea. Y, salida de no sé dónde, tengo una inexplicable sensación de paz. Por estar en un sitio que me dio tantos buenos

momentos. Por estar en un lugar bonito. Por ver sonreír a mi sobrino. Por verlo sonreír a él. Por sentirme relajada, yo que nunca suelo estarlo delante de la gente, aunque la conozca. Y no es por timidez, que tampoco pasaría nada, pero no es por eso. Es por inseguridad, por pensar que meto la pata, que no soy bien recibida, que no estoy en igualdad de condiciones porque yo me empeño en no estarlo. Y, aunque sonrío, me río, soy cortés y dicharachera, nadie diría todo lo que barrunta mi cabeza cuando hablo con alguien. Lo cierto es que intento controlar tantos miedos que termino sintiéndome una extraña dentro de mi propia cabeza. Qué complicadas somos las personas y qué complicados son nuestros procesos mentales. Al final, ¿quiénes somos? Somos aquello de lo que huimos al apagar la luz, supongo. Pero aquí no me pasa eso. Con Jaime no me pasa eso. Con Berta no me ha pasado eso. Respiro y sonrío.

—¡Mamá, mamá! —grita Tito cuando baja del coche, ya en casa, y Gala nos espera en la puerta. Sonriendo. ¡Sonriendo! Sacad el Champín.

Se abalanza sobre ella y creo que es un poco lo que mi hermana necesitaba también. Ese abrazo sincero de su hijo. Esa emoción por verla y contarle atropellado algo que le hace ilusión. Esa necesidad de ella. Y lo sé porque veo cómo sus ojos se vuelven brillantes y dan cobijo a lágrimas que nadie más que yo ve, pero que están ahí. Me enternezco mucho. Y me siento mal por tener poca paciencia con ella o ser un poco tocapelotas. Solo es una mujer que atraviesa un momento muy difícil que no sabe cómo gestionar. ¿Quién no ha estado así alguna vez?

—¿Lo habéis pasado bien?

—¡Superbién! —dice Tito.

—Ha estado genial —interviene Jaime—, y Tito se ha portado como un campeón. —Le mesa el pelo.

—Gracias, chicos —dice Gala aliviada—. Esto merece una cena en el jardín, ¿no creéis?

Me gusta la idea. A Jaime también. Le apetece. Me apetece.

—Claro.

Cenamos en el jardín que mi hermana engalana para la ocasión al encender unas lucecitas y algún farolillo. Se escucha también el sonido del aceite hirviendo o el tintineo de platos y cubiertos que provienen de otras cocinas y otros jardines. Algún grito de «¡A cenar!», alguna pequeña discusión sobre quién pone la mesa o algún bebé llorando. Una vecindad que en Hamburgo no se tiene. Estamos a gusto, sí. Mi hermana se ríe y a mí me encanta que vaya lidiando con sus sombras

y que esta noche esté mejor. Jaime no me quita ojo y yo tampoco le escatimo sonrisas, porque se nos escapa la complicidad que no sabemos de dónde ha salido, pero que está ahí. Tanto que, cuando terminamos la cena y el postre, mi hermana sube a acostar a Tito y me guiña un ojo malicioso que no nos pasa desapercibido a ninguno de los dos.

—Tardaré un rato —dice—. Hoy toca doble sesión de cuento.

—¡Bien! —responde Tito con cero ganas de dormirse.

A Jaime se le escapa una sonrisa y yo le pregunto si quiere algo más, pero niega con la cabeza.

—Entonces ven —le digo.

Él frunce el ceño, pero me sigue escaleras arriba, hasta llegar a la pequeña terraza abuhardillada que hay al lado de mi habitación. Enciendo unas lucecitas con forma de piñas que coloqué cuando llegué y pongo bajita música en mi teléfono. Todo está oscuro y las luces apenas dan un tenue resplandor, por lo que se ven las montañas inhiestas en una noche nublada. Suena L.A. y su famoso «Stop the clocks», y pienso que a mí también me encantaría parar los relojes y quedarme aquí, en esta terraza, con Jaime apoyado en la barandilla y conmigo en esta inusual sensación de calma.

—A estas horas el jardín es para mi hermana y sus demonios —susurro—. Así que yo suelo terminar los días aquí.

Jaime me da un golpecito en el hombro con el suyo y nos quedamos apoyados así, muy pegados.

—Los demonios suelen encontrarse cómodos en la oscuridad —dice—. Pero es necesario escucharlos para saber qué tienen que decirnos y así poder dejarlos marchar.

—¿Cuáles son tus demonios, Jaime?

—¿Mis demonios? —asiento—. Que no logro hacer todas las cosas que quiero hacer, por ejemplo. —Se encoge de hombros—. Que tengo la sensación de que pierdo el tiempo. Que estoy solo y a veces preferiría no estarlo. —Sonreímos, tímidos—. Que soy un mal hijo que ve menos de lo que podría a sus padres. —Reímos en silencio—. O que me cabrea demasiado que me den la espalda.

Frunzo los labios.

—Lo siento.

Él niega con la cabeza.

—¿Cuáles son los tuyos?

—Creo que comparto los tuyos. ¿Sabes? Esta mañana me he reencontrado con una amiga de la infancia a la que hacía años que no veía y ha sido… —suspiro—. Yo la quería mucho y nos llevábamos muy bien, pero cuando me marché de aquí rompí con todo, sin ni

siquiera pensar en cómo mantener aquella amistad.

—Son cosas que pasan. A veces necesitamos romper con todo lo que nos rodea para poder recomponernos nosotros mismos. Es duro. Y doloroso. Y dejamos al otro lado cosas buenas sin darnos cuenta. Pero es la única manera de seguir adelante.

Asiento y, sin pensarlo, apoyo mi cabeza en su hombro. Él me da un beso en el pelo y su mano se posa en mi cadera. Y yo me acurruco más en él. Nos quedamos así el resto del tiempo: callados, semiabrazados y mirando las montañas que se adivinan en plena noche. Ese abrazo es nuestra forma de exorcizar a los demonios del otro. O a los propios. Como si no quisiéramos decirnos el «buenas noches» que viene poco después y prefiriéramos quedarnos así, pegados, protegiéndonos el uno al otro, parando los relojes en momentos que jamás deberían correr.

11

Las pequeñas sonrisas por recuerdos felices

Cada día, cuando vengo a ver a mi madre y cruzo el largo pasillo hasta llegar a su habitación, tengo una sensación de culpa que a veces hasta me ahoga y hace que ralentice mis pasos de forma inconsciente. Me siento culpable por muchas cosas y, aunque en el día a día acallo esa sensación, siempre hay un momento en el que aflora inevitable. Me siento culpable por haberme ido de aquí, aunque sea algo ilógico e irracional, porque una parte de mí piensa que abandoné a mi familia y, sobre todo, a mi hermana cuando empezó el declive de mi madre. Este es un tema tabú entre nosotras y que lo sea alimenta todavía más mi culpa. Me siento culpable también por no estar más con mi madre mientras aún puede, por lo menos, pronunciar palabras. Y me siento culpable cuando pienso que jamás va a mejorar, que solo va a ir a peor, y que no quiero que la agonía final se alargue, por ella y por mi hermana. Aquí es cuando me tengo que parar, agarrarme a alguna barandilla del pasillo, mano en pecho, y respirar muy hondo para tragarme mis lágrimas.

Entonces, cuando me recompongo un poco y avanzo hasta la puerta entreabierta de su habitación y la veo ahí sentada rayujeando, sonrío con pena porque la echo terriblemente de menos. Y aunque huele a mi madre, habla y se mueve como ella y me mira con esa mirada tan suya, no reconozco a la señora que está frente a mí. Y esto me asusta. Me hiere. Me da rabia y pena. Y me duele que alguien que lo ha dado todo por las personas a quienes ha querido, que ha luchado por sacar a su familia adelante y que ha sacrificado su bienestar por el de sus hijas, termine sus días así, sin recuerdos. Qué triste. Qué duro es que esa persona que siempre estaba a tu lado, que pensabas que iba a estar ahí de por vida, mire tu cara y no sepa quién eres o que coja tu mano y no reconozca tu tacto. Ya no somos madre e hija; somos dos desconocidas. A mi madre ya la he perdido. Y yo ya he llorado mucho su marcha.

Era muy guapa de joven. Mi madre, digo. Mi hermana es clavada a ella. Ambas tenían ese halo atractivo que gustaba a la gente sin que tuvieran que abrir la boca. Ambas eran tan magnéticas que todo el mundo las quería sentadas a su lado en una mesa. Se pasaban el día entre risas sonoras y con una complicidad que yo jamás sentí con ninguna. He de reconocer que muchas veces sentí celos, aunque no sé

si de mi madre, de mi hermana o de ambas. Yo siempre me sentí la extraña de la familia, la que se pegaba el día con las narices en un libro y de la que todos se sentían muy orgullosos por sus notas, pero a la que consideraban como alguien raro que no terminaba de encajar ahí. Y no es que lo piense yo; es que mi hermana me llegó a decir en una de nuestras múltiples broncas juveniles que se avergonzaba de mí porque no casaba con su popularidad. Cosas de hermanas, supongo. Ya avisé que no somos ni amigas ni enemigas. Solo somos parte de la misma familia.

Mi madre no era una mujer fácil, a pesar de sus múltiples virtudes y sus grandes esfuerzos. Una cosa no quita la otra y las personas somos complejas y contradictorias. Tenía un carácter explosivo, lleno de altibajos emocionales que, en su caso, llevaba a menudo al extremo. Como Gala. Crecimos entre gritos descontrolados, objetos que volaban sin previo aviso y la constante cantinela de que no éramos suficiente algo. Suficiente guapas, suficiente listas, suficiente obedientes, suficiente alegres, suficiente tristes… Suficiente algo. Siempre había alguien que sí llegaba a esos cánones, claro, y si no hacía una encarnizada comparación entre Gala y yo, la hacía con una vecina, una amiga o una prima. Alguien era mejor que nosotras en algo. Crecimos con eso. Y con eso seguimos.

Pero ella no se acuerda.

Quizá eso sea su bendición.

—Hola, mamá —digo canturreando al entrar.

Le doy un beso, pero no reacciona. Tiene la mirada perdida en la pared y parece que hoy será uno de esos días en los que su cabeza tiene más sombras que las pocas luces que le quedan.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto. Sin respuesta—. ¿Quieres que salgamos a dar un paseo?

Después de tres o cuatro preguntas inútiles más, me doy cuenta de que hoy va a ser complicado que vea luz. Miro la hora: solo llevo cinco minutos.

—Parece que va a llover —digo al asomarme a la ventana—. A papá y a mí nos encantaba la lluvia. Me acuerdo de que, cuando había tormentas de verano, papá me sacaba al jardín y nos poníamos a corretear y a jugar empapados, muertos de risa, y tú nos esperabas dentro de la casa con una infusión caliente para que no nos resfriáramos a cuarenta grados. ¿Te acuerdas, mamá?

Mi madre me mira con cara de «y a esta qué le ha dado». Yo siento una ternura que me invade al recordarlo. Me encantaba perderme entre los bosques cuando había tormenta, ver el bamboleo de los árboles contra el viento huracanado que precede a la lluvia; bailar al

son del olor de la tierra mojada y dejar que la humedad bañara mi pelo. Mi padre se reía conmigo y mi madre pensaba que estábamos locos. Quizá lo estábamos, sí; pero qué felices éramos en esos momentos.

Sonrío. Porque hacía años que no recordaba algo tan banal pero que me llene tanto el pecho. Aunque sea de nostalgia; porque la nostalgia es una señal de que hubo un buen pasado.

Y cuando alzo la vista tras divagar, me doy cuenta de que mi madre sigue concentrada en la pared, pero tiene una leve sonrisa que le cambia el rictus. Quizá sea por algo que ha visto o porque en su cabeza ahora mismo la Tomasa tiene una almorrana, pero quiero creer con tanta fuerza que sonríe porque le he hablado de mi padre y de un recuerdo feliz que me aferro a esa idea, y nada ni nadie me la podría quitar.

Mi madre. Cuánto la he echado de menos desde que nací.

12

Mi persona favorita

Hay algo que los que no tenemos hijos odiamos por encima de casi todas las cosas, pero lo disimulamos bien: ir a ver a nuestros sobrinos a sus festivales escolares de fin de curso. Bueno, a mí me encanta ver a mi sobrino, ¿eh? Me ilusiona verlo disfrazado de girasol haciendo nada, pero tragarme tres horas de niños con los que no tengo parentesco vestidos de leones, langostas o cantando y bailando las canciones del verano, pues no tanto. Es un rollo, seamos sinceras.

Aun así, aquí estoy, en el colegio de Tito viendo a todos los críos en su teatro y aplaudiendo como una loca cuando terminan. Todavía estamos a finales de mayo y quedan muchos días de clase por delante, pero así son algunos pueblos: hacen lo que quieren, cuando quieren y mejor pronto que tarde. Cuánta prisa para algo que a casi todos nos da pereza. Eso sí, cuando sale Tito soy como una *groupie* porque silbo, animo, grabo en vídeo y casi hasta me emociono al verlo con la carita pintada de marrón, una cartulina amarilla alrededor de la cabeza en forma de pétalos y con una camiseta y pantalón verdes a modo de tallo. Mi pequeño girasol; el más guapo y el único que sabe mover los bracitos bien, dándole profundidad a su personaje, como habíamos ensayado.

—¿Te emocionas con el girasol? —susurra entre risas tras de mí Jaime.

—Soy como la madre de la Pantoja ahora mismo, cállate.

Se ríe más y yo con él.

—Yo soy fan de la que hace de cigarra.

—¿Es una cigarra? Pensaba que era un disfraz de mosca —me burlo.

—No seas maligna, que me costó sudores hacer las jodidas alas.

—¡Ah, que son alas! —Me hace una cosquilla secreta en la cadera —. Ahora en serio: está genial, Jaime. Es una currada increíble la que os pegáis para contentar a unos padres que no siempre os lo valoran.

—Gajes del oficio. —Me guiña un ojo—. Oye, Alicia, tras el festival nos vamos todos los compañeros a tomar algo para celebrarlo, ¿te apuntas?

—¿Yo? ¿Y qué pinto ahí?

—¡No seas boba! Vienen los maestros, pero también sus parejas o amigos. Somos cuatro gatos, así que todo el mundo es bienvenido.

—No sé, Jaime. No conozco a nadie.

—Me conoces a mí. En serio, vente. Será divertido.

Suspiro. Y lo raro es que digo que sí.

—Vale, voy entonces.

Asiente con una sonrisa y me dice que tiene que irse a organizar a las langostas entre bambalinas. Ay, mi maestro de ceremonias.

Gala no deja de abrazar y achuchar y besuquear a su girasol. Y yo me emociono porque la veo tan orgullosa de Tito; tan pendiente de él, aunque esté medio loca; tan preocupada. Ay, las madres.

—Gala —le digo por lo bajini—. Me voy de cañas con los maestros. Jaime me ha invitado, así que no cenaré en casa.

—Toma, toma —dice con tonito guasón—. ¡A ver si culmináis de una vez, que irse de cañitas todos los días no está dando resultado!

Le pego un manotazo que la hace reír.

—¡No seas boba!

—Claro que sí, mujer. Sal y diviértete. Pero lo que sea en su casa, ¿eh?

Me saca la lengua y yo me río. Está de buenas hoy. Y es tan simpática cuando no tiene esos fantasmas en la cabeza. La Gala que todo el mundo adora, pero que solo Tito y yo conocemos bien. Ay, las hermanas.

He tenido tiempo de darme una ducha y arreglarme un poco para la cena, cañas o a lo que sea que voy con los maestros. Tampoco es que me haya puesto mis mejores galas, pero algo más que los típicos pitillos y camiseta sí: un vestido largo estampado con escote triangular en pico. Sandalias planas, cazadora vaquera, un poquito de brillo en los labios, dos capas de rímel y lista.

—¡Se te ven las pechugas! —Se ríe mi sobrino al verme.

¡Será *hijoputa*!

—Y a ti se te ven los mocos.

Me río por dentro y bajo las escaleras deprisa porque llego tarde al bar donde hemos quedado. Cuando Jaime me ve, sonríe y se acerca enseguida a mí para darme dos besos, a la vez que me coge de la cintura.

—Pero qué guapetón te has puesto. —Y lo está con sus vaqueros modernos, camisa arremangada y esa sonrisa perenne.

—Le dijo la sartén al cazo. Estás muy guapa, Alicia. —Me encojo de hombros—. Ven.

Me presenta a la gente, aunque él tampoco los conoce a todos porque hay muchos acompañantes. «Qué curiosa cena de empresa», pienso. Al final, todos se juntan con todos y es más la excusa para salir

a tomar algo. Una pequeña gran familia, el pueblo. Enseguida parloteamos con una cerveza en la mano y disfruto de estar tomando cañas, aun con desconocidos. Sonrío, me río, escucho atenta o explico cosas de mí, y Jaime no me quita ojo en ningún momento ni yo a él. Ni tampoco retira la mano de mi cintura cada vez que se posa en mí de cuando en cuando. Y viceversa. Parecemos una incipiente pareja que no puede tener las manos quietas, pero creo que ninguno de los dos nos lo planteamos; lo necesitamos así y no pensamos más. «Ay, Jaime, solo hace unas semanas que te conozco y ya estamos así». Meneo la cabeza.

—¿Por qué niegas? —me susurra con sonrisa cerrada.

—Estaba pensando que apenas hace tres semanas desde que nos conocemos.

—¿Solo? —asiento—. Pues parece que sea más.

—Lo parece, sí.

—Eso es porque cuando congenias con alguien desde el primer minuto, todo fluye más profundo y a la vez más rápido.

—Congeniar, ¿eh? —digo socarrona con la valentía que dan dos cervezas.

Él se ríe y me agarra de la cintura sin ningún disimulo.

—Digamos que eres mi persona favorita en este momento.

Nos miramos tímidos, pero cargados de intensidad.

—Lo mismo digo, Jaime. Eres mi adulto favorito.

Volvemos a sonreír y alguien nos interrumpe porque nos vamos a cenar ya. El plan era tomar unas cañas y lo que surgiera, y ya sabemos cómo son las cosas: lo que surja es cena, copa, copa y…

—Se me hace tarde —digo al mirar el reloj—. Y mañana madrugo para llevar a Tito al cole, y de resaca no es plan.

—Me voy contigo. Mañana tenemos que trabajar.

—Ya lo veo.

Reímos porque están todos distendidos, compartiendo copas, confidencias y bailes improvisados. Jaime y yo nos hemos sentado juntos a la mesa, claro, y nos hemos pegado la cena y las copas entre susurros, risas disimuladas de bromas que solo sabíamos nosotros, miradas de soslayo entre sorbos de vino y roces con cualquier excusa. El tonteo, vaya. Y con dos copas de más.

Llegamos a mi casa y no sé bien qué hacer. Me explico: sé bien qué hacer, pero no sé si quiero hacerlo. ¿No es complicar las cosas? ¿Y septiembre? ¿Y si va mal? ¿Y si…?

—¿Nos vemos mañana? —Jaime interrumpe mis pensamientos que parece que también han sido los suyos.

—Seguro que sí.

—Hasta mañana entonces, Wonder Woman.

—Hasta mañana, neorrural.

Nos reímos y nos damos dos besos de despedida, que nos saben a muy poco. Pero es mejor así, porque septiembre implica muchas cosas y todas son demasiado inciertas. Y ambos lo sabemos.

Más o menos.

Porque cuando estoy con la llave en la cerradura de la puerta, Jaime, que ya se había dado la vuelta, me sorprende al agarrarme de la cintura y girarme hacia él. Nos miramos, ambos llenos de dudas, ambos muy seguros. Subo mis manos por sus brazos y llegan hasta enroscarse en su cuello. Me da un beso lento en la mejilla que va bajando con otro y otro y otro hasta llegar a la comisura de mis labios. Dios, no debería, pero los entreabro y paso mi lengua por ellos. Jaime suspira. Yo suspiro. Y la persiana de la vecina de al lado se sube con rapidez y la vemos asomarse a la ventana sin ningún disimulo.

Nos separamos por instinto entre sonrisas cómplices. Mañana medio pueblo se habrá montado su película, pero nos da bastante igual. Aun así, se nos corta el rollo con la «vieja del visillo» ahí mirando.

—Solo le falta sacar palomitas —susurro.

Y Jaime se ríe.

—Será mejor que me vaya —asentimos.

—Hasta mañana, Jaime —me despido, pero no le suelto la mano.

—Que descanses.

Nos soltamos las manos y, ya sí, entro en casa, sigilosa como una gata para no despertar a nadie, meterme en la cama y dormirme con una sonrisa en la cara. Otra vez.

13

Quemar lo malo

Vaya por Dios, hoy estoy tristona. Llevaba tantos días de subidón continuo que todavía estoy más mohína con la bajada. No es por nada en especial, ojo. O, a lo mejor, porque he visto a mi madre de nuevo ausente esta mañana; o porque Gala está de muy mal humor de nuevo y he discutido con ella a la hora de comer por una chorrada; o porque hoy en el colegio apenas he podido saludar a Jaime ya que estaba ocupado con unos padres. Será por lo que sea, pero llevo toda la tarde repantingada en el sofá mientras Tito juega a la consola en un día feo y gris, medio nublado, medio lluvioso, sin mucho que hacer aquí. 1 de junio. Voy a morir.

Cojo el móvil y trato de entretenerme con él. Miro los wasaps. No hay nada. Qué depresión. Mando yo alguno y me contestan, pero mensajes tipo telegrama: «Yo muy bien, ¿y tú qué tal en tu casa?». Pues aburrida, copón. También aprovecho las horas muertas para pensar un poco qué hacer con mi vida. Ya ha pasado un mes desde el despido y, aunque sigo con las espaldas cubiertas y con el paro exportado aquí, no puedo permitirme dormirme en los laureles: tengo que buscar trabajo. El problema es ¿dónde? ¿En Hamburgo o aquí? En el fondo sé la respuesta desde hace tiempo, pero me falta un empujón para salir de la zona de confort en la que todos nos metemos.

—Hale, Tito, acaba ya que tenemos que ir a buscar a tu madre a la radio.

—Jo, espera.

—No, renacuajo, que como lleguemos tarde me cuelga.

—Pues ve tú y yo me quedo aquí.

Me echo a reír. Pero lo sopeso también. ¿Yo con seis años me quedaba sola en casa? Yo con seis años iba a todas partes sola, tampoco será para tanto. Pero no, claro, que un poco de responsabilidad parental sí tengo.

—Termina la partida o te la termino yo —espeta la protomadre que llevo dentro.

—Se te da fatal ponerte seria, tata. Tienes que aprender de mamá.

Jodido mocoso. Resoplo y refunfuño un «ñiñiñiñiñi» que le hace reír más.

Pero por fin nos levantamos y nos encaminamos al ayuntamiento a ver si han salido del programa de radio. Ha parado de llover, pero

hace frío hoy, y a las nueve de la noche de un día entre semana no se ven ni las lagartijas por la calle. Sin embargo, qué sensación de seguridad. Me imagino sola por una desértica calle de Madrid o de Hamburgo y no hay color. Aquí no se conocen ni el miedo ni el peligro, y no va nada mal. Eso sí, grito del sustaco que me da un gato callejero peleándose con otro, ante las risas de mi sobrino por oírme chillar. Será mamón el crío.

—Mira, ahí están. — Tito señala al grupo de contertulios que se agolpan en la puerta.

Entre ellos, mi hermana y, ay, qué bien…

—Ey —me saluda Jaime con una sonrisa que no pasa desapercibida a nadie, pero pronto Gala y los demás vuelven a lo suyo hablando de a saber qué apasionante tema.

—Hola. ¿Qué tal el programa de hoy? —le pregunto contenta.

—Bien. Como las fiestas patronales serán en unos días, hemos debatido si es mejor orquesta o disco móvil. —Alza las cejas dos veces y yo me río.

—A vuestro lado la Cámara de los Lores son una panda de aficionados, ¿eh? —le digo sarcástica.

—¿Qué tal va el tobillo?

—Ah, perfecto. —Frunzo un poco el ceño con la pregunta, porque nos hemos visto todos los días desde la caída y ya sabe que está curado.

—Genial, porque —se rasca la cabeza—, bueno, había pensado que podríamos hacer cosas. Tú y yo. —Nos ponemos un poco rojos, porque me da que esas «cosas» que a ambos se nos pasan ahora por la cabeza implican, cuando menos, prescindir de la ropa… Pero, sin embargo, añade rápido—: Y Tito, claro. En plan excursiones, salidas a otros pueblos de la zona y demás.

—Eso estaría mejor que bien.

—Sí, ¿eh? —asiento—. Entonces tendré que comprar muchas tiritas y agua oxigenada para una *wonder woman* con tacones y tendencia a caerse.

—Y yo las cantimploras y la ropa de travesía más *cool* de The North Face para andar cinco minutos por un sendero asfaltado, neorrural.

Le saco la lengua.

Los contertulios comienzan a despedirse y disiparse. Mi hermana y Tito se van a dar un paseo madre-hijo y, poco a poco, la plaza se vacía de gente. Jaime y yo nos miramos con sonrisas cerradas porque sabemos, sin decirlo, que ahora iremos a tomar algo mano a mano, como hemos hecho estos últimos días, aunque esta vez con un prebeso latente que es posible que mute en algo. Pero antes de decidir qué

hacemos, una figura emerge de la puerta del ayuntamiento, tambaleándose. Es Ramón, parece ser que se ha quedado rezagado. Le acompañan esas risotadas de persona soberbia que se oyen a kilómetros, y desde dentro se escucha otra risa amortiguada de alguien que le sigue la tontería, como siempre. Lo miro un segundo y supongo que, si no sabes quién es, podría pasar por un simple chico de treinta y tres que aparenta cuarenta y cinco.

—¡Hombre! —grita al verme y alarga la «e» final—. Si está aquí…

—Qué tal, Ramón —digo muy tensa antes de que él suelte algún adjetivo descalificativo.

—Pues bien. Qué, ¿os venís al bar de Quino a echar unos chatos?

Y el aliento que desprende me deja claro que no será el primer trago de vino que pimple hoy. Jaime me mira escondiendo una risa que a mí me hace sonreír más.

—Otro día —digo tajante.

—¿Tienes que irte a estudiar o qué, Sierra? —Y suelta otra carcajada como si hubiera dicho algo tan gracioso que ni *La hora chanante*.

Ni me molesto en responder, claro está, y solo sonrío irónica, aunque es tan corto que ni lo pilla. «Joder, Ramón. Hasta me das pena». Eso sí, no negaré que también me tenso un poco, porque me incomoda la situación y más delante de Jaime, que me sorprende al posar su mano en mis hombros.

—¿Nos vamos, Alicia?

Le respondo con una sonrisa.

—Sí, vamos. Hasta otra, Ramón. —Y este se queda con cara de panoli sin entender nada.

—Adiós, adiós —responde.

—Hasta el miércoles —le dice Jaime.

Y nos alejamos con su mano todavía alrededor de mis hombros.

—Creo que me he emborrachado con solo olerle el aliento —dice Jaime.

—Es un gilipollas de manual.

—Algo había notado. —Sonríe—. Oye, Alicia, ¿quieres que vayamos a…?

—Sí —digo sin pensar, sin saber cuál va a ser su propuesta.

Los dos nos sonreímos y avanzamos unos pasos. Su mano se acomoda más en mis hombros y de ahí me rodea el cuello. Y yo no puedo estar más cómoda.

Decidimos ir a cenar a un restaurante famosete del pueblo, pero no de los que están en la plaza mayor, sino en el recoveco de una calle. Hoy, con el fresco y el poco turismo, casi todos los bares han cerrado

y el que elegimos está vacío, así que nos atienden enseguida y pronto terminamos una cena de platos típicos de la tierra regados con buen vino. En una extraña calma siendo dos extraños que cada vez se conocen más. Y eso me da tanto sosiego como pánico.

—Alicia —dice tras dar el último trago de café, una vez terminada y pagada la cena.

—Jaime. —Alzo una ceja. Y saboreo también mi café.

—Ramón y tú no os lleváis bien, ¿no?

Frunzo un poco el ceño.

—No lo había visto desde hacía quince años, así que no nos llevamos, pero no. No es precisamente santo de mi devoción, desde luego.

—Algo me había parecido. Y —carraspea— ¿es por algo en concreto? ¿Quizá pasó algo entre vosotros?

—¡Qué dices! —Río incrédula—. Solo imaginar a esa mole respirando a mi lado me entran ganas de vomitar, Jaime.

—¡Vale! Calma.

—Perdona. —Me pongo un mechón de pelo tras la oreja. Y como llevo un par de copas de vino y ya sabemos que desatan la lengua, todo me da un poco igual—. Ramón y yo íbamos juntos al colegio y al instituto. Y, bueno, él era el popular cabroncete medio psicópata y yo la empollona con gafas y aparato. —Hago una mueca sonriendo—. Junta estos dos clichés obvios y tienes la respuesta.

—Entiendo. Es ese tipo de persona, está claro. Pero ya ves adónde has llegado tú y adónde ha llegado él.

—Yo no he llegado a ninguna parte que no haya llegado él, Jaime. Tengo, bueno, tenía un buen trabajo y una relativa tranquilidad económica, sí, pero como mucha gente… Hasta él mismo, con las tierras y el patrimonio que tiene su familia. Además, para mí tu profesión, tu sueldo o tus logros académicos no miden el éxito o el fracaso.

—¿Y qué lo mide?

—La calidad de las personas que te rodean y quieren estar contigo —digo más seria de lo que pretendía.

—¿Cuándo vas a venir a dar una charla al colegio? —Sonríe y yo suelto una carcajada inocente.

—En serio, Jaime, mi vida es muy poco interesante.

—Pero tú sí lo eres.

Yo niego y escondo una sonrisa tímida.

Él me mira unos segundos en silencio, tras los que se levanta de la mesa y me ofrece su mano.

—Ven.

—¿Adónde? —Frunzo el ceño.
—A mi huerto.
—¡Tanta sutileza no, por favor!
—Anda, ven —dice riéndose.

Acepto su invitación, cojo su mano y, con los dedos entrelazados, ponemos rumbo a la noche cerrada, como dos adolescentes que se alejan un poco del pueblo para pegarse un magreo. Porque el huerto de Jaime, o, mejor dicho, los cien metros cuadrados de tierra alquilada donde Jaime planta tomates y pepinos, está a unos cinco minutos por un camino de tierra. Yo tengo el corazón a punto de explotar durante todo el trayecto, qué queréis que os diga, porque entre las copas de vino que saludan chisposas en mi cabeza, la barba más espesa que lleva hoy Jaime, sus ojos azules que destacan en la oscuridad, su olor y que seguimos con las manos entrelazadas, pues estoy con el intenso subido. Y sé que no puede pasar nada, que no debe pasar nada, porque a estas alturas no es plan de enredarse en algo que se va a romper en septiembre cuando me vaya, así que ¿para qué empezarlo y sufrir?
—Esta vez no te caigas o ya verás qué risas llevándote a caballito sin ver nada.
—¡Serás marrano! —Le doy una palmada en el hombro y él me acaricia el cuello para darme un beso en la mejilla después.
Llegamos al huerto, que está rodeado de más parcelitas alquiladas con una caseta cada una para guardar los aperos necesarios, y Jaime saca de ella un par de pequeños taburetes de madera que coloca en un extremo.
—Siéntate un minuto.
—A sus órdenes.
Jaime entra y sale de la caseta con varios troncos, algunas maderas pequeñas y una pastilla de hacer fuego, que coloca delante de mí.
—¡No! ¿Vas a hacer una fogata?
Él sonríe.
—Anda, deja que te ayude.
Me levanto y entre los dos disponemos todo para encender un fuego. «Hola, somos unos *boy scouts* de pueblo». Hacía años que no encendía una hoguera, pero enseguida compruebo que no he perdido práctica y que el aventurero del programa *El último superviviente* estaría orgulloso de mí. Por fin, las llamas cogen ritmo y pronto las chispas comienzan a crepitar y a consumir la leña.
—Ven, siéntate —me dice.
Me siento en el taburete y me abstraigo mirando el fuego, que

empieza a dar calor, mientras Jaime vuelve a la caseta y sale con una botella de vino sin etiquetar que algún vecino le dio para que pasara mejor los ratos a solas en la huerta. Pues muy bien. Se sienta a mi lado y yo lo miro sin entender.

—¿Sabes? —pregunta mientras pone algunas ramitas en el fuego—. Hoy en clase hemos hablado del fuego y ha salido el tema de las hogueras en la Noche de San Juan. Muchos no sabían en qué consiste esa noche porque aquí no hay tradición, así que se lo he explicado y ahora están como locos por que llegue para pedir y quemar deseos. —Sonreímos—. Y como esa noche ya estarán de vacaciones, les he prometido que el último de día de curso lo haremos.

—Eres muy grande, Jaime. —Lo miro tierna.

—Gracias. Así que hoy, aquí —mira en derredor—, vamos a hacer un ensayo. El ensayo de la Noche de San Juan —dice con voz rotunda.

—¿Ensayo de la Noche de San Juan? —Me río—. ¡Estás loco!

Saca de su bolsillo una pequeña libreta que siempre lleva con su correspondiente lapicero y arranca tres hojas que convierte en minúsculos trozos de papel.

—En el ensayo de la Noche de San Juan —dice mientras realiza el proceso con el papel— se hace una hoguera, que ya tenemos, y se escriben las cosas malas que quieres sacar de tu vida para luego tirarlas al fuego y que así desaparezcan.

—Quemar lo malo para que desaparezca. —Bebo un trago de la botella, porque no tenemos vasos—. ¿Así de fácil?

—Así de fácil. Y no oses discutírselo al maestro.

Reímos y me tiende un papelito y el lapicero.

—Bien, entonces, allá voy.

Y comienzo a escribir en el papel: «Las noches frías en verano». Jaime asiente con una sonrisa y yo lo tiro al fuego.

—Tu turno.

Le paso el lápiz y coge otro trozo de papel. Escribe: «Mi casero rácano que me sube el alquiler en verano». Aplaudo y lo tira al fuego. Me devuelve el lápiz y otro papel: «Los michelines», escribo esta vez. Jaime pone los ojos en blanco y yo quemo el papel. «Las resacas», dice él. Al siguiente mensaje que escribo, «La almorrana que me sale cada dos años», le siguen carcajadas de ambos durante casi un minuto.

—Estás como una cabra —me dice.

—Lo digo en serio. No sabes lo que es sufrirlas en silencio.

—Venga, que no pare la fiesta —apremia.

Me quita el lápiz y, ante mi atenta mirada, escribe: «Septiembre».

Los dos nos miramos. Serios, con el pulso acelerado y visible en nuestros cuellos. ¿Lo dice por mí? ¿Por el comienzo del curso? No

quiero pensarlo, pero seguro que lo dice porque septiembre es un mes feo en general.

Mi turno. Y como el vino sube —más— y la cosa se está poniendo intensa, escribo: «Hamburgo». Lo tiro al fuego. Ahí tengo la respuesta que buscaba. Jaime me coge la mano y la besa. Yo me echaría ahora mismo a su cuello y sé que sería bien recibida, pero aun con la incipiente borrachera no quiero enredar las cosas. Eso sí, le acaricio la cara, la barba rubia y él entreabre sus labios.

—Te toca —le susurro y me aparto un poco.

Él me mira con sus labios apretados en una sonrisa y coge el lápiz.

«El acoso escolar», escribe.

Trago saliva. Y como es un tema que me toca la fibra sensible, cuando Jaime va a tirar el papel al fuego, se lo quito de la mano y me levanto para tirarlo yo. De pie. Con rabia.

Jaime me rodea la cintura con sus dos brazos desde atrás y me da un beso en el cuello. Deja apoyada su cabeza en mi hombro y yo cierro los ojos. Le quito el lápiz y otro trozo de papel que sujeta entre sus dedos y escribo: «La soledad». Alzo la mano para tirarlo pero, esta vez, es Jaime quien me lo quita de las manos y lo manda al fuego, ante mi atenta mirada.

«Sentirme por debajo de los demás», escribo.

«No ser buen docente».

«El mal humor de mi hermana».

«Dejar escapar el tiempo en este pueblo».

«La enfermedad de mi madre».

«Que mi gente se marche de mi vida».

«No tener amigos».

«Sentirme solo».

«La soledad de Tito».

«Septiembre».

—Ese lo has repetido —digo en un susurro.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Quizá así tenga más efecto —y lo dice triste.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Alicia.

Mi primera reacción es sonreír emocionada. Mi segunda, asentir entristecida. Yo tampoco lo quiero. Tampoco lo quiero. Tampoco lo…

Entre los dos apagamos la hoguera, recogemos los taburetes y volvemos al frío de la noche y su oscuridad. El camino de vuelta lo hacemos en silencio absoluto, pero abrazados. Él me rodea los hombros. Yo le rodeo la cintura. Dos novios sin serlo que pasean

pegados, muy pegados. Tan pegados. Nos falta un beso, y ambos lo sabemos, como ambos sabemos que antes o después llegará. No será hoy, porque estamos aturdidos y abrumados, pero llegará. Hay cosas que caen por su propio peso, aunque no sepamos si nos van a beneficiar.

14

El salto

Es sábado y tengo el día libre. De ser Mary Poppins, me refiero. De niñera y tal. Y no es que esté dando saltos de júbilo y emoción por no tener que estar con mi sobrino, pero un respiro tampoco va mal, que es muy dura la vida de la canguro. Hoy Ernesto padre ha venido a ver a Tito y se lo lleva a pasar el día con sus abuelos, así que mi hermana respira tranquila porque en la ecuación no cabe todavía su novia. Conclusión: que tengo el sábado para mí.

¿Y qué hago?

Bueno, por la mañana visito a mi madre y doy una vuelta con ella por el pueblo para después volver a casa y hacer la comida para Gala y para mí. Decidimos comer en el jardín porque hace un día estupendo. Luego me fumaré un cigarrillo a solas con el café, porque yo lo valgo, y después…

—Joder, le has echado cebolla a la crema —interrumpe la simpática.

—Un poco, sí, ¿por?

—¿Cómo que «por»? Alicia, odio la cebolla con todas mis fuerzas.

—No me acordaba, perdona.

—Esto no se puede comer, joder.

Alzo una ceja. Y no le alzo la mano porque no me parece de recibo, pero…

—¿Qué te pasa, Gala? —pregunto cansada.

—¡Qué coño me va a pasar! ¡Que llevo todo el día en la tienda con mucho trabajo, que me moría de hambre y que llego a casa y mi hermana prepara lo que más asco me da en el mundo!

Tiro la servilleta con mala leche.

—Gala, no es para tanto. Eres adulta, te la comes y punto.

—¡Ya estamos! La lista dando lecciones de madurez.

—¡Deja de faltarme, coño!

—¡Deja de ser tan sensible, joder!

—A la mierda.

Me levanto y me voy a la cocina a recoger y fregar; lo prefiero antes que estar con esta loca que es *cuatripolar*.

No me dirige la palabra el resto de tiempo, hasta que se vuelve a la tienda, y yo imagino que es porque Tito está con Ernesto y le hierve la sangre y la rabia, pero coño, que pare ya. O que al menos hable del

tema conmigo. ¿Qué hago? ¿Cómo la ayudo? Soy su hermana, no puedo solo estar aquí si lo necesita, ¿no? ¿O sí? Ay, no sé. No quiero pensar. Me largo de aquí y ahora mismo solo me apetece estar en un lugar.

El lugar más bonito que he visto jamás.

«¡Hola! Soy yo. Hoy tengo fiesta de ser la canguro más molona del mundo y he pensado pasar la tarde tomando el sol en una parte del río muy chula que llamamos "el Azud" —somos originales, lo sé— y me preguntaba si te apetecería venirte».

Y envío el wasap.

Dos minutos después, responde con un mensaje de audio: «¡Ey! Me pillas a punto de salir a correr. Sí, soy ese chalado que se va a correr a las cuatro de la tarde con toda la solana, pero me ha dado. Sé qué sitio es y me cuesta unos veinte minutos corriendo. ¿Nos vemos allí? Me dejo el móvil en casa, así que confírmame cuanto antes». Respondo a su audio con otro: «¡Estás completamente loco! ¿Cómo sales a correr a estas horas? ¡Cuánto afán! Vale, nos vemos allí en veinte minutos, si no te has derretido antes por el camino. No te canses e hidrátate». Enviar.

Así que, un poco menos enfadada que hace unos minutos, cojo mis bártulos y voy al río; en coche, eso sí. Pero no voy a la parte donde solía ir a bañarme de pequeña, sino a un azud escondido entre una frondosa vegetación. Un lugar precioso y recóndito al que iba mucho de adolescente a estar sola o con Berta, lejos de miradas y burlas por nuestros cuerpos en bañador. No era la única que conocía el lugar, claro está; todo el mundo en el pueblo se ha bañado cientos de veces en «el Azud», como se le conoce. Sí, sí, ya he dicho que somos originales poniendo nombres. El caso es que muchos de mi quinta venían aquí a magrearse en las noches estivales, pero su difícil acceso hacía que por las tardes no fuera la parte favorita de la gente para bañarse y, por tanto, aquí podía estar tranquila.

No sabría describir bien este lugar. Hay que verlo. Hay que escucharlo. El susurro de las hojas con su vaivén, la cadencia del agua, el sosiego. Este es uno de esos lugares que me suscitan tanta calma que si me preguntaran cuál es el sitio en el que me siento segura y a salvo de cualquier cosa, elegiría este sin ningún atisbo de duda. Es mi lugar favorito del mundo. Un tramo del río cercado por árboles y rocas que le dan forma de un pequeño lago, cuyo azud lo parte en dos en una cascada que lo hace más bucólico si cabe.

Para acceder a él hay que bajar una pequeña colina, o bien tirarse desde la roca que sobresale en lo alto del camino hacia el río, algo que

hacían los adolescentes valientes, como Ramón. Yo lo hice una sola vez, porque me tiré mal y caí con la tripa en un salto del que todavía se están riendo, así que no quise volver a intentarlo. Ni a solas con Berta. Ni a solas conmigo. Pero hoy no quiero acordarme de esas cosas y solo quiero disfrutar de mi lugar favorito en el mundo. El paso de los años y el escaso tránsito han hecho que el sitio tenga más vegetación y menos zona de agua que antes, y que la amplia roca en la que solía tumbarme se haya convertido en un pequeño recoveco en el que apenas cabe mi toalla ahora, pero, aun así, mantiene esa magia y encanto de los lugares perdidos donde siempre puedes encontrarte. Pagaría por tener un sitio así en Hamburgo. Pagaría por sentir más a menudo esta tranquilidad.

—¡¡Joder!! —chillo del susto cuando, salido de la nada, un estruendo sacude el río. Algo ha caído al agua con tal fuerza que todo retumba a mi alrededor. Conozco ese sonido bien. Y no es de algo que ha caído al agua.

Es alguien.

—¡La hostia! —grita al salir a la superficie.

—Procura no darme estos sustos, por Dios —digo con la mano en el pecho riendo.

—¡Coño! —Se asusta él de espaldas a mí, todavía en el agua. Y cuando se gira y me ve, le cambia la cara—. ¡Ya has llegado!

Jaime se aproxima a nado hacia mí.

—¿Por dónde subo? —pregunta perdido al alcanzar la orilla.

Yo me río y señalo un pequeño acceso por la roca en la que estoy tumbada.

—Impresionante salto. —Sonrío cuando llega a mí, aplausos incluidos.

Hago amago de incorporarme pero, antes de mover un músculo, Jaime levanta el dedo índice y se tumba en la parte de mi toalla que ha quedado libre. Respira agitado y mira al cielo con ojos cerrados.

—Gracias. —Jadea—. Un segundo, creo que estoy a punto de morir.

Hace muecas de dolor, agotamiento y frío por el agua congelada, y yo me río. Recupera un poco el aliento y continúa:

—He hecho un *sprint* de la hostia y, para terminar, he querido hacer eso de lo que los chavales tanto hablan: saltar al río desde la roca, pero me temo que me he sobreestimado.

—Qué va, es un salto enorme —digo con fingido halago.

—¡No te rías de mí! —exclama todavía sin aliento—. Joder, ¿eso de ahí es agua o hielo?

—Neorrurales… —Pongo los ojos en blanco—. El río templadito

para cuando vengáis vosotros, ¿no? —Le saco la lengua y él me pellizca el muslo.

—Eres el puto mal.

—¿Lo habías hecho antes? Saltar, digo.

—No, jamás. Pero sí había venido aquí un par de veces porque me hablaron de este sitio al poco de llegar; más los padres de los alumnos que estos mismos.

—Sí, la piscina le ganó la batalla al río.

—Y no entiendo por qué. —Me mira—. Aquí se pueden hacer un millón de cosas más divertidas.

—Nos hemos vuelto borregos alienados por las cosas fáciles —digo sin pensar.

Jaime me mira con un ojo entrecerrado por el sol y pone una mueca orgullosa.

—De verdad, tienes que venir a darle una charla a los chavales.

Nos miramos con sendas sonrisas bobaliconas, se incorpora y se sienta en mi toalla.

—Hola, por cierto —dice divertido.

—Hola. —Le devuelvo la sonrisa—. Casi me matas del susto.

—Lo siento. Pensé que llegaría primero.

—He hecho trampa y he venido en coche. —Le saco la lengua.

—Y luego el neorrural soy yo.

—Na, salir a correr a las cuatro de la tarde con toda la solana y tirarte desde arriba gana por goleada a tópico rural.

—Ya veo. —Chasquea la lengua—. Y tú, ¿te has tirado alguna vez?

—Hace muchos años, pero no salió bien.

Jaime hace una mueca forzada de asombro, seguido por una de las sonrisas más magnéticas que veré en la vida.

—¡Pero eso se dice antes! ¡Vamos!

—¿Cómo?

Me coge de la mano y tira de mí, haciéndome levantar.

—¡Qué haces! —Me río y me pongo en pie para tratar de seguir, descalza, a Jaime, que va con sus zapatillas de running todo mojadas.

—¿Tú qué crees? No puede ser que un forastero lo haga y una autóctona no.

—¡Ni de coña! Yo no me tiro ni loca, y menos con el agua congelada.

—¡No seas cagueta!

—¡No soy cagueta!

—¡Sí lo eres! Vaya *wonder woman* de pacotilla.

Me echo a reír y lo miro con cara desafiante. Que soy cagueta, dice. Doy un paso al frente y cojo su mano.

—Te vas a enterar.

Jaime no para de reírse y yo no paro de tirar de él, hasta que llegamos a lo alto del camino, al lugar del salto, con mis pies raspados y doloridos, por cierto. Respiro hondo al mirar hacia abajo.

—Joder.

—Impresiona, ¿eh?

—Creo que no soy tan valiente y que soy cagueta.

Jaime me mira tierno y, en un segundo, el ambiente cambia. Ya no estamos de risas. Ya no estamos haciendo el tonto con juegos de niños. La tontería se ha convertido en algo más serio porque, con una mirada llena de cariño, hace un gesto que me pone la piel de gallina: me tiende su mano acompañado de una sonrisa cómplice, como diciéndome que tengo que dar este paso y que puedo darlo con él, si quiero. Y sí, quiero. No sé muy bien por qué, pero ni me lo planteo. Me dejo llevar, eso es todo. Y cojo su mano con una sonrisa idéntica a la suya y ambos, sin decir nada más, miramos al frente. Entonces, asiento con la cabeza y damos un salto hacia el vacío entre gritos de euforia y adrenalina.

Catarsis. Eso es lo que siento los escasos segundos que dura la caída. Una extraña y repentina catarsis que me alivia. La velocidad del impulso y el vacío en el aire masajean mi cuerpo entumecido y me quito de golpe todas las cosas que he llevado siempre en la cabeza asociadas a este salto. Un grito eufórico sale de mí justo al zambullirme en el agua, cuya gélida temperatura, lejos de congelarme la sangre, me da una extraña sensación de dejar algo triste atrás.

Y a mi lado, él.

Que no ha dejado de apretar mi mano durante el salto. Que está pendiente de mí cuando caemos al agua y, de pronto, otros dos o tres segundos de caos se adueñan de nosotros. Entonces me mira orgulloso cuando salimos a la superficie y nos echamos a reír, como dos niños cómplices que han hecho algo increíble.

El sol comienza a dejar alguna sombra en el cerco y los sonidos se hacen más sinuosos a nuestra espalda. Nos movemos un poco hasta hacer pie dentro del agua y, como un acto reflejo, como algo natural e inevitable tras el despliegue de adrenalina, nos pegamos y nos abrazamos entre respiraciones agitadas.

—Gracias —le digo con un hilo de voz agarrada a su cuello.

—Eres una valiente —susurra en mi oído.

Yo sonrío, claro, y sus manos acarician mi espalda, lo que me pone la piel de gallina. Nos ponemos serios y nos abrazamos más, hasta que por inercia el abrazo se convierte en caricias en mi costado, en sus hombros, en mi cintura, en su nuca, en mis caderas… Y silencio. Solo

se escuchan nuestros jadeos, que ya no son por el esfuerzo del salto. Todos los sonidos del azud se han detenido ante nosotros, pendientes del espectáculo que damos ahora con las frentes pegadas, los ojos fijos en el otro y las bocas entreabiertas. Nos acariciamos la cara con pequeños toques con la nariz y apenas podemos abrir los ojos. Queremos, no queremos. Pero nuestros labios se aproximan sin hacernos caso y, por fin, enredamos labios, lengua y boca en un beso lento. Muy lento. Y qué bien nos besamos, por cierto. Despacio, muy despacio, nos comemos entre murmullos y caricias, entre el desconcierto y el ansia contenida. Sé que no debería hacerlo, que es complicar las cosas y que no puede salir bien, pero mientras lo pienso encuentro que mi cintura se balancea con la misma lentitud del beso, y que Jaime me la agarra de forma que mis piernas terminan por rodear su cadera.

Sin dejar de besarnos, Jaime camina conmigo en brazos hasta un recoveco que deja la orilla, donde podemos apoyarnos, entre suspiros y ojillos que brillan más de lo que quisiéramos admitir. Cada vez más íntimos. Cada vez más miedo.

Demasiado colosal.

Demasiado todo.

Y me sobrepasa.

—Tengo frío —digo distante.

Me zafo de su abrazo y me encamino a la toalla, con Jaime que me mira todavía desde el agua, desconcertado.

—Alicia —dice Jaime tras de mí mientras me seco rápido con la toalla.

—Sí. —Me pongo el vestido veraniego que traía.

—Alicia, mírame, joder.

Lo miro y sus ojos están encendidos. Me siento culpable porque sé que no lo estoy haciendo bien y que además no es lo que en realidad quiero. De lo que de verdad tengo ganas es de echarme en sus brazos y perderme del todo en él, pero algo que todavía no sé qué es me sobrepasa.

—Lo siento —digo con la voz temblorosa—. Tengo que irme.

Me voy a toda prisa mientras le doy la espalda a un Jaime confuso y enfadado. No puedo evitar un nudo en la garganta que me ahoga y siento que mis ojos no tardarán en llorar.

15

Cómo se deja de ser imperfecto

Dios.

Ahora mismo debo estar en el podio de las personas más cobardes de la tierra. Y también en el de las personas que son la peste.

Y mi cabeza no deja de pensar. «Joder, Alicia. Una cosa es que te entre miedo a algo que te sobrepasa, porque no quieras enredarte en una historia con final infeliz o porque a estas alturas no creas en los amores de verano, y otra muy distinta es reaccionar de una forma tan inmadura y cínica. Joder, Alicia».

Cobardía. Infantilismo. Salir corriendo cuando no controlo lo que sucede. Miedo al fracaso. Miedo al éxito. Inseguridades. Imperfecciones.

Imperfecciones, sí. Las solemos defender como algo natural que está en todo ser humano y declaramos que los demás deben aceptarlas con agrado. No somos perfectos, repetimos una y otra vez como autómatas que han interiorizado un mensaje en forma de frase embutida para justificar nuestros defectos. Y no nos damos cuenta de que así lo único que hacemos es convertirlos en imperfecciones perfectas para camuflar nuestras verdaderas sombras. Aquellas que jamás admitiríamos, las contradictorias, las que hacen daño a quienes nos aman o a nosotros mismos y las que son insoportables, egoístas, infantiles, oscuras o hirientes. De esas también tenemos todos. Solo que de esas no nos sentimos imperfectamente orgullosos. Y cuando salen a la luz, no hay dios a nuestro lado que las acepte, porque duelen. Entonces nos escudamos en la frase embutida para justificar nuestros puñales y no nos percatamos de que somos los primeros que huimos cuando vemos asomar los mismos cuchillos en los demás. Hacemos alegatos a la imperfección, pero no la toleramos cuando la encontramos en otros. Así que, aunque seamos indulgentes al justificar nuestros defectos, al menos deberíamos ser conscientes de que estos nos llevan a cometer errores. Y todos nuestros errores hieren a alguien.

Todos.

Pero por muchos cabezazos contra la pared de la ducha que me estoy dando, nada cambiará el hecho de que me he portado fatal con Jaime y que lo que podría haber sido al menos una bonita amistad se ha ido al infierno por mi culpa. Y lo que más me fastidia es que Jaime

me gusta. Mucho. Me gusto cuando estoy con él y me gusta él cuando está conmigo. No me he parado a pensar en lo que siento a un nivel profundo, porque siempre he creído que esas cosas no hay que pensarlas, sino sentirlas lejos de análisis que lo confunden todo. Y yo sé que siento cosas por Jaime que podrían derivar en algo que no nos podemos permitir. Pero, como inmadura emocional que soy, he elegido la peor forma de cortarlo.

Y recuerdo sus ojos cuando me he ido.

Su cara de decepción.

Entonces noto mis lágrimas mientras me cae el agua de la ducha en el pelo.

Mi puño dolorido de tanto chocarlo contra la pared.

«Monstruos», de Leiva, sonando una y otra vez pone banda sonora a toda mi vida, mi mundo y mi carácter.

¿Por qué? ¿Por qué soy así? ¿Por qué me cuesta tanto abrirme a las personas, al amor y al riesgo que supone conectar con alguien?

Bueno, sé el porqué.

Lo que no sé es el cómo.

¿Cómo se deja de ser lo que uno es porque hace y te hace daño?

16

Las madres que están sin saberlo

Recorro el largo pasillo de la residencia mientras me seco las lágrimas que no han dejado de salir, pero necesito ver a mi madre. No sé por qué, pero lo necesito. Quizá porque la relación extraña que siempre tuvimos sea una de las causas de que esté llorando por las esquinas o quizá porque no he dejado de buscarla desde que nací y me sale de forma inconsciente. Qué difícil y compleja es la relación madre-hija a veces, y nosotras nunca terminamos de congeniar bien. Me quería con todo su ser y yo me sentía muy querida por ella, ojo. Pero ser madre no garantiza que la personalidad de tus hijos vaya a conectar con la tuya, y supongo que ella prefería a alguien más como Gala, que no le daba problemas ni quebraderos de cabeza porque llegaba a casa entre lágrimas cada dos por tres. Como ahora.

—Hola, mamá —digo con voz temblorosa.

—¿Tú otra vez?

—Te echaba de menos. —No puedo evitar sonreír.

—Ah.

Me siento encima de la cama. Mi madre, ante mi sorpresa, se sienta a mi lado y me coge de la mano. Nos miramos sin decir nada, y yo todavía tengo más ganas de llorar por tenerla tan cerca y a la vez tan lejos, como siempre.

—El mal de amores se cura con el tiempo —dice—. No hay otra manera de sacar ese veneno que dejarlo correr hasta que se diluya solo.

La miro entre el asombro y la fascinación. Cómo puede ser tan sabia dentro de sus sombras. Cómo puede conocerme tanto y no reconocerme nada.

—Hale, hale. —Me acaricia la espalda—. Que no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista.

—Ay, mamá. He metido la pata hasta el fondo.

—Ya será menos, que todo en la vida tiene arreglo menos la muerte. Y ya te echarás novio, mujer, que tampoco estás de tan mal ver. —Qué jodida es—. Mira a mi hija Gala, lleva años emperrada con un fantoche que no la quiere y, al final, con el fantoche se ha casado.

—Ya se lo encontrará, ya—digo.

—Uy, eso lo sabemos todos, pero no se lo digas a ella, que es muy terca. Gala siempre fue la difícil de llevar.

La miro.

—¿La difícil? —ella asiente—. ¿La difícil de tus hijas? —vuelve a asentir—. ¿Y la otra?

—Ah, la otra era una balsa de aceite. No daba mal. Gala es que tenía muchos pajaricos en la cabeza y había que tener cuidado para que no se la comieran, pero la otra era más lista. Siempre lo fue.

Niego con la cabeza. Qué mal lo hiciste, mamá. Qué mal.

—Bueno. Se está haciendo de noche —digo al mirar el reloj—. Tito y Gala ya deben de estar en casa y yo debería ir también.

—¿No te quieres quedar a cenar?

—No, gracias, mamá. —Me provoca tanta ternura.

—Pues vaya visita de médico me has hecho.

—Mañana volveré, no te preocupes. Saldremos a tomar un helado, si quieres.

—Ah, bien.

Le doy un beso largo en la mejilla y me levanto.

—Alicia, hija.

Y cuando lo dice me quedo petrificada. Y aunque no es el primer momento fugaz de lucidez que tiene mi madre desde que su alzhéimer avanzó, sí es la primera vez que asocia mi nombre al vínculo que nos une.

—Mamá. —Me acerco de nuevo a ella y me arrodillo en su regazo —. Mamá. —Le cojo la mano—. ¿Me conoces?

—¿Cómo no te voy a conocer si te parí yo? ¿No te acuerdas de ese día?

Sonrío.

—No, no me acuerdo.

—Ah. Pues sí, estábamos ahí las dos.

—¿Y qué hacíamos?

—Nada, ahí estábamos, en el hospital. Yo hacía la cena y tú estudiabas esas cosas con números raros.

Me seco las lágrimas.

—¿Eso hacíamos el día que nací?

—Sí. Ya te lo he dicho.

—Qué entretenidas estábamos.

—Qué otra cosa íbamos a hacer. La cría no paraba de llorar.

—¿Qué cría?

—Mi hija pequeña, que acababa de nacer.

Qué poco dura la alegría en casa del pobre, como decía siempre mi abuela.

—¿Y qué querías decirme ahora, cuando me has llamado?

—¿Ahora?

—Sí. Has dicho «Alicia, hija», cuando me iba.

—Ah, no sé. ¿Sabes? Mi hija Alicia siempre fue la más callada, pero también la más valiente. No dejes de serlo ahora. No tendría sentido.

Asiento ante el mezcladillo de personalidades que ha hecho y me incorporo de nuevo. Le doy un beso en la frente y la dejo descansar, porque supongo que su cabeza echa humo ahora mismo.

Pero le hago caso y no voy directa a casa.

Soy valiente.

No tiene sentido no serlo.

17

Ser valiente

Jaime vive alquilado en un apartamento de nueva construcción a las afueras del pueblo. De esos que intentan mantener el estilo de aldea de montaña, pero que se ve a la legua lo moderno e impersonal. Para mí ese tipo de casas están cojas, sin alma, con un dueño tras otro sin llenarlas de vida. Me dan hasta pena. Las casas que no son hogares son como seres errantes que buscan quien las quiera.

«Madre mía, Alicia».

Respiro hondo y trato de quitarme:

1. Los nervios.
2. La intensidad extrema.

Ninguna de las dos cosas es buena para enfrentarme al desplante que Jaime me hará en cuanto descuelgue el portero automático al que acabo de llamar.

—¿Quién? —responde.

—Hola, soy Alicia. Sé que estarás haciéndome un muñeco vudú y que soy la peor rata rastrera que habita el planeta, pero me gustaría hablar contigo. Si puedes. Y quieres.

Hay unos segundos de silencio en los que se me pone el corazón en un puño. Me muerdo las uñas esperando una respuesta que llega, por fin, en forma de apertura del portal, así que lo cruzo y subo aprisa los dos pisos hasta llegar a su puerta y llamar al timbre. Un Jaime serio abre la puerta y me mira en silencio.

—Hola —titubeo.

—Hola.

Más segundos.

Más silencio.

—Pasa —dice por fin.

Entro con él, cierro la puerta y me ubico un poco. Nunca había estado en su casa y es un apartamento pequeño y funcional, con salón-cocina-baño en una estancia y un dormitorio sin puerta en otra, ambas unidas por una enorme cristalera a modo de pared que da a la nada, por lo que se ve toda la montaña y las lejanas luces congregadas de los pueblos de alrededor. Es bonito y acogedor, todo de madera y techos abuhardillados, tan típico por aquí. Ha hecho del apartamento algo

suyo y se nota: fotos, carteles, luces íntimas y Lennon que descansa en un rincón, tranquilo con mi presencia. Antonio Vega canta «El sitio de mi recreo» en el reproductor y es casi una bomba para mí, por todo lo que cuenta su letra sobre lugares especiales a los que nos gusta volver. Tan yo. Tan él.

—Es bonito —digo.

Asiente y se encamina a la encimera de la cocina para coger un cuchillo y trocear unas hortalizas que tiene en una bandeja.

—No te quiero molestar —empiezo.

Él no deja de trocear.

—Me estoy haciendo la cena.

—Bueno, pues —carraspeo—, he venido a hablar de…

—No hay nada de que hablar —dice sin levantar la vista de un tomate que está descuartizando con saña.

—Yo creo que sí. Quisiera pedirte disculpas, Jaime. No me he portado nada bien. Me ha entrado… —suspiro—. No sé cómo explicarlo.

Jaime deja el cuchillo encima de la mesa. Niega con la cabeza y entonces fija la vista en mí.

—Ha sido infantil y desagradable —dice al fin—. Y después de todas las cosas que te he contado, espero que entiendas lo que me jode que te hayas largado así.

Trago saliva.

—Lo sé. Y te juro que lo siento en el alma. No pretendí herirte, de verdad. Me entró miedo y reaccioné mal.

—Doy clase a niñas de seis años más maduras que tú.

Ouch. Vaya patada en el estómago. Con razón, sí, pero…

—Ya —reconozco con un hilo de voz—. Tienes razón, Jaime. Y soy consciente de que me he portado muy mal y de que tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado y decepcionado. Ojalá pudiera volver unas horas atrás y hacerlo todo diferente —digo compungida—. Me sobrepasó todo lo que… sentí.

Dios, lo he dicho. ¿Lo he dicho? Dios, no. Es peor un agobio que un enfado.

Pero lo extraño es que a esta confesión le siguen unos segundos de silencio en los que su semblante cambia. Se relaja. Respira hondo. Me mira. Hace un gesto condescendiente con sus labios, en un fruncido casi tierno, dándome la sensación de que ha bajado la guardia tras decirme lo que necesitaba decir y escuchar lo que necesitaba oír. Da un sorbo a una copa de vino medio vacía que tenía por ahí y lo acompaña después de un trozo de queso recién cortado, que coge de un platito sobre la encimera. Yo lo observo durante toda la operación

porque parece que se ha olvidado de que estoy aquí y espero a que termine su aperitivo para que vuelva a prestarme atención y me responda. Pero, como eso no ocurre, carraspeo con intención.

—Perdona. —Se mete otro trozo de queso en la boca—. Continúa. —Sonríe con un deje divertido que a mí me hace alzar una ceja.

—Pues eso, que lo siento mucho. Y que no quiero que pienses que no me ha gus… —Jaime alza las cejas y me mira expectante con una comicidad que me pone un tanto nerviosa—. Lo que quiero decir es que me ha gustado mucho, muchísimo —titubeo—. Ha sido…, más que impresionante. Todo lo tuyo. —Jaime se atraganta con el vino y creo que yo me pongo roja al ser consciente de lo que acabo de decir —. Quiero decir, tú. —Cierro fuerte los ojos—. Todo tú. Pero es que tengo miedo a…, no sé. —Me ve apurada por terminar con dignidad mi discurso precario y sonríe con la boca cerrada mientras come con tranquilidad pasmosa más pedacitos de queso—. Oye, ¿qué estás haciendo? —digo cansada.

—¿Disculpa?

—¿Te estás riendo de mí? —y lo digo enfadada—. Porque vale que merezco la gangrena, pero estoy aquí pidiéndote disculpas y tú no paras de reírte y de comer queso.

—¿Quieres? —me ofrece.

—¿Estás borracho?

—No —responde tranquilo.

Lo mato.

—¿Te importa una mierda lo que ha pasado? Porque si es así, no hay nada más que hablar.

—No, no me importa una mierda lo que ha pasado.

Nos miramos serios, pero él sigue dale que te pego al vino y al queso. Está claro: me he magreado con el tonto del pueblo.

—Mira, esta actitud pasivo-agresiva es inútil, Jaime. Me ha gustado mucho, muchísimo, te diría que demasiado, lo que ha pasado; me ha entrado miedo y me he largado como una cría. Te pido disculpas. Hale, ya puedes seguir comiendo tu puto queso.

Me encamino a la puerta, pero su mano coge la mía y me detiene al tirar de ella con suavidad. No avanza. Tampoco lo hago yo. Me giro y nos miramos unos segundos, serios.

—He sentido lo mismo —dice al fin—. Las mismas cosas y el mismo miedo.

—Pero tú has sido más valiente y no has huido.

—O tú has sido más lista al hacerlo. —Sonríe—. Uno u otro tenía que pararlo de alguna forma. Es lo mejor para los dos.

Asiento con pena, porque tiene razón.

—Entonces debería irme.

—Deberías, sí.

Suspiro, soltamos nuestras manos y, ahora sí, me encamino hasta llegar a la puerta.

—De verdad que siento haber reaccionado así —digo con el pomo en mi mano—. No pretendí ni herirte ni que pensaras que me arrepentía.

—Lo sé, Alicia. Sé lo que ha ocurrido y por qué. No me lo he tomado como algo personal, aunque no me haya sentado bien; reaviva sentimientos con los que no me gustaría volver a lidiar.

—Lo siento. No sé qué más decir.

—Sé que lo sientes. —Sonríe—. Pero las cosas pasan por algo y también me ha hecho ser consciente de que, como te digo, es mejor para los dos dejarlo aquí y pasar página. Tenemos vidas en distintos lugares y es complicado. Supongo que es algo que hubiera ocurrido antes o después, así que mejor cuanto antes.

Joder. Y no hay otra palabra que pueda decir.

—Entiendo. Y supongo que tienes razón —ambos asentimos—. Pero… no quiero dejar de verte —sugiero con un mohín, y él suspira.

—No, claro que no. Sigues siendo mi persona favorita aquí.

—Hasta mañana.

—Descansa, Wonder Woman.

Sonreímos con pena y cruzo la puerta con una sensación extraña. De alguna forma me hubiera gustado que hubiera estallado para discutir, pelearnos, gritarnos, encendernos y, finalmente, follarnos hasta que saliera el sol por esa cristalera. No negaré que me hubiera gustado repetir y dejarme llevar hasta donde tuviera que ser. Pero Jaime tiene razón: enredarse en amores de verano a estas alturas no tiene sentido, porque tal y como somos los dos solo nos haría daño. Y a los dos nos duele que nos digan adiós.

18

Dos tormentas de verano

La naturaleza tiene muchas maneras de dejarnos con la boca abierta y con la sensación de que el ser humano es diminuto y fútil ante su grandeza. Las calas espectaculares, las auroras boreales, los cielos estrellados, los grandes desiertos, los huracanes o las tormentas en alta montaña. Porque uno no sabe lo que es una tormenta hasta que no la vive desde la altitud, eso es así. Los rayos que reverberan y forman tormentas eléctricas a su paso; el crepitar de los árboles que caen partidos por la mitad en medio de un bosque; el estruendo de los truenos que retumba entre los valles; los ríos que intentan contener el aumento de agua para no convertirse en riadas que lo destruyen todo. Impresiona, cuando menos. Nadie se queda indiferente tras presenciar su primera tormenta en la montaña. Ni siquiera Gala y yo, que estamos acostumbradas a este espectáculo de luz y sonidos, somos capaces de contener el corazón encogido inconscientemente con cada trueno que se escucha. Y eso que yo adoro las tormentas. Sobre todo las de verano en la montaña.

—Lo que faltaba —resopla mi hermana cuando se va la luz de casa y de todo el pueblo.

Ha cerrado la tienda antes en vista de que el fin del mundo se aproximaba y, de hecho, no le han pillado las primeras gotas por segundos. Tito y yo mirábamos por el balcón las nubes negras aproximarse: yo con mis fotos y él fingiendo que no estaba asustado.

—Vamos a hacer una cosa —digo al acordarme de una tontería que me encantaba cuando era niña y se iba la luz.

Porque una de las cosas que más nos entretenían en las tardes o noches de tormenta cuando se iba la luz como hoy, y todo estaba tan oscuro que parecía madrugada, era encender velas e ir con ellas correteando por toda la casa. Una tontería, lo sé, pero nos hacía ilusión y nos divertía tanto que aún lo recuerdo como pequeños grandes momentos de mi infancia. En realidad, encender velas nos parecía un remedio de antaño, obsoleto con la llegada de las linternas, pero tenía ese encanto único de casa del siglo pasado y nos hacía disfrutar porque era algo diferente. Toda la familia junta, en la cocina o en el salón, con las velas y los juegos de cartas. Nos mirábamos sin apenas vernos, nos reíamos y contábamos los truenos. Algo tan simple como estar en penumbra se convertía en una fiesta emocionante para

nosotras y recuerdo esos ratos con una nostalgia que no me cabe dentro y que recibo con una sonrisa.

Gala se ríe ante mi idea y abre un cajón donde tantea hasta encontrar velas y cerillas. Nada de linternas ni móviles ni mecheros; si se hace, se hace bien. Tito se emociona, enciende y apaga su vela entre risas y sustos que intenta darnos. Va por toda la casa con nosotras detrás y tan solo la llama iluminando nuestro paso. Se ríe. Gala también. Madre e hijo juegan y son cómplices. Y yo sonrío tras ellos porque me doy cuenta de que estoy reviviendo uno de los momentos más bonitos y divertidos de mi niñez. Qué sencillo era tener un ratito feliz: quedarse sin luz y encender una vela. No hacía falta más. Porque lo que en realidad nos hacía felices era estar todos juntos haciendo algo, sin televisiones ni radios, ni consolas, ni móviles, ni distracciones del mundo real.

—Tengo una idea —dice Gala.

Y saca de un cajón un olvidado juego de mesa al que jugábamos con mis padres cuando éramos pequeñas. El *Tragabolas* era nuestro favorito y nos pegábamos muchos domingos por la tarde delante de su tablero los cuatro. Imagino lo aburrido que tenía que ser para mis padres, pero jamás nos dijeron que no, sobre todo porque les hacía más ilusión a ellos hacer algo en familia que a nosotras el juego en cuestión. Y es que entonces no éramos conscientes de lo que significaba pasar ratos con los tuyos, haciendo cosas sencillas que dan valor a estar todos juntos.

Tito pilla el mecanismo del juego enseguida y no le puede gustar más. Gala y yo nos reímos sin parar y nos acordamos de cuando éramos niñas y nos pegábamos horas en este tablero ajado de tanto jugar. Todo es entrañable en esta oscura tarde de tormenta en la que los truenos no dejan de resonar, y cuando me voy a la cama, con la luz ya de vuelta, me quedo en la terraza abuhardillada un rato, tranquila y en paz. Ha sido una buena tarde en el pueblo. Y sí: hubo muchas buenas tardes aquí, como esta. Lo pienso. Se me pone la piel de gallina. Y no puedo dejar de sonreír.

Por la mañana, antes de abrir la tienda, Gala y yo vamos a ver a mi madre. Mi hermana dice que con el apagón y la tormenta la gente estará nerviosa y querrá comprar provisiones, así que no quiere que se le haga muy tarde. Vamos temprano y dejamos a Tito jugando en los jardines de la residencia. El plan es llevármela al pueblo a dar una vuelta o a casa, lo que ella prefiera, y pasar el día juntas con Tito. Incluso, si está de humor, que duerma en casa esta noche para probar qué tal pernocta y hacerlo más a menudo. De hecho, he estado

pensando en traerla a casa durante el verano, mientras yo esté aquí, y cuidarla yo misma. Mi hermana dice que no estoy capacitada para ello a estas alturas, pero yo creo que sí. Y lo pienso de veras hasta que me doy de bruces contra el muro de la realidad.

—A ver, os cuento —dice una de las enfermeras cuando llegamos—, anoche con la tormenta Úrsula se puso muy nerviosa. Mucho. Otros residentes también y, bueno, las noches de tormenta suelen ser así: se asustan, gritan, se oyen chillar los unos a los otros y se asustan más. Y vuestra madre estuvo especialmente sensible.

—Define «especialmente sensible» —dice Gala mientras andamos por el pasillo las tres hacia la habitación de mi madre.

La enfermera se para en seco.

—Le dio una crisis. Se puso violenta y le pegó una bofetada a una de las auxiliares que estaban con ella. Luego empezó a pegar patadas y manotazos a la enfermera de guardia y a las auxiliares que intentaban tranquilizarla, pero solo repetía que la Tomasa la quería matar y que las mataría a todas antes. Al final pudieron sedarla y se tranquilizó.

—Dios mío —digo yo con un hilo de voz.

—Deberíamos haber venido a buscarla en cuanto sonó el primer trueno —dice mi hermana.

—Si os la hubierais llevado, habría sido peor; al no ubicarse y sentirse entre extraños habría tratado de huir o se hubiera puesto más agresiva. Entonces habríais tenido que traerla de vuelta. Estas cosas pasan y conforme la enfermedad avanza, todavía más. No se controlan.

Nos miramos sin saber bien qué decir, con mucha pena y mucha rabia.

—¿Y ahora cómo está? —dice Gala.

—Está tranquila. Aunque, bueno, como ausente.

—Y las auxiliares y la enfermera a las que agredió, ¿están bien? —pregunto.

—Sí. No fue nada, tranquilas. Las noches de tormenta y las de luna llena son especialmente ajetreadas y es bastante normal que terminen así. No os preocupéis por eso.

Mi hermana y yo asentimos sin poder mirarnos a los ojos. Llegamos a la habitación y la vemos sentada en el borde de la cama, mirando hacia la ventana sin ver nada. Sus ojos están opacos y parece que no está en este mundo. Le cogemos las manos, le hablamos y la llamamos, pero no reacciona.

—¿Le dura el efecto del sedante? —pregunto.

La enfermera niega con la cabeza y se retira a continuar con su trabajo mientras Gala y yo tratamos de hacer que mi madre vuelva al

mundo sin éxito.

—Fuera de aquí —dice finalmente con un hilo de voz.

—Mamá —intenta Gala.

—Fuera de aquí —repite un poco más alto.

—Estamos aquí, contigo —digo yo.

—Fuera de aquí —alarga la «í» final y nos asustamos un poco.

—No nos vamos, mamá.

—¡Fuera! —grita.

—Mamá, tranquila.

—¡Fuera! —Empieza a respirar acelerada—. ¡¡Fuera!! —grita—. ¡¡¡Fuera!!! —grita más.

—Mamá, mamá, tranquila. Nos vamos, tranquila —digo yo, pero quietas como estatuas a su lado.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —chilla enloquecida.

Su pulso se acelera, su cara enrojece y le cuesta respirar. Nos suelta la mano con violencia mientras no deja de gritar «fuera, fuera» muy nerviosa. Llamamos a la enfermera y en lo que tarda en venir mi madre se pone de pie y continúa sus gritos de que nos vayamos, con los ojos fuera de sí. Tratamos de sujetarla para que no se caiga y me pega un bofetón. La enfermera interviene rápido. Mi madre patalea y se cae en los brazos de mi hermana, que intenta sin éxito aguantar su peso y terminan las dos en el suelo. Dos auxiliares acuden a la llamada de la enfermera y consiguen ponerla en la cama. Sigue con las patadas y manotazos hasta que pueden atarla para que la enfermera le inyecte el sedante de rigor y se quede grogui. Gala y yo estamos estupefactas y así nos quedamos un buen rato, mirando a mi madre adormilada y atada en la cama; un cuerpo vivo sin vida. A mí se me caen las lágrimas. Gala está cabizbaja con los labios fruncidos. No nos cogemos de la mano ni nos miramos ni tenemos en ese momento una complicidad que nunca hemos tenido. Es un instante frío y solitario para ambas. Y duele. Duele todo. Mi madre, nosotras, verla así, la impotencia. Solo han sido diez minutos, pero creo que han sido los diez peores minutos de mi vida.

—Es algo habitual —nos dice la doctora que lleva a mi madre cuando salimos de la habitación y pedimos hablar con ella—. Son episodios violentos muy difíciles de controlar. Igual que tienen momentos de pequeña lucidez, los tienen de agresividad. No pasa siempre ni tiene por qué repetirse; cada paciente es un mundo y cómo reacciona uno no tiene nada que ver con cómo lo hace otro. Lo importante es saber que esto ocurre y tener los medios para controlarlo y así evitar que se hagan daño o que dañen a otras personas.

Mi hermana y yo asentimos, mudas. Estamos como nuestra madre: ausentes mientras procesamos que está enferma y que su enfermedad no solo implica la falta de memoria. Implica estos episodios; implica la absoluta desorientación y su consecuente estado de nerviosismo; implica que quiera escaparse para ir a cualquier sitio que se le haya metido en la cabeza, como el día que huyó de casa cuando todavía vivía ahí porque no reconocía el lugar y quería buscar algo que le recordara a su hogar; implica que no puede estar sola… Es muy duro. Verla de esa forma y no poder hacer nada. Sentir miedo, sentir rabia, sentir pena. Y ahora más que nunca entiendo cuando Gala me dijo: «Ali, no puedo más. Necesito internar a mamá», porque su descontrol arrasa con todo lo que encuentra a su paso, como una tormenta de verano en alta montaña que desborda ríos, destroza bosques y no puede parar de llorar.

19

Reconectar

Tenemos que hablar de lo de mamá —le digo a Gala mientras comemos el segundo plato, los tres en silencio con la televisión encendida.

—¿Qué quieres hablar? Se ha puesto violenta, es una mierda como una catedral y no hay más que podamos hacer.

—Ya, pero no sé; ¿cómo te sientes ante eso? ¿No te da pena? ¿No preferirías traerla aquí ahora que estoy yo?

Mi hermana me mira y se ríe con sorna.

—¿Y qué vas a hacer, estar todo el día y toda la noche con ella? ¿Atarla a la cama para que las dos podáis dormir? ¿Lidiar con lo que tarda en acostumbrarse a estar de vuelta para que te largues en septiembre y que se tenga que ir otra vez?

—Bueno, no, pero…

—Lo ves todo muy bonito, Alicia, y muy fácil porque no estás aquí y no has tenido que pasar por esto. Pero te voy a decir una cosa y voy a ser dura: mientras tú estabas bebiendo tus cócteles de colores y yendo a los locales de moda con tus tacones de diseñador, yo tenía que atar a mamá a la silla para poder darle de comer sin que me pegara o me escupiera la comida. Eso más cambiarle el pañal a una mujer que pesa setenta kilos y no quiere que la laves; vestirla cuando quería ir en pelotas por el pueblo y había que hacer fuerza para ponerle algo encima; recorrer toda la zona en coche porque en un descuido se escapaba alegando que había quedado con papá y encontrarla muerta de miedo; o que por la noche se levantara y se pusiera a hacer sus necesidades mayores en la puerta de la vecina y tener que limpiarlo antes de que esta se diera cuenta; llevar a Tito al pediatra y al no poderla dejar sola íbamos los tres y de pronto ella, en medio del centro de salud, se desnudaba y se ponía a gritar. ¿Eso quieres, Ali?

Niego con la cabeza, callada, cabizbaja.

—Esa es la enfermedad de mamá y así es como me siento —remata y vuelve a su hermético silencio.

—Lo siento —digo, pero no obtengo respuesta.

—Tito, termínate la carne de una vez.

Mi hermana. La rabia hecha ser.

Poco después de que Gala se vaya a trabajar, y mientras Tito

duerme su siesta, mi teléfono suena con un wasap de un número desconocido en la pantalla. Lo abro y veo que es Berta, que me mensajea para preguntarme si me apetece ir a cenar a la plaza y tomar algo después. Acepto la invitación, aunque tampoco saco los pompones y me pongo a hacer piruetas de alegría. Me apetece mucho ver a Berta, ojo, pero con lo de mi madre, Gala y lo de Jaime estoy poco motivada para desempolvar viejas alianzas.

Jaime.

No negaré que no he parado de pensar en él desde el momento en el río y todo lo que vino después. Pienso en sus manos, en sus labios húmedos y en la forma tan avasalladora que tiene de besar. Y en sus ojos azules, en su sonrisa tímida, en todo lo que me dijo en su casa, en que solo le he visto a la entrada y salida del colegio con sus «Hola, ¿qué tal?» escuetos y en que le echo mucho de menos. He estado más que tentada a escribirle, llamarle o hacerle alguna visita. De hecho, he empezado varios wasaps, pero luego borro el mensaje porque he preferido dejar pasar unos días para oxigenarnos un poco y calmarnos, aunque lo cierto es que no sé cómo gestionar esto.

Bueno, sí lo sé.

Berta está ya en el restaurante donde hemos quedado para cenar. Hace buena noche y el pueblo está repleto de turistas que vienen encantados a por el fresco, las calles empedradas y las paredes llenas de flores y hiedras. Huyen de las aglomeraciones de las ciudades o de las playas y vienen aquí a relajarse y a reencontrarse con la naturaleza y la sencillez. Hay mucha vida, sí; y eso que todavía estamos a principios de junio. En un mes, el pueblo duplicará su población y la triplicará en agosto. Las casas rurales están ya cogidas desde el verano anterior, porque son un fuerte reclamo, e incluso hace unos años abrieron un pequeño hotel que solo está activo en primavera, verano y los puentes de invierno. No está nada mal para un sitio minúsculo que hemos sabido rentabilizar, ¿no? Y me doy cuenta de que he dicho «hemos». Frunzo el ceño. Todavía no soy consciente de que soy de aquí y moriré siendo de aquí, parece ser.

—¡Guapa! —Berta se levanta de la silla cuando llego y me da dos besos con sonrisa incluida.

Y al verla tan ella se me van todas las perezas del mundo y la poca fe que tenía en este encuentro, porque es abrazarla y sentir que nada ha cambiado entre nosotras y que seguimos siendo las mismas. Se ha maquillado y arreglado un poco y lo cierto es que está muy guapa. Siempre lo fue, aunque solo yo lo viera. Y no es porque me cegara el amor y fuera la única que la veía como un bellezón en potencia, es que cuando un líder coge manía a alguien y comienza a insultar a ese

alguien, los que le siguen no se plantean si tiene razones o no para usar tales adjetivos; directamente le tiran las mismas piedras porque no quieren ser menos. Así somos los niños y los adultos. Así somos los humanos.

—Perdona el retraso. He ido a ver a mi madre y se me ha hecho tarde.

—No te preocupes. —Sonríe—. ¿Cómo está?

—Bueno, anoche con la tormenta se desestabilizó y le está costando volver al poco norte que le queda.

—Entiendo. —Frunce los labios y yo sonrío tierna—. Qué duro y qué injusto, Alicia.

—Lo es. Pero no podemos hacer nada más que adaptarnos a lo que la vida nos trae.

Berta sonríe, y la camarera nos viene a tomar nota.

—Bueno, ¿y qué tal todo? —digo algo nerviosa por romper el hielo —. No sabía que habías vuelto aquí.

—Ya, bueno, como perdimos el contacto. —Las dos miramos al suelo—. Pero sí, volví hace unos años.

—¿Y eso? —pregunto curiosa.

—Cuando terminé Turismo en Barcelona, encontré trabajo de recepcionista en un hotel y al poco me fui a vivir con un novio que tenía. Todo era un algodón de azúcar hasta que con la crisis me quedé pronto sin trabajo y con el chico… Ya sabes lo que dicen: cuando el dinero no entra por la puerta, el amor sale por la ventana.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Estuve fatal un tiempo, pero no hay mal que cien años dure.

—Ni cuerpo que lo resista.

Brindamos con las copas de vino que ya tenemos.

—Así que como no tenía dinero, tuve que volver aquí con mis padres. Era eso o ponerme a pedir. Me cogieron enseguida de camarera en un restaurante y… ¿te acuerdas de Pedro Nogarol? Tenía tres años más que nosotras.

—Mmmm. —Entrecierro los ojos—. Ah, sí. Sí me acuerdo. Era simpático.

—Sí. Pues él era —y es— el dueño de ese restaurante, así que cuando comenzamos a trabajar juntos… pues eso. El amor volvió a entrar por la puerta y por A o por B hemos hecho vida aquí. Nos casamos un par de años después; tenemos dos niñas y un niño recién nacido; monté y gestiono una de las casas rurales, y entre eso y el restaurante de Pedro vamos tirando.

—¿Y eres feliz?

—Sí. —Sonríe—. No pensé que lo sería al volver, pero ya ves; al final todo lo que buscaba estaba más cerca de lo que creía. De hecho, lo tenía al alcance de la mano y no me había dado cuenta. Es cierto que preferiría vivir en una ciudad, y de hecho barajamos mudarnos allí para un futuro muy próximo, sobre todo por los niños, pero por lo demás soy feliz. Me gusta pensar que todo lo que viví, bueno y malo, me llevó al final al punto de partida, pero con otros jugadores. Conocí al amor de mi vida y tengo tres bestias a las que amo por encima de todas las cosas.

—¿Qué tal es tener tres hijos?

—Pues una locura, para qué mentir. Pedro y yo no llegamos a nada y los días nos parecen de dos horas, pero, bueno, es cuestión de reorganizarse. Al menos la gente del pueblo nos ha dejado de mirar como si no tuviéramos la cabeza bien amueblada, algo es algo.

—¿Y eso?

—Ya sabes cómo son. Cuando me quedé embarazada de mi niño, todo eran comentarios y cuchicheos en plan: «Cómo que tenéis tres», «Con dos niñas, para qué más», «Estáis locos, es una irresponsabilidad». La gente habla mucho y les encanta opinar. Si no tienes, que cuándo los vas a tener; al nacer el primero, que si debieras ir a por el segundo, y con el tercero, que si estás bien de la cabeza.

—Qué agobio.

—Bah, yo paso. Cuando los niños cumplan diez años, los que critican ahora se olvidarán de todo y opinarán sobre la pobre que esté pariendo en ese momento. Nos pensamos que hemos inventado la maternidad y que todo se ha hecho mal hasta ahora y no nos damos cuenta de que cualquier cosa que hagamos lleva haciéndose millones de años.

—Así son los pueblos.

—No. Así somos las personas. Opinamos de todo, hablamos de todo, criticamos todo y así la vida nos pasa de refilón porque solo sabemos fijarnos en la de los demás.

Me acuerdo de Jaime. Él dijo algo similar y frunzo los labios. Le echo de menos, joder.

—¿Y tú? ¿Eres feliz en Hamburgo?

—Bueno. —Me encojo de hombros—. Sin más. Tenía un trabajo que me gustaba y por el que me había dejado la piel, pero me despidieron y tengo que volver a empezar, aunque no sé ni cómo ni dónde. No tengo pareja ni hijos, pero sí una hermana separada que está como una maraca, una madre enferma que está como seis maracas y un sobrino al que adoro por encima de todas las cosas.

—No está mal —dice Berta con una sonrisa—. Brindemos,

entonces.

Durante la cena nos ponemos más al día y me noto muy a gusto con ella. Como si no hubiera pasado el tiempo y nos hubiéramos visto ayer. Hablamos tanto de cosas serias como de nimiedades, sin parar de reír o de notarla tan ella que me encuentro cómoda, en confianza. Eso sí, atrás quedó la Berta apocada que tartamudeaba si alguien de clase le hablaba y que se encerraba en el baño cuando se metían con ella, hasta que yo la cogía de la mano y la obligaba a salir. Porque aquí está ahora, con el mundo puesto por montera. Ay, Berta, cuánto tengo que aprender de ti. Qué dos formas tan distintas de reaccionar a los mismos hechos. Y no dejo de pensar en que ella salió de aquí, como yo, y tuvo que volver para ser feliz.

También me cuenta que apenas tiene amistades —no dice amigas en ningún momento—, porque no tiene tiempo, y que ha llegado a la conclusión de que las personas tal como vienen, se van, así que hay que procurar no darles demasiada importancia. Quizá en eso sí seamos iguales: un caparazón que nos ponemos para que no nos hagan daño, imagino.

Nos despedimos tras una copa con besos, abrazos y la promesa de vernos en unos días; y lo cierto es que a mí me apetece. Me gusta Berta. Siempre me gustó, aunque nos distanciáramos. Y me gusta que ella esté aquí cuando lo estoy yo y que paseemos de vuelta a casa por las calles que recorríamos con nuestras bicicletas mientras imaginábamos mundos inventados.

Cuando llego a casa, me encuentro a mi hermana en los escalones del jardín. No sé si dejarla sola, como he hecho últimamente ya que mi presencia no parecía ser bien recibida, o unirme a ella y tratar de limar todas las asperezas que laten cada vez más entre nosotras. Me decanto por lo segundo y me siento a su vera.

—¿Qué tal con Berta? —me pregunta.

—Muy bien. —Sonrío—. Ha cambiado. Es más independiente.

—Lo debió de pasar fatal cuando volvió, pobre.

—Imagino que no fue fácil. Cambiar de vida tras un golpe nunca lo es.

Mi hermana asiente y yo intento meter baza.

—Para ti tampoco está siendo fácil.

—No. —Niega con la cabeza—. Para mí tampoco lo está siendo. De hecho, hace años que dejó de ser fácil.

—Gala, me tienes a mí. Puedes contar conmigo.

—Tú no estás, Alicia. Y aunque hubieras estado, no podrías haber evitado que ocurriera todo lo que ha pasado.

—Lo sé. Pero ahora estoy aquí.

Mi hermana hace caso omiso de mis palabras, aunque continúa hablando. Creo que hoy no puede más y lo necesita.

—¿Sabes? —dice—. Hoy Ernesto ha subido a su Instagram una foto con su novia. Los dos sonrientes se están dando un beso, y como pie de foto pone: «Qué sorpresas tan bonitas te trae la vida».

—Qué cabrón.

—Y él sabía que yo lo iba a ver, joder. ¿Lo hace para hacerme daño?

—No sé, Gala, pero es tan palurdo que quizá ni se lo plantea —digo cauta, porque sé que es más doloroso saber que eres indiferente.

—A eso nos hemos reducido su hijo y yo: a no ser nada. —Llora.

Yo la abrazo y dejo que llore. Por fin se desahoga de alguna forma y espero que se dé cuenta de que es bueno para ella. Mi hermana no ha tenido unos años fáciles, eso está claro: cuidar de nuestra madre enferma; con un hijo pequeño a su cargo; un marido que pasa de todo y que además se larga con otra; sin amigas y sin nada a lo que agarrarse. Me siento culpable por juzgarla y por llamarla hostil, que lo es, pero la entiendo también. Las personas damos giros muy particulares cuando no sabemos dónde está nuestro timón, y quiénes somos los demás para juzgarlo.

—Ernesto siempre fue un cabrón y un inmaduro —le digo cuando se tranquiliza un poco—. Olvídate de él, céntrate en Tito, en la tienda y en ti. Deja de mirarlo en redes sociales y limítate a ser cordial en lo que respecta al niño, pero nada más, Gala. Te hace daño seguir tirando de algo tan roto.

—Para ti es fácil decirlo —solloza—, pero Ernesto me ha dado los mejores momentos de mi vida y no me puedo creer que se hayan terminado así, ya. No puedo aceptarlo, Ali. No puedo. —Llora de nuevo.

—Poco a poco. Lo aceptarás poco a poco.

—A veces pienso que me estoy volviendo loca —me cuenta entre pucheros con la voz quebrada—. No logro controlar nada y me da la sensación de que doy bandazos sin saber adónde me dirijo. Tengo miedo de no hacerlo bien con Tito y me enfado tanto conmigo misma que acabo portándome peor. Estoy muy perdida, joder, y no hago más que rogar que vuelva. Me pego el día mirando el teléfono a ver si tengo mensajes suyos o respuestas a los que le mando yo.

Pestañeo varias veces.

—¿Le mandas mensajes?

Ella asiente y se seca las lágrimas con la manga de la chaqueta vieja que se pone cada noche cuando refresca.

—No puedo evitarlo. Ernesto es como una droga. Y, bueno, alguna noche de flaqueza le he escrito que le echaba de menos y todo eso.

—¿Y qué te contesta él?

—La primera vez no me respondió. La segunda, me pidió que dejara de hacer eso porque tenía una persona al lado y no quería problemas. La tercera fue antes de ayer. Y me respondió que también me echaba de menos, que a veces era muy duro estar sin mí y sin Tito y que se había planteado intentarlo de nuevo, porque soy el amor de su vida.

—Madre mía.

—Y hoy sube esa foto con la novia.

—Gala, lo siento. No tenía ni idea.

—No me gusta hablar de estas cosas. —Se encoge de hombros—. No llevan a nada.

—Pero necesitas hacerlo. Si te las guardas dentro, explotan contigo.

—¿Y qué más da?

—Aléjate de ese cerdo. No le mandes más mensajes ni le abras ninguna puerta, Gala. Solo quiere tenerte segura por si acaso lo otro le sale mal. Ernesto siempre fue así.

Ella asiente sin más y se levanta.

—Me voy a la cama.

—¿Por qué no te quedas un rato más? —pregunto para intentar que sigamos con la charla.

—Porque no sirve de nada.

Y se da la vuelta, entra en casa y me deja a mí sola y pensativa.

Vaya día. Vaya mes. Como un tsunami. Mi madre, Gala, Berta y Gala otra vez danzan en mi cabeza con sus idas y sus venidas y sus problemas. No paro de pensar en ellas, en cada una de sus historias o en el lugar que ocupo yo en sus vidas. Y en el que ocupan ellas en la mía. Porque al final las cuatro tenemos historias entrelazadas por compartir un lugar común: este pueblo y todo lo que implica haber nacido aquí. Cuántos secretos guardan sus pocos habitantes y cuántas vidas se esconden tras los muros de piedra de cada hogar. Podría escribirse un libro de cada una de ellas y, aunque en todas las casas cuecen habas, como decía mi madre, todos fingimos que en la nuestra no es así. Qué imbéciles somos, de verdad. No sé a quién pretendemos engañar y para qué.

Así que el día termina con una jaqueca y con ganas de él. De abrazarlo y besar su piel blanca. De acariciar su barba y tocarle con todo mi ser. De hacérselo hasta que se nos cayeran las ansias. Y creo que desde aquel novio que tuve a los veintisiete no había tenido tantas

ganas de nadie. ¿Cómo puede ser que en tan poco tiempo sienta estas cosas por él? Porque ya no tengo edad para andarme con tonterías ni cortejos ni vueltas, que a mis años todo va más rápido. Y por eso termino haciendo un Gala.

«Hola, ¿estás ahí?».

Enviar.

Doble check.

En línea.

Silencio.

Doble check azul.

Estómago.

Escribiendo.

«Hola, Alicia. ¿Cómo va todo?».

«Bien. Pero ha sido un día muy muy largo y ya estoy en la cama a punto de ir a dormir, así que ¿si te digo que te echo mucho de menos, que ojalá pudiera volver atrás y que me gustaría que estuvieras aquí, conmigo, hago mal?».

Silencio.

Escribiendo.

Estómago.

«Sí».

Fenomenal. Esto es lo que pasa por ponerse intensa cuando no debes y con quien no debes. Mucho decirle a Gala, pero olé yo. Al menos continúa escribiendo, conmigo mordiéndome las uñas.

«Pero yo también te echo de menos, también desearía volver atrás y también me gustaría estar ahí, contigo».

Suspiro. Tengo hasta ganas de llorar. Continúa escribiendo.

«Estos días, la hoguera, el río…, fue brutal, Alicia. Brutal. No dejo de pensar en ello, pero no debemos enredarnos en esto. Es lo mejor para los dos».

«Lo sé. Y supongo que cuando nos veamos tocará fingir que no hemos tenido esta conversación».

Respondo.

«Eso es».

Acompaña su mensaje con un guiño que me hace sonreír. Tan él.

«Descansa entonces, neorrural».

«Lo mismo, Wonder Woman».

Se desconecta y yo hago lo propio.

Bien, si tenía la sensación de que hoy me había pasado un tsunami por encima, termino el día con la sensación de que el Big Bang ha estallado en mi cabeza, porque se añade Jaime a la ecuación. Todos los aspectos de mi vida están patas arriba ahora mismo y, a pesar del

caos absoluto, noto que algo ha cambiado en mí, aunque todavía no sé bien qué es. Quizá solo es demasiada información en mi cabeza sin saber cómo procesarla. Todo da vueltas y más vueltas porque algo me dice que en un punto de esas historias está la clave de algo que ni siquiera sé qué es.

Qué sentimiento tan raro: estar buscando algo sin saber de qué se trata. Un galimatías. Y sin embargo apago la luz con una sonrisa. Contenta. Porque de alguna forma me siento parte de algo, parte de un todo, me siento viva y me siento bien. Porque, además, aunque las cosas estén como están con Jaime, creo que todavía tenemos algo que decirnos y eso siempre da ganas de volar. Y quizá sea pronto para decirlo, pero tengo la total certeza de que él siempre estará ahí, ordenando con su sonrisa tímida los días en los que todo está del revés.

20

La historia se repite

Oye, Tito, ¡hoy han abierto la piscina municipal! ¿Quieres ir?

—Tengo deberes.

—¡Pero si ya los has terminado! —Sonrío—. Y hace calor. El agua estará fría aún, pero seguro que lo pasamos bien.

—Que no, jo —y lo dice enfadado.

—Pero ¿por qué?

—¡Que no quiero y que me dejes en paz! ¡No, no y no!

Madre mía. De tal palo, tal astilla.

—Vale, vale, señorito. Qué genio. Vete a hacer los deberes, anda, cara pan.

—No tengo. —Y se echa a reír.

—¡Serás carota! —Me río—. Pero, mira, vamos a ir a la tienda a ver a mamá un rato.

—¿A mamá?

—Sí. ¿Te apetece?

—Vale. —Sonríe como si fuera el mejor plan del mundo. Pobrecito mío.

Salimos de casa y avanzamos por las calles por las que solo se oyen el sonido de los grillos y los bostezos de algún perro que duerme la siesta a la sombra. Y mis cuñas también se oyen. Me acuerdo de Jaime, claro, a quien he visto hoy en el colegio y, al menos, me ha sonreído después de nuestros mensajes secretos de anoche.

Un ladrido que me es familiar retumba por una calle angosta y enseguida el chistar de su dueño que le manda callar me hace tragar saliva. Es lo que tiene vivir en un pueblo diminuto, claro. Evitarse durante mucho tiempo es imposible.

—¡Jaime! —grita Tito y va hacia a él corriendo, pero le hace poco caso cuando llega a su vera porque centra sus atenciones en Lennon.

Jaime nos sonríe, pero está tenso. Lo conozco lo suficiente como para saber eso. Y yo me comporto igual.

—Ey.

—Hola. ¿Qué tal?

—Bien. Vamos a la tienda un rato, a ver a Gala.

—¿Te vienes? —pregunta Tito.

—No puedo, Tito. —Le revuelve el pelo—. Tengo unas cosas que hacer.

—Ah.

Frunzo los labios por la decepción. Y por la de mi sobrino también. Qué carita se le queda al pobre.

—Después iremos al parque un rato, por si te quieres pasar —insisto.

—¡Yo no quiero ir al parque!

—Que sí, que ya verás qué guay.

Y sueno superconvincente. Tito resopla resignado.

—No creo que pueda —responde Jaime.

Asiento, cabizbaja.

—Bueno. Entonces nos vemos cuando… quieras.

Él me mira y sé que se debate entre venir o no, pero sea cual sea la línea que sigue su pensamiento, decide despedirse y darse la vuelta.

—¿Por qué no viene Jaime? —pregunta Tito cuando no hemos dado ni un paso y él seguro que nos escucha. Niños. La discreción.

—Porque tu tía es imbécil y tiene el don de fastidiar las cosas que más le gustan —digo en voz alta a conciencia, porque sé que él está todavía detrás y nos puede oír.

Llegamos a la tienda de mi hermana, que se sorprende al vernos, pero le gusta la visita. Achucha a Tito y este se pone a corretear y juguetear por el comercio vacío.

—¿Cómo va la tarde? —pregunto.

—Regular. Me estoy planteando abrir por las tardes a partir de las seis en verano, porque hacerlo a las cuatro no tiene mucho sentido; no viene nadie.

—Bueno, eso al menos te daría más tiempo libre.

Ella asiente y le dice a Tito que no toque las botellas de whisky.

—Oye, Gala, no hay manera de que Tito quiera ir a la piscina, y si no te parece bien que vayamos al río tampoco, ¿qué vamos a hacer todo el verano?

Ella suspira.

—Es que me da miedo el río.

—¡Pero si sabes que no cubre! Y estoy yo, Gala, por Dios.

—Por eso mismo. —Sonríe.

Yo le hago la burla.

—¿No ibais a hacer excursiones y cosas con Jaime?

—Pues —carraspeo—, sí, pero creo que ya no.

—¿La san Jodimos?

—Algo así.

—Desde luego en esta familia estamos gafadas con los hombres, de verdad. Qué desidia.

Nos reímos y al final la convenzo de que nos deje ir al río mañana

si le prometo no hacer un sinfín de cosas de las que no recuerdo ni la mitad. Al cabo de un rato, salimos de la tienda y Tito va con uno de esos helados de cucurucho más grande que él. Un pequeño capricho que le ha dado su madre y que lo saborea tan a gusto que casi emociona; qué bonicos son los niños disfrutando de verdad de las pequeñas cosas.

—Hale, al parque.

Tito resopla, pero está tan contento que le da un poco igual. El parque está justo al lado de la tienda, por eso se me ha ocurrido venir, y a estas horas casi todos los niños estarán en la piscina, así que Tito podrá campar a sus anchas. De hecho, se pone a juguetear por los columpios con el helado en la mano mientras yo me siento en uno de los bancos a la sombra a vigilar. Miro el móvil. No hay nada. De él, claro. Estoy a punto de abrir el WhatsApp para mandarle un mensaje diciéndole: «Ven al parque, por favor», en plan rastrero, cuando dos niños de la clase de Tito se aproximan correteando. Están con la madre de uno de ellos, que habla por teléfono unos metros más atrás. Yo observo la escena en la relativa distancia, porque quiero ver de una vez qué ocurre y cómo se desenvuelve Tito. Y lo que veo es que los dos niños se agachan y empiezan a jugar con uno de esos absurdos cacharros que se ponen de moda cada verano y Tito se acerca un poco a ellos con un «Hola, ¿puedo jugar?» que es recibido con un «No, tú no sabes; vete», al que le sigue un «Sí, sí que sé» que termina con un «Pero eres muy malo, que te vayas y nos dejes en paz». Entonces, Tito se agacha para entrar en el juego y uno de los niños reacciona con un «¡Qué pesado eres tonTito, lárgate!» seguido de un empujón que hace que Tito y su helado caigan al suelo. Y creo que jamás mientras viva se me olvidará la carita de mi sobrino al levantarse y mirar el cucurucho roto y deshecho en la tierra mientras aguanta estoicamente las lágrimas y ve cómo los otros dos continúan a lo suyo sin prestar más atención.

Me levanto para ir hacia Tito y miro a la madre, que sigue hablando por el móvil.

—¿Te has hecho daño? —pregunto a Tito agachada a su lado. Él niega, serio y a punto de llorar—. No les hagas ni caso. Eres tú quien no quiere jugar con ellos. —Él se encoge de hombros.

Miro al niño que le ha empujado.

—Pero bueno —digo alargando la «o» para intentar no sonar agresiva—. ¿Por qué le has empujado? Eso no se hace.

El niño pasa de mí.

—¡Oye, oye! —me llama la madre—. ¿Qué está pasando aquí?

Intento ser cauta y explicarle con buenas formas que no pasa nada,

pero que el niño ha empujado a mi sobrino y le ha tirado al suelo.

—¿Y tú quién eres para gritar a mi hijo?

Ya estamos con las tonterías.

—Hombre, no le he gritado para nada. Solo le he preguntado por qué le había empujado, sin alzarle la voz ni nada similar.

—Mira, chata, tú no eres quién para decirle nada a mi hijo, que para eso estoy yo. —Me mira desafiante y yo pienso que sí, que debería estar ella para decirle cuatro cosas al crío y evitar que su demonio se comporte así. Pero me callo, claro.

—Bueno, disculpa, pero veo que el niño ha empujado a mi sobrino y le he dicho que eso no se hacía, sin más.

—¡Pues que se apañen ellos, son cosas de críos!

Con la Iglesia hemos topado. Yo no sé qué tiene esa frase que es pronunciarla y la bilis se me remueve entera en forma de ira monumental que reíros del increíble Hulk. Se me pone cara de mala baba y abro la boca dispuesta a responderle que cosas de críos es que no quieran jugar con él por el motivo que sea y que ahí no puedo meterme, pero no que lo insulten, lo empujen y lo tiren al suelo, cuando alguien a mis espaldas dice:

—¡Ey, Tito! No te encontraba y te estaba buscando.

Y nos giramos todos.

Jaime se aproxima al grupo con cara de pocos amigos y con una mirada suspicaz que lo dice todo.

—Hola —saluda cuando llega a nosotros.

—Hola, Jaime, ¿qué tal? —suelta la «agradable» madre.

—Bien, Nieves, ¿y vosotros qué tal?

—Bien también.

—Me alegro. —Se gira hacia a mí y me dice—: ¿Vamos a lo del perro? —Como si hubiéramos quedado en algo con anterioridad.

Cojo de la mano a Tito y, sin decir nada, me encamino a toda prisa por la calle, con Jaime tratando de seguirnos dos pasos después.

—Alicia.

Pero yo no me detengo, me he puesto nerviosa y me va el corazón a mil.

—Qué pesadita con lo de echar a correr —dice al alcanzarme, y yo lo miro con ojos asesinos.

Aun así, vamos los tres y Lennon con paso marcial y nos dirigimos hacia mi casa. No tengo la cabeza muy para pensar, porque estoy cabreada y con ganas de matar, así en general. Miro a Tito, que sigue cabizbajo, y eso todavía me emociona más. Me encantaría decirle que vaya par de imbéciles y que la próxima vez les diga tontitos a ellos, pero se supone que eso no se debe hacer, ¿no? ¿O sí? Ay, no sé.

—¿Puedo jugar con Lennon en el jardín? —pregunta Tito cuando llegamos a casa.

—Claro que sí —digo yo—. Voy a buscarte otra camiseta… esta que llevas puesta está perdida.

Tito asiente y cruza la puerta del jardín con Lennon. Jaime los observa un segundo y, cuando ve que está todo controlado, me sigue escaleras arriba.

—Ali —dice.

—Joder —grito yo—. ¿Cómo se puede ser tan pasota? ¿Cómo puede no decirle nada, NADA, al niño?

—Los padres de ese niño son peculiares.

—¿Peculiares? ¿Sabes qué irá haciendo ese crío conforme crezca? —Señalo a la nada—. ¿Lo sabes? Porque yo sí lo sé y te aseguro que es algo más que peculiar. —Doy vueltas de un lado a otro.

—Lo sé, Alicia. Soy su tutor —dice serio—. Créeme si te digo que estoy tan preocupado como tú por ambos.

—¿Lo hace a menudo? Lo de insultar y pegar empujones.

Jaime asiente.

—Eso y cosas peores. Es un chaval un tanto problemático.

—¿Y se mete mucho con Tito? —pregunto en un titubeo. Él suspira y me mira—. Dios. Mi sobrino no, joder. Mi niño no.

Jaime se acerca a mí y me coge de la mano para tomarla entre las suyas.

—Lo siento.

—¿Lo sabe mi hermana?

—Sí. Y está muy preocupada. Llevamos todo el curso trabajando el tema.

—No me había dicho nada.

—Creo que Gala no es de las que exteriorizan los problemas.

Jodida hermética.

—Tito no tiene amigos, ¿verdad? —Él niega—. ¿Qué le hacen?

—Le insultan, le hacen trastadas o no le dejan jugar…, ese tipo de cosas.

Me llevo las manos a la frente en claro signo de agobio y entonces Jaime chasquea la lengua y me abraza. Yo me aferro a él y le aprieto con fuerza, como él a mí.

—No sabes cuánto me jode que Tito pase por eso. En serio. Hago todo lo que está en mi mano para que no sea así —dice en mi oído—. No paro de hablar con unos, con otros, de gestionar los conflictos, de indagar en los porqués de la conducta de ese niño y si necesita más ayuda incluso.

—Lo sé. —Le aprieto más—. Lo sé. —Me acaricia la nuca—. Eres el

mejor docente del mundo, Jaime, pero hay cosas que no están en tu mano. Si en casa no se les educa, tú poco más vas a poder hacer.

—Es una lucha diaria.

—Quiero ayudar a Tito y a mi hermana. Trabajar su autoestima y comerle la cabeza para que sepa cómo enfrentarse a estas cosas y que todo vaya mejor. No puedo consentir que la historia se repita, Jaime. No puedo.

—Y yo estaré contigo.

Me abraza más, me da un beso en la sien y nos separamos. Nos miramos unos segundos y compartimos este momento. Inspiro hondo.

—Has venido —digo—. Al parque.

Él asiente.

—No quiero pasar el verano evitándonos. No tiene sentido y… no quiero dejar de verte, Alicia. Debería, sería lo mejor, pero no puedo.

Asiento y nos miramos contenidos. De pronto, una vocecita emerge de la nada.

—Jaime, Lennon ha hecho caca en el jardín.

Reímos, claro, y lo que más me gusta es que nos miramos y nos sonreímos con esa complicidad que pensaba que habíamos perdido.

—¡Será marrano! —dice Jaime y se acerca a él—. Oye, ¿queréis venir a mi casa y ayudarme a bañarlo?

—Vale. —Tito se encoge de hombros. Me mira a mí y asiento con una sonrisa—. ¿Ya sois novios otra vez?

—¡Tito! —grito.

Y Jaime se ríe disimuladamente.

—Anda, vamos a recoger la caca del jardín y a bañar a Lennon.

Tito baja las escaleras en menos de lo que tardo en pestañear.

—Gracias, Jaime. Por todo.

—No hay de qué.

Doy un paso para salir, pero antes me detengo en su mejilla y le doy un beso. Porque sí. No es del todo bien recibido, he de decirlo, pero tampoco mal. Y yo no sé en qué acabará todo esto, y con todo el tema de Tito ni me paro a pensarlo, pero sí sé que pase lo que pase quiero a Jaime a mi lado.

21

Berta y yo

Berta me ha invitado a cenar a su casa, con su marido y sus tres niños. A ver, seré sincera: cuando he leído el mensaje, he querido escaquearme. Se me han ocurrido un montón de disculpas absurdas: que tenía que regar las plantas, lavarme el pelo o que estaba a punto de descubrir una vacuna. Lo que fuera. Y no me entendáis mal; no es que pase de ella y de su familia, pero después de esta tarde y de todo lo que ha pasado con Tito y la madre del demonio, pues no me he quedado muy fina, la verdad. Eso por no hablar de lo raro que se me ha hecho estar con Jaime sin poder tocarlo, ahora que sé cómo me siento cuando lo hago. Todo ha sido extraño. Pero tampoco estoy en condiciones de decirle que no a la única persona, aparte de Jaime, que tengo aquí, y además me encuentro a gusto con ella, así que igual hasta me viene bien. Es raro tener tanta complicidad después de tanto tiempo. Y también es bonito. Al final he aceptado la invitación y aquí estoy.

La cena transcurre con mucha tranquilidad. El marido de Berta, Pedro, es un encanto y tan merecedor de las miradas que ella le dedica como lo es ella de las que le regala él. Son una buena pareja, Berta y Pedro. Se compenetran, se entienden y se nota que se quieren. Sus dos niñas —el bebé ya se había dormido cuando he llegado a su casa— de cinco y tres años son un amor. Y no es que sean la familia perfecta o destilen ese halo de admiración como si fueran elfos paseando por Rivendel, no. Son normales y corrientes como tantas y tantas familias que, si te fijas, tienen cosas que admiras, aunque también tienen problemas y preocupaciones y frustraciones y luchas diarias. Pero al estar con ellos me doy cuenta de que son felices, sin más. Están plenos. Son parte de algo. Y eso es precioso.

Berta y yo recogemos los platos de la cena mientras Pedro se encarga de acostar a las niñas. Y cuando hemos terminado y Pedro vuelve al salón, nos anuncia que se va a la cama con un guiño tan tierno que me hace sonreír. Nos deja solas. Y a Berta le falta tiempo para preparar dos copas y hacerme un gesto para que salgamos a la terraza y no despertemos a nadie.

—Tienes una familia estupenda —le digo mientras nos acomodamos en dos tumbonas con sendas mantitas en las piernas—. Y mucha suerte de tener a Pedro. Es encantador.

—Gracias. Pero ¿sabes? Lo de Pedro no es cuestión de suerte. De hecho, casi nada lo es.

—Ah, ¿no?

—No —sentencia dando un trago—. Suerte fue coincidir de nuevo en el momento adecuado, pero todo lo demás lo hemos trabajado los dos. No hay suerte de por medio. Los dos regamos la relación como podemos, los dos la peleamos y los dos nos respetamos y tenemos paciencia con el otro. Ya sabes lo que dicen: hay que regar la relación cada día, como si fuera una planta, pero siendo consciente de que no siempre va a brillar como el primer día y no siempre te van a salir pétalos bonitos.

—Amén —digo, y brindamos—. ¿Cómo fue volver al pueblo, Berta? —pregunto tras un par de sorbos—. La verdad.

—La verdad es que fue raro. Y duro.

—¿Por qué?

—Bueno, venía de vivir en Barcelona. ¡En Barcelona! Imagínate lo que fue volver a un pueblo que en invierno apenas tiene dos bares abiertos.

—La nada.

—Eso es. Fue duro. Además, todavía estaba pasándolo mal por mi ex y no me ubicaba. Durante unos meses iba como pollo sin cabeza. —Reímos—. Pero es lo que tienen los cambios, aunque los hayas elegido tú: desconciertan, remueven, destrozan y regeneran.

—Me suena. Algo de cambiar sí que sé. —Me río.

Ella me mira con ternura.

—¿Te gusta vivir en Hamburgo?

Me quedo callada un rato. Berta me lo respeta, aunque ambas sabemos que los silencios encierran la más compleja de las respuestas. No puedo evitarlo; rebusco en mi bolso el paquete de tabaco secreto y me enciendo un cigarrillo. Doy una calada y exhalo el humo hacia el cielo lleno de oscuridad y estrellas. Inspiro hondo.

—No.

—¿Por qué no vuelves?

Me encojo de hombros y la miro.

—No te creas que no me lo planteo, estoy cansada de dar vueltas.

Dos segundos de silencio más. Otra calada.

—¿Sabes, Ali? —Alzo las cejas, expectante, y damos otro sorbo—. Cuando decidí volver aquí, tuve que reconciliarme con muchas cosas que se habían quedado en estas calles. Es cierto que me vi obligada por las circunstancias, si no, ¿quién iba a querer vivir aquí? Pero, como no me quedó otra, tuve que cambiar el chip.

—Define «cambiar el chip».

Me mira con un ojo entrecerrado y da otro sorbo.

—Tuve que hacer las paces con el pueblo y con la Berta que quedó aquí. Cuando me fui, odiaba tanto este lugar que enterré todo lo vivido, bueno y malo, para olvidarlo y empezar de cero, como también tuviste que hacer tú. Pero al volver y reencontrarme cara a cara con todo, me di cuenta de que no era justo obviar las cosas buenas, porque existieron, y también me hicieron lo que soy. ¿Y sabes de lo que me di cuenta? —Niego con la cabeza—. De que también fui feliz, Alicia. A pesar de lo marciana que fue nuestra infancia y a pesar de los tragos amargos que vivimos, también fui feliz.

—Ojalá yo llegue a pensar lo mismo —digo con una sonrisa tierna —. Y no niego que durante estos días también me estoy reencontrando con lo bueno que hubo y que es una sensación muy plena, pero lo cierto es que sigo perdida y desubicada. Aquí, en Madrid o en Hamburgo, siempre he tenido la sensación constante de estar desencajada. Y ahora… ahora me he quedado sin trabajo y sin razones para seguir en una ciudad que no es la mía y con una gente que no es mi gente y yo no sé qué hacer. Me da miedo que, haga lo que haga y vaya a donde vaya, siga con esa sensación vacía.

Hay unos segundos de silencio. Berta inspira hondo y yo doy una calada. Jamás había hablado de esto con nadie. Y que sea con Berta significa mucho para mí. Y para ella.

—Me recuerdas a mí hace unos años, cuando estaba en Barcelona, sin dinero y sin saber qué hacer. Esa sensación de que nada te llena, de que nada es suficiente, de que lo tienes todo y, sin embargo, eres incapaz de sonreír, de encontrar algo que te colme… La sensación de no pertenecer a ningún sitio, de estar desubicada y de no encajar con nadie. Pero, Alicia, no estás perdida ni desubicada ni desencajada. Tienes todo en la palma de tu mano, solo que vas dando vueltas alrededor de ella sin darte cuenta de que lo que tanto buscas está ahí. Tuvimos una infancia preciosa. —La miro sin creérmelo mucho—. Sí, joder, nos teníamos la una a la otra, estábamos siempre juntas, ¡nos hicimos hermanas de sangre!

—Aún me duele el brazo del corte. —Nos reímos.

—Y éramos libres… Íbamos a todas partes solas, sin tiempo que medir, sin miedo. ¿Cuántos niños de nuestra generación han podido hacer eso? Teníamos a nuestra familia, que nos quería, aun con todas las cosas que tienen todas las familias del mundo. Y, qué coño, tu primer beso te lo dio un buenorro de la ciudad que vino aquí para las fiestas y fuiste la envidia de todos los que nos puteaban. Éramos dos marginadas, sí, ¿y qué? No nos fue tan mal. Al final, vivimos lo que era normal a nuestra edad. No como otros.

—¿A qué te refieres?
—A Ramón, por ejemplo.
—¿Por qué? —Frunzo el ceño.
—Coño, porque perdió su virginidad en un puticlub.
—¿En serio? —digo con la boca abierta.
—¡No me digas que no tenías ni idea!
—Para nada. Pero ¿es cierto?
—¡Claro! ¿Qué esperabas? En el instituto era un guaperas, pero éramos todas muy recatadas, y cuando llegó la edad de darlo todo, ya no tenía fans porque era un cateto tontaina que no daba para más.
—¡La Virgen! —Me río y me tapo la cara con las manos.
—¡En un puti, Alicia!
—¿En el que está a las afueras?
—Es que encima fue tan tonto del culo de ir a ese, ¡que lo vio entrar y salir todo el pueblo! Se quiso hacer el gallito y me contaron que unos hasta lo cronometraron y estuvo ¡cinco minutos!
—¡¡No!! —Y suelto una carcajada—. Toma el gallo.
—¡Cinco putos minutos, Alicia! —Ríe—. ¿Cómo no te habías enterado? Fue la comidilla y el hazmerreír durante meses. Karma, lo llaman.
—Te juro que no sabía nada.
—Pues eso fue lo que pasó, Ali. ¿Me quieres decir que ese gilipollas me iba a amargar mi vuelta y mi nueva vida? Y, sobre todo, ¿ese mierda me iba a fastidiar todos los recuerdos bonitos de mi infancia? Ni de coña. Jamás le otorgaré ni a él ni a nadie tanto poder.
Y al decir eso, paro de reír y la miro. Qué razón tiene. Al final, somos nosotros mismos quienes damos el poder a otras personas para amargarnos la existencia. Les damos la llave de nuestras emociones y basamos nuestra felicidad en sus acciones, lo que nos convierte en seres manipulables, volubles y sujetos a su merced.
—Siento mucho que perdiéramos el contacto —rompo los segundos de cavilación que nos hemos permitido ambas.
—Y yo. —Me sonríe—. Supongo que éramos unas crías y las dos quisimos alejarnos de todo, pero no medimos lo que implicaba ese «todo».
—Tienes toda la razón. —Hago un mohín—. Éramos uña y carne.
—Lo éramos. Como pocas amigas lo son. —Me da la mano—. Pero, mira, ahora estamos aquí, como si el tiempo no hubiera pasado. Eso es lo que importa.
Sonrío.
—Berta.
—Alicia.

—Tengo que contarte algo.
—¿El qué?
Miro alrededor y bajo un poco la voz.
—¿Sabes quién es Jaime, el maestro?

22

También fui feliz aquí

Mi madre todavía no ha vuelto en sí después de la noche de tormenta. Está tranquila, eso sí, y no se pone violenta ni agresiva, pero está ida. Apenas pronuncia unas pocas palabras y yo solo espero que, al menos, vuelva a como estaba antes. Que no nos la quiten tan pronto. Que pueda seguir hablándonos de la Tomasa o rayujeando sus papeles. Gala también está preocupada. Intentamos ir a verla las dos juntas estos días, a ver si así activamos su memoria, pero parece que no le hacer ningún efecto, así que hoy hemos vuelto a la rutina de visitarla por turnos para que pase más tiempo con compañía. Y aquí estoy: peinándola como a una de mis viejas muñecas.

—Mamá, ¿te apetece dar un paseo?

No responde, pero niega con la cabeza. Frunzo los labios. Me siento a su lado encima de la cama, miramos las dos por la ventana. Y como no sé bien qué hacer, disparo como si estuviera sola.

—¿Sabes? Anoche cené con Berta. ¿Te acuerdas de Berta, mamá? Era mi amiga. —No hay respuesta, obvio—. Y me gustó mucho estar con ella y ver que nada había cambiado. Me hizo sentir en casa. Fue una sensación genial. Luego, cuando me acosté, estuve pensando y dándole vueltas a una parte de la conversación que tuvimos y creo que no termino de encontrarme en ningún sitio porque no tengo las raíces bien asentadas. Y por eso tengo la continua sensación de ir a la deriva. —La miro y ella sigue en su misma posición—. Pero anoche, mientras estuve con mi amiga y su familia, no tuve esa sensación. Y me di cuenta de que cuando era niña tampoco la tenía, mamá. Tenía otras sensaciones, pero esa no. Esa vino después. Cuando volé. Porque no puedes echar a volar si tus raíces no son sólidas, porque entonces no tienes rumbo y terminas dando vueltas sin saber adónde ir. Y yo no tengo raíces sólidas porque mis recuerdos están distorsionados y no pueden asentarse. Me siento como tú.

Entonces mi madre me mira con ojos condescendientes. Yo alzo una ceja. Me encanta cuando reacciona. Me encanta cuando ve un poquito de luz allá donde solo hay sombra.

—Berta me enseñó una foto ayer, mamá. Estábamos las dos con nuestras bicicletas, de las de antes, de las de paseo, con una cesta de esas que ahora llevan los modernos. Que si hubiera sabido que mi regalo de primera comunión iba a ser un *must* veintitantos años

después, no la hubiera elegido rosa. Quizá la pinte. —Meneo la cabeza —. El caso es que estábamos las dos ahí y recuerdo bien el momento en el que nos hicimos esa foto. Fue tras haber ido a nuestra «caseta secreta», ¿te acuerdas? —Sonrío—. Estaba en uno de los recovecos del bosque que hay a las afueras y habíamos puesto cuatro maderas cutres en el suelo. Era más una casa imaginaria que otra cosa, pero lo pasábamos en grande las dos ahí, inventándonos juegos e historias. Desde que vivíamos en Nueva York y organizábamos una fiesta hasta que teníamos que prepararnos para ir al espacio. Dios, el espacio. Pobre Berta, la tenía frita cada noche de verano con las estrellas y sus nombres y qué era un año luz y que si las supernovas y que si las lunas de Júpiter. Y ella me escuchaba siempre, ¿sabes? Ojo, que yo era la vicepresidenta del mundo imaginario que ideó, en el que todos los ciudadanos debían vivir en un país distinto durante un mes hasta que todos hubieran vivido en todos los países existentes para así poder elegir uno definitivo después. Una por otra. Lo pasábamos bien.

—Nocilla —dice mi madre, y yo me quedo con cara de interrogante sin saber muy bien qué quiere esta mujer.

—¿Quieres Nocilla? —Ella niega.

—Para las crías.

Entrecierro los ojos.

—¡Es verdad! A veces nos preparabas Nocilla para merendar. No había caries ni dietas entonces, y cuando íbamos a casa para hacer los deberes juntas, nos preparabas unos bocadillos de pan del día, comprado en la panadería de siempre y hecho en el horno de toda la vida. Qué ricos estaban. Los comíamos viendo *Barrio Sésamo* cuando éramos muy pequeñas; luego *Oliver y Benji* cuando fuimos más mayores; y después *Will y Grace* cuando íbamos al instituto. A ti te encantaba *Will y Grace* también. ¿Te acuerdas?

—No.

Sonrío. Le cojo la mano.

—Claro que sí. Cuando no podías verlo, me pedías que te lo grabara porque tú no sabías manejar el vídeo y, después, nos lo poníamos las dos juntas antes de cenar.

—Ah.

—Y Gala mientras practicaba sus clases de canto. —Me río—. Se compró un libro sobre cómo educar la voz que debió de conseguir en algún todo a cien y se pegaba el día cantando tan mal que nos poníamos tapones en los oídos sin que se diera cuenta. Papá siempre decía…

—Por qué no criaría dos cerdos en lugar de a dos hijas, que ahora comería buen jamón y no tendría que aguantar esto.

Abro mucho los ojos y sonrío. Ella mira por la ventana como si nada, pero ha dicho la frase que siempre repetía mi padre sin pensar. Seguro que ni se ha dado cuenta y lo ha hecho como una autómata, pero lo ha hecho. Va saliendo, poco a poco.

—Recordar las cosas buenas te sienta bien, mamá.

—Ah, vale.

Qué bonica es. Le doy un beso.

—Tengo que irme ya. —Me levanto.

—¿A comer Nocilla?

—Sí, a comer Nocilla. —Sonrío—. ¿Querrás que te traiga un bocadillo de Nocilla mañana?

—Bien.

Le doy un beso en la frente y me despido de ella. Y cuando cierro la puerta, la veo levantarse y sentarse a la mesa que tiene como escritorio a rayar un papel.

De vuelta a casa doy un paseo y observo las calles y las casas bonitas que me vieron crecer. Me siento bien. Supongo que la conversación con Berta me revolvió entera y he empezado a ver las cosas de otra forma. Porque hoy tengo una bonita sensación que me hace andar como si flotara, saboreando los colores, los sonidos y las luces de lo que veo y tan bien conozco. Es curioso: llevo un mes aquí y he estado mucho mejor de lo que esperaba, con esa sensación de que algo se ha puesto a girar en la dirección correcta, cuando hasta hace nada no estaba girando correctamente. Me siento bien en el pueblo y también con lo que he vivido en él. No pensé que sería así. Inspiro hondo y cierro los ojos. Me estoy reconciliando con el lugar que me vio nacer y esto me pone tan contenta que hasta me paro en una tiendecita que vende flores y decido comprar un ramo pequeño para ponerlo encima de la mesa. Un poco de color y alegría. ¿Por qué no? Además, ir por las calles empedradas con mi vestido tan mono y mis sandalias de tiras y mi media melena más clarita por el sol y ondulada, con el ramo de flores y con el intenso subido, es como para poner música italiana de los años cincuenta y simular que estoy en la Toscana. Y no dejo de pensar en la charla con Berta; en el encuentro de hoy con mi madre; en todo lo que he recordado; en que tuve muchos muchos buenos momentos que he aparcado en algún lugar de la memoria y no es justo; en las sensaciones tan bonitas que llevo encima, en…

—Alicia.

Voy tan abstraída por la Toscana que no he visto que se acerca a mí. Su sonrisa ladeada es reflejo de la amplia sonrisa que pongo al

verlo, genuina y sin pensar.

—Jaime —digo cuando nos acercamos.

—Estás radiante.

—¿Sí? —él asiente—. Está siendo un buen día, supongo. —Me encojo de hombros—. Y he comprado flores.

—Y voy a invitarte a comer.

—Ah, ¿sí? Entonces está siendo un muy buen día.

—¿Y a qué se debe?

Me quedo unos segundos pensando y me invade la intensidad, qué le voy a hacer. Me acerco un paso más a él.

—A que también fui feliz aquí.

Las sonrisas de ambos duran lo que tarda Jaime en dar otro paso y abrazarme, así, sin decir nada. Me agarra más fuerte y me besa la sien con lentitud. Yo me dejo hacer. Intensa yo, intenso él. Y me encantaría quedarme aquí horas, abrazados sin adioses, sin ayeres y sin mañanas que separan. Aquí, en él.

—Quiero besarte —le susurro muy bajito al oído, como si no quisiera que me escuchara o me diera miedo.

Su vello se eriza y su piel se pone de gallina al contacto con mi voz. Su mano izquierda se entremete por mi pelo y masajea mi cabeza con suavidad. Su otra mano descansa en mi espalda y sigue apretándome en un abrazo que parece no querer dejarme marchar. Suspira, resignado. Lo miro.

—Yo también, Alicia. Mucho. Pero no sería buena idea.

Me da un beso en la frente y se aparta de mí, lo que deja un poco de frío entre ambos. Yo intento salir de cualquier resentimiento y sonrío con la boca cerrada, mirándolo.

—Pero la comida sigue en pie, ¿no?

—La comida sigue en pie.

—¿Y dónde me vas a llevar? —pongo acento pedante.

—Pues ni idea. Podríamos ir al pueblo de al lado, que hay una borda famosa. O a esa otra que está en la carretera: hacen brasa y tienen jardín. —Se encoge de hombros.

Me quedo un rato pensativa.

—Oye, ¿y si…? ¿Te gustaría hacer un pícnic?

—¿Un pícnic?

—Un pícnic, sí.

—Un pícnic —dice con deje divertido.

—Sí, coño, un pícnic.

—Tú, un pícnic. Que ves a una hormiga y te mueres de asco.

—Anda, mira, ya habló el de ciudad.

Él pone los ojos en blanco y susurra un «tonta del culo» que me

hace reír.

—Vale. Un pícnic. ¿Dónde?

—En un recoveco del bosque que es especial para mí.

—¿Y por qué es especial para ti?

—Porque fui feliz allí. —Sonreímos—. Y no hay hormigas asesinas.

Nos echamos a reír y me rodea el cuello con su brazo, en un gesto casual que le sale solo, pero que a ninguno de los dos nos pasa inadvertido. Y más cuando continuamos la marcha así, entre risas y abrazos, entre las ganas y los «no debo», entre la complicidad y el deseo. Hasta que llegamos a casa y se jodió el invento.

Tito se queda llorando por no venir a comer con nosotros. Me ha dado tanta pena que he estado a punto de llevármelo, pero mi hermana me ha susurrado que no me preocupara, que disfrutara de un ratito para mí también y que ya se le pasaría. Ay, los niños, son únicos en hacer que te sientas una rata miserable. Al final, se le ha pasado el berrinche y más cuando Jaime le ha preguntado si quería que por la tarde fuéramos en su coche los tres a la piscina del pueblo de al lado. Y como ahí no hay niños que quieran dejarlo atrás, Tito se ha puesto loco de contento. Ay, los niños, son únicos en hacer que te sientas un superhéroe. Gala lo estaba mirando con ternura y preocupación, y sin que Tito se diera cuenta me ha susurrado un «Necesita un padre» que me ha dejado un poco mosca.

—¿Crees que Tito echa en falta una figura paterna? —le pregunto a Jaime mientras comemos en el lugar del bosque donde Berta y yo teníamos nuestra gran «caseta secreta».

Del recoveco donde teníamos la caseta no queda nada, porque la vegetación se ha comido casi todo. Eso sí, el sitio no puede ser más bonito: todo rodeado de abetos; los suelos llenos de tierra y cortezas caídas de los árboles; el murmullo del río que pasa colina abajo y el silencio de todos los ruidos que sobran. Parece que estemos en Twin Peaks o algo así. Y yo, cuando nos hemos sentado, he rezado por que no se me apareciese Laura Palmer, todo sea dicho. O una culebra. O una araña gigante. O algún insecto de esos que dan más miedo que la niña de *The Ring*. Jaime se reía de mí mientras esparcíamos la manta y los bártulos que he traído en una cestita muy mona, con cosas como: «Ojo con la de pueblo que se trae cestita de mimbre y tiene miedo a las arañas». Y yo refunfuñaba que él era un pedante de ciudad que se creía a saber qué. Jaime y yo, los dos siendo tal para cual.

—Es posible —responde—. La tiene, pero está distorsionada y supongo que por eso la busca en las figuras adultas que le rodean.

—Tengo miedo, Jaime.

—No lo tengas. —Me coge de la mano—. Os tiene a su madre y a ti.

—Pero yo me iré en tres meses.

Y al decirlo el aire se vuelve gélido y las palabras se quedan ancladas en algún lugar.

—Todo irá bien con él, ya verás —dice tras un largo silencio.

Sonrío con pena.

—Eso espero. No tienes ni idea de la mochila que cargas toda tu vida cuando de pequeño creciste entre menosprecios.

—Es cierto, no tengo ni idea. —Aprieta fuerte mi mano—. Pero sí sé que no podemos escudarnos eternamente en que somos como somos por lo que hemos vivido de niños. Cuando nos hacemos adultos, nos hacemos responsables de nosotros mismos y de lo que hacemos. Evidentemente, todo lo vivido queda ahí y es lógico que haya momentos en los que sale a relucir, pero tenemos las herramientas para controlarlo.

—Lo sé. Ayer en la cena con Berta hablamos un poco de esto. Hablamos de que nos cuesta reconciliarnos con todo lo que vivimos en este pueblo, de que ella lo ha conseguido y de que yo tengo la sensación de estar siempre desubicada porque no lo he hecho.

—Tienes una buena oportunidad para hacerlo este verano, Alicia. Ver las cosas que hubo buenas y hacer menos malas las no tan buenas. Ramón te amargó algunos momentos de tu infancia, pero no dejes que te amargue los que fueron buenos ni el resto de tu vida. Nadie, y menos un pobre desgraciado borracho que no sabe hacer la «o» con un canuto y que está más solo de lo que jamás estarás tú, puede determinar lo que eres y lo que has sido.

—Es justo lo que pensé ayer. —Sonrío. Él también—. Siento darte la chapa. —Me rasco la cabeza—. Me pongo intensa y…

Jaime se ríe.

—No seas boba, anda. Me gusta que hablemos. Y que me cuentes lo que sientes. Significa mucho para mí.

—Es raro, por lo poco que hace que nos conocemos, pero —digo tímida— me siento muy cerca de ti.

—Me pasa lo mismo. —Sonríe—. Por eso no quería que dejáramos de vernos, Ali. Conectamos mucho y es difícil renunciar a eso. No quiero, de hecho. Pero…

—Lo sé.

Y así charlamos sin parar de pensar en nosotros ni en a qué saben nuestros labios, pero comemos tranquilos y terminamos tumbados en la manta mirando al cielo. Juntos. Muy juntos. Pegados.

—¿Qué querías ser de pequeño?

—¿Yo?

—No, Charlie Hunnam, que lo veo por aquí. —Reímos con cosquillas en la cadera incluida.

—Bastarda. Pues quería ser maestro o astronauta.

—¡No me jodas! —asiente.

—Era el destino, nena —dice poniendo tono gutural a lo chulapo denteroso.

—Eres gilipollas.

—No, en serio. Lo de astronauta supongo que es por todas las películas de astronautas de los años ochenta, pero lo de maestro es vocacional. Siempre me ha gustado aprender de todo para luego enseñarlo, explicarlo, y siempre me han caído bien los críos. —Sonreímos—. De más joven tenía la bucólica idea de que podría contribuir a cambiar el mundo, de que enseñando las bases podía formar a niños que en el futuro harían cosas grandes.

—Y lo haces. La educación es imprescindible. Nadie llega a nada sin haber pasado antes por el colegio. Y ya no es solo eso. Son también los valores que transmites y el entusiasmo por aprender que contagias. Eso quedará en los niños siempre y es fascinante. Tienes una de las profesiones más nobles del mundo, Jaime, y una de las más importantes. Contribuyes a construir los cimientos del futuro, y eso es grandioso.

Cómo me mira. Hasta suspiro.

—Eres increíble. ¿Y tú? ¿Qué querías ser de pequeña?

—No lo sé. No tenía una pasión clara, pero siempre me gustaron los aviones, el cielo, la física, las matemáticas y las naves espaciales, así que supongo que lo mío era vocacional, pero sin saberlo.

—Querías ser astronauta, Wonder Woman.

—Hombre, claro. Todo el que se mete en esta marcianada ha soñado con ser de los que estaban al otro lado del «Houston, tenemos un problema» o incluso con pisar la Luna alguna vez, pero aquí me tienes: pisando el bosque de mi pueblo.

Nos reímos.

—Alicia Sierra pisando la Luna, dando un gran paso para la humanidad y chillando porque ve una diminuta lagartija lunar. Apoteósico. ¡Au! —Se ríe por el manotazo que le doy en el hombro.

—Eres un tocapelotas.

Se echa a reír tan distendido que me contagia, y más cuando intenta darme otro pellizco en la cadera que me hace retorcerme y enroscarme entre su brazo y su cuello. Ups. Ha sido sin querer… queriendo. Pero él no me aparta y, en su lugar, me atrae más a él y nos abrazamos. Y sin dudarlo terminamos con mi mano en su cintura

y nuestras piernas entrelazadas y mi nariz en su cuello y su brazo rodeándome y su mano que acaricia mi pelo y sus labios que lo besan.

—Alicia.

—¿Sí? —respondo con los ojos cerrados.

—No puede pasar de aquí.

Jarro de agua fría.

—Lo sé.

—Sé que ambos nos morimos de ganas y que tenemos que contenernos para no comernos la boca y lo que no es la boca, pero no puede pasar, Ali.

—Entonces deja de decir «comernos la boca y lo que no es la boca» y pónmelo fácil.

Nos reímos, mirándonos. Vuelvo a su cuello, con los ojos cerrados.

—Eres única, Alicia Sierra.

—Lo sé.

Reímos más. Juntos. En silencio. Sin decir nada más porque hasta las palabras nos molestan. Solo él, yo, este bosque y mi lugar secreto de la infancia.

Sonrío.

No puedo ser más feliz aquí.

23

Los secretos de Gala

Hoy me ha despertado el olor a tostadas con mantequilla y café recién hecho en cafetera italiana que ha preparado Gala antes de irse a abrir la tienda. Ella y Tito ya habían empezado a desayunar cuando he bajado y me ha encantado verlos riéndose y compartiendo confidencias. La verdad es que mi hermana lleva unos días mejor. Ha salido a cenar un par de veces con alguna amiga que aún le queda y ahora abre la tienda a media tarde, por lo que puede pasar más tiempo con Tito y estar más tranquila. Supongo que poco a poco va encontrándose. O, al menos, no está tan hostil. Diosito, que dure así.

Gala se ha ido a ver a mi madre antes de trabajar, así que Tito y yo nos hemos ido al sofá a terminar de desayunar y a disfrutar del sábado, con más café para mí y más cereales para él. Tito ha encendido la tele, pero la verdad es que la programación infantil da bastante pena, así que se me ha ocurrido una cosa: ponerle una cinta de vídeo que guardo todavía en mi habitación como oro en paño en el reproductor que conserva mi hermana a modo de reliquia.

—Vamos a ver una película que era mi favorita cuando tenía tu edad —le he dicho a Tito.

—¿Una peli ahora, tata?

—¿Por qué no? ¿Tienes algo mejor que hacer?

Así que con más café y mucha expectación, le he dado al play y los acordes e imágenes de *La historia interminable* han hecho su estelar aparición. Tito no ha retirado los ojos de la pantalla. No ha podido gustarle más. Creo que ha flipado con una película que no trata a los niños como idiotas, como muchas de hoy en día, y le ha encantado la historia. Ha alucinado con Atreyu y su caballo, y con las aventuras de Bastian y el dragón que vuela. Y yo no he podido estar más contenta por compartir con él esa película de mi infancia que veía a todas horas; a todas. La cinta de vídeo Beta donde estaba grabada (sí, habéis leído bien: ¡vídeo Beta!) estaba tan desgastada que terminó rompiéndose y supuso también el fin de ese pobre armatoste que no soportó pasar la misma cinta una y otra vez. Bienvenido a casa, VHS. El caso es que todavía me sé los diálogos y siempre había querido verla con mi sobrino o con los hijos que tenga, si vienen.

Después de la película, Jaime me ha mandado un wasap. «Tengo una idea para esta tarde, pero necesito tu ayuda». «De acuerdo. Soy

una mujer con una misión», ha sido mi respuesta. «No sé qué voy a hacer contigo», ha dicho él. Y a mí se me han ocurrido varias cosas. Ejem.

La misión secreta de Jaime ha consistido en preparar una yincana por medio pueblo, a lo bestia, para Tito. ¿Me puede gustar más? Creo que no. Hemos quedado a la hora de comer y nos hemos puesto a esconder papeles y pruebas en los rincones y recovecos que todo niño conoce bien. No sé quién de los dos estaba más emocionado, pero nuestra complicidad ha seguido creciendo sin parar.

Luego he vuelto a casa, he comido a toda leche y me he salido a la terraza a tumbarme un rato en la hamaca, antes de la supersorpresa. Y ya sabemos que una de las mejores cosas que tienen las tardes de verano son las siestas interminables, cuando todo el pueblo se pone de acuerdo para quedarse en silencio y no se oye más que el viento que se cuela por los muros de las casas y los grillos con su estival serenata. Se estaba tan bien ahí, en esa hamaca que se bamboleaba con el sopor de la tarde, con Tito adormilado en el sofá y con mi hermana haciendo lo mismo en la butaca, antes de volver a trabajar. «Bonus extra» de Pecker sonaba en mis cascos, poniendo la mejor banda sonora para este momento. Porque adoro esta canción, adoro el verano y adoro mi tierra. Y, lo más importante, me adoro a mí en ella. Así que cada vez tengo más claro dónde quiero estar. O, al menos, dónde no quiero. Y no me refiero a volver al pueblo, sino a buscar algo aquí, en España. En alguna ciudad con mercado de lo mío que, si es posible, esté más cerca de todas estas sensaciones tan grandes que voy sintiendo y, sobre todo, más cerca de mi sobrino, de mi madre, de mi hermana, de Berta, de Jaime.

Decisiones aparte, imaginaos la cara de Tito cuando le hemos dicho que habíamos preparado una yincana para él por el pueblo. Casi se muere de un infarto. Y además he llamado a Berta y se lo he contado, así que se ha traído a sus hijas —y al bebé en el carro— para que jugaran también y no se aburrieran en casa toda la tarde. Mi sobrino estaba emocionado al tener compañeras de juegos, aunque fuesen de otra edad. Gala ha decidido cerrar la tienda por la tarde y venirse con nosotros para ver el espectáculo. Tito se ha emocionado mucho. Y más cuando un par de niños que estaban jugando en la calle nos han visto y han querido apuntarse al plan. Y al rato, otro más. Los tres de la clase de Tito. Y él al principio no estaba muy seguro, pero enseguida el juego ha ganado la batalla y han terminado jugando todos juntos, divirtiéndose y correteando. Y Tito, uno más.

—Somos muy guais haciendo esto —le he susurrado a Jaime en un momento.

—No uses el plural, Wonder Woman, que se me ha ocurrido a mí.
—Me ha sacado la lengua.

—Tú eres el cerebro del equipo y yo la ejecutora, que te he ayudado un montón.

—Te has raspado las rodillas dejando el primer papel, Alicia.

Le he pellizcado la cintura entre risas de ambos y hemos seguido con el juego hasta que ha comenzado a anochecer.

Y ahora aquí estoy, con el fresco nocturno en la terraza abuhardillada, al lado de mi habitación, terminando el día. Jaime se acaba de marchar y me ha dado un beso en la mejilla más bonito que algunos de los besos en los labios que otros me han dado.

Gala me había pedido esta tarde que me quedase esta noche con Tito porque ella había vuelto a quedar con amigas para cenar y tomar algo, así que he hecho una cena improvisada en el jardín a la que se ha quedado Jaime. Es como si no pudiéramos estar separados. Ni nos hemos planteado no cenar juntos hoy. Impensable. Hemos cenado los tres, hemos estado un ratito haciendo el melón, he acostado a Tito y Jaime se ha marchado. Hubiera sido buen momento para pedirle que subiera conmigo. El niño dormido, nadie más en casa, día intenso, él y yo. Pero sé que hubiera dicho que no. Y es lo mejor. No sé si al final volveré o no, pero esa duda no se la he contado todavía a él. No quiero generar expectativas hasta estar segura de lo que voy a hacer. Así que, con ese beso en la mejilla y una sonrisa, se ha despedido y yo me he subido aquí.

Apago las lucecitas y bajo las escaleras para coger un vaso de agua en la cocina. Abro el grifo con sigilo para no despertar a Tito y escucho la puerta de casa abrirse, entre risas ahogadas que intentan pasar inadvertidas.

Es Gala, que ha vuelto de su cena.

Y viene con alguien más.

24

Las balanzas

Berta, tengo que contarte algo —le digo sentada en un banco del parque mientras sus hijas y Tito juegan, y ella acuna el carrito para adormecer al bebé.

—¡Te has vuelto a liar con el maestro! —dice tan emocionada que me hace reír.

—No. Y no grites tanto.

—Bah, qué más da.

Miro el reloj: mi hermana estará al caer. Me ha vuelto a pedir la noche libre y lo ha hecho con tal sonrisa que no he podido decirle que no. Ni idea de qué tejemanejes se lleva, pero ha estado estos últimos días más contenta, saliendo más y con otra luz. Vamos, que alguien que yo me sé está dándole al cuerpo alegría Macarena, pero, como imaginaréis, no me ha contado nada.

—Bueno, qué, ¿me lo cuentas o no?

—Ah, sí. Perdona. Verás, es que estoy dándole vueltas a un tema desde hace tiempo, pero no lo he hablado con nadie y creo que tú me entenderás.

—Desembucha, hija mía. Aquí el oráculo a tu disposición.

—Pues… —Me rasco la cabeza—. He pensado mucho en dejar Hamburgo y volver aquí, Berta.

—¿Aquí? ¿Estás loca? Alicia, que vivir aquí es duro y muy aburrido.

—No, hombre, al pueblo no: ¡a alguna ciudad española!

—Ah, joder. Eso ya tiene más sentido.

—Supongo que podría encontrar algo bueno aquí: conozco varias empresas relacionadas con lo mío repartidas por todo el país y en algunas hasta tengo contactos, porque eran filiales o subcontratas de donde yo trabajaba. Y si no, en otro sector relacionado, no sé.

Me mira con una sonrisa disimulada pero contenida.

—¿Y cuál es la duda?

Frunzo el ceño.

—Hombre, una no decide de la noche a la mañana mudarse de país y dejarlo todo.

—¿Todo? —Sonríe—. ¿Qué «todo» dejarías allí?

Abro la boca y trato de responder, pero no me sale nada así que resoplo.

—*Touché*. Bueno, es bastante difícil que aquí encuentre un trabajo tan bien considerado como lo que pueda encontrar allí, eso es cierto. Aquí se nos valora menos, en general, y los sueldos están muy por debajo.

—Vale, entonces pon en una balanza los pros y los contras.

—Eso ya lo he hecho estos meses. Tengo como diez balanzas.

—¿Y?

—El único contra es ese.

—¿Qué hay en el otro lado de la balanza?

—Estaría más cerca de mi familia; de mi madre que cada vez va a peor y no me apetece irme con ella así; de mi sobrino al que me dará mucha pena dejar después de pasar tanto tiempo con él, y de mi hermana que, aunque no tengamos una gran relación, no deja de ser mi única familia. También me he cansado de vivir en un país con costumbres distintas y con una lengua que no es la mía. He sido más feliz aquí en un mes y medio que estos años en Hamburgo. No sé. Allí no tengo nada. No tengo amigos, no tengo pareja, no tengo familia y ya ni siquiera tengo trabajo. Aquí tengo familia, tengo raíces, te tengo a ti y está él. Siento cosas por Jaime que hacía años que no sentía, conecto con él de una forma que jamás había vivido y no quiero parar eso. Él, mi familia, tú, el pueblo… Todo lo que estoy viviendo aquí me está haciendo feliz como nunca lo había sido y quiero estar cerca de todo esto, no lejos.

—Entonces, te vuelvo a preguntar, ¿cuál es la duda? Yo creo que lo tienes claro.

—No sé. No quiero precipitarme ni equivocarme. He luchado mucho, muchísimo, por tener todo lo que he conseguido a nivel laboral.

—Pero ya no tienes trabajo.

—No, ya no lo tengo.

Suspira.

—Pues si allí no tienes absolutamente nada que te tire y aquí tienes un montón de cosas, ¿por qué no? Vas a tener que buscar trabajo igual y seguro que antes o después, aquí o allí, encontrarás trabajo de lo tuyo. ¿Qué más te da tener un trabajo con unas condiciones un poco peores, teniendo en cuenta que será bueno, si vas a ganar en bienestar personal y emocional?

—Eso es verdad. El mejor trabajo del mundo allí no compensa perder todo lo que he ganado estas semanas aquí.

Sonreímos.

—Mira, por ahí viene tu hermana.

Gala se acerca a nosotras, pero antes de saludar le da un beso a

Tito. Después sí viene y se sienta un ratito hasta que Berta anuncia retirada y se pone a recoger a su prole. Mi hermana y yo nos quedamos unos minutos de pie mirando cómo Tito termina de hacer no sé qué en la tierra para irnos también.

—¡Venga, Tito, que nos vamos! —le dice.

—Que ya voy, jo.

—Voy a llegar tarde, jodido —me susurra.

Yo la miro y me la juego, así de claro.

—Gala.

—Dime.

—¿Hay algo que me quieras contar?

Ella frunce el ceño.

—¿Algo de qué?

—Pues —carraspeo—, bueno, llevas un par de semanas saliendo más de lo normal y te noto contenta.

—Lo que salga o deje de salir no es asunto tuyo.

La san Jodimos.

—No te estoy diciendo nada —digo con tonito—. Solo me preguntaba si estas salidas se deben a que hay alguien, sin más.

—Quizá lo haya.

—Joder, Gala.

—Qué.

—Qué te cuesta decirme: sí, hay alguien.

—¿Acaso me cuentas mucho tú del maestro?

La miro sin saber qué decir. ¿Tiene razón?

—Vale, vale. No te encabrones. Me alegro de que quizá haya alguien.

Ella asiente tragando saliva y se queda en completo silencio, dejándome bien claro que hasta aquí ha llegado nuestro momento de intimidad.

Y me dan ganas de quitar a mi hermana de la balanza.

25

Las cosas sencillas que superan expectativas

A ver, que no quiero ser pesada y esas cosas, de verdad, pero es que me da mucha pereza estar leyendo el programa de fiestas del pueblo y comprobar que no ha cambiado nada en quince años. Los que llevo sin estar en las mismas, por cierto. Pero este verano no he podido escaquearme, así que las fiestas estivales del pueblo, que tienen lugar a mediados de junio, ya están aquí y con ellas mi felicidad extrema. Coinciden además con el final de las clases escolares, por lo que Tito está emocionado por partida doble y apenas ha dormido en toda la noche de la emoción.

El caso es que ya han empezado los festejos. Es viernes y a las nueve de la mañana me ha despertado un cohete tipo bomba nuclear que me ha hecho gritar del susto. La Virgen, cuánto afán. Y llevo toda la mañana escuchando pasacalles, una charanga, petardos y gente con prisa porque no llegan a la misa tradicional. Mi hermana y Tito han salido de casa ya a primera hora, pero yo me he hecho la remolona y les he dicho que me uniría a ellos después para pasar el día en la calle. Luego por la noche se organizará una cena al aire libre para todo el pueblo en la plaza mayor y, como postre, una pequeña orquesta que amenizará la verbena. «Ay, que no voy a poder ir, lo siento, es que tengo que aprender a tocar el piano». Mentira, claro. Ahí que voy. Berta es quien me ha convencido bajo una amenaza aterradora. «Si no vienes y te quedas en casa, te llevo a las tres bestias y me haces de canguro», me ha dicho. Prefiero cenar. Así que nada. Valor y al toro.

Hay una cosa que me pone algo nerviosa hoy. O, más que nerviosa, algo inquieta. Porque esta noche vienen algunos de los amigos de Jaime con sus parejas y sus niños. Han alquilado una de las casas rurales para estar más cómodos y aprovechar de paso el fin de semana en la montaña. Y, no sé, quiero caerles bien. Y quiero que sepan que existo en la vida de Jaime, aunque no sé si tengo derecho a eso. Quiero decir que él me presentará, si lo hace, como a una más de aquí, y eso en parte lo entiendo y en parte me da pena porque me encantaría ser alguien… más. También me preocupa un poco verlo en otro ambiente que no es el nuestro, con otra gente que es la suya y lejos de la burbuja que nos hemos montado. Es una sensación rara. No es que me atormente, ojo, pero estoy expectante por ver cómo nos desenvolvemos en ese otro escenario con su gente. Sí, esa es la

palabra: expectante.

Pero a veces las expectativas sí se superan, aun con detalles tan nimios que se vuelven grandes.

—Buenos días, Wonder Woman. —Sonríe de medio lado cuando abro la puerta y me ve con mi camiseta-pijama de tirantes.

—Buenos días, *seño*. ¿Cómo usted por aquí? ¿Me echabas de menos? —pregunto socarrona.

—Me estaba empezando a faltar el aire por no verte. —Ríe con una mueca.

—Suelo causar ese efecto, sí —digo con tonito pedante mientras me miro las uñas.

Él mira sin mucho disimulo mis piernas desnudas.

—No lo pongo en duda.

—¿Quieres un café?

—Claro.

Subimos las escaleras y nos plantamos en la cocina, donde el olor a café recién hecho y tostadas se cuela entre los baldosines.

—¿Y a qué debo el honor de su visita?

—He venido a… ¿Tienes planes mañana?

—¿Mañana? —Sirvo el café en dos tazas y me quedo apoyada en la encimera—. Mmm, no. Hoy sí, vamos a comer con mi madre los tres. Por cierto, ¿te apetece venir? A mí… me gustaría —digo casi tímida.

—Claro. —Sonríe—. ¿A Gala le parecerá bien?

—Seguro. Luego supongo que daremos un garbeo por los actos que hay programados antes de la supercena, pero mañana en principio será día normal hasta la verbena de la noche.

—Entonces, te invito a pasar el día conmigo.

—Creí que esta noche venían tus amigos y se quedaban hasta el domingo.

—Y así hacen. —Frunzo el ceño—. Mañana, cuando nos levantemos, tenemos pensado hacer una pequeña excursión y volver a la casa rural para comer ahí y ya pasar la tarde de sobremesa. La casa tiene piscina, así que… Y he prometido cocinarles un plato típico de aquí. —Sonríe orgulloso.

—Uau, ¿y cuál has elegido?

—Migas con longaniza y chorizo.

—¡En verano! —Me río.

—Así soy yo. ¿Me ayudarás?

—Claro. No es que me salgan espectaculares, pero algo podremos hacer.

—¿Y pasarás el día con nosotros?

—Pues no sé, Jaime. —Dejo mi taza de café en la encimera y él me

imita—. Igual no pinto mucho, ¿no?

Jaime me mira y se acerca a mí despacio, sin decir nada. Se planta a cuatro centímetros de mi cara, que acaricia con sus nudillos, y hace que toda mi piel reaccione.

—Eres una de mis pocas personas favoritas en el mundo, Alicia. Pintas todo —me susurra y yo hago esfuerzos titánicos por no gemir —. Y me gustaría que vinieras conmigo y con mi gente porque tú perteneces ya a mi mundo.

Nos respiramos, en completo silencio. Jaime sigue acariciando mi cara y todo es tan contenido que hasta nuestros cuerpos se retuercen para sacar de alguna forma la tensión sexual que acumulamos. Nuestra respiración se vuelve trabajosa. Nuestros suspiros nos delatan las ganas. Nos besamos sin besos, hasta que no puedo controlarlo más y mis brazos terminan por rodearle el cuello. Él no duda cuando me abraza la cintura, pero inspira hondo con los ojos cerrados. Nuestros pechos chocan al compartir ese abrazo que sabe a beso y ya no tiene sentido evitarlo. Me muerdo un labio, sus manos se deslizan por mi cintura y entreabre los ojos.

—Alicia.

Suspira justo antes de que todo deje de importarnos y nos besemos. Él me besa despacio, con esa ternura que impregna todo lo que hace, pero a la vez sus manos aprietan mi carne con hambre. Besos en el cuello, suspiros sordos, piernas enroscadas en caderas que se mueven solas porque buscan más.

—Dios, Alicia —susurra cuando paramos el beso—. Cada vez me cuesta más frenar contigo. Es… —Inspira por la boca con los dientes apretados—. Me está matando.

—Ven conmigo —murmuro yo, y le cojo de la mano para llevarlo a mi habitación.

Pero él no se mueve.

—Jaime —insisto.

—No puedo hacerlo. No debo. No debemos —suspira—. No soy una persona de adioses, Ali. No quiero enredarme en algo que se romperá en tres meses y sé que contigo…

—Conmigo qué.

Junta su frente con la mía.

—Contigo dolerá. Ya va a hacerlo. Te estás metiendo demasiado dentro en muy poco tiempo.

Sé que tiene razón. Mis ganas no lo saben, pero yo sé que tiene razón.

—¿Qué hubiera pasado si no me hubiera largado en el río? —pregunto.

Él me mira.

—Que al día siguiente habríamos tenido una conversación que nos hubiera llevado al mismo sitio en el que estamos hoy.

—No vamos a poder evitarnos mucho tiempo, Jaime. Cada vez las ganas pesan más y las razones pesan menos.

—Lo sé. Pero vamos a tener que intentar no cruzar líneas que no sabemos adónde nos llevarán.

—Ojalá no…

Pero antes de que pueda continuar la frase, Jaime me interrumpe y me da otro beso. De los suyos. De los ya nuestros. Me susurra un «no puede pasar de aquí» cuando termina y yo solo quiero echarme en sus brazos.

—¿Te veo en el vermú con la gente del pueblo y luego ya vamos a comer con tu madre y Gala? —me pregunta mientras coge mi mano. Asiento con una sonrisa cerrada—. ¿Vendrás mañana conmigo y mis amigos?

—¿Estás seguro?

—Por favor.

Inspiro hondo.

—De acuerdo.

Me da un beso en la mano y se encamina hacia la puerta.

—Alicia —se gira.

—¿Sí?

—Lo siento.

Niego con una sonrisa. Él me corresponde y se va.

Estoy unos segundos mirando a la nada, con el sabor de su boca aún en la mía. «Solo ha sido un beso, Alicia». Pero ni yo puedo negar que empieza a ser más que eso. Son las ansias de acostarnos juntos y despertarnos entre luz y ternura. Son las ganas contenidas de empezar algo, lo que sea, sin pensar en finales anticipados. Es sentirme viva como hacía años. Es el miedo a perderme esto. Y no solo me refiero a Jaime, sino a todo lo demás. Todo me da vueltas en la cabeza como si fuera una caja de música cuya palanca no deja de accionarse. La melodía que suena es de desconcierto, miedo, incertidumbre y ganas de agarrar todo lo que me está pasando.

Y solo hay una forma de hacerlo.

Soy valiente, otra vez.

Me encamino muy despacio hasta mi portátil, que enciendo con la mano temblorosa mientras la otra recorre mis labios de un lado a otro, nerviosa. Cuando el ordenador está listo, abro la aplicación de correo electrónico vacía de nuevos e-mails. El corazón me late fuerte, pero la decisión está tomada, y no tengo sudores fríos que vaticinen errores al

materializarla, así que continúo y le doy a redactar un nuevo correo. Ahora tengo el corazón en la garganta y casi no puedo tragar. Y cuando he terminado, sonrío emocionada y le doy a enviar.

26

El último beso

Las cenas populares y sus posteriores verbenas tienen un punto de encanto, eso es así. Son como meterte dentro de una de esas fotos bonitas en las que se ven las bombillas tenues que cuelgan a lo largo de una plaza, las mesas infinitas preparadas con esmero, los banderines y guirnaldas que engalanan el cielo, y ese frescor único que tienen las noches de verano. La gente, además, está alegre y con ganas de olvidarse durante tres días de los problemas cotidianos que nos invaden. Nos volvemos un poquito más permisivos con nosotros mismos y con los demás y nos quitamos corsés que no nos dejan respirar libres. Y todo fluye; así, sin avisar.

Esta noche no difiere mucho de las noches de fiesta que viví cuando era pequeña: es la misma gente, las mismas mesas, la misma decoración, las mismas risas exageradas, los mismos comentarios. Y, sin embargo, lo que antes me molestaba, me parecía vacuo y me daba hasta rabia por no sentirme parte de ello, hoy me hace sonreír. Mucho. Pero las luces y guirnaldas no son lo único que me pintan una sonrisa boba en la cara.

Jaime.

Que no ha dejado de sonreírme ni un segundo mientras cenamos, codo con codo.

Que cuando me ha presentado a sus amigos como: «Y ella es Alicia», todos sabían que yo era Alicia.

Que hemos regado la cena de guiños cómplices, de sorbos de vino, miradas y carcajadas extrovertidas.

Que me ha sacado a bailar con los primeros compases de la orquesta tras la cena, entre risas de ambos y gestos llenos de intimidad.

Que me acompaña cuando me voy a casa con un Tito dormido en mis brazos, que me llena de babas el cuello, y una hermana tan eufórica y feliz que no he sido capaz de decirle que yo también me quería quedar, porque me lo estaba pasando más que bien con Jaime, con sus amigos, con Berta y con la gente maja del pueblo. Mi gente.

—Gracias por acompañarme —susurro cuando llegamos a la puerta.

—De nada. Mañana cuando nos despertemos y estemos listos te vengo a buscar, ¿vale?

—No hace falta, me acerco yo. —Le guiño un ojo.

Él sonríe y asiente.

—¿Quieres traer a Tito?

—No —niego con la cabeza—. Gala cierra la tienda por ser fiestas, así que pasará el día con él. Creo que irán a la ciudad a hacer compras.

—Bien. Te aviso entonces.

—Terminad bien la noche.

—Sin ti ya no será divertido. —Hace un mohín.

Yo lo miro, tan tierno, tan sereno, tan guapo que me parece irreal que esté delante de mí. Él se acerca despacio y acaricia mi cara con sus nudillos.

—No quiero que te vayas —dice bajito.

—Ni yo, pero… —Señalo con la cabeza al monito que tengo colgando.

—No me refiero solo a esta noche.

—Yo tampoco. —Trago saliva y él junta su frente con la mía—. Jaime.

—Qué —susurra en mis labios.

—Dame un beso.

Inspira fuerte y cierra los ojos, con su mano aún en mi cara.

—Será el último —dice serio.

—Será el último —asiento.

Sonreímos cómplices y nos besamos. Uno de los nuestros. Contenido, en silencio y quietud, pero uno de los nuestros, que alargamos lo que podemos hasta que el acelerón de nuestras respiraciones y los mordiscos en los labios nos alertan de que vamos demasiado lejos y lo paramos, entre sonrisas tiernas y un «buenas noches» ahogado. Abro la puerta y entro en casa, mientras veo cómo Jaime se da la vuelta y se va cuesta abajo. Y yo me relamo los labios porque quiero saborearlo más tiempo. Porque los besos de despedida siempre saben a poco.

Y a amargo.

27

Patas arriba

Jaime no puede evitar reírse cuando lo miro con la cara roja como un tomate, sudada y con la lengua fuera.

—Quién me mandaría a mí meterme en estos berenjenales —digo con los pulmones a punto de salirse por mi boca.

—No seas quejica. Si ha sido una cuesta de nada.

—Ay, perdón, se me olvidó que estaba hablando con Jesús Calleja —digo con saña.

Él se ríe más.

—Si no fumaras a escondidas, no te pasaría esto.

—Ñiñiñiñiñi.

Tira de mi mano con fuerza y avanzamos por el sendero angosto y empinado por el que subimos en plena excursión con sus amigos. Nos hemos quedado rezagados, claro. Resulta que solo han venido los más deportistas, y los demás se han quedado en la casa rural tomando vermú y dando paseos por el pueblo. Y yo he elegido el bando equivocado. Pero lo cierto es que hay una cosa que no cambiaría por nada.

La complicidad entre nosotros.

Y cuando hay complicidad, surge la confianza.

Y cuando hay confianza, surge la intimidad.

Y con ella, todo lo demás.

Para cuando llegamos al pueblo, tengo las mismas ganas de ponerme a hacer migas que de recibir un escobazo en el culo. Aun así, tras una rápida ducha, Jaime y yo nos ponemos en modo Arguiñano y comenzamos a cocinar. Antes discutimos unas trescientas veces sobre cómo hacer correctamente unas migas.

—Me va a decir el neorrural cómo se hace el plato que le cocinaba a mi padre los sábados de invierno.

—Niñiñiñiñi. —Y nos entra la risa.

Pero lo conseguimos. Comemos tan tarde que es casi merienda, eso es cierto, pero a nadie parece importarle porque estamos tranquilos. Relajados. Felices. Con nuestras cervecitas y nuestras risas y nuestra copa tras la comida y nuestra partida de Trivial después y nuestra sobremesa en la piscina. Estoy muy a gusto, aunque me encuentre entre desconocidos. Quizá es la primera vez en años que me siento así. Y cuando estás bien contigo, estás bien con todo lo demás. O

viceversa, no sé. El caso es que estoy tan cómoda que para cuando miro el reloj son casi las diez.

—¡Qué tarde! Tengo que irme a ducharme y arreglarme.

—¿Para qué? —me pregunta Jaime.

—¡Para la verbena! Hoy es el día grande, viene la orquesta buena, ¡y hay bingo! —Alzo las cejas y nos reímos.

—Tú no necesitas arreglarte.

Me abanico fingiendo desmayo y él me pellizca la cadera. Pero me levanto y él conmigo, que me acompaña a la puerta mientras me despido con un «hasta ahora» de los demás.

—No tengo mucha fe en que muevan el culo hoy de aquí. —Tuerce la boca Jaime.

—Oh. —Me rasco la cabeza—. Entonces ¿igual no te veo esta noche? —pregunto con evidente tono de pena.

Jaime me mira con una sonrisa cerrada y se acerca a mi oído mientras me agarra la cintura.

—En la verbena o aquí en la casa o debajo de un puente, me da igual, pero yo voy a estar toda la noche contigo.

Sonrío y acaricio su mano en mi cadera.

—Me gusta tu plan.

—A mí también.

Me muerdo el labio y me separo un poco, que no quiero desafiar nuestra promesa del último beso.

—Entonces, cuando esté lista, te mando un mensaje para ver qué hacéis —carraspeo a la vez que me atuso el pelo.

—Sí. Pero sea lo que sea…

—Estaremos juntos —susurro, y su piel se pone de gallina con mi aliento.

—Me estás matando, te lo juro —murmura en mi boca.

Alzo una ceja, me separo de él e intento poner una sonrisa sensual que debe salirme del revés, porque él se muere de la risa y me revuelve el pelo, lo que me hace reír a mí también.

Voy a ser rápida. La noche pasa así: me ducho, me arreglo sencilla con un mono a media pierna, pero con el suficiente escote como para dar que hablar al sector más mojigato del pueblo, y me voy un rato a la casa rural, porque Jaime me informa de que sus amigos se han apalancado y se quedan de copas ahí, aunque le prometo a Tito que iré a la verbena para jugar al bingo con él. Llego a la casa, tomamos un par de copas, nos reímos, fumo sin esconderme, nos reímos más, y Jaime me rodea los hombros con su brazo mientras estamos sentados, estamos de pie, estamos. La orquesta deja de sonar, es el descanso y el

tiempo del bingo; así que salgo a toda prisa para la plaza y Jaime viene conmigo. Jugamos, perdemos y gritamos «tongo» al ganador; bailamos un par de canciones y reímos más; tomamos algo con Berta, Pedro y otra gente del pueblo que se marcharon en su día y han venido para las fiestas; nos susurramos cosas, nos miramos con ojitos brillantes y nos sentimos cómplices en todo momento. Tito se duerme en los brazos de su madre esta vez, que se lo lleva a casa. Mi hermana me suelta: «Esta noche desmelénate tú», y estamos un ratito más hasta que decidimos volver a la casa rural porque sus amigos siguen de jarana.

—Joder, espera. —Se para Jaime al mirar su teléfono.

—¿Qué pasa?

—Me han mandado mis amigos un mensaje: se les está acabando la ginebra y me preguntan si tengo alguna botella más.

—¿Y tienes? Yo creo que en casa tenemos alguna.

—Sí, sí. Tengo un buen minibar. —Alzo una ceja—. Las noches invernales son muy duras. —Pone voz de dibujo animado y me hace reír—. ¿Te importa si pasamos un momento?

—Claro.

Llegamos a la puerta conscientes de que no lo vamos a poder evitar. Ni siquiera queremos ponerle freno. Hasta Lennon se gira al vernos, bosteza desde el rincón que ha hecho suyo y se vuelve a adormilar dando la espalda al interior de la estancia. Jaime se acerca a la cocina y abre el armario en busca de botellas. Yo, mientras, le espero apoyada en la puerta, con las manos en la madera, temerosa de dar un paso al frente que ponga patas arriba todo. Eso sí, lo observo mientras él abre el armario y rebusca botellas que llevarnos. Y me sonrío al mirarlo. Con las dos copas de más que llevamos, me parece más guapo, su risa más magnética y su voz más ronca. Me contoneo sin darme cuenta. Mi cadera se balancea de lado a lado de la puerta mientras no paro de imaginarnos enredados. Estoy tan absorta con nosotros desnudos en mi mente que no me doy cuenta de que lo tengo vestido frente a mí, con una sonrisa torcida y con sus ojos que siguen mi balanceo sutil.

—¿Nos vamos? —susurra.

—No. —Sonrío yo.

Él me agarra fuerte de la cintura. No me he dado cuenta de que no lleva botellas en la mano. Ni que una lista de reproducción con «I've been loving you too long» de Otis Redding como primer tema ha comenzado a sonar. Él sabe lo que va a pasar como lo sé yo, y ya no hemos querido frenarlo. Así que cuando mis caderas chocan con las suyas, sus labios hacen lo mismo con mi boca y nos besamos entre

sonrisas cómplices porque ambos somos conscientes de que ninguno quiere parar, como dice la canción.

—Prométeme que no será el último —digo entre suspiros, y él no responde nada, solo me habla con besos.

Porque ¿qué sentido tiene ya? Por eso, cuando los besos se intensifican, avanzamos hasta llegar a la cama y terminamos enredados en labios, jadeos y yemas de los dedos que aprietan nuestra piel desnuda. El ventanal muestra una noche cerrada y se escucha amortiguado el ruido de la fiesta, pero nosotros no atendemos a nada que no sean los sonidos de nuestras bocas al recorrer nuestros cuerpos retorcidos.

—Me vas a hacer perder la cabeza, Alicia. Lo sé. —Sonríe debajo de mí cuando me arrodillo y acerca mis muslos a sus labios.

—Joder —gimo y le agarro el pelo—. Y tú a… ¡Joder! —Echo la cabeza hacia atrás.

Y seguimos con los besos. Con los gemidos entre dientes apretados. Los «me estás matando» y los «no pienso parar nunca». Las manos entrelazadas y la piel erizada por cada susurro al oído. Las sábanas deshechas. Las confidencias y las caricias. Los «que sea lo que tenga que ser». Otro beso de los nuestros. Otra vez. La cama revuelta de nuevo. Los cuerpos enredados en abrazos dormidos. La mejor noche de mi vida. La ternura. El amanecer.

28
Los despertares

Hay pocas formas de despertarse tan placenteras como hacerlo a la hora que tu cuerpo quiere, sin relojes. Y más si de fondo escuchas el murmullo de la lluvia fina que cae por los tejados de pizarra y las fachadas de piedra vieja, junto con el «Bird on the wire» de Leonard Cohen como banda sonora, mientras compartes susurros que lo gritan todo. También es agradable si la brisa que se cuela por el ventanal semiabierto trae olor a otoño aun siendo verano y te hace querer cerrarle la puerta al mundo. Y todavía es más delicioso si lo haces mientras besas a Jaime entre ronroneos tiernos, pelos alborotados y muchas caricias a nuestros cuerpos imantados. O si él se tumba sobre ti y te abre las piernas con las suyas mientras mueves tus caderas con ansia hasta que él te dice en voz muy bajita:

—Despacio. —En tu oído—. Despacio. Quiero hacértelo muy despacio, Alicia.

Y tú no quieres salir de ese susurro ni de esa cama ni de ese ventanal ni de esa mañana gris ni de esos labios en toda tu vida.

29

Lluvia en la nube

Jaime y yo nos despedimos en la puerta de su casa con una sonrisa y un beso que sabe a ganas de más. Tras un suculento desayuno y una ducha rápida, he decidido que debía volver a mi casa, aunque podría haberme atrincherado en esas cuatro paredes como si fueran un refugio nuclear. No sabemos qué va a pasar con nosotros ni cómo vamos a estar, y quizá no saberlo es lo que le da el valor añadido de lo incierto y lo efímero y, por tanto, se saborea más. O quizá es que tras una noche de esas que te cambian la percepción de las cosas, tus sentimientos están intensificados, magnificados, desnudos y no los sabes gestionar. ¿Y para qué? «Déjalos libres, Alicia».

—Ya iba siendo horita, guapa —dice mi hermana nada más piso la cocina.

Se terminó la nube. Hola, realidad.

—Me he entretenido —ironizo.

—Haz lo que te dé la gana, pero intenta avisar si vas a llegar tan tarde. Tito estaba nervioso porque no sabía dónde estabas y mamá también, que la he ido a ver.

—Perdón por tener una mañana libre —grito desde las escaleras hacia mi dormitorio. Para mi sorpresa, ella me sigue, pero se queda al pie mientras yo subo peldaños—. Además, hoy es domingo y no abres la tienda. A mamá la pensaba ir a ver después de comer.

—Tienes responsabilidades familiares, Alicia. Que no se te olvide.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado?

—Ninguna, joder, pero si vas a dejar colgado a tu sobrino media mañana, al menos avisa.

—Eso no tiene ningún sentido ni lógica. Y paso de discutir.

Llego a la habitación y me cambio de ropa. Joder mi hermana. Tenía que poner su granito de arena para fastidiarme el día. Responsabilidades familiares, dice. «¡Soy su tía, no su madre!», me han dado ganas de gritarle, pero a saber qué tormenta desencadenaría eso. Llevaba unos días buenos, pero terminaron. ¿Será que su alguien ya no es nadie? Un pitido de mi teléfono me sorprende y no puedo evitar sonreír. Es Jaime en uno de esos mensajes ñoños posnoche pasional que yo respondo igual de ñoña. Me siento como una quinceañera aquí, encima de mi cama con una sonrisa bobalicona en la cara, tecleando más cursilerías y promesas de vernos después de

comer a más tardar. Y ya que no tuve esto a los quince, pues lo voy a disfrutar a los treinta y tres.

—Tito te espera —asoma mi hermana por la puerta.

—Dios, Gala, qué susto.

Ella se aleja y yo no lo puedo evitar.

—Gala.

—Qué.

—Gala, para un segundo —digo tras ella.

Se para y me mira hostil, con los brazos cruzados y cara de hartazgo. Ma-ra-vi-llo-so.

—A ver. —Meneo la cabeza—. ¿Qué pasa? Y antes de que me digas «nada», date cuenta de que es innegable que algo ocurre. Lo que no sé es si realmente yo tengo que ver en ese algo o si solo estoy pagando un plato roto por otro motivo. Sea lo que sea, me parece bien, pero al menos merezco saberlo.

Ella me mira altiva y yo intento corresponder, pero me sale mal porque yo no lo soy y suelo achantarme enseguida en cuanto veo a alguien más soberbio que yo.

—Alicia, por Dios, no tiene nada que ver contigo. Siempre viendo tus tonterías donde no las hay. Deja de hacerte la víctima y baja con Tito. Tengo que salir un momento.

—Qué hartura, chica —digo con cara de asco.

Sin inmutarse, se da la vuelta. Y yo no dejo de preguntarme por qué me he ido de casa de Jaime esta mañana y no me he quedado allí el resto de mis días. Ah, sí: porque tengo responsabilidades familiares.

Madrecita mía, sácame de aquí.

Tito no me estaba esperando, al contrario. Había preguntado por mí, pero sin más. ¿Dónde está la tata? De parranda por las fiestas. Ah. Y ya. Qué exagerada eres, Gala, mi vida. Total, hoy viene Ernesto a buscarlo para pasar otra vez la tarde con él, así que no sé de qué estamos hablando mi hermana y yo.

—Oye, Gala, ¿quieres que hagamos algo? —le pregunto cuando Ernesto y Tito se han marchado y nosotras recogemos el fregote tras comer.

—¿Algo como qué?

—No sé. ¿Quieres ir a la ciudad de compras o al cine? ¿Hace cuánto que no vas al cine?

—Hace tres días —dice seria.

—Ah.

—Tengo planes. Quizá no venga a cenar, así que tendrás que quedarte con Tito.

Alzo una ceja.

—Será si puedo, ¿no?

Ella me mira.

—¿Perdona?

—Coño, Gala, ¿de repente trabajo para ti de niñera a tiempo completo? No me importa cuidar a Tito todo el día, porque me encanta, ni estar con él si tú tienes planes. Pero recuerda que yo también merezco tiempo libre, así que agradecería que me preguntaras si no me importaría quedarme con él, pues no tienes ni idea de si yo también tengo algún plan.

—Claro, ¿para qué le vamos a dar un respiro a Gala? No vaya a ser que ella también disfrute de eso que tú llamas tiempo libre. Algo que ni recuerdo qué era porque, ¿sabes?, mientras tú llevas años disfrutando del puto tiempo libre, yo llevo años jodiéndome sin tenerlo. Así que ¿le importaría a su majestad quedarse con mi hijo hasta después de cenar? Luego podrá irse a tomar por saco todo lo que quiera, tranquila.

Tiro con fuerza el trapo de secar los platos para no golpearla a ella y en su lugar golpear a la encimera.

—Y no te pongas fura. Sabes que tengo razón —espeta.

—No sé qué coño te pasa hoy, Gala. Ni estos días. Ni este mes. Si te vas a poner así cada vez que Ernesto venga a por Tito, avísame para largarme, porque empieza a ser insoportable convivir contigo. Ni sé a qué atenerme ni sé por qué. Si he hecho algo que te haya molestado, aparte de respirar, me lo dices y lo hablamos. Y si no, te comes tus mierdas tú sola si quieres, pero no me salpiques más a mí.

—¡Esto no es lo que necesito! —grita.

—¿Y yo sí? —chillo yo.

—Olvídame.

Y se larga.

¡Se larga!

El surrealismo hecho persona. Y yo me echo a llorar, de pura rabia. ¿Qué coño le pasa? ¿Qué le he hecho?

—¿Qué le he hecho? —digo enfadada.

—¿A quién?

—A Gala, mamá. Me odia, joder.

—No digas palabrotas, que está muy feo eso.

—Dios —respiro.

—¿Quién te odia dices?

—Gala.

—¿Y esa quién es? ¿La hija de la Tomasa? Será muy bruja, pues.

No lo sabes tú bien.

—Mamá, ¿crees que mi hermana me tiene celos?

—Ah, no sé. Las hermanas siempre se tienen celos.

—¿Sí? Bueno, yo tuve muchos de ella, pero jamás me había planteado que también existieran a la inversa, y menos de adultas.

—Los celos no tienen edad, niña. Son infantiles por naturaleza y nos vuelven infantiles si llegan. Tengas cinco o tengas cincuenta.

—¿Por qué me odia tanto? Me pego el día al cuidado de su hijo, sin rechistar. Hago todo en la casa: limpio, pago la compra, cocino. Ella llega a mesa puesta y, aun así, siempre hay algo por lo que protestar.

—¿Eso… tu marido?

—No, mamá. ¡Mi hermana!

—¿Estás casada con tu hermana? —pregunta atónita.

Me froto la cara.

—No. Pero vivo con ella.

—Ah. ¿Y por qué haces todas esas cosas?

—Porque estoy pasando el verano en su casa y quiero ayudarla.

—Una vez yo dejé de hacer las tareas de la casa porque mi marido siempre refunfuñaba. Tardó solo unas horas en venir a pedirme perdón.

Sonrío.

—Lo recuerdo.

—¿El qué?

—Tu huelga.

—¿Eso qué es?

—Nada. Tienes razón, mamá. Como siempre. Valoramos lo que los demás hacen por nosotros cuando dejan de hacerlo.

—Ah.

Me echo a reír y le doy un beso.

—Tengo que irme. He quedado con Jaime.

—¿Tu marido? Si refunfuña porque no está la comida a tiempo, dile que se llevará un escobazo en el culo y cierra las piernas por la noche. Así espabilará.

—¡Mamá! —Me río.

Le doy un abrazo y un beso y la dejo en los jardines de la residencia. Ella, feliz. Yo, con Gala bailando la conga en mi cabeza como nota discordante del día, de la semana y del verano. Tendría que estar en una jodida nube de amor. Y en su lugar tengo que sacar un paraguas de lo que ha llovido en casa hoy.

30

Merezco ser feliz

Gala apenas me dirige la palabra en el desayuno y mentiría si dijera que me da igual. Lleva así dos semanas, desde nuestro último encontronazo tras las fiestas del pueblo, y esta vez le cuesta remontar. Y a mí me preocupa porque sé que pasa algo, algo más allá de su separación y su tienda, algo que no me quiere contar. Que me parece muy bien que no cuente conmigo para sus cosas, pero bien que me las hace pagar, y eso ni es justo ni es agradable. Es estar entre dos aguas y no saber cómo nadar. Yo le he contado lo de Jaime, a ver si así se abría un poco, pero solo me respondió: «Me alegro mucho, Jaime es un buen chico», sin mucho afán.

El caso es que tras desayunar se despide de Tito con besos y abrazos y de mí con un levantamiento de ceja que me hace poner cara de pena. Le mando un mensaje a Jaime para preguntarle si quiere que comamos juntos hoy. Su respuesta me provoca tal sonrisa que hasta Tito se cosca de que huele a nubes rosas en el planeta del amor.

—Otra vez te ríes así como boba, tata —me dice.

—¿Eh? —pregunto sin enterarme de nada mientras respondo al mensaje.

Pero lo cierto es que desde que Jaime y yo pasamos la noche juntos no hemos dejado de tener esa sensación de euforia, como si estuviéramos dando vueltas y más vueltas en un tiovivo a ritmo de una risa y un acordeón. Y aunque hemos intentado ser discretos por no dar que hablar y porque no queremos correr ni precipitar nada, al día siguiente de nuestra primera noche juntos todo el pueblo sabía que andábamos enredados porque una vecina me vio salir de su casa el domingo por la mañana y ató cabos. Y le faltó tiempo para contarlo.

Así que antes del anochecer ya tenía a Berta al teléfono para preguntarme qué había pasado y a mí con un cabreo de narices porque este pueblo nunca dejará de ser lo que siempre fue: un cado de sierpes cotillas sin nada más que hacer que meterse en las vidas de los demás. Incluso Ramón tuvo que aportar su grano de arena cuando, el miércoles siguiente tras el programa de radio, me vio y me soltó: «Joder, Sierra, tú vas de fiesta en fiesta, eh», con su sonrisa asquerosa. Estaba haciendo alusión a que mi primer beso también ocurrió en las fiestas del pueblo y se enteró medio mundo. Lo quise asesinar, ya imaginaréis, y más con Jaime que me miraba sin entender bien. Pero

me dio todo igual y sin inmutarme le contesté: «Ya ves, es lo que tiene no pagar por follar, Ramón». Y me di media vuelta y me fui, toda digna. No ha vuelto a decir nada del tema y yo sentí que había ganado una batalla que empezó mucho tiempo atrás. Me sentí orgullosa por callarle la boca, porque no lo había hecho jamás. Y me he dado cuenta de que he llegado a ese punto porque estoy en paz con el pueblo, en paz con mi infancia y empiezo a estar en paz conmigo misma. El cúmulo de sensaciones y lecciones de este último mes está dando sus frutos y solo espero asimilar y estabilizar todo lo que aprendo para que no quede en nada o se destruya al menor tropiezo.

—¿Eso es que estás enamorada, tata? —Lo miro con ojos como platos—. Papá siempre dice que cuando te enamoras, te vuelves tonto.

—Tu padre destila sabiduría.

—¿Qué?

—Nada, renacuajo. —Entrecierro los ojos—. ¿Tú sabes lo que es estar enamorado?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Pues que cuando cierras los ojos así, aparece en la cabeza la chica que te gusta y eso te hace sonreír.

Y me quedo muerta con semejante definición del amor por parte de un niño de seis años.

—¿Y quién aparece por tu cabeza, renacuajo?

Se ríe con picardía y se pone colorado. Y me dice entre risas que Diana, la hija mayor de Berta, le hace tilín. Este crío me va a hacer tía abuela antes de ser madre, ya veréis.

En cuanto a mí, no es la primera vez que siento mariposas en el estómago, pero supongo que cada vez es diferente. Cuando conocí a mi ex y empezamos a salir, todo era salvaje, indómito y arriesgado. Era adrenalina pura; un torbellino de amor, de sexo y… discusiones. Todo era pura intensidad y todo lo bueno y lo malo se entremezclaba en él. Así, se convirtió en una tóxica adicción. El revoltijo de emociones era precisamente lo que me tenía tan enganchada a las pocas caricias que me daba y me costó mucho mucho tiempo entender que estaba más enamorada de la proyección mental que me había ideado que de él mismo. Magnificaba los pequeños gestos de cariño y los convertía en magia, cuando apenas eran unas cuantas migajas de afecto interesado para conseguir algo a cambio. Los detalles feos, los desprecios o los desplantes los sufría, pero se me olvidaban rápido en cuanto una de esas migajas asomaba por la puerta. Me vaciaba tanto y me llenaba con tan poco… Tenía la duda constante, la frustración constante, la incertidumbre constante, los celos constantes. Y eso tiene

fecha de caducidad. Porque las relaciones tóxicas y descompensadas siempre terminan. Bien cuando tú te das cuenta de que vales más que eso y te das la vuelta, bien cuando él decide que ya no quiere más y se la da él. Ambas cosas duelen, pero una humilla más que la otra. Y a mí me dejó él.

Pero Jaime. Jaime. Todo es diametralmente opuesto con él. Es… normal. Sano. Maduro. Dos personas que se están conociendo, que se gustan y se atraen, que encajan, que no saben qué va a pasar con ellos ni se lo plantean, pero tampoco niegan que les gustaría ir al mismo sitio. Jaime es calma y es sosiego. Es ternura y caricias. Es besos cortos y sexo del que te deja sonriente, no del que te vacía y te hace sentir desnuda, desconcertada y sola. Es seguridad y complicidad de la que se forja poco a poco, guiño a guiño; a fuego lento. Es menos intenso pero más firme. Y llega un punto en tu vida en el que solo quieres pisar sobre seguro. Incluso aunque no sepamos qué pasará con nosotros ni qué ocurrirá cuando llegue septiembre, no paro de sonreír como hacía años cada vez que lo veo, cada vez que me toca, cada vez que hablamos, cada vez que bebemos vino o cada vez que me llega un mensaje suyo.

—¿Puedo ver una peli? —me pregunta Tito mientras tecleo.

—¿Cuál?

—No sé. Una de esas de cuando eras joven.

—¡Serás cara pan! ¡Soy joven!

—No. —Y se ríe el mamón.

Lo miro suspicaz y tengo una idea.

—¿Te apetece ver dibujos de verdad? —pregunto en un susurro.

Tito asiente y en menos de un pestañeo doy play al vídeo con mi vieja cinta de *Dragones y mazmorras*, mis dibujos favoritos como no hubo otros igual.

—¡Hala, tata, qué guay! —exclama cada dos por tres, maravillado por unos dibujos en los que pasan cosas y cuyos protagonistas no parecen recién salidos de una lobotomía. Cuando le ponga *David el Gnomo* lo va a flipar.

El caso es que mientras él se entretiene con los dibujos, yo hago cosas en la casa para mantenerla limpia y que al menos Gala no tenga eso que reprocharme. Y estoy entretenida entre estropajos y bayetas hasta que mi teléfono emite un sonido y yo sonrío al pensar que será otro mensaje de Jaime. Sí, estoy en ese plan, dejadme. Pero no. No es Jaime.

Es un e-mail.

Un e-mail de respuesta a otro que envié yo.

Doy vueltas y más vueltas al pequeño colgante de la cadenita que

llevo en el cuello mientras leo una y otra vez el correo electrónico que me ha llegado. No es que no lo esperara, porque imaginaba que tarde o temprano responderían, pero supongo que verlo ahí lo hace todo más tangible, más real, más emocionante. La ilusión repentina ante la perspectiva de un cambio que llevaba años atrapado en mi zona de confort y que se desperezó poco a poco con el despido. Emoción, sí, pero también cautela. Y miedo. Por las decisiones inminentes. Decisiones que conllevan riesgos de los que yo he huido desde que nací. Resoplo. Necesito hablarlo con alguien y solo hay una persona a la que pueda confiarle esto ahora mismo.

Llamo a Berta y le digo que tengo algo que contarle. Que podemos vernos ahora o salir a tomar algo por la noche. En menos de veinte minutos tengo a toda la tropa en el salón de mi casa.

Las niñas se acomodan en el sofá con Tito y el bebé juguetea con un muñeco en los brazos de su madre. Berta y yo nos vamos a la cocina con la excusa de que vamos a hacer la comida y me río con disimulo mientras ella alecciona a los niños a portarse bien mientras nosotras cotilleamos. Y lo que me provoca la risa es que los tres la miran con una carita de susto que no me cabe la menor duda de que no se moverán del sofá ni emitirán sonido alguno. Madre mía, Berta.

—Desde luego, la maternidad y tú os lleváis genial —digo ya en la cocina.

—Bah, siempre piensas que no te saldrá y, cuando te toca, te sale solo.

—Ya veo, ya. —Sonrío mirando al bebé.

—¿A ti te gustaría tener hijos, Ali? Te veo muy bien con tu sobrino.

—En un futuro sí, pero ahora mismo no es mi prioridad.

—Pues no dejes que nadie te presione con eso, de verdad. Que cuando cumplimos los treinta todo el mundo está pendiente y no paran de hacer la preguntita de marras. Sobre todo si tienes pareja; entonces ya es imposible escapar.

—Parece que cuando llega a la treintena, una mujer no tiene otra misión que procrear y se nos olvida que ser madre es una opción, no una obligación. Además, qué le importará a la gente si tienes hijos o no, ni que su felicidad dependiera de tu maternidad…

—Bueno, que nos liamos en la rotonda… ¿Qué me tienes que contar?

Carraspeo.

—A ver, esto no lo sabe nadie, Berta. Ni Jaime ni mi hermana ni nadie.

Ella hace el gesto de cerrar la boca con la mano.

—Soy una tumba.

Asiento.

—Verás, el viernes de la fiesta, por la mañana, y después de lo que te había comentado sobre volver porque ya no me queda nada en Hamburgo…

—Coño, ¡qué!

—Pues que abrí mi correo electrónico y mandé algún que otro e-mail con mi currículo, una carta de presentación y la de recomendación que tengo tras el despido a algunas empresas de lo mío que conozco aquí.

—¿Y?

—Y hace media hora me ha respondido una de ellas porque están interesados y me piden hacer una entrevista en Madrid, donde están sus oficinas.

—¡Ostras, Alicia, que vuelves!

Me río.

—Solo es una entrevista y quizá no les guste o ellos no me gusten a mí, pero lo veo ya tan cerca que me he puesto nerviosa y con ganas, ¿sabes?

—Normal, Alicia. Es un cambio importante.

—Voy a volver, Berta, pero no voy a aceptar según qué cosas. No me importa que sea una oferta menor a lo que podría tener en Hamburgo si buscara, porque entiendo que son dos países y dos economías distintas y que además ganaría estar más cerca de mi familia, de mi tierra, de ti y de Jaime, pero tampoco me he dejado la piel en formación y en trabajar como una jabata durante años para aceptar cualquier mierda.

—Eso es lógico.

—Una decisión así conlleva sopesar muy bien los pros y los contras de la balanza y saber muy bien qué te espera a la vuelta. Y hasta que no tenga una propuesta en firme no podré gestionar el resto.

—Está claro, pero te repito lo que te dije cuando hablamos: en Hamburgo no tienes ningún pro. Así que piensa que, quizá, los contras que ves en esa balanza no tienen nada que ver ni con el trabajo ni con el dinero ni con tu carrera.

—¿Y con qué tienen que ver entonces? —pregunto extrañada.

—Con tu miedo a volver —resoplo y alzo una ceja—. Sí, a volver. A volver a estar cerca de un pasado del que huyes desde que te fuiste y que, sin embargo, te reclama cada día con más fuerza, para enfrentarlo de una vez, dejarlo atrás y que por fin puedas saborear el presente ilusionándote con el futuro.

—Lo sé. Y en ello estoy. Me he reconciliado con todo estas semanas aquí.

—No. Te has reconciliado con el pueblo, pero te falta reconciliarte contigo, Alicia. Hazlo. Aquí, en Hamburgo o en Valladolid, pero hazlo. Te mereces ser feliz.

—Gracias. —Sonrío—. No puedes decírselo a nadie, por favor. Hasta no tener las cosas más atadas no quiero que nadie lo sepa.

—¿Y Jaime?

—A Jaime se lo contaré cuando haya algo más firme. El querer probar suerte aquí no ha tenido que ver con él, al menos no en su mayoría, así que no quiero que se haga ilusiones ni que se agobie. Solo llevamos un par de semanas juntos, Berta, todo está demasiado con pinzas como para hablar de estas cosas y me da pánico que se agobie y eche a correr.

—No creo que hiciera eso, pero no te preocupes. No diré nada.

—Lo sé. Eres una buena amiga.

—Pues esta vez no me dejes marchar, bonita.

Me guiña el ojo y nos echamos a reír, pero tiene razón. Siempre tiene razón. Ni debo dejarla marchar ni debo poner excusas ni debo tener miedo y merezco ser feliz. Merezco ser feliz.

31

Más

Todo bien? —me pregunta Jaime con una sonrisa.

Estamos sentados al sol en el recoveco del azud donde nos besamos por primera vez. Julio ha entrado con una ola de especial calor y se agradece sentir el agua fresca. Su espalda se acomoda en mi pecho y mis piernas rodean su cintura. Somos calma Jaime y yo. Atesoro este ratito que tenemos para nosotros, antes de que vaya a buscar a Tito para pasar el resto de la tarde con él. Ahora Tito y mi hermana están durmiendo su siesta. Sus manos recorren mis muslos en caricias que forman remolinos y las mías abrazan su pecho entre balanceos al ritmo del sonido de la cascada. Somos murmullo Jaime y yo. Con mis labios que secan las gotitas de su hombro mojado y sus ronroneos.

—Todo perfecto —susurro.

Sonríe con los ojos cerrados. Permanecemos así unos segundos más, quizá un par de minutos. El tiempo se ha detenido y la tranquilidad que se respira me llena el pecho.

—Estaría así toda la vida —dice muy bajito.

Yo asiento con un suave sonido. Porque también lo siento. Fui infeliz en muchos de los momentos en los que este río me dio cobijo y, sin embargo, era acudir a su arrullo y sentir una extraña serenidad que se llevaba todos mis problemas bajo la cascada. Y ahora, aquí estoy de nuevo: más calmada, más madura, más encajada conmigo, con mi vida y con Jaime, que se mete poco a poco en mi piel. Cada día un poco más. Cada día más profundo. Lo miro y tengo la plácida sensación de que todo va a salir bien.

—Quiero más, Jaime —susurro en su oído.

Él sonríe, sin abrir los ojos.

—Y yo.

Yo hablaba pensando en septiembre.

Él también.

32

El ruido del silencio

Cuándo tienes la entrevista? —me pregunta Berta mientras tomamos el sol de la tarde en su jardín.

Que no es por nada, pero pensar en volver a trabajar con la vidorra que me estoy dando me da una pereza infinita, lo reconozco. Pegarme un verano sabático en el que solo tomo el sol con mi amiga; me río con mi sobrino; estoy con Jaime; bebo copas de vino bajo farolillos por la noche, y hasta saludo con alegría a los corrillos de vecinos que toman la fresca en las plazas apunta a una depresión posvacacional de las gordas. Pero que me quiten lo *bailao*.

—Dentro de tres días.

—¿Ya?

—El responsable de Recursos Humanos se va de vacaciones la semana que viene y quieren dejarlo zanjado. —Me encojo de hombros —. O eso me dijeron ayer, cuando lo concretamos.

—La verdad es que solo a ti se te ocurre mandar currículos en verano.

—Fue un impulso —digo de mala gana.

—Sí, cambia mucho la cosa. ¿Se lo has contado ya a Jaime?

—No. —Niego con la cabeza—. Tenía pensado decírselo esta noche. —Sonrío—. Con el fin de curso y las actas ha estado muy liado y no quería meterle más quebraderos de cabeza, así que ahora con sus vacaciones…

Berta riñe a su hija pequeña, que juega con su hermana y con Tito en la piscina hinchable.

—Parece que congenian bien —me dice.

—Sí. Tito me dijo que está enamorado de Diana. —Nos echamos a reír—. Pero, ahora en serio, creo que se siente relajado con ellas. Como no tiene muchos amigos…

—Ya. Lo sé. Lo veo en el colegio y algo me cuentan las niñas. No van a su curso, pero al final ya sabes que se conocen todos.

Bajo la cabeza y hago un chasquido con la lengua.

—No sé qué hacer. Y estoy segura de que Gala tampoco. Debe estar preocupada a un nivel infinito, pero no suelta prenda.

—Es una pena que siempre haya un capullo haciéndole la vida imposible a alguien. Y unos padres que se lo permiten.

Asiento con la cabeza.

—Tan concienciados en unas cosas y tan poco en otras. ¿Sabes? A veces me da la sensación de que la sociedad se está volviendo gilipollas. Boba. Sobreprotegida. Somos incapaces de enfrentarnos a los problemas, Berta. Incapaces. No sabemos lidiar con la frustración, la decepción, las expectativas de vida y terminamos siendo unos resentidos que protestan por todo y que se ofenden enseguida por las cosas más insulsas que nos encontramos en el día a día. Y luego, en lo que de verdad tenemos que batallar, echamos a correr porque no tenemos ni idea de cómo hacerlo. Somos guerreros en batallas sin importancia y mansos corderos en las que sí importan.

—Estamos demasiado acomodados en nosotros mismos. Y no nos importa nada más.

—Sí. Al final solo nos queda aprender a lidiar bien nuestras batallas. Y me da miedo que Tito no aprenda a librar la suya.

—No es fácil para él, Alicia. No tiene la conciencia ni las herramientas.

—Pues yo le ayudaré en lo que pueda. De hecho, creo que mañana nos vamos las dos, Tito y las niñas a la piscina del pueblo. Tiene que empezar por algo. Y que salga el sol por Antequera.

—A sus órdenes.

Terminamos la tarde con Tito llorando por no recuerdo qué tontería y la hija mayor de Berta enfadada como una mona. Yo al principio me preocupo, pero Berta se echa a reír y me dice que eso sí son cosas de niños en las que no hay que meterse. «Deben ser ellos los que lidien y solucionen sus discusiones». Ah, pues me viene bien.

Después de ir a ver a mi madre un ratito y tener la conversación más absurda del mundo sobre, ojito, lentejas a medio cocer, volvemos a casa justo a la vez que Gala, que está misteriosa no, lo siguiente. Hoy me ha vuelto a pedir que me quede con Tito hasta después de cenar porque ella iba a salir, «aunque volveré pronto a casa». Joder, qué intriga tanta salida, chica. Eso sí, esta vez estaba más calmada y menos hostil, porque al menos me lo ha preguntado y pedido con educación. Incluso ha añadido entre risas: «Dile a Jaime que se venga si quieres. Pero, eso sí, cuando Tito se duerma, cerrad bien la puerta de tu habitación, que no os oiga. Paso de responder preguntas marranas antes de los dieciocho años». La Virgen con la bipolar. Así que le he hecho caso y le he preguntado a Jaime si quería venir a cenar pizza casera. Luego cerraremos la puerta, sí, y le contaré lo de la entrevista, aunque no sé bien cómo enfocarlo para que ni se agobie ni se emocione demasiado, por si acaso luego no sale adelante.

Pero, de momento, solo pienso en la gracia que me hace vernos a

los tres aquí a la mesa, como una familia que alecciona a su hijo a que sacarse los mocos mientras cena un trozo de cuatro quesos no es de buena educación.

Eso sí, hacemos caso a Gala y, cuando Tito se duerme, cerramos con cerrojo la puerta de mi habitación. Nos entra la risa por lo raro que es no emitir ningún sonido y por la tensión a ser cazados. Es que nos falta rodaje en esto de perderse entre las sábanas con minipúblico cerca. Las ganas nos pueden, pero aun así decidimos que mejor seguimos teniendo nuestros ratitos en su casa, donde no hay niños con orejas y tan solo un perro perezoso acurrucado en la cocina que pasa de nosotros y de cualquier cosa que se mueva.

—Me pregunto cómo lo harán los padres —le digo mientras le paso la mano por la coronilla y su pelo recién cortado.

—¿Tú no escuchabas a los tuyos? —Sonríe apoyado en mi pecho—. Porque yo los oía a todas horas. —Reímos.

—Alguna vez. Y un día los vi. ¡Los vi! —Me tapo los ojos—. Creo que aún tengo traumita.

—Pues no te veo muy traumatizada —gruñe y me besa un pecho.

—Quita, marrano. —Le doy un manotazo entre risas.

Sube de mi pecho hacia mi boca con un ronroneo y se coloca de nuevo encima de mí, besándome.

—Este es, sin duda, el mejor momento del día. Tú, yo y nada más.

—Están siendo las semanas más… —digo cohibida.

—Para mí también —susurra.

Carraspeo porque ha llegado el momento de contarle lo de la entrevista, e incluso abro la boca, pero entonces mi teléfono suena y me alerta de un nuevo mensaje. Es de mi hermana, lo que de por sí me extraña bastante. Y más cuando veo las primeras palabras del wasap, así que lo abro aprisa.

—Joder —digo con el ceño fruncido.

Se me baja la sangre y siento un sudor frío que me recorre entera. Me incorporo como una autómata y me levanto de la cama con un tembleque en las manos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Jaime preocupado y se levanta también.

Suspiro.

—Esto.

Le enseño a Jaime el mensaje.

«Ven a buscar a tu hermana a la parada del autobús. Está como loca y fuera de sí».

—Vaya —dice—. ¿Quién lo envía?

—Ni idea. Parece que lo ha hecho desde el móvil de Gala, pero ni

idea de quién es.

Sin más dilación comienzo a vestirme, cada vez más nerviosa. De hecho, no presto atención a lo que hago y me pongo antes los pantalones que la ropa interior. «Ven a buscar a tu hermana». Latido fuerte del corazón. ¿Qué coño pasa, Gala?

—Vísteme despacio que tengo prisa —refunfuño cuando termino. Y cuando alzo la vista, me doy cuenta de que Jaime ya se ha vestido.

—Ali, tú quédate con Tito. Yo voy a la parada.

—No. Voy yo. —Me muevo de un lado a otro buscando prendas.

—Alicia, si tu hermana está así y con lo tirantes que estáis, igual saltáis las dos por los aires y será peor. Deja que vaya a buscarla yo.

Inspiro hondo.

—No quiero meterte en esto, Jaime. No sé qué está pasando, quién ha enviado el mensaje y… —digo atolondrada.

Él me mira y me agarra con suavidad de los hombros.

—Es mejor que Gala no te vea en este estado, creo yo. Además, si por un casual Tito se despierta y no está su madre, te necesitará a ti, no a mí. Déjame ayudarte, por favor.

—Quizá Gala no se sienta en confianza contigo, Jaime.

—Tampoco creo que contigo le vaya mejor en eso. —Sonríe con calma para tranquilizarme.

Asiento con un resoplido y bajamos las escaleras. Él sale hacia la parada en las afueras y yo me quedo mirando por la ventana.

Joder, qué nervios. Creo que transcurren diez minutos, pero son los diez minutos más lentos del mundo. Por si acaso, le cierro a Tito la puerta de su habitación y voy a la de Gala para abrirle la cama. Y, ahora sí, estoy preocupada de verdad por una hermana cada vez más desconectada de la realidad y de ella misma. Las personas llegamos a puntos emocionales muy oscuros cuando nos descontrolamos tanto.

Jaime llega y ayuda a Gala a subir las escaleras, porque está como en un estado de shock en el que apenas puede caminar sola. Yo abro la puerta de la planta vivienda y bajo los peldaños que nos separan para ayudarla también.

—Ya está, Gala, ya está —le susurro en un intento por calmarla, pero no lo consigo.

Jaime me mira con una cara que lo dice todo cuando murmura palabras indescifrables que solo escucha ella misma. Dios, Gala. Entramos por fin en casa. Yo siento que el corazón me palpita con fuerza de los nervios, la incertidumbre y la preocupación. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está así? Hasta noto una enorme bola en el estómago porque, sí, lo reconozco, una de las personas a las que más quiero está fuera de sí. Y aunque intento calmarla y consolarla, ella

me ignora porque creo que ni se percata de mi presencia ni de la suya propia. A mí se me pone un nudo en la garganta y mis ojos se llenan de lágrimas.

«Joder, Gala. ¿Qué te ocurre?», pienso angustiada. Jaime está serio y cabizbajo y entre los dos llevamos a la habitación a ese cuerpo sin mente, porque Gala no habla, no mira, no ve. La metemos en la cama, la desvisto como puedo y, cuando está acostada, me siento a su lado y le acaricio el pelo. Cojo su mano y le susurro que estoy aquí, pero creo que ella ni siquiera me oye. Cuando he empezado a desvestirla, Jaime nos ha dejado intimidad y ha salido de la habitación, pero poco cambia la cosa y seguimos así más de quince minutos en los que su respiración pasa de trabajosa a normal, hasta que los párpados comienzan a pesarle. Imagino que le ha pasado un tren de mercancías por encima y ahora está desmadejada y reventada de cansancio, así que le doy un beso en la frente y la dejo adormilarse. Cuando me he alejado lo suficiente, Jaime viene a mí desde el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —le susurro.

—Estaba en la parada con un ataque de pánico, y la he traído. Apenas me ha mirado ni ha articulado palabra; solo decía cosas inteligibles e inconexas sobre no sé qué de Ernesto y su novia y un embarazo.

—Joder. Sí que se ha dado prisa el puto Ernesto.

Jaime me mira y asiente.

—¿Quién estaba con ella en la parada cuando has llegado?

—Nadie.

—¿Nadie? —pregunto con voz de pito—. ¿Quién me ha enviado el mensaje entonces?

—No lo sé. —Frunce los labios—. No ha sabido decirme ni una palabra, pero cuando he llegado, ya no había nadie. Estaba sola y fuera de sí. Lo siento, Alicia. No sé qué más decir.

Me llevo la mano a la frente y la froto, a ver si aparece el genio de la lámpara a resolverme todas las incógnitas. Jaime me abraza la cintura y me acaricia la espalda con su otra mano.

—Será mejor que vayamos a dormir y trates de descansar. —me susurra—. Mañana puede ser complicado y necesitas estar despejada.

Hace una mueca tierna y yo le devuelvo el gesto.

—Jaime.

—¿Sí?

—¿Te importaría quedarte? A dormir, digo. Ya sé que es pronto para dormir juntos entre semana y todo eso, pero esta noche, con lo que ha pasado, yo…

Él sonríe y me abraza más la cintura.

—¿En qué momento crees que se me había pasado por la cabeza lo contrario?

Y yo me abrazo a él con fuerza, porque me alegra que esté aquí, conmigo. Que me escuche y me dé la confianza para abrirme. Que pueda hablar con él. Que me desahogue. Ojalá Gala se hubiera abierto a alguien para evitar esto. Ojalá siempre fuéramos conscientes del ruido que puede hacer el silencio.

33

Lo inesperado

Mi cama es pequeña y acoge a dos cuerpos que están incómodos en posturas imposibles para no caerse. Jaime tiene calor y abro la ventana, pero las noches en la montaña tienen bajas temperaturas y se me hielan los brazos. Me adormezco entre pesadillas y susurros ahogados de Jaime que trata de calmarlas. Termino en la terraza con un pitillo entre los dedos y un chal que envuelve mi cuerpo, nerviosa y preocupada. Echo la última calada y regreso a la cama. Jaime duerme, pero se despereza ante mi presencia. Volvemos a empezar. No dormimos nada.

Mi madre lo llamaba «noche toledana», y solo las salvan una ducha de agua fría y altas dosis de café, así que bajamos a desayunar y mientras preparamos café, zumo natural y tostadas, un Tito adormilado aparece por la puerta.

—¡Buenos días, renacuajo! —Me viene a abrazar y a darme un beso. Hace lo mismo con Jaime.

Se sienta a la mesa entre bostezos y pelos locos y desayunamos los tres en una fingida calma. Tito se queda pegado a los dibujos que dan por la tele y Jaime rompe el silencio, me pregunta que qué planes tenemos hoy. Y en realidad nos preguntamos con la mirada si Gala podrá ir a trabajar…

—Pues, a ver —carraspeo—. He quedado con Miquel Barceló para ir al museo de arte contemporáneo que hay en la plaza. —Jaime sonríe con los ojos en blanco—. Después tomaré el aperitivo en mi terraza, donde he invitado a Pippa Middleton para que me ponga al día de la *socialité* mientras bebemos un Aperol. ¡Oh! Y por la noche me voy de marcha con Paquirrín, que ese sí que sabe correrse una buena juerga.

Jaime me tira su servilleta a la cara.

—Qué graciosita. Lo digo porque ahora había quedado con Mauro, el del asador; le prometí que le ayudaría a poner unas tablas en el restaurante, pero puedo quedarme para estar contigo por…

Mira de soslayo a Tito. Yo sonrío.

—No te preocupes, ya has hecho bastante. Además, si consigo que hable algo será solo si estamos solas, así que ve a ayudar a Mauro.

—¿Seguro?

—Claro.

—Bueno. Te llamo en cuanto termine y después, según esté el tema, podríamos ir los tres a algún sitio.

—Define «algún sitio» —digo suspicaz bebiendo un sorbo de café.

—Una excursión, por ejemplo. Hay una caminata muy chula que…

—Ah, no —interrumpo—. Suficientes excursiones.

—¡No seas vaga!

—Una cosa es no ser vaga y otra saber de montaña más que sus piedras.

—Bien. ¿Y qué plan se te ocurre para pasar toda la tarde con un niño de seis años? —pregunta alzando las cejas.

—Vamos a ir a la piscina —sentencio.

—¡Yo no quiero ir a la piscina, jo!

—Tú irás a la piscina de una vez como que me llamo Alicia, y vale ya de tonterías.

Disimulo una sonrisa porque me siento fenomenal tras haberme puesto seria en modo madre por primera vez en mi vida.

—Vaya rollo. Me hago pis.

Se levanta y se va hacia al baño. Jaime suspira y se acerca a mí.

—¿Sabes que así no se hacen las cosas? —me susurra con una sonrisa.

—No sé de qué estás hablando —digo en tono pedante.

—Sé lo que pretendes. Y esas cosas no se pueden forzar. Es mejor que salga de él.

—Vale, pero se puede empujar un poco. Tiene que espabilar, Jaime, o se lo comerán. Berta y Pedro acudirán con las niñas y con ellas hace buenas migas.

Él suspira.

—Tata, ¿mamá sigue dormida? —pregunta Tito al aparecer de nuevo por la puerta.

—Sí, renacuajo. Voy a despertarla o se le hará tarde.

Es que ya es la hora de abrir la tienda y no sé si es peor dejarla dormir o, por lo menos, avisarla y ofrecerme a sustituirla yo si lo prefiere. Así que dejo a Tito y a Jaime en la cocina y entro con sigilo en su dormitorio. Huele a cerrado y como acto reflejo abro el balcón de par en par, para que entre un poco el verano. Ella no está dormida del todo, porque se gira en la cama y me mira con los ojos entrecerrados, pero no protesta por la repentina luz y la brisa matutina.

—¿Qué hora es? —balbucea.

—Las diez y media.

—Joder. ¿Tito está despierto? ¿Ha desayunado? ¿Se despertó anoche?

—No se despertó ni se enteró de nada, tranquila. Sí, ha desayunado. Te venía a despertar por la tienda.

—No puedo con mi alma.

—¿Por qué no te tomas el día libre? O al menos la mañana.

—Tengo que abrir la tienda.

—Por un día no pasará nada, Gala.

—Qué sabrás tú —espeta.

La miro y las dos suspiramos para no continuar una guerra que no llega a ninguna parte.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

—No. Me voy a levantar.

Hace amago de incorporarse, pero parece que se marea un poco y se queda recostada un rato, así que en un alarde de hermana enfermera, me acerco y me siento a su lado en la cama. Le acaricio la mano y ella me mira, sin decir nada, pero me la agarra y creo que está a punto de echarse a llorar. No muevo ni un músculo, para dejarla fluir por donde necesite, pero pasados unos segundos ella solo se sorbe la nariz y gira la cabeza hacia la ventana.

—Gala.

—No, Ali —y no lo dice con un grito, al menos—. Sé que mereces explicaciones y te las quiero dar, pero no ahora, que apenas puedo hablar.

—Está bien. Cuando tú quieras.

—Tengo que abrir la tienda. —Pone sus manos en la cabeza.

—¿Quieres que la abra yo? Seguro que meto la pata veinte veces, pero puedo intentarlo. Jaime puede quedarse con Tito.

—No. Estaré bien.

Asiento.

—Había pensado en llevarme a Tito a la piscina esta tarde, aunque si lo prefieres podemos ir a la tienda a hacerte compañía.

—¿A la piscina? ¿Y ha querido ir?

—No. Pero le he medio obligado un poco. Gala, sé lo que le pasa en el colegio y, bueno, quiero ayudar en lo que tú consideres que pueda hacerlo —digo cauta.

—Lo sé.

—Yo viví eso.

—También lo sé. —Baja la cabeza. Alzo las cejas, pero ella se gira de nuevo—. Pero no es momento de hablar de eso. Voy a levantarme.

Nos movemos, aunque ella apenas puede ponerse en pie y va medio encogida hasta la cocina.

—¡Mami! —exclama Tito al verla, y se dan un achuchón que por la cara que pone mi hermana tiene que hacer esfuerzos para no echarse a

llorar.

Le explica que le dolía mucho la cabeza y se ha dormido, y el pobre Tito se queda con una carita de pena que solo se le pasa cuando le promete hacerle macarrones con chorizo y mucho queso para comer. Qué grandes los niños, qué simples son a veces.

—Y Jaime —dice mi hermana cuando Tito ha vuelto a centrarse en la tele.

—Dime, Gala.

—Gracias. Por venir a buscarme ayer. —Baja la cabeza.

—No pasa nada. —Le sonríe.

Jaime se va al asador y Gala desayuna en silencio hasta que se marcha a abrir la tienda. Tito me pregunta qué hacemos hoy, y yo no tengo la cabeza para pensar mucho. Pero lo bueno de tener que cuidar a un niño es que, pase lo que pase en tu vida, tienes que centrar tu atención en él, y si te pide jugar con pistolas y globos de agua en el jardín, pues le dices que sí con entusiasmo, aunque te apetezca más acurrucarte en la cama y hacerte bicho bola. Y como soy una tía con una misión, nos pegamos media mañana empapados, entre risas que no quiero tener que echar de menos. Lo que me recuerda que al final no le conté a Jaime lo de mi entrevista y quiero hacerlo hoy sin falta.

—Ya verás qué bien lo vamos a pasar en la piscina —le digo cuando descansamos un rato y le sirvo limonada casera hecha por mí.

—No sé —se encoge de hombros.

—Oye —me acerco a él y me agacho para estar a su altura—, ¿te acuerdas de lo que hemos hablado sobre pasar de los niños que te dicen cosas que no te gustan? —asiente—. Solo lo dicen porque están aburridos, así que no les hagas caso. Nada de lo que te dicen es verdad y solo quieren chincharte. Y… si te apetece responderles, hazlo. —Le guiño un ojo—. Pero no le digas a nadie que te lo he dicho. —Sonreímos y Tito se tranquiliza un poco.

Bien, pues ya ha llegado la tarde y, con ella, el rato de piscina. Tito ha estado cabizbajo desde la comida, con su propia preocupación y sus propios nervios, que no hacían sino añadirse a los míos por él y por Gala. Dios, qué día.

Pero al menos Berta, Pedro y las niñas ya están en la piscina cuando llegamos, así que Tito, que había entrado algo cohibido al recinto, corre hacia ellas y se olvida de todo lo demás. De hecho, se lo pasa bien y juegan en la piscina que no cubre, por lo que me relajo al ver que mi sobrino ha dado un pequeño pasito que a mí me sabe a gloria. Incluso hay un momento en el que el bebé duerme a la sombra con su padre y Berta se zambulle en el agua para jugar con los niños, por lo que yo me tumbo en la toalla y me relamo en un ratito para mí

después de todo el caos de anoche.

Cierro los ojos y me pongo música. Comandante Twin suena fuerte y llevo el ritmo de «BNS» con los deditos de mis pies. Ay, necesitaba esto: sol, música, olor a césped y risas amortiguadas de fondo. Me centro en esa sensación placentera que se tiene cuando el sol tuesta tu piel y parece que te renueve entera. Unos minutos que saben a paz y a gloria. Pero pasados estos minutos en los que hasta me adormezco un poco, vuelven los gritos afuera y adentro. Tito sale del agua y se dedica a mojarme. El bebé se despierta y reclama alimento. Berta y las niñas salen también. Gala y mi entrevista vuelven a mi mente. Y por fin llega Jaime, que me da un beso. En la boca. Delante de todas las cotorras del pueblo y sus sonrisas nada disimuladas. «Hale, majas, ya tenéis tole tole para tres meses», y me parto de risa por dentro.

Tito está en el césped con las hijas de Berta y juegan a las cartas con otro niño que no conozco. «De los que solo vienen en verano», me dice Berta. Pues ni tan mal. Un niño de su clase se les acerca y le dice algo a Tito que no atisbo a escuchar, aunque por la expresión de todos no parece ser algo agradable. Estoy por levantarme cuando Jaime me para al poner su mano en mi brazo.

—Espera. Déjalo a él —susurra—. Ahora está más fuerte.

Pues espero. Y veo que Tito se encoge de hombros y sigue a lo suyo, ignorando al otro niño que termina por irse a molestar a otro. ¡Bien, pequeño! Yo sonrío porque me siento orgullosa y Jaime me guiña el ojo. Estar con otros niños a gusto le da confianza para mandar a paseo a los demás, está claro. Todavía queda mucho por avanzar, pero es un pequeño paso para que Tito entienda que no hay que tirar de la cuerda si la otra parte no la quiere ni coger. Uy, eso me suena a alguien.

Después de la piscina, Jaime vuelve a ir al restaurante de Mauro porque les habían quedado cosas por hacer y a última hora de la tarde me manda un mensaje para decirme que se les ha echado el tiempo encima y que Mauro les invita a cenar algo rápido allí, que si me paso y los acompaño. Pero hoy quiero estar en casa cuando Tito se duerma para hablar con Gala, así que declino la oferta y le digo que no se preocupe y que nos vemos mañana. También nos viene bien un poco de distancia, supongo. Aunque lo cierto es que me da lo mismo correr mucho que ir lento.

Tito se duerme agotado por fin y, nada más dejarlo acostado, Gala se baja al jardín. Le doy cinco minutos a solas, tras los cuales no espero más y me siento en el escalón junto a ella.

—Ey —dice comunicativa.

—Ey.

—Gracias por lo de la piscina. Tito me lo ha contado.

—Se lo ha pasado bien.

—Eres una buena tía.

¿Perdona? ¿Per-do-na?

—Gracias.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Gala…, tenemos que hablar de lo de ayer.

Y lo digo en un tono ni de súplica ni de orden, sino más bien tajante. Ella suspira.

—No hay mucho de que hablar. Se me cruzó un cable, descontrolé. Estoy pasándolo mal, Alicia. Y hago cosas fuera de mí que me asustan.

—Lo sé, Gala. Entiendo por lo que estás pasando, al igual que comprendo que reacciones como lo haces. Pero tienes que contarme qué pasó ayer. No puedes pretender que reciba un mensaje de un desconocido para que te vaya a buscar a las afueras del pueblo, que vea a mi hermana en estado de shock balbuceando palabras como si estuviera ida y que luego no sepa qué ha ocurrido.

Gala asiente, al menos.

—No sé por dónde empezar —confiesa.

—Puedes contarme de cuánto está y cómo te has enterado.

—¿Cómo? —Frunce el ceño.

—Que de cuántos meses o semanas o lo que sea está la novia de Ernesto.

—¿La novia de Ernesto?

—Sí, joder. Ayer hablabas de embarazo y de la novia de Ernesto.

—Ah. No me acordaba. —Baja la cabeza.

—Pues eso, que de cuánto está.

—De cero.

—¿Cómo que de cero?

—La novia de Ernesto no está embarazada, al menos que yo sepa.

—¿Entonces? —pregunto con voz temblorosa.

—Entonces la que está embarazada de Ernesto soy yo, Alicia.

Y me trago de golpe todas mis preguntas porque mi hermana estalla en un llanto como no la había visto jamás.

34

Gala

Uno de mis momentos preferidos de niña era cuando mi hermana accedía a jugar conmigo. Y digo accedía porque para ella yo era una mocosa que la seguía a todas partes y le daba más bien por saco mi compañía. Y una de las cosas que más me gustaba recrear con ella era jugar a «mamás y papás», no sé por qué. Ella siempre era la mamá, y solíamos jugar a que yo me portaba mal y Gala me castigaba o me reñía. Visto ahora suena a un absoluto vapuleo, pero a mí me encantaba porque jugaba con ella, que era un Dios para mí y el modelo inmediato a quien imitar. Supongo que para Gala no era más que un juego que escondía una necesidad de afirmación de su personalidad y su autoridad, y para mí la necesidad de tener otra familia. A saber. No sé mucho de psicología infantil. Pero quizá esa forma de jugar inocente y sin maldad es un buen reflejo de lo que era y es nuestra relación.

Me acuerdo de las dos en ese juego de mamás y papás en los segundos que suceden a la confesión del embarazo. Ha sido como una bomba silenciosa que, sin embargo, ha provocado un gran estruendo en la mente de cada una. Tanto que nos ha ensordecido y enmudecido. Yo, sumida en recuerdos de cuando éramos pequeñas y jugábamos a tener una familia dentro de nuestra familia. Ella, perdida en sus pensamientos cargados de dudas y miedos. Y ninguna es consciente de que estamos en esta nebulosa tan distante del jardín hasta que el sonido de un grillo nos saca de nuestro trance.

—Vale —carraspeo—, tengo muchas preguntas así que tenemos dos opciones: me cuentas todo *motu proprio* y nos ahorramos el interrogatorio y posterior discusión o empiezo a soltar interrogantes hasta que me digas cómo te has quedado embarazada de tu exmarido y qué pasó ayer.

Lo digo seria. No porque no tenga corazón hacia lo que acaba de decirme, ni mucho menos, sino porque no quiero que de nuevo se cierre en banda y me deje a mí más hecha polvo, más preocupada y alejada de ella cuando más me necesita. Y parece que surte efecto. A las personas como mi hermana siempre hay un momento en el que se les para los pies y reaccionan.

—No hay mucho que contar. —Alzo una ceja y ella continúa—. ¿Te acuerdas cuando te dije que le enviaba mensajes y que en el último

me había dicho que me echaba de menos?

—Sí. Y luego había colgado no sé dónde una foto con su novia.

Ella baja la cabeza.

—Bueno, pues después seguimos con los mensajes y cada vez eran más cariñosos. Él me confesó que estaba hecho un lío, que solo habían pasado un par de meses desde la separación y pensaba que estaría mejor, pero que en cambio nos echaba demasiado de menos. Así que decidimos vernos en secreto para que nadie opinara ni se metiera en medio. —Me mira y yo bajo la cabeza—. Y para que nosotros tampoco nos confundiéramos.

—Empezaste a salir a cenar de repente con… amigas.

—Con él. —Me corrige—. Quedamos un par de veces a cenar en el pueblo de al lado, para que nadie de aquí nos viera, y estuvimos muy a gusto en ambas ocasiones. No pasó nada, pero veíamos que de nuevo conectábamos. O al menos así me parecía a mí.

—Estabas más contenta esos días, además.

—Lo sé. —Desvía la mirada—. Me devolvió un poco de esperanza y, bueno, quedamos una noche más, nos lo pasamos mejor que bien, nos besamos, vinimos aquí a por la última y pasó lo que tenía que pasar.

—Ya. La noche del alguien.

Gala sonríe con pena.

—La noche del alguien, sí. Para no confundir a Tito, se fue antes de que se despertara, y a esa noche le siguió alguna que otra más y… —Se toca la tripa suspirando—. Estoy de apenas una falta; fase megainicial y secreto máximo. —Me mira desafiante y yo asiento—. El caso es que antes de sospecharlo siquiera, empecé a notar raro a Ernesto. Ya no quedábamos, no me wasapeaba y tardaba horas en responder mis mensajes. Me olí que se había cansado de intentarlo, porque lo conozco. Le llamaba y me colgaba, y cuando él me devolvía la llamada, me decía que no podía hablar. Así que, mientras él evitaba toda conversación íntima, yo veía que la regla no me llegaba. Recé porque fuera un simple retraso, pero el otro día decidí hacerme la prueba porque ya pasaban varios días y… Joder, pensé que saldría negativo, que habría sido todo una paranoia, pero no. Y yo me quise morir porque no sabía qué iba a pasar, qué hacer, qué todo. —Le cojo la mano y ella la aprieta—. Le mandé un mensaje asesino en el que le decía que debíamos hablar de forma urgente porque había pasado algo gordo y quedamos ayer para cenar en el pueblo de al lado. Le conté lo que pasaba y casi le da un soponcio. Me gritó, me culpó. ¡Me culpó, Alicia! Que cómo no tomaba medidas. ¿Tú lo ves normal? ¿Cómo no tomo medidas yo, hijo de puta? Empezamos a discutir y me

dijo que no podía venir en peor momento porque había estado pensando en nosotros y se había dado cuenta de que todo este vaivén le venía grande, que no concebía separarse de su mujer y a los dos meses volver con ella, y menos tener un hijo. Que ahora estaba seguro de no querer una reconciliación y que teníamos que decidir qué hacer con la criatura… de forma discreta. ¡De forma discreta! —Ríe con saña—. ¿Qué quiere, que no se entere su novia?

—Valiente hijo de puta —digo apretando los dientes rezumando rabia.

—Y me dijo que así era, que su novia no se podía enterar porque tenían… planes. «¿Qué planes?», le pregunté yo. «Pues planes de futuro», me respondió él. Y a mí me entró un ataque de nervios sin precedentes. Jamás me había puesto así. Comencé a gritarle, a decirle de todo. Temblaba, lloraba y estaba fuera de mí, así que, en lugar de tranquilizarme, el imbécil me trajo de vuelta al pueblo y me dejó en la parada del bus porque tenía miedo de que alguien lo viera. —Abro muchos los ojos—. Yo estaba totalmente fuera de mí, destrozada, humillada, como rota. No paraba de llorar, de temblar y de marearme, así que el cobarde de él me cogió el móvil mientras yo estaba intentando respirar, te mandó el mensaje y se fue en cuanto vio que Jaime se aproximaba, diciéndome que me tranquilizara y que hablaríamos con calma. ¡Y aún se pensará que me hizo un favor quedándose a mi lado hasta que llegó Jaime!

Gala rompe a llorar y yo la abrazo.

—¿Cómo he podido confiar en él y pensar que todo volvería a ser como antes? ¿Cómo puede una persona ser tan cruel, tan cínica y humillar así? No me cabe en la cabeza, es que no me cabe en la cabeza. ¿Qué he hecho mal, joder?

—No has hecho absolutamente nada mal, Gala. No es tu culpa que él sea un malnacido.

—Y ahora no sé qué hacer. —Se toca la tripa—. No tengo ni puta idea. Quiero morirme, es lo único que sé.

La abrazo con más fuerza y termina con hipo de ahogarse en sus propias lágrimas. Yo le acaricio el pelo y la huelo, ese olor que me transporta de nuevo a mi infancia y a cuando jugábamos a mamás y papás; ella sin ganas, yo con ilusión.

—Quizá debería poner fin a esto —dice cuando se tranquiliza un poco—. ¿Qué futuro emocional le estoy proporcionando? ¿Qué estabilidad con un padre así?

—Eso es una decisión tuya, Gala, y solo tuya. Yo te apoyaré y estaré contigo hagas lo que hagas, pero quizá sería mejor que pensaras en todo esto cuando estés un poco más tranquila y te hagas a la

situación, así podrás tomar esa decisión con más claridad y total seguridad.

—Lo sé —suspira y vuelve a sollozar—. Todavía no me hago a la idea. Son demasiadas cosas que procesar, Ali, y me voy a volver loca.

—Claro que no. —Vuelvo a cogerle la mano—. Lo desgranaremos todo poco a poco, pero tienes que dar carpetazo sentimental a Ernesto para empezar, Gala. Lo justo para lo relacionado con Tito y nada más. No estires más esa cuerda porque está rota y él no la quiere arreglar. No te aferres. Acepta que las cosas entre vosotros han terminado y déjalo marchar. Vete tú.

—Es muy fácil decir eso cuando no tienes un hijo suyo y otro en camino.

—Lo sé. Y no puedo ni imaginar lo difícil que tiene que ser todo para ti ahora mismo. Ni lo complicado que es gestionar todo el vaivén emocional que llevas encima, pero abrirle la puerta a alguien como Ernesto y dejar que entre y salga a su antojo no te hará sentir mejor.

—Es todo muy complicado —resopla—. ¿Qué coño ha pasado en mi vida en el último año para que sea tan mierda? ¿Qué he hecho mal? —Solloza—. He pasado de vivir con mi hijo, mi marido y tener una tienda que me daba rentabilidad a estar separada, con un negocio que se cae por momentos y un ex que dos meses después de largarse con otra me escribe que me echa de menos, me deja embarazada y al día siguiente de comunicárselo me dice que ya no quiere volver —suspira—. Echo de menos mi vida, Alicia. Echo de menos lo feliz que llegué a ser con Ernesto, el ver a mi hijo tranquilo con sus padres al lado, mi negocio prosperar, mis amigas de siempre ahí… Echo de menos a papá y a mamá viendo la tele en el salón y a ti estudiando en tu habitación y yo hablando por teléfono. Echo de menos lo fácil y normal que era todo hasta hace un año, aun con el alzhéimer de mamá y las discusiones con Ernesto.

—No podemos anclarnos en el pasado, Gala, como decía siempre papá. La vida fluye, las personas van y vienen, los acontecimientos varían de rumbo y solo podemos agarrar fuerte el timón y atravesar la tormenta con lo que tenemos. Pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor no arregla los problemas del presente ni mejora las perspectivas de futuro; es más, te ancla en un estado nostálgico del que no puedes moverte, mientras todo lo demás cambia.

—Hablas como Berta. —Sonreímos entre sollozos.

—Ella es muy sabia. Y siempre dice que por cada época mala vienen dos buenas.

—Pues va siendo hora de que empiecen.

—Sí. Te lo mereces.

—Al menos para una de las dos está siendo un buen verano —me dice con sinceridad.

—Sí. —Carraspeo y no entro en más detalles, porque no me parece el momento.

—Has tenido buen ojo. —Mira hacia la nada—. Quizá ahí esté mi fallo: Ernesto siempre fue un miserable, pero yo me empeciné en lo contrario.

No digo nada, pero me tengo que morder la lengua para no gritar un «sí» como una catedral. Aceptamos a personas que nos hacen daño por miedo a la soledad y no entendemos que eso nos hace sentir, precisamente más solos y alejados de lo que nos hace feliz. Y es que, a veces, la vida nos da un rapapolvo inesperado e injusto, pero otras somos nosotros mismos los que provocamos que todo se ponga del revés.

Le peino un mechón de pelo en un gesto que me sale solo y que siempre me ha parecido muy tierno. Era lo que siempre me hacía mi madre cuando le lloraba que me quería morir porque nadie me quería. Y aunque el gesto no viniera acompañado de palabras, a mí me tranquilizaba. Así que intento infundirle esa misma tranquilidad a mi hermana.

—Creo que me voy a la cama. Estoy reventada —dice y se levanta —. ¿Entras?

Me quedo en silencio unos segundos.

—No. Voy a salir.

—No se lo cuentes a Jaime, por favor. Ni a nadie.

Niego con la cabeza.

—Bien. Acuérdate de cerrar con llave cuando te vayas.

Asiento y veo a mi hermana alejarse. No tenía intención de salir a estas horas, pero lo cierto es que no dejo de pensar en que quiero estar con él esta noche. No quiero que nos agobiemos por correr demasiado, pasando más noches juntos de las que podamos asimilar, pero como ya he dicho, lo cierto es que en el fondo me da igual. Eso sí, antes de irme, me enciendo un cigarrillo, respiro hondo y durante cinco minutos intento asimilar todo lo que ha pasado. Mi hermana embarazada, mi hermana desequilibrada, Ernesto tan ruin, Tito, mi nuevo sobrino, y yo como único pilar que tiene Gala. ¿Cómo voy a dejarla sola con todo el percal que se le viene encima? Pase lo que pase, este embarazo marcará un antes y un después en la vida de mi hermana y, por ende, en la mía. Y yo no quiero fallarla. Doy una calada. No lo haré.

35

Bailar sin movernos

Llego a casa de Jaime pasadas las once de la noche y, claro, se sorprende cuando descuelga el portero automático y ve que soy yo.

—Alicia —dice con tono interrogante cuando llego al quicio y más cuando le abrazo con fuerza—. ¿Ha pasado algo?

—Mmm.

Él inspira en mi oído y se aprieta en ese abrazo durante unos segundos, hasta que termina y pasamos por fin a su casa, cerrando la puerta a los problemas.

—¿Quieres una copa de vino?

—Sí, por favor.

Se dirige hacia la cocina, de donde saca una botella de vino, y comienza a servir dos copas en ceremonioso silencio, respetuoso como siempre ante eso que intuye que me está haciendo daño y que necesita de un tiempo de calma para que pueda expulsarlo. Lennon se me acerca pidiendo caricias que yo no escatimo mientras Jaime nos mira con una sonrisa tierna.

—Jaime. —Se gira hacia mí y alza la cabeza—. Pon música.

Él asiente con una sonrisa y saca su teléfono móvil del bolsillo. Está unos segundos concentrado en la pantalla hasta que del siempre encendido altavoz con bluetooth resuena Chopin con su «Preludio Op. 24 número 4», tan asfixiante como bonito, tan triste como mágico… y yo no puedo evitar sonreír, porque siempre sabemos poner la banda sonora adecuada a nuestras palabras. Y a él le encanta esta pieza.

Se acerca a mí con cautela y me tiende la copa. Brindamos y bebemos nuestro primer sorbo en silencio. La estancia tiene dos únicas luces encendidas que amarillean la habitación, en contraste con las lucecitas blancas de las farolas de los pueblos cercanos que se adivinan tras los cristales del gran ventanal. Miro hacia allí y veo la noche, que a pesar de ser veraniega es tremendamente fría y siniestra.

—Necesitaba verte —le confieso al fin—. Gala me ha contado qué pasó ayer, pero no puedo decirte más porque he prometido silencio y soy fiel a mi palabra.

Jaime asiente y sonríe con la boca cerrada. Me coge la copa de la mano y la deja junto con la suya en una mesita baja redonda al pie del ventanal. Se acerca de nuevo a mí y me envuelve entre sus brazos.

—No tenemos que hablar de nada. Podemos… simplemente estar.

Asiento, aliviada.

Nos abrazamos y nuestros cuerpos se balancean por inercia al ritmo de la música. Bailamos sin movernos, como dos seres que tratan de conectar con algo que no sea todo lo que gira afuera y tan solo nos ocupamos de disfrutar de nosotros, del silencio y de la música que lo llena.

—Llévame a la cama —susurro—. Quiero hacértelo despacio, Jaime.

Él sonríe porque se reconoce en mis palabras y eso todavía nos hace más cómplices.

Y yo solo quiero que nada de esto se termine en septiembre, que Gala se tranquilice y encuentre su brújula perdida, que Tito sonría más, que yo encuentre un trabajo pronto y que Jaime no sea otro destrozo en mi vida.

36

Sonrisas tímidas y pasos al frente

Me despierto y lo primero que noto es el sutil aroma a café tostado y recién hecho. Me acurruco entre las sábanas color menta con la almohada entre mis manos y sonrío con los ojos cerrados. La luz entra por el ventanal y cae en mis pestañas y en mi cuerpo semidesnudo. Me encanta despertarme aquí. Una mano acaricia mi espalda segundos después y emito un sonido adormilado.

—Sé que estás despierta —susurra—, no te hagas la remolona.

Aprieto la almohada. Me muero del gusto.

—Mmm —es mi respuesta.

Jaime me da un beso en la sien y sé que sonríe también.

—He preparado café y tostadas.

Ay. Qué fetén.

Anoche nos quedamos dormidos en una conversación íntima llena de confesiones. No le conté nada del embarazo de Gala, y entendió que lo que fuera que hubiese pasado debía quedarse entre las paredes de mi casa, pero sí hablamos de cómo me sentía con mi hermana y con mi madre. Hablamos de mi padre y de su familia. De sus amigos de la infancia, de Berta, de la vida y de los errores que hemos cometido en ella. Nos contamos sombras que no sabía nadie más, sentimientos que todos guardamos en rincones oscuros, y analizamos nuestra forma de ver a las personas y al mundo. Toda la conversación fue reconfortante. Sin entrar en el tema de Gala me tranquilizó. Porque descubrimos los porqués mientras hablábamos y descubrimos también los cómos. Como una sesión de terapia en la que nos damos cuenta de la respuesta antes de que el terapeuta nos haga la pregunta. Y comprobar que tenemos visiones similares de las cosas que importan hizo que me enamorara un poco más profundamente de Jaime.

Me estiro en la silla mientras desayunamos y miro por el ventanal. Hoy llueve, aunque tiene pinta de ser una simple tormenta y no durar más de unos minutos. Jaime mira su teléfono móvil y teclea entre risas lo que imagino será un chat de WhatsApp o un correo o a saber. Y yo abro mucho los ojos al darme cuenta de que con todo lo que hablamos anoche no le llegué a contar lo más importante. «¡Si es que te lías en la rotonda de las emociones y se te olvida lo vital, Alicia!».

—Jaime.

—¿Sí? —responde sin levantar la vista de la pantalla.

—Tengo que contarte algo.

Me mira y deja el móvil encima de la mesa.

—¿Lo que pasó ayer?

Niego con la cabeza.

—No. Eso no puedo. Ya te dije que era algo de Gala y que he prometido silencio.

—Y todavía me gustas más por eso. —Sonrío—. ¿Entonces?

—Bueno —carraspeo—, a ver. No te había dicho nada antes porque no estaba muy segura y quería dejar pasar unos días para confirmar las cosas. Y todavía no es del todo fiable porque aún es pronto, pero es muy probable que, bueno…

—Cariño —me interrumpe Jaime. Lo miro sorprendida y está con los ojos abiertos de par en par. Me coge de la mano y me la aprieta fuerte. Está lívido y traga saliva con dificultad. Yo frunzo el ceño—. Estás… ¿embarazada?

Meneo la cabeza y boqueo como un pez incapaz de hablar, hasta que atino a responder.

—¡Qué dices! ¿Yo? ¡No! —Me río nerviosa—. No, no es eso. No estoy embarazada.

Jaime suspira hondo y creo que acaba de volver a notar la sangre corriendo por sus venas.

—Joder —espira—. La Virgen.

Me echo a reír.

—Ey, que tengo el *copyright*.

—Idiota.

—Se te han puesto del revés, ¿eh, papi?

—No es eso; si pasa, pues ha pasado. Inesperado, eso sí, pero bueno igual.

—Y me has llamado «cariño» —digo maligna y bebo un sorbo de café.

—Ah, que preferías un «Chata, ¿te he hecho un bombo?».

Le doy un servilletazo entre risas y no dejo de pensar en la reacción que tuvo Ernesto ante la noticia de su sí embarazo. Pobre Gala, joder. Me pongo seria al acordarme de todo el percal que hay en casa y miro el reloj.

—Tengo que volver a casa —resoplo—. Hoy será tremendo.

—Ey. —Se acerca más a mí y ahora pone sus manos en mis rodillas, acariciando mis muslos—. Dos cosas. Una, para tu día tremendo aquí me tienes. —Sonrío—. Y dos, qué es lo que me tenías que contar entonces.

—Sí, joder. A ver, como te decía, está todo muy en el aire y no hay nada seguro. No quiero ni que te hagas falsas ilusiones ni que, por el

contrario, te agobies. Esta es una decisión que empezó a tomar forma antes de que tú y yo, bueno, seamos tú y yo, y solo te lo cuento para que lo sepas.

—¿Me lo vas a contar ya, chata? —Le saco la lengua.

Le cuento lo de la entrevista y todo el proceso mental que me llevó a dar el paso de mandar currículos a empresas de aquí o internacionales, pero con delegaciones en el país, con el claro propósito de volver. Él me escucha, atento, con solemne respeto mientras enumero el rosario de razones que tengo para quedarme aquí. Creo que intenta evitar hacer cualquier juicio antes de que termine mi discurso, pero no puede evitar que le salga la ilusión por los ojos y más cuando entre las razones para volver le menciono a él.

Sonríe.

—Perdona si no te lo he contado antes, de verdad. No es por ocultártelo ni nada de eso, pero me daba miedo que te agobiaras y todo se enrareciera. —Lo miro—. Esto es una decisión mía basada en pros y contras de estar en un sitio u otro. Tampoco quiero que te hagas falsas ilusiones, porque no voy a aceptar cualquier cosa y a saber en qué ciudad española acabo. Ni siquiera he hecho la entrevista y no sé si me llamarán de más sitios, así que te lo digo para que lo sepas, porque no quería ir a Madrid la semana que viene y mentirte, pero de verdad que no quiero que te…

Me da un beso. Así, zasca. Yo me quedo con los morretes como un mono tras el beso, porque quiero más.

—¿Has terminado ya?

—Mmm.

—Bien, porque estabas metiéndote en un jardín muy raro y no sabía cómo pararte.

—Así no va mal.

—Vale, a ver —carraspea—. Lo importante aquí eres tú y tu posible trabajo. Yo no puedo ni quiero ser un condicionante para tu decisión, Alicia, y tú tampoco lo quieres, así que por esa parte todo está bien.

—Pero tampoco quiero que te agobies o te hagas falsas ilusiones.

—No me agobio ni me hago falsas ilusiones, si eso es lo que te preocupa —asiento—. Alicia, sé que eres una persona madura y cabal y que si has decidido volver, no es porque de la noche a la mañana te has encoñado de un desconocido y lo quieres dejar todo por él —niego y ratifico así su idea—. No aceptaría esa presión tampoco, pero, como te digo, no es el caso, porque entiendo que tomaste la decisión casi antes de venir a pasar el verano, solo que todavía no estabas preparada para admitirlo y gestionarlo. Vamos, que soy consciente de que es una decisión en la que yo no tengo nada que ver y así es como

debe ser. —Sonríe.

—No es eso tampoco. Es evidente que tú estás, Jaime, y cada vez más. No eres el único peso de la balanza, y es cierto que, aunque no te hubiera conocido, esa balanza existiría y yo estaría dándole las mismas vueltas a la decisión, pero también es verdad que no tendría el peso que tiene ahora, contigo en mi vida.

—Lo sé. —Levanta la mirada y la fija en mis ojos—. Por eso no me agobia para nada que quieras volver, al revés.

—¿Eso significa que te… gusta la idea? —Y no puedo evitar ilusionarme un poco.

Jaime se acerca más a mí y sus manos pasan de mis muslos a mi culo. Pega sus labios a los míos con una sonrisa disimulada y yo abrazo su cuello.

—Ven aquí —susurra y agarra mi cintura para sentarme encima de él.

Lo beso, no lo puedo evitar.

—Sí —dice—. Me gusta la idea, Alicia. Me encantará que estemos más cerca y que así podamos continuar mejor lo que hemos empezado.

—A mí también. —Nos damos un beso—. Aunque también debemos tener en cuenta que no sé adónde iré a parar. Sé que hay tres o cuatro empresas nacionales que tienen oficinas en Zaragoza. Sería lo ideal y envié el currículo a un par que conozco, de hecho. Pero es más probable que termine en Madrid o Barcelona, porque ahí hay mucho más mercado.

Jaime suspira.

—Ambos sabíamos que la distancia estaba ahí, que era una barrera. Pero si estás dentro del país es más fácil gestionarlo. No sé. Quizá peco de optimista, pero es que no quiero perderte.

—Ni yo a ti.

Fruncimos los labios en una mueca con ilusión contenida.

—Lo intentaremos, al menos… Sea donde sea —interrumpe mis pensamientos, que son los suyos.

—¿Cómo te has metido tan adentro en tan poco tiempo? —pregunto en voz alta y casi me sonrojo al darme cuenta.

Jaime me mira, con un deje tímido que me encanta.

—Porque nos hemos conocido cuando los dos teníamos el hueco abierto para que entrara el otro.

Yo asiento. Nos besamos y nuestra intimidad es cada vez más firme, al haber dado un gran paso al frente entre sábanas de color menta y café recién hecho tras un gran ventanal.

37

El muro de acero

Gala apenas pronuncia palabra mientras comemos. Está sumida en sus decisiones y yo no quiero ni presionarla ni forzar su maquinaria. Ella suele ser de naturaleza impulsiva, todo lo contrario a mí. Tito está emocionado porque hoy vamos a ir a la parte del río que no cubre, con Jaime y Diana, su enamorada, y así descongestiono un poco a Berta de niños también. Y aunque la tensión podría cortar el pan ahora mismo y no es el mejor momento, tengo que hablarle a Gala de la entrevista en Madrid, porque es mañana y no puedo ocultárselo más tiempo.

—Tengo una entrevista de trabajo mañana —le digo café en mano cuando Tito se ha ido a dormir al salón.

—¿Ah, sí? Qué bien. Me alegro —me contesta sin un ápice de alegría.

Y no la juzgo, que conste, porque la entiendo.

—En Madrid.

—¿En Madrid? ¿Y eso? —y lo pregunta descolocada.

—He empezado a buscar trabajo aquí.

—¿Te vas de Hamburgo?

—Sí. Bueno, volveré en septiembre como había planeado y comenzaré a gestionar el papeleo para el traslado definitivo. Me llevará algunas semanas organizarlo todo, aparte de que tengo que encontrar un trabajo que lo sostenga; pero sí: me voy de Hamburgo.

—¿Y dónde vas a vivir?

—No lo sé. —Me río—. Donde consiga curro, Gala.

—Me refiero a si no consigues ninguno antes de dejar Alemania.

La miro extrañada, por intuir adónde dirige la conversación.

—Pues… no lo sé. No lo he pensado.

Ella se calla y me observa. La conozco lo suficiente como para saber que está pensando algo muy oscuro y no se atreve a decirlo. Pero como sus oscuridades las buceo bien, apuesto a que barrunta cómo decirme que no quiere que viva aquí.

—Ya. Pues cuando lo pienses me lo dices. Había pensado usar tu habitación para…

Se toca la tripa. Puta chantajista.

—Entonces ¿sigues adelante? —contengo la sonrisa porque no quiero condicionarla.

—No lo sé. Puede. No sé.

Ya. No lo sabes. Ay, Gala, y yo que pensaba que después de lo de ayer habíamos roto una barrera. Pero ya lo decía mi padre: «Si se levanta un muro entre dos personas, jamás lo harás caer, y mucho menos desaparecer».

Y qué razón tienen siempre los padres.

38

La entrevista

La estación de Atocha siempre me ha parecido extraña e inquietante, con esa selva amazónica sin sentido en medio del recinto. Es una estación curiosa, cuando menos, y la conozco como la palma de mi mano porque la cruzaba a menudo cuando vivía y trabajaba en Madrid. Aquellos primeros años viajaba mucho al extranjero por trabajo y con esos viajes aprendí muchísimo a manejarme en el sector, aunque viajar por trabajo es tedioso y nada emocionante, creedme, así que aborrecí esta estación y el aeropuerto con todas mis ganas. Me los sé de memoria. Por eso, cuando bajo del tren después de un viaje lleno de transbordos para llegar a la entrevista, voy como una autómata hacia la salida, con mis cascos todavía puestos y «Unthought known» de Pearl Jam sonando bien alto para quitarme los nervios y motivarme un poco. Los *stilettos* negros que llevo repiquetean en el suelo con sus ocho centímetros de tacón, dándome una seguridad y una confianza que en realidad no tengo, pero que sé disimular bien. Los acompañan unos pantalones *palazzo* tobilleros y una blusa negra. Coleta alta, bolso grande, café en mano. «Hola, soy una *worker* moderna de pueblo y vengo a la capital, qué tal». Ahora es cuando me tropiezo y me caigo justo al cruzar la puerta de salida, sabedlo.

El caso es que ya estoy en Madrid para realizar mi entrevista. Espero que sea la primera de varias. Y cuando salgo de la estación y me encamino hacia la parada de taxis, pienso: «Ostras, qué calor hace aquí, con lo bien que se está en el pueblo». Genial, ahora soy Paco Martínez Soria. Al menos, pude cuadrar los horarios de autobuses y trenes para ir y volver en el día y así no hacer noche en este horno. Jaime iba a acompañarme, pero… «Te llevo yo en coche, Alicia». «Ya tengo los billetes». «Entonces miro los mismos horarios y te acompaño». «Que no, de verdad, si es ir y volver, para qué te vas a gastar dinero y pegar el madrugón». «Pues te voy a buscar a la estación de tren de Zaragoza y venimos en coche, así aprovecho para ver a mis padres y… tomamos algo con ellos cuando llegues, si quieres, y así los conoces». Sonreí. «Me encantaría, Jaime».

El taxi me deja en la puerta de un rascacielos que da vértigo al mirarlo a lo largo y que, intento pensar, puede ser mi próximo lugar de trabajo. La empresa para quien hago la entrevista está en la planta 11 y, nada más salir del ascensor, me presento al chico que hay en el

mostrador con mi nombre y le informo de quién me espera, y con extremada amabilidad, lo que me chirría un poco, me pide que me siente mientras él telefonea a la persona pertinente anunciando mi llegada. Yo aprovecho para hacer descansar mis pies poco acostumbrados ya a andar con tacones y al cabo de unos diez minutos una mujer de mediana edad y un chico joven se me presentan: el supervisor del Departamento de Recursos Humanos y la CTO. Los tres desplegamos amabilidad y sonrisas en los apretones de manos y saludos iniciales y ya, por fin, entramos en una sala donde me realizan la entrevista.

Dura unos treinta minutos en los que se muestran más interesados en sonsacarme información sobre la salud de la gran multinacional que me despidió que en mi currículo. Y es cierto que atraviesa un bache económico que repercute a todo el sector y todos están nerviosos, pero no puedo contarles nada porque, primero, tengo contrato de confidencialidad y, segundo, tampoco me parece ético. Así que cuando ven que ese filón se les termina, proceden a explicarme, por fin, el puesto de trabajo al que optaría y las condiciones laborales. Y yo intento no poner ninguna cara al escucharlas, porque no son buenas noticias. A ver, el sueldo no es la leche, pero no está del todo mal. No llega a lo que ganaba en Hamburgo, pero ya sabía que las cosas estaban así por aquí y que más o menos eso es lo que me voy a encontrar. El horario es prácticamente todo el día. Esta es una de tantas empresas que cree que la productividad se mide según la cantidad de horas que pasas en la oficina, con horarios estrictos e inflexibles y jornadas maratonianas más por aparentar que por sacar trabajo en sí. Pero lo que peor me suena de todo es que el puesto no es nada estimulante, nada relacionado con lo que he hecho los últimos años y, diría yo, bastante básico para la formación que piden. Además, cuando les digo que tendría que disponer de, al menos, un par de semanas para volver a Hamburgo y gestionar el traslado, ponen cara de circunstancia. Ñe. La entrevista termina con un «estamos en contacto» por ambas partes, más apretones de manos, sonrisas cordiales y cara de mierda cuando las puertas del ascensor se cierran. Resoplo. «Bueno, es la primera entrevista que haces en España en años», pienso. «¿Qué esperabas? ¿La oferta de tu vida a la primera? ¿Llegar y meterla, chata? Diosito, que no me hayan llamado del resto de sitios porque es julio y están todos en Benidorm». Resoplo otra vez. Necesito un café y cinco minutos para pensar.

Entro en una cafetería monísima que hay dos calles más abajo, de estas que parecen sacadas de un cuento del pasado con su suelo de madera gris, su mostrador lleno de pasteles multicolores, su olor a

café recién hecho, sus mesas de madera vieja, su decoración *vintage* y su pequeña terracita para fumadores. Me viene fenomenal. Voy directa a la terraza dispuesta a fumarme siete paquetes de tabaco secretos y, al encenderme un cigarrillo, el camarero viene a tomarme nota. Cuando me deja mi té con hielo y mi *carrot cake* encima de la mesa, saco del bolso mis cascos y los conecto al Spotify de mi móvil. Necesito música.

Pongo «Common people» de Pulp y me anima, porque es una de mis canciones favoritas. Siempre me gustó, aunque entendiera demasiado bien su letra sobre querer ser parte de un círculo que no te reclama. Llamo a Jaime y le cuento con sinceridad que la entrevista no ha ido bien porque ni me han dado buena espina ni me han ofrecido algo a lo que agarrarme. Prefiero seguir con la búsqueda. Y él lo entiende. Espero.

Cierro los ojos a los aplastantes rayos de sol de mediados de julio en Madrid. «Qué bochorno», pienso de nuevo. Y recuerdo el insoportable calor, las prisas para todo, las maratonianas horas en la oficina y salir cual zombi arrastrando unos tacones sujetos a un *dress code* inútil que parecía más importante que el trabajo a realizar. Lo mismo que me han ofrecido hoy, salvo que aquel trabajo sí me gustaba y este no. Así que no voy a aceptarlo, porque estoy segura de que hay ofertas mucho mejores por aquí. No debo decidir con prisa, porque entonces me equivocaré, pero el tiempo apremia y mi cuenta corriente empieza a carraspear. Es cierto que en el pueblo apenas gasto, pero no podré estirarla mucho más. Además, en septiembre tengo que ir a Hamburgo sí o sí: tengo el billete de vuelta, tengo un piso ahí, muchos papeles que hacer y muchas cosas que organizar antes de poder volver. Lo que me preocupa es tener algo en condiciones aquí cuando todo eso quede zanjado, porque si no, ¿dónde voy a vivir? Con mi hermana corremos el peligro de matarnos y con Jaime es demasiado pronto para tanto cambio. ¿O no lo es? Voy a conocer a sus padres en unas horas, así que…

Giro el cuello de un lado a otro para destensarlo. La entrevista ha hecho que me tope con la realidad de que estoy en un abismo laboral y con la prisa por tener algo firme que pisar, así como con el estrés que implica la decisión que he tomado. «Hay tiempo», me repito para no agobiarme más. Pero meneo la cabeza: mi cambio de vida empieza regular.

39

Pasos que acercan y pasos que alejan

Tengo dos noticias que contar: una buena y otra mala. La buena es que unos días después de mi entrevista, otra de las empresas a las que había enviado el currículo en Barcelona me contactó para solicitar otra entrevista. Esta vez sí me acompañó Jaime porque los horarios no me cuadraban para ir y volver en el día y tenía que hacer noche allí. Así que lo planeamos como una miniescapada y aprovechamos para pasar un par de días en Barcelona. A primera hora del día nos montamos en su coche y durante las casi cuatro horas de trayecto hablamos de nada en especial, reímos, escuchamos música o las noticias, dormí un rato, conduje otro e incluso me puse a cantar. Un *road trip* que vino a confirmar lo que ya sabíamos, y más desde que me presentó a sus padres cuando vinieron a buscarme a la estación de tren y pasamos un ratito distendido en una de las cafeterías del recinto.

No nos dio tiempo a hacer muchas cosas en la ciudad, pero aun así disfrutamos de largos paseos por el Barrio Gótico, por el Born y por la Barceloneta. Nos cogimos de la mano en todo momento y tuve esa sensación de que éramos una de tantas parejas que discuten porque no encuentran una calle o porque uno está cansado y el otro no. Tuvimos nuestra primera bronca, de hecho, en una boca de metro, y luego nos echamos a reír. Pero disfrutamos de todo y de nosotros. Tomamos copas al calor de la noche y nos tumbamos en la arena nocturna de la playa a escuchar qué nos contaban las olas. He vuelto más enamorada de esta escapada, lo reconozco. Y él también. Aun con nuestra cautela innata, nos es difícil disimular que el mes que llevamos juntos empieza a tomar forma y que esto es algo cada vez más nuestro.

Decía que la entrevista fue una buena noticia porque, aparte de lo obvio, también significa que hay movimiento. Además, he enviado otra partida curricular a algunas empresas más. Pero la mala noticia es que de nuevo la entrevista no salió como esperaba. Comenzó bien: gente joven, camaradería, incorporarme en septiembre porque «ahora en agosto es tontería, ya que no habrá nadie», lo que me permitiría adelantar la vuelta a Hamburgo para prepararlo todo, flexibilidad horaria… y «entonces, la idea es que aprendas aquí el negocio, te hagas al puesto y, en unos tres o cuatro meses, que tengas la oportunidad de trasladarte a la delegación que acabamos de abrir en

Argentina». Salí de ese ascensor con un poco de decepción, porque me había hecho ilusiones.

Pero no entraré en detalles repetitivos ni me pondré melodramática. Que la búsqueda de empleo es complicada no es una novedad. Que te empuja a un abismo extraño en el que toda tu seguridad vital se tambalea, tampoco. Pero, al menos, cuando anoche regresamos de vuelta al pueblo y me quedé a dormir en casa de Jaime, volvimos a hablar del tema y él me confirmó lo que ya me había dicho.

—Tranquila, Ali —me decía—. Date tiempo. No vas a conseguir un buen trabajo con dos cosas miradas en menos de una semana, y no pasa nada si cuando vuelvas de Hamburgo todavía no has encontrado trabajo aquí. Mi casa es tu casa y estaré encantado de quedarme sin espacio en el armario hasta que encuentres algo.

Me dio un beso tierno que me sacó una sonrisa y cierta tranquilidad, aunque estuviese agobiada por no tener ningún cabo atado ante el gran cambio que iba a dar mi vida. Permanecimos en un silencio cómodo, acurrucados, tan solo con «I got you» de The White Buffalo y bajo una luz muy tenue que daban unas bombillitas rojas que había comprado en una tienda en Barcelona, que pensé que darían ese toque romántico. Eso sí, a las tres de la mañana he abierto un ojo y me he asustado pensando que estaba en un burdel, así que me he tenido que levantar a apagar las dichosas bombillitas mientras Jaime roncaba a pierna suelta. «Se jodió el glamur, Alicia».

Hoy hemos ido de excursión con Tito a un valle cercano de aquí. No, si con la tontería el crío va a hacerse guarda forestal o algo, porque está conociendo la zona como no la conozco ni yo. Pero a media tarde la inquietud ha vuelto a mi vida en forma de mensaje de mi hermana: «¿Podrías quedarte con Tito hasta después de cenar? He quedado con Ernesto para hablar de eso». Ni siquiera es capaz de mentarlo, pobre. Así que le he respondido que por supuesto y que ya me contaría a la vuelta. No ha habido respuesta. *Demasié*.

Llego a casa con un Tito lleno de energía, el muy… Nos hemos pegado todo el día en danza y yo no sé si en algún momento se ha bebido un termo entero de café o qué pasa, pero está como eufórico e insoportable.

—Los niños, a veces, gestionan así su emoción —me dice Jaime en la cocina mientras Gala baña al crío.

—Pues la podría gestionar tragándose seis Valium.

Preparamos la cena entre los dos, porque se queda a cenar. Aunque hemos pensado que cuando regrese Gala, mejor que se vuelva a su casa. Suspiro. Aquí tenemos muy poca intimidad.

—No te preocupes, caerá rendido.

Me giro hacia él y lo miro. Tan guapo. Tan sensato. Tan tierno.

—Gracias, Jaime.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Por acoger así a Tito. —Le abrazo la cintura—. No te importa pasar tiempo con él y siempre estás ideando planes que hacer los tres juntos.

—Bueno, es que quiero estar contigo, ¿sabes? Y Tito va en el lote.

Gala parlotea, nerviosa, de nada en concreto durante la cena. Ni con lo que lleva encima ha perdido un ápice de sus habilidades sociales y, sentada a una mesa con gente, sigue siendo el encanto personificado. Y eso que a Jaime ya le empieza a tener confianza y se muestra a veces en su lado hostil y distante. Pero hoy está tan nerviosa que, antes de irse, entra unas tres veces a casa porque se olvida de alguna cosa.

Esta vez, a Tito se le ha cruzado el cable y se ha echado a llorar porque su madre se iba sin él. Niños, ya sabemos. Ha montado un pollo digno de salir en *Supernanny*, hasta Gala se ha ido con cara de pena y me he quedado sola con todo el marrón. Ma-ra-vi-llo-so. Así que se me ha ocurrido una brillante idea para calmarlo: acampar en el jardín.

Soy la mejor tía del mundo, lo sé.

Le pido a Jaime que me ayude y en menos de un pestañeo abrimos una tienda de esas que se despliegan con un par de movimientos y nos metemos los tres. Tito se lo pasa en grande, lo mejor para calmar su euforia. Pero se ríe y nos cuenta historias inventadas o hablamos un idioma que ideamos los tres. Salimos de la tienda, nos tumbamos en el césped a mirar las estrellas y le explicamos las cosas básicas que le impresionan. Hasta vemos una estrella fugaz y Tito se emociona. Me enternezco, porque me recuerda a mi padre que también hacía esto conmigo y porque veo que Tito no tiene quien le enseñe estas cosas.

—La próxima vez me traeré mi telescopio y te enseñaré Saturno y sus anillos. ¿Querrás?

—Hala, tata, ¡sí!

Luego entra de nuevo en la tienda y vuelve a salir, da mil vueltas, se va cansando, se acurruca en el saco de dormir, intenta adormecerse, pero está incómodo y empieza a protestar y a lloriquear que si tengo miedo, que si no puedo dormir, que si, que si, que si…; le llevo a la cama en mis brazos.

Por fin Tito cae rendido y yo bajo de nuevo al jardín, donde me encuentro a Jaime tumbado en el césped mirando a la nada. Me

tumbo a su lado y, al ver mis intenciones, enseguida abre su brazo para que me acomode en él con una sonrisa.

—¿No tienes frío? —pregunto frotando su brazo en manga corta.

—Un poco.

—¿Quieres que te baje alguna chaqueta?

—Qué va. Ven.

Me acurruca hasta quedar tumbada encima de él y nos quedamos así mucho rato, dándonos calor en una típica noche fresca de aquí.

Se escucha a lo lejos un búho marcando la entrada de la noche, los murmullos de los corrillos de vecinos, algún tintineo de cubiertos y platos que cenan más tarde de lo acostumbrado —Dios, me encanta ese sonido—, el leve soplido del viento contra las hojas y las pandillas de niños que recorren el pueblo jugando al escondite. Me encanta, sí. No recordaba ninguno de estos sonidos ni las sensaciones que despiertan. Estamos tan acostumbrados a escuchar solo rutina que no nos percatamos de lo que de verdad llena nuestros oídos de recuerdos.

Y a mi lado, Jaime. Que también es parte de todo esto a un ritmo que casi me da vértigo. Intento controlarme y no correr demasiado por el bien de ambos, pero tengo una pulsión más fuerte que toda lógica cuando pongo mi mano en su pecho y respiro el olor de su cuello.

—Jaime —digo casi adormilada.

—Mmm —responde igual.

—Me estoy enamorando muy fuerte de ti —le susurro en el oído.

Su piel reacciona.

—Entonces es mi día de suerte. —Sonríe—. Porque yo también.

—¿Tan rápido? —pregunto—. ¿Es normal?

—Supongo que todo es normal cuando hablamos de sentimientos y a la vez nada lo es. Además ¿quién dictamina la rapidez o la lentitud que deben tener las emociones? Si aparecen, es que están, y no hay más.

—Me equilibras.

—Y tú a mí me rompes los esquemas.

Nos entra la risa.

—Entonces es que somos tal para cual.

Un ruido. Otro. Y escuchamos la puerta de la casa abrirse.

—Gala —suspiro y me incorporo.

—Será mejor que me vaya. —Se levanta él.

—No, espera. —Hago un mohín.

—Ey. —Me coge de la barbilla—. No pasa nada. Tenéis que estar solas ahora y, además, no me parece bien abusar de la hospitalidad de tu hermana.

—Está bien.

—Llámame luego si lo necesitas.

Asiento y Gala aparece por la puerta del jardín.

—¡Joder! —grita mano en pecho—. ¡Qué susto! No se ve nada y pensé que no había nadie.

—No pasa nada. —Sonrío, pero veo que no trae buena cara ni está de humor para nada.

—Bueno, yo ya me iba.

Gala asiente y yo acompaño a Jaime a la puerta.

—Recuerda: si lo necesitas, llámame —me susurra en el quicio.

—De acuerdo.

Nos despedimos con un beso que se convierte en dos y, ya sí, vuelvo al jardín casi con miedo. Gala está sentada en el escalón de siempre mirando a la nada y yo me acerco y me siento a su lado. Carraspeo.

—¿Qué tal ha ido?

—No quiero hablar del tema.

Inspiro hondo y entrecierro los ojos. No sé bien cómo abordar esto. Si insistir y llevarme una bronca otra vez o dejarlo correr y que sea ella quien marque el nivel de confianza que necesita. Opto por un mix, a ver qué tal.

—Está bien, como tú quieras. Si lo necesitas, ya sabes dónde estoy —digo levantándome.

—No te mosquees, joder —espeta—. De verdad que no necesito eso ahora mismo.

—¡No me mosqueo! No puedo obligarte a que cuentes conmigo ni puedo desentenderme de tu vida, así que simplemente estoy aquí si lo necesitas. Nada más.

—¿Ves? Ya hablas de contar contigo y todas esas mierdas tuyas. Siempre igual, Alicia, toda tu puta vida igual. ¿Y sabes qué? Que el mundo no gira en torno a ti y a tus putos sentimientos de abandono, así que espabila y crece, joder.

La miro con los ojos tan abiertos que creo que se me van a salir. ¿Qué?

—¿Qué? No entiendo a qué viene esto.

—Viene a que estoy harta de tus «qué te pasa», de tus «estoy aquí» y de tus «oye, hazme casito», ¿entiendes? ¡Harta! —grita.

—Pero ¿de qué vas, Gala? Se te ha ido la cabeza del todo. Te he dicho que me parece muy bien que no quieras contarme nada y que si lo necesitas, aquí estoy. ¿Dónde coño está el problema? ¿Qué es lo que te cabrea esta vez? Quizá que no me cabree yo, porque así no puedes atacarme.

—Oh, estupendo, y ahora soy una neurótica con ganas de gresca,

¿no? Eres una retorcida, Alicia. ¡Una retorcida!

La Virgen.

—Mira, Gala, no sé qué coño ha pasado; no sé por qué estás cargando así contra mí sin motivo alguno y no tengo ni idea de cómo manejar esto, pero estoy harta. ¡Harta! Si te pregunto, mal; si no te pregunto, mal; si te digo A, mal; si te digo B, mal. Al final, la conclusión a la que llego es que o bien te comportas así conmigo porque soy la única persona que te soporta, o bien la que no me soportas eres tú y cada cosa que diga o haga te irrita más que la anterior.

—Claro, la culpa siempre es mía. —Resoplo audiblemente—. No, no resoples así, es la verdad. Siempre soy yo y mi carácter y mis reacciones y mis maneras lo que jode todo, ¿no? Yo y solo yo. ¡Joder!

—Dios. —Me toco la frente—. Bienvenida al mundo real, Gala, un lugar donde las personas tenemos emociones y donde tus actos las despiertan.

—¿Y vuestros actos no hacen lo mismo en mí? —Alza la voz—. ¡Mírame! Soy una puta bomba de emociones y a nadie le importa.

—¡Me importa a mí! ¡Y ya no sé cómo decírtelo! Así que, si eres una puta bomba de emociones, ¡compártelas, joder! Y si no me quieres a mí, está bien, vale; pero entonces no me hagas pagar una y otra vez tus vaivenes porque, te repito, ¡estoy harta! —grito.

—¡Pues si tú estás harta, imagínate yo! —grita más.

—¡Cuéntamelo, Gala! Cuéntame lo harta que estás. Cuéntame lo que te ha dicho Ernesto hoy. Cuéntame que estás muerta de miedo. ¡Cuéntame todo aquello de lo que te empiezas a quejar para luego callarte y arremeter contra mí porque me tienes delante!

—¡Yo no hago eso!

—¡Claro que sí! Descargas en mí todo lo que llevas encima, siendo hostil el noventa por ciento del tiempo, y encima te quejas. Y yo intento ayudarte, intento comprenderte, intento dejarte a lo tuyo, pero al final siempre vuelves a la carga. Y si al menos supiera qué cojones pasa, podría aguantarlo, pero así ¡es imposible! ¡Imposible!

—¿Quieres saber qué tal ha ido? ¡Ernesto me ha preguntado si de verdad es el padre y luego me ha dicho que aborte! —grita casi fuera de sí—. ¡Que si es el padre, so hijo de puta! Y que aborte con discreción para que no se entere su novia, ¡¡joder!!

Entonces hay un silencio de ambas durante unos segundos en los que a mi hermana le salen lágrimas de los ojos y a mí no me salen las palabras.

—¿Contenta? —solloza.

—Gala.

—Déjame en paz, Alicia. Déjame en paz.

Entra en casa y yo me quiero morir. La sigo hasta su habitación, pero me cierra la puerta en las narices. Con cerrojo.

—Gala, lo siento. —No hay respuesta—. No quería esto. Joder, lo siento, Gala, por favor, abre.

—Lárgate —escucho desde el otro lado.

Suspiro.

—Siento si me he puesto burra y si te he levantado la voz. Ya sabes lo cansina que soy y lo mal que se me dan estas cosas. Solo quiero que sepas que me tienes para todo. Para todo, Gala. Soy tu hermana.

Hay unos segundos de silencio hasta que al final me doy la vuelta despacio, por si me pierdo algún susurro desde el otro lado. Pero no. No hay nada. Así que subo a mi habitación llena de lágrimas y culpa. Y, por primera vez desde que llegué, desearía estar con Jaime en mi apartamento de Hamburgo o en Madrid o en el hotel de Barcelona o en Argentina.

Donde sea, pero lejos, muy lejos de aquí y de mi hermana.

40

Piensa en mí

Domingo. No he dormido mucho esta noche. Es que no he dejado de darle vueltas a si hice mal yo o si lo hizo ella. Quién de las dos se portó peor o cuál tiene más motivos para verter mierda sobre la otra. Y quizá todo sea más sencillo que buscar culpables y simplemente es que somos dos personas nacidas para no ponerse de acuerdo jamás. He llegado a la mediocre conclusión de que las dos nos dejamos llevar y no sabemos gestionar nuestra relación. Yo, por cansina. Ella, por hostil. Y una por otra seguimos sin dirigirnos la palabra durante el desayuno, más que cuando Gala dice, sin levantar la vista del café: «Hoy traeré a comer a mamá. Creo que voy a tomarme el día libre y quiero pasarlo con ella y con mi hijo. Quizá los lleve a la ciudad». Yo asiento, pero con pena, porque veo que no entro en esa ecuación. De nuevo me quedo fuera.

—Lo siento —atino a decir, porque lo pienso de verdad.

—Queda un mes hasta tu billete de vuelta —dice seria—. No me cargues más de lo que estoy, Alicia. Tú haz tu vida, yo hago la mía y tan felices las dos.

—Si quieres, me voy mañana —espeto con saña.

Gala resopla enfadada y yo abro las aletas de mi nariz.

—No he dicho eso.

Alzo una ceja con mi peor cara irónica.

—No puedo más, Alicia. En serio. Preocuparme por lo que te sienta bien o mal no cabe ahora mismo aquí dentro. —Se señala la cabeza.

—Muy bien. Por mí, asunto zanjado.

La miro y ella me sostiene la mirada, como en un duelo de divas a la deriva que no saben por dónde tirar. Se levanta y yo me quedo ahí, con el café a medias, la tostada intacta y la mandíbula apretada.

A ver, es que me fastidia, ¿sabéis? No me gusta discutir con la gente, llevarme mal con nadie y sentir que no lo hago bien con alguien. Me inquietan esas cosas, esos aspectos de las relaciones personales, y me desequilibran porque despiertan los fantasmas que todos llevamos dentro. Me gusta cuando las cosas son lineales entre dos personas, sin altibajos. La verdad es que nunca he sabido gestionar bien a aquellos que un día te tratan de una forma y al siguiente de otra o muestran dobleces o hipocresía. Y mi hermana lo tiene todo. Somos demasiado contrarias como para llevarnos bien. Miro el reloj:

no son ni las diez de la mañana y ya quiero ahogarme en el café.

—Hola, tata —dice Tito al aparecer por la puerta de la cocina asobinado.

—Ey, campeón. Buenos días.

Se sienta a mi lado y lo acurruco en mi regazo.

—¿Y mamá?

—Ha ido a buscar a la abuela. Vendrá enseguida, ¿y sabes qué? ¡Creo que vais a ir a la ciudad!

—¿Y tú no vienes?

—No, renacuajo. Esta vez no puedo ir.

—¿Por qué?

—Porque… le prometí a Berta que la ayudaría a… pintar su casa.

—Jo. —Se queda callado unos segundos—. Tata.

—Dime.

—¿Mamá y tú estáis enfadadas?

Abro y cierro la boca.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque ayer por la noche os oí gritar.

—Ah, no, cariño. Solo fue una discusión sin importancia. Los hermanos siempre discuten, ¿sabes? Es algo normal, y al cabo de un rato ni te acuerdas.

—Yo no tengo hermanos para discutir.

Creo que pronto sí.

—Bueno —carraspeo—. Puedes discutir conmigo. —Sonrío y le hago una cosquilla en la cadera—. Pero sé cómo hacerte desenfadar a base de ¡cosquillas!

Las risas de Tito cambian el tercio de la conversación y, tras un rato de hacer el melón con mi pequeño, le preparo el desayuno y se me olvida un poco todo.

Hasta que Gala vuelve. Con mi madre.

—No quiere ir a la ciudad, hay que joderse —refunfuña.

A mí me dan ganas de decirle que recuerde su enfermedad, pero me callo. Tengo cierto amor a mis mofletes y los quiero libres de bofetones.

—¿No quieres ir de compras con Gala a la ciudad, mamá, con lo divertido que es? —Y sí, lo digo con saña. Gala lo pilla y me mira asesina.

Me he pasado de chincheta, lo sé, pero mi hermana no es la única que tiene derecho a soltar perlitas que hieren cuando le viene en gana.

—¡Quiero irme a casa, brujas! —grita mi madre.

Maravilloso. El día mejora por momentos.

—Tranquila, mamá. Yo me quedaré contigo.

—¡Quiero irme! —grita más.

Se dirige a la puerta de entrada de la planta vivienda.

—¡Mamá!

Gala y yo corremos tras ella. La alcanzamos e intentamos cortarle el paso, pero ella empieza a forcejear.

—Mamá, tranquila —repito—. Voy a llevarte a casa, ¿vale?

—¡Quiero irme a casa! —vuelve a gritar.

—Sí, vamos a casa, venga.

Entre las dos la cogemos y la ayudamos a bajar las escaleras, con Tito detrás de nosotras, asustado. Conseguimos meterla en el coche para llevarla a la residencia y al ver el edificio, mi madre se tranquiliza. Qué pena da que para ella esta sea su casa. La culpa se instala en mi pecho al pensar que Gala y yo somos responsables de eso, pero no tengo tiempo de recrearme en dramas y la acompañamos a su habitación, en donde se sienta a rayujear.

—Voy a quedarme con ella —le digo a Gala en un susurro.

Ella asiente y se queda unos segundos en silencio.

—No sé qué hacer. No puedo dejar a Tito con la vecina toda la mañana.

—Ve con él a la ciudad, Gala. Yo me quedo aquí y te cuento cualquier cosa. Disfruta del día con tu hijo; eso es más importante y él lo agradecerá.

Permanece con la mirada fija, en un claro debate emocional, hasta que al fin asiente con cara de resignación. Se siente tan culpable como yo, pero no puede partirse por la mitad constantemente y tiene una prioridad por encima de todas ahora mismo.

—Me dices cualquier cosa, por favor.

Asiento y Gala se despide de mi madre con un beso y algo susurrado que no atisbo a escuchar. De mí se despide con un levantamiento de cabeza y ni una palabra más. Qué genial.

—Pues nada, mamá, aquí estamos —carraspeo.

—Ah, bien.

—¿Quieres ir a dar un paseo por el jardín?

—¿Con este frío? No, no, que me saldrán sabañones.

Ahogo una risa.

—Mamá, estamos en agosto.

—Quita, quita. Ayer me salieron por todos los dedos, de jugar en la calle.

Me acerco a ella y la miro con ternura.

—¿Ah, sí? —ella asiente—. ¿Y jugaste mucho, mamá?

—Uy, sí. Gané a las tabas y luego me tropecé con la cuerda de la comba. Mira.



Me enseña su brazo con algún tipo de rasguño imaginario.

—Ya veo. —Sonrío—. Pues sí que te divertiste.

—Ah, sí.

—¿Sabes que tú me enseñaste a saltar a la comba, mamá?

—¿A ti? —Me mira de arriba abajo.

—Sí. Me hacías saltar mientras me cantabas «El cocherito leré».

Y casi no me sorprendo cuando mi madre se pone a cantar la canción desde la primera hasta la última letra, sin confundir ni una sola frase. Yo me río, y más cuando acompaña la melodía con sus propias palmas que pronto acompaño también. Y las dos nos pegamos así media mañana: cantando canciones de cuando era niña, de cuando éramos niñas; entre aplausos y risas al hurgar en los oscuros rincones de su memoria.

—«Soy un vampiro, medio loco estoy…» —canturreo yo ahora.

—Esa no me la sé. —Se para en seco y se pone seria, lo que a mí me provoca una carcajada.

—¡Pero si era la mejor de todas! Hablaba de un vampiro y a mí me encantaba. Me pegaba el día jugando a la comba y a la goma con esa canción tonta.

—Sí, ya me acuerdo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Las ganabas a todas. Eras la mejor.

Me echo a reír.

—Eso es cierto. Siempre ganaba. Y a las canicas.

—¿Los pitos?

Asiento.

—Los pitos.

—Ah. Pues esa canción no me la sé —se enfurruña.

—¿Cuál es tu canción favorita, mamá?

—Ah, no sé.

—Seguro que sí. Vamos a ver. ¿Quizá alguna de Los Brincos?

—¿Que me ponga a dar brincos? ¿A qué fin?

Me río.

—No, no. Nada de brincos. —Me quedo pensando un segundo y mi madre me mira expectante—. Pero sí había una canción que te gustaba mucho. Nos la cantabas de niñas cuando nos poníamos enfermas. Después, cuando murió papá, me pedías que te la cantara en nuestras conversaciones telefónicas y terminábamos llorando las dos. ¿Te acuerdas?

—No.

Jodida. Pues tendré que morir de vergüenza. Pero carraspeo y empiezo a entonar.

—«Si tienes un hondo penar, piensa en mí. Si tienes ganas de llorar, piensa en mí…».

Y lo que me pone los ojos acuosos no es solo recordar estos versos tristes, sino todavía más escuchar cómo mi madre continúa la letra de «Piensa en mí» mientras gesticula como una soprano dando un concierto. Se acuerda de cada sílaba de esta canción y no recuerda que la cantáramos entre lágrimas por mi padre. Pero aquí estamos ahora, mi madre y yo, cantando una canción preciosa y muy nuestra, con sendas sonrisas en los labios en un momento de tierna complicidad. Nos abrazamos mucho después. Y la lleno de besos por toda la cara. «Cuánto te echo en falta», pienso otra vez. Pero también sonrío porque al menos todavía puedo compartir estos momentos con ella y recuperar un poco el tiempo perdido.

41
Revelaciones

Dejo a mi madre adormilada en su siesta diaria, ya más tranquila que esta mañana, y me despido de ella con un beso en la frente y una sonrisa de oreja a oreja. Me ha encantado esta mañana de risas, canciones y recuerdos a medio cocer. Gala sigue en la ciudad con Tito y Jaime está haciendo *rafting* con unos colegas del pueblo, así que vuelvo a casa y me preparo una suculenta comida para mí sola. Tomates, pimientos, berenjenas y lechuga de huerto; huevos cogidos directamente del corral de la vecina; carne picada en la rústica máquina picadora… Todo tiene más sabor aquí, más aroma, y cada uno de los olores que invaden mi cocina mientras preparo unas berenjenas rellenas de carne me transportan a una calidez que no logro identificar, porque no va anexa a ningún recuerdo concreto; porque no es un recuerdo, es un momento presente del que tengo plena consciencia. La magia de lo cotidiano.

Sonrío ante la satisfacción que me produce algo tan habitual como cocinar y sentirme bien con ello, porque hacía mucho que no disfrutaba de algo para mi placer personal. Cocinar para mí misma y hacerlo bien, deleitarme en la comida que me he preparado, saborear un buen café después, adormilarme en la hamaca con el bochorno de la tarde y el frescor de la sombra, tomar el sol en el jardín y olvidarme de todo salvo de mí.

«¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por y para ti, para tu único disfrute, en completa soledad?», me pregunto. Qué rabia me da pensar en lo abandonada que me he tenido todos estos años, siempre haciendo cosas para todo el mundo, pero jamás nada para mí. Qué mal nos queremos y qué poco caso nos hacemos a nosotros mismos. Pretendemos que sean los demás los que nos quieran por lo que somos cuando no nos gusta lo que tenemos dentro, así que ¿por qué no nos aceptamos, sin más? Sonrío al pensarlo, como si me hubiera revelado a mí misma un secreto y un clic se hubiera activado en mi cabeza cambiando un chip viejo y roñoso por otro mucho mejor: «Eres Alicia Sierra, con todo lo bueno, lo malo y lo regular. Si alguien quiere lo mejor de ti, tendrá que aguantar también lo peor, como haces tú con los demás, porque todo viene en el pack».

Y ya vale de ponernos a nosotros mismos en el último lugar.

42

La hermana pequeña se convierte en hermana mayor

Es curioso cómo un cambio de perspectiva de ti misma y de tu vida puede controlar tus reacciones y, con ello, conseguir una mejor canalización de todo lo que te rodea. Y estar aquí estos meses, solidificando todo lo que fui; perdiendo esa apatía y desprecio por mí misma, por mi pasado; y ganando así confianza es lo que me ha hecho perder el miedo a accionar la maquinaria para cambiar las cosas. Me siento bien, sí. Me encuentro a gusto con lo que soy y con lo que me rodea, así que me veo fuerte, aun con todas las cosas que pululan por mi mundo sin orden ni control y que a veces hacen que crezca mi sensación de que me tambalean.

Por eso, cuando Tito y Gala llegan de su día en la ciudad con caras de pocos amigos, yo decido encaminarme a la ducha y no meterme en medio. Además, en nada vuelve Jaime de su excursión y vendrá aquí a recogerme para ir a cenar al pueblo de al lado, así que paso de más discusiones con mi hermana, sobre todo después de lo de ayer. Pero cuando salgo de la ducha y bajo las escaleras, entreveo a Tito por la puerta de su habitación. Me acerco un poco y veo que está sentado en su cama con los brazos cruzados y cabizbajo, así que no lo puedo evitar y entro sigilosa.

—Ey, renacuajo —susurro acercándome—. ¿Qué te pasa?

—Mamá me ha pegado dos tortas en una tienda y luego me ha castigado —dice con un hilo de voz.

Dios, Gala. Me siento a su lado y le acaricio el pelo.

—¿Por qué?

—Porque no me he portado bien. —Se encoge de hombros.

—Bueno. ¿Y cuál es el castigo?

—No sé. Estar aquí y pensar.

Disimulo una risa.

—¿Y en qué piensas?

—En que quiero jugar a la consola.

Sonrío.

—Entiendo. Entonces te dejo pensando, ¿vale? Y cuando termines de pensar, se lo dices a mamá.

Se encoge de hombros de nuevo y le doy un beso en la sien.

—Te quiero mucho, Tito.
—¿Me dejas jugar a la consola, tata?
Yo sonrío y le digo que no.
Niños. No hay seres que te sorprendan más que ellos.
Gala está en el jardín arreglando las plantas. No sé si es buen momento para acercarme ahora a ella, ya que lleva herramientas puntiagudas y corta los tallos como si fuera Jack el Destripador, pero me aventuro y la saludo, al menos.
—Hola, ¿qué tal en la ciudad?
—¡Joder, qué susto! —Se lleva la mano al pecho—. Fatal. Tito se ha puesto pesado y no me ha dejado entrar a ninguna tienda ni hacer nada. Al final he tenido que gritarle en medio de un probador y le he castigado. Se jodió mi día de compras.
Gritarle. Ya.
—Bueno. Otro día lo dejas aquí conmigo y te vas tranquila. Así te cundirá más.
—¿Ahora te apetece cuidar de mi hijo? —espeta.
Yo abro mucho los ojos.
—¿Cómo?
—Lo que oyes.
—No me jodas, Gala. —Aprieto los dientes—. Y no intentes hacerme daño con eso porque no te lo voy a consentir.
—Hace unas semanas te mosqueaste por eso.
—No. Hace unas semanas te dije que me preguntaras al menos, que no es lo mismo. ¿Cómo me va a importar estar con Tito? Gala, por Dios.
—¡Gala, por Dios, ¿qué?! ¡Qué! ¿Ahora qué estoy haciendo mal?
Madre mía.
—¡No estás haciendo nada mal! Pero, coño, Gala, frena un poco. Relaja. De verdad.
—Tu empatía y tu comprensión no tienen límites, ¿eh?
Me quedo muerta. Pero en lugar de gritar o de achantar la cabeza, respiro hondo, me tranquilizo y le hablo con toda la calma de la que soy capaz.
—Gala, para ya. De verdad. Esta rueda destructiva en la que te has metido no solo te perjudica a ti, también a tu hijo, y ya es hora de que controles y tomes las riendas de tu vida, porque estás total y absolutamente desbocada.
—Qué sabrás tú. No tienes ni puta idea de nada. ¡De nada!
Inspiro fuerte.
—No me vengas con esas, Gala, porque no puedo más. Aprende a gestionar tu ira porque nos está jodiendo a todos. ¿Estás mal, rota y

desconsolada por Ernesto, por tu embarazo y porque él no quiere saber nada? De acuerdo, es totalmente comprensible y lícito. Pero ha llegado un punto en el que tu situación personal ya no justifica tus reacciones. Porque todo tiene un límite y tú lo has sobrepasado: te haces la víctima de una forma autodestructiva y cargas contra todos, empezando por ti, por mí y por tu hijo.

—¡Yo no cargo contra Tito!

—¡Coño, Gala, le has pegado dos bofetones en medio de una tienda llena de gente porque no te ha dejado probarte vestidos!

—¡Tiene que aprender a comportarse! ¿Quién coño eres tú para juzgar cómo educo a mi hijo y llamarme mala madre?

Respiro hondo.

—Mira, Gala, yo no juzgo nada porque ni soy madre ni es mi hijo; ni mucho menos he dicho o insinuado que seas mala madre, porque tampoco lo pienso. Al contrario: eres la mejor madre que he conocido nunca, pero estás sobrepasada y eso repercute en todos. Crece de una vez, joder. Sí, eres una mujer separada. Sí, estás embarazada. Sí, tu ex pasa de vosotros. Tienes dos opciones: o recrearte en todo lo negativo que te deja eso, o tratas de pasar página y seguir adelante con tu vida y tu hijo.

—¡Y supongo que es Doña Perfecta la que me va a enseñar a ser feliz! —Se ríe con desprecio y yo vuelvo a apretar los dientes.

—¡Escúchate, joder! ¡Deja de comportarte como una niña enrabietada de una vez!

—¡Y tú deja de decirme lo que tengo que hacer! ¡Tú! Que no tienes nada que merezca la pena en tu vida mediocre y aburrida. ¿Tú me vas a decir cómo tengo que gestionar la mía? ¡No tienes ni puta idea de nada! ¡De nada! Así que ¡déjame en paz de una puta vez!

Tira el utensilio floral que lleva en la mano con fuerza y se larga. En la puerta se encuentra con Jaime y se asusta, pero se le pasa pronto y se encamina a paso marcial escaleras arriba. Yo resoplo con fuerza y me quedo aturdida unos segundos, cansada, preocupada y harta también. ¿De verdad quiero volver para tener más cerca esto?

43

La encrucijada

Que Gala no me habla mientras desayunamos ya no es una novedad. Que está ausente, centrada en su taza sin ver nada, tampoco. Que no me dirige la palabra a la hora de la comida es más de lo mismo. Lo que sí es novedad es que, por primera vez, yo no le pregunto qué le pasa o si quiere hablar, porque ya me da igual. Ella ha traspasado mi límite y yo he engrosado nuestro muro para que no me haga más daño. Entramos en la recta final de agosto y me quedan tres semanas aquí, así que he optado por la indiferencia absoluta, por mi salud mental. Comunicación justa. Ella regresa a la tienda y yo llevo a Tito al río. Y nada más.

Así que mi sobrino y yo nos pasamos media tarde en las tranquilas aguas de una gorga donde solía ir a bañarse medio pueblo antes de que abrieran la piscina municipal. Lo pasamos bien los dos. Hacemos el tonto y disfrutamos de estar solos en medio de la vegetación y las rocas. Jaime está en su huerto moderno, porque lo tenía muy descuidado y no podía dejarlo pasar más. Yo creo que también necesitaba pasar unas horas a solas, porque a lo tonto estamos todo el día pegados y somos de los que les gusta dosificar. A mí también me viene bien, sobre todo por estar a solas con Tito y que se sienta en confianza para mostrarme cómo está. Parece que bien, porque no deja de reírse y abrazarme y hacerme la puñeta. Adoro estos momentos, de verdad. Cuánto voy a echar de menos esta risa inocente y este afecto sincero. Hago un mohín. Diosito, dame trabajo pronto, joder.

Y, a ver, Diosito me escucha, pero no me ha entendido bien.

Porque mientras descansamos en la toalla, mi teléfono suena con un número desconocido en la pantalla que comienza por +49. Sudor frío. Muy frío.

Descuelgo y respondo en alemán y, tal y como me temía, me contestan igual. Es de una empresa de Hamburgo que va a la caza de los despedidos por la competencia y han dado conmigo. Mi exjefe, también relegado de su puesto, trabaja ahora con ellos y les habló de mí. Por lo visto tienen un puesto que cubrir y, según me dicen, soy la candidata idónea por la experiencia y la formación específica que tengo, por lo que les gustaría entrevistarme y conocerme. Y, para no perder el tiempo, me explican brevemente el puesto, que es similar a lo mío, pero con un poco más de responsabilidad, y me hablan de las

condiciones laborales, que son incluso mejores de las que tenía. Joder. Joder. Joder.

Concierto la entrevista para cuatro días después de mi vuelta en septiembre, cómo voy a decir que no al menos a conocerlos. Un puesto de responsabilidad, unas buenas condiciones, materializar aquello por lo que he luchado estos años. Pero… en Hamburgo. Joder. Y una parte de mí desea con todas sus fuerzas que en estas semanas encuentren a alguien y deje de interesarles, para no enfrentarme a posibles decisiones difíciles y dolorosas que creía haber zanjado ya. Ay, la vida, qué lianta es.

—¿Me enseñas alemán, tata? —dice Tito al escucharme hablar marciano—. Así me podré ir a Hamburgo, como tú.

Fenomenal.

Poco después, recogemos todos los bártulos para irnos a casa y prepararnos; tenemos que ir a buscar a Gala a la salida del programa de radio donde, además, he quedado con Jaime. Si el corazón ya se me acelera al pensarlo, no sé qué hará cuando lo tenga delante y le cuente. Así que llegamos a casa, ordenamos los trastos, cambio a Tito, me pego una ducha rápida y me arreglo un poco, porque Jaime y yo habíamos pensado en volver al pueblo de al lado esta noche porque es más grande y tiene cine. Y ya cambiados, nos dirigimos a la plaza del ayuntamiento, donde Gala y Jaime nos esperan. Gala con cara de mala uva, por cierto.

—Llegas tarde —me dice.

Le da un beso a Tito.

—Perdón. Dos minutos.

Ella niega con la cabeza y dice: «Anda, vamos Tito. Hoy iremos a cenar a la hamburguesería». Yo la miro con una mezcla entre desdén y pena, pero sonrío mucho ante el entusiasmo de mi sobrino por su plan gastronómico. Se despiden sin mucho afán y yo resoplo.

—Poco a poco —me dice Jaime al darme un beso en la comisura—. Estás muy guapa.

—Gracias.

—¿Vamos?

—Sí, pero tengo que contarte una cosa, Jaime. Y no te va a gustar.

—Joder. —Inspira—. Cuéntame.

—Verás…

—¡Hombre, si están aquí los tortolitos! —Ramón nos interrumpe cuando sale del ayuntamiento. Va medio borracho, tambaleándose, como siempre—. Qué, ¿apurando los últimos días que os quedan de amor?

—Lárgate, Ramón —espeto.

—Uy, vaya genio gastas hoy, Sierra. ¿Tienes la regla o qué? —Se ríe—. Antes no tenías tanto genio, ¿eh, cuatrojos?

Estoy a punto de responderle, pero solo meneo la cabeza y lo dejo estar. Porque no me afecta ya nada de lo que diga y porque paso de enzarzarme en discusiones con gente absurda que encima va borracha.

—Mejor vete a casa y tómate varios litros de agua —apunto.

—Joder con la feílla, cómo está hoy —refunfuña y se da la vuelta.

Jaime se tensa y creo que va a decirle algo, pero yo le paro. Al final, sus ataques no son más que un intento por llamar la atención y tratar de retomar su liderazgo a base de viejos insultos, lo que más bien muestra a una persona sola y acabada.

—Va muy borracho —dice Jaime—. Ha llegado a la radio tan cocido que hemos alucinado todos. Me contaba Gala ahora, mientras os esperábamos, que por lo visto montó un pollo tremendo en el bar de Quino y que ya no lo deja entrar.

Lo que decía. Solo y acabado.

—La verdad es que da pena ver lo acabado que está. —Jaime asiente—. Y supongo que el alcoholismo es una consecuencia, más que una causa. Beber para olvidar que te has quedado anclado en un pasado en el que todavía eras alguien y recibías aplausos. Qué triste.

—Lo es.

Inspiro hondo. La silueta de Ramón aún se divisa a lo lejos. Yo observo lo pequeño que se va haciendo por la calle que transita, igual que en mi cabeza y mi pasado. Lo importante que fue por todo lo que causó y lo diminuto que me parece ahora. Como le pasó a Berta. Y me doy cuenta de que ya no siento rencor hacia él, ni odio, ni asco, ni me alegro porque el karma haya girado las tornas, al contrario. Sonrío para mis adentros mientras se aleja, porque soy consciente de que lo he superado, de que le he perdonado y de que nada en relación con él me afecta ya. «Relegarte a la indiferencia es mi mayor logro, Ramón, aunque nunca llegues a ser consciente de lo que nos hiciste. Quizá sea mejor así para todos. Quizá así sea más fácil pasar página. Así que espero, de corazón, que salgas de ese abismo en el que has caído tú solito y puedas ser feliz. Buen viaje y ojalá que la vida te trate bien».

Jaime me agarra la cintura.

—¿Qué es eso que me tienes que contar y que no me va a gustar?

Suspiro. Intento concentrarme. Él me mira expectante, pero respeta los segundos que necesito para cambiar de tercio.

—Me ha llamado una empresa de Hamburgo ofreciéndome un puestazo con sueldazo.

Jaime asiente con cara de pena. Yo dejo que se haga a la noticia y, pasados unos segundos, le sigo contando los detalles de esa llamada.

Él me escucha atento, con un semblante serio e inexpresivo, que precisamente lo hace más expresivo.

—Así que eso —concluyo—. No he cambiado de opinión con respecto a mi vuelta, Jaime, pero todavía no tengo nada aquí y no estoy para rechazar buenas opciones tampoco.

—Claro que no. —Frunce los labios en una sonrisa triste—. Es tu trabajo y no debes cerrarte a nada. De hecho, sería ilógico que hubieras dicho que no a esa entrevista.

Chasqueo los labios y me abraza.

—Entonces ¿por qué me siento tan mal?

—Porque te pone en una encrucijada que no te gusta.

Sonrío agarrada a su cintura. Jaime siempre sabe los porqués.

—Tengo mucha suerte por haberte encontrado, Jaime. Mucha.

Él me mira con ojitos tiernos. Nos damos un beso.

—Más suerte he tenido yo. —Sonríe—. Y ahora vámonos, que se nos hace tarde. Y me apetece una cena-cine con mi novia.

Un beso zanja el tema y nos encaminamos hacia su coche para ir al pueblo de al lado a pasar una noche en la que ambos fingimos que no estamos inquietos, expectantes y llenos de dudas y de miedos.

44

Pequeñas noches de brindis

Tu hermana es que siempre ha estado como las maracas de Machín, perdona que te lo diga —me dice Berta mientras cenamos en una de las terrazas de la plaza mayor.

Me ha llamado a media tarde para preguntarme si me apetecía cenar mano a mano y, por su tono de voz, me ha parecido más una súplica que una sugerencia. He aceptado, claro. Además, agosto trae a las noches una temperatura más agradable que nos invita a tomarnos una copa en otra terraza, lo que a su vez nos anima a hablar de cosas más íntimas como mi oferta, mi hermana o lo estresada que está con tres niños. Berta no es una persona que suela quejarse, y menos de lo que ella ha elegido, pero a veces se olvida de todo y le grita al mundo que no puede más y que necesita acordarse de quién era y qué le divertía. «Paciencia», le he dicho yo. «Cuando el bebé crezca un poco todo irá más rodado». Aunque lo cierto es que no tengo ni idea. Como decía siempre mi madre: «Qué fácil y qué bien crían hijos quienes no los tienen», así que intento no aconsejar mucho con este tema porque se escapa a mi conocimiento. De todas formas, una hora de parloteo y descarga de su día a día hace que Berta se relaje. «¿Ves, Gala, lo que hace sincerarse?».

—Eso unido a que no está teniendo una situación fácil.

—Está claro. Separarse con un niño pequeño y quedarse tan sola. —«Con *dos* niños pequeños», pienso, pero obviamente no le he contado nada del embarazo—. También es verdad que eso tiene que ser muy jodido para la cabeza, Alicia. Me pongo en su lugar y no me lo quiero ni imaginar.

—Lo sé. Y lo entiendo, pero todo tiene un límite y hay comportamientos que no tienen justificación.

—Pues no. Se le está yendo de las manos. Y creo que estáis saturadas la una de la otra y saltáis a la mínima. Nunca os habéis llevado especialmente bien y, claro, tantos días juntas, salen los roces.

—Está claro que necesitamos poner distancia de por medio.

—Pues sí. ¿Cuándo tenías el billete de vuelta, por cierto?

—La segunda semana de septiembre, justo cuando Tito empieza las clases.

—No queda nada. —Pone una mueca triste.

—Calla, que me da bajón.

—Bueno, vamos a pensar que es temporal y que en nada volverás aquí.

—Espero que no se alargue mucho. —Pongo cara de circunstancias.

—¿Cuándo crees que podrás volver de forma definitiva? Si lo del trabajo en Hamburgo no sale y esas cosas, me refiero.

—No lo sé. Depende de la burocracia y de lo que tarden los permisos, bajas, papeleos y demás gestiones. Hay cosas que podré dejar y hacer desde aquí, pero otras no. No obstante, espero que no sea mucho y que no pase mucho más de unas semanas.

—Oye, ¿y has pensado dónde te quedarás si vuelves y todavía no tienes trabajo?

—Me lo preguntó mi hermana hace unos días. En su casa desde luego que no, podríamos salir a hostia limpia. —Sonreímos—. Así que hablé con Jaime y me iría con él hasta saber dónde caerá mi culo. Por ese lado tengo todas las ganas del mundo, y además me quitó la presión de encontrar un trabajo pronto para poder volver, pero créeme si te digo que no saber con seguridad dónde vas a trabajar y vivir de forma definitiva en un futuro inmediato es a ratos agobiante.

—Normal. Mucha incertidumbre. Y unido a lo de tu hermana.

—Bueno, lo de Gala me hierve, pero no me hace infeliz. Al contrario. Creo que, a pesar de todo, nunca he sido tan feliz ni me he sentido tan viva.

—Porque has dejado de tener vida de seta —sentencia.

—¿Vida de seta? —Me río.

—Sí, vida de seta. Vida en la que estás ahí plantada y que jamás varía, que siempre es igual, que nada ocurre y nada la remueve ni para bien ni para mal. Eso es una puta mierda, Alicia, y eso es lo que tenías tú. Ahora que has visto los colores, ni de coña puedes volver al gris.

—Tampoco es necesario el arcoíris, ¿eh? Que con un par de básicos me apaño bien.

—Eres tonta del culo. Por cierto, ya que hablamos de cambios de residencia, he fijado con Pedro una fecha tope para mudarnos a la ciudad, así no nos relajamos con el tema.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo es? —pregunto sorprendida.

—En un año. Lo ideal sería que las niñas comenzaran el curso del año que viene ya en la ciudad, para lo que tenemos que empezar a buscar piso. Con calma, eso sí, pero sin dormirnos en los laureles.

—¿Y el trabajo?

—Pedro tiene un hermano allí con su propio restaurante y un hueco para él, para ir tirando al menos. Mantendremos la casa rural aquí y yo probaré suerte en las recepciones de hotel o donde pueda.

—Bueno, entonces lo tenéis bastante atado, ¿no?

—Claro. Llevamos tiempo con esto en la cabeza. Cuando nacieron las niñas ya sabíamos que un día u otro tendríamos que hacerlo. Aquí hay poco trabajo, poca vida y poco futuro. Casi toda la atención se la llevan las ciudades grandes, y los pequeños hacemos lo que podemos para sobrevivir, pero es muy difícil. No hay apenas trabajo, no hay muchas ayudas, no hay ocio, no hay gente joven.

—Es una pena. No quiero ni pensar en cómo me sentiría si en un futuro viera este pueblo deshabitado entre ruinas y escombros.

—Calla, calla.

—¿Tienes ganas del cambio?

—Ni te imaginas. —Reímos—. Necesito ese cambio también, Ali. Aquí me siento muy enclaustrada y muy sola.

—Lo siento. —Hago un mohín—. Ojalá termine en un sitio que esté cerca de la ciudad y de ti.

—Seguro que sí. —Me coge de la mano—. Seguro.

Me guiña un ojo y brindamos.

«Ay, Berta, no tienes ni idea del peso tan grande que te has hecho en mi balanza».

45

No hay tres sin cuatro

Gala vomita todo el desayuno en el fregadero. No le ha dado tiempo a llegar al baño y zas. Tito se asusta un poco, porque cuando eres niño no concibes que tus progenitores enfermen.

—Mamá —lloriquea.

—Estoy bien —balbucea mi hermana entre arcada y arcada.

—Anda, ven, renacuajo. Vamos al baño a que hagas caca.

—No quiero hacer caca.

—Pues pipí.

—Tampoco.

—¡Pues te tiras un pedo! Pero vamos al baño.

Le cojo del brazo a toda prisa para que salga de allí y el susto no vaya a más. Dejo a Tito en el baño y vuelvo a la cocina. Mi hermana ha terminado y está recogiendo todo, con evidente cara de asco.

—Deja, Gala, yo lo recojo. Siéntate y te preparo una manzanilla —digo y le cojo la bayeta de las manos.

—Quita, anda —espeta.

«Qué pereza me das, Gala».

El lunes se presenta maravilloso, ¿eh?

Y eso que había empezado mejor que bien.

He dormido en casa de Jaime esta noche, porque hoy empieza el curso, aún sin niños ni clases, y quería despertarme con él. Septiembre acaba de irrumpir en el calendario y los colegios e institutos abren sus puertas para que maestros y profesores preparen el curso escolar y den la bienvenida a los alumnos la semana que viene. Y eso significa una cosa que a Jaime y a mí nos hace querer estar juntos todas las horas del día y de la noche que podamos: mi billete de vuelta ya sale a relucir. Nueve días me quedan aquí. No quiero ni pensarlo.

Así que él se ha ido a trabajar y yo me he venido a levantar a Tito antes de que mi hermana se marchara a la tienda. Algo que, por cierto, le ha sentado mal porque, según me ha dicho, confunde a Tito no saber dónde duermo y si voy a llegar. ¡Si voy a llegar! Me han dado ganas de abofetearla, por desagradecida, pero justo se ha puesto a vomitar y ya no era plan.

—Me voy, cariño —le dice a Tito cuando está lista para irse a la tienda—. Dame un beso y pórtate bien con la tata.

—Adiós, mami.

«Que te vaya bien», digo para mis adentros. Porque a mí no me dice ni adiós. «Joder, Gala. No podemos seguir así. No podemos».

Resoplo y me siento en el sofá cuando la puerta se cierra. Tito viene a mí y me pregunta que qué me pasa.

—Nada, canijo. Que me quedan pocos días aquí y estoy triste.

—No quiero que te vayas —dice con carita de pena, y a mí se me cae el alma.

Se acurruca en mi regazo y le beso el pelo.

—Yo tampoco quiero irme, porque te voy a echar mucho de menos, pero volveré pronto.

No dice nada, aunque con solo seis años ya sabe lo que es que las personas importantes se alejen de su lado, pero permanecemos así un rato, hasta que me suena el teléfono con un número desconocido. Frunzo el ceño. Y el estómago me da un vuelco.

—¿Dígame?

—Hola, buenos días. ¿Podría hablar con Alicia Sierra?

La voz de una chica joven pero profesional y seria irrumpe en mi oído.

—Hola. Sí, soy yo.

—Estupendo. Hola, Alicia. Me llamo Lara y soy la responsable de Recursos Humanos de… —y dice el nombre bien alto, con orgullo. Casi se me sale el corazón por la boca al reconocer la empresa, porque es una de las pocas que tienen actividad en Zaragoza—. Nos enviaste tu currículo hace unas semanas y precisamente estamos buscando a alguien con tu perfil, así que nos gustaría concretar una entrevista.

Me echa el típico rollo: la actividad de la empresa, que está en constante expansión geográfica tanto dentro del país como internacionalmente —deja caer que si me interesara trabajar en alguna de sus delegaciones en el extranjero, podría hacerlo, pero que la oferta es para la oficina en Zaragoza— y me especifica el puesto para el que me requieren. El resto de las condiciones laborales y las descripciones más técnicas, dice, me las explicaría junto con el CTO en la entrevista, si es que estoy interesada.

—Sí, me interesa —digo con fingida seriedad.

—Genial. Veamos, ¿podrías venir el miércoles? Nuestro CTO viaja con tanta frecuencia que es muy difícil pillarlo en la oficina. De hecho, ha estado fuera hasta hoy y el jueves se va de vacaciones, así que, si no puedes, tendríamos que dejarlo para finales de septiembre o así.

—No, no, me viene fenomenal el miércoles, sin problema.

—¡Estupendo! Entonces ¿podrías venir a las doce?

—Sí, perfecto. El miércoles a las doce en… ¿Serías tan amable de recordarme la dirección?

Mierda, qué mal quedan estas cosas.

—Claro. Anota: calle Josefa Am…

Anotada. Ni pajolera idea de dónde cae eso porque apenas conozco la ciudad. Estuve alguna vez cuando era niña, con mis padres o en alguna excursión del colegio, pero no me acuerdo de sus calles y mucho menos las sitúo en el callejero. Colgamos y, al hacerlo, no puedo evitar soltar un grito y dar un saltito. Porque es otra entrevista y porque es en Zaragoza. ¡En Zaragoza! Estaría muy cerca de Jaime, de Tito, de mi madre, de Berta (de Gala, supongo) y del pueblo, así que muy mal se tiene que presentar la cosa para que rechace esto. Si las condiciones laborales se asemejan a lo que me ofrecían en Madrid, acepto el puesto con los ojos cerrados. Qué coño, y aunque fuera por debajo. ¡En Zaragoza! No conozco esta empresa tanto como las otras que me han llamado, o incluso como a otra que también está allí y donde mandé currículo, aunque sé que nunca tuvimos problemas cuando trabajamos con ellos. Así que ojalá salga adelante. Ojalá esta sí.

—¿Qué pasa, tata? —pregunta Tito desde el sofá alertado por mis grititos.

—Nada, renacuajo, ¡que tengo una entrevista importante!

—Ah.

Cara cráter, qué entusiasmo.

Yo me río, aunque trato de ser cauta y no hacerme ilusiones, por si acaso, pero ¡joder! Me muero por contárselo a Jaime. Cojo el teléfono para hacerlo. ¿Por teléfono? Mejor cara a cara, ¿no? Me gusta dar las buenas noticias, y las malas, con la persona delante porque saben mejor y se disfrutan más. Así que aguanto mis nervios y deseo que pasen pronto las horas y que sea la hora de comer para sorprenderlo en su casa.

—Tito, ¿qué te apetece hacer esta mañana?

—Jugar a la consola.

—Ah, no. Vamos a hacer algo. Tengo que estar entretenida.

—¿Qué?

—¡Vamos de excursión por el río!

—No me apetece.

—Te apetece, créeme. ¡Venga!

Ni de coña es tan fácil y Tito no está por la labor, así que la mañana transcurre en casa entre el tedio, los nervios, los dibujos animados y los juegos de cartas.

Pero, por fin, llega la hora de comer y con ella la salida de Jaime de su primera jornada. Habíamos quedado en que acudiría a su casa en cuanto Gala volviera de la tienda y comeríamos juntos para

después ir a por Tito y hacer algo los tres. Así que me ciño al plan y, cuando escucho la puerta de casa abrirse y a Tito correr hacia su madre, me calzo mis sandalias y me largo aprisa al piso de Jaime.

Tengo tantas ganas de verlo y de contarle la buena noticia que llamo al portero automático en una serie de pitidos continuos y me responde: «Ya va, Sierra, ya va», entre risas de ambos que todavía me alegran más.

La puerta del piso está abierta cuando subo las escaleras y lo veo trastear en la cocina, tan guapo, tan rubio, tan sonriente al verme. Lennon sale a recibirme y le hago unas caricias, pero no me entretengo mucho y voy directa hacia Jaime, que sonríe ante la avalancha de abrazo que le doy.

—Sí que me has echado de menos.

—Muchísimo. —Le doy un beso abrazada a él.

—¿Me cuentas a qué se debe este recibimiento? —Alza las cejas.

—Primero cuéntame qué tal tu primer día.

—Soy jefe de estudios —dice con mueca de susto.

—¡Toma!

Le abrazo más y le beso por toda la cara.

—No te emociones. —Se ríe—. Es un marronazo. Pero me dará puntos para el concurso de traslados.

—Eres el mejor, Jaime. Te mereces el puesto y estoy convencida de que lo harás mejor que bien.

Me da un beso corto, aún abrazados.

—¿Y qué me cuentas tú?

Asiento con una sonrisa.

—Me han llamado para hacer una entrevista este miércoles. Y la empresa está en… Zaragoza.

El semblante le cambia antes de que pronuncie la última sílaba. Se le ha abierto el cielo, eso es así. Los ojos le brillan, la sonrisa le parte la cara y pone sus manos en la boca, incrédulo porque suena muy bien.

—¡La Virgen! —Ríe y me aúpa.

—Te iba a llamar para contártelo, pero he preferido esperar para hacerlo cara a cara, aunque me moría por decírtelo.

—Joder, Alicia. Estarías tan cerca… —Me agarra fuerte.

—Todavía no he hecho la entrevista. —Me río—. Y ya sabes que luego puede salir todo del revés, pero muy mal se tendría que presentar la oferta para rechazarla. Muy muy mal.

—¿Sabes qué es lo mejor? —Niego con la cabeza—. Que tú hayas venido corriendo a contármelo con esa alegría de niña con zapatos nuevos, Ali.

Le cojo la cara con mis manos.

—¿Dudas de que tú y yo somos de verdad? —le susurro.

—Ni siquiera me planteo no serlo.

Sonrío más. Y nos sentamos, ahora sí, a la mesa para comer y hablar bien de su primer día, del curso y de las cosas que pueden salir bien. Pasamos la tarde con Tito, entre risas, sol y los últimos chapoteos en la piscina. Recibimos la noche entre abrazos, besos y bailes tras el ventanal. Entre copas de vino con vinilos de fondo y gemidos bajo luces rojas. Y disfrutamos de la esperanza en medio del caos.

46

Cuesta abajo

Mamá, dentro de una semana me iré y tardaré en venir a verte.

—¿Y por qué no vendrás?

—Porque tengo que volver a Alemania a hacer cosas.

—¿Y no vendrás?

—En unos días no podré. Pero luego sí, ¿eh?

—Pues me traes Nocilla cuando vengas.

Sonrío.

—Claro que sí.

Tito juega en la plaza mientras nosotras estamos sentadas en un banco y nos da un sol que todavía calienta. El verano sigue en su plenitud y según dicen en las noticias tardará en abandonarnos, lo cual me parece bien. Me gusta el verano y me gusta que la nostalgia otoñal tarde un poco en aparecer, porque quiero estar de vuelta para cuando eso pase.

Estoy un poco agobiada. A una semana de mi marcha, todo sigue igual de incierto y la única tabla a la que me agarro es la entrevista de mañana. Y aunque mi vuelta es clara y tangible, no tener seguro mi futuro laboral me genera cierta ansiedad. Pienso que no tendría que haberme pegado este verano sabático, porque si hubiera tomado la decisión de volver antes de llegar al pueblo, habría buscado trabajo aquí desde que aterricé y ahora quizá tendría un contrato firmado y una ciudad a la que atenernos tanto Jaime como yo. Pero es fácil pensar esto a toro pasado y ese es el problema de las decisiones: nunca sabes cuál es el mejor momento para tomarlas. Ahora no tiene sentido pensarlo. A lo hecho, pecho. Así que toca esperar a ver qué tal mañana, qué tal la semana, qué tal la entrevista de Hamburgo, qué tal la burocracia, qué tal…

—Ese crío se parece a ti —señala a Tito.

—Es mi sobrino.

—Pues os parecéis. De pequeña tenías el pelo claro, como él.

La miro.

—¿Ah, sí? ¿Te acuerdas de cómo era de pequeña, mamá?

—Tenías el pelo más claro. Tu hermana, como quería ser rubia pero tenía el pelo negro, te tenía celos y te lo quería cortar con las tijeras. —Pone tono de película de miedo.

—Esta Gala, siempre tan simpática.

—Ah, no sé. Menuda se ponía si no te dejaba beber vino.

La miro con espanto.

—¿Me querías dar vino de pequeña?

—Claro, para celebrar tu boda. Teníamos que brindar con vino.

—Ah, entiendo. ¿Te lo pasaste bien en mi boda, mamá?

—Uy, sí. Mi marido estaba muy guapo de novio.

Alzo una ceja. Madre mía, qué mezcladillo.

Continuamos la conversación absurda un ratito más, hasta que es hora de volver a casa para hacer la comida y que Gala no se enfurruñe porque no está la mesa puesta cuando llega de trabajar. Jodida. Además, Ernesto viene a recoger a Tito para pasar el día con él, así que imagino que habrá maremoto en casa este mediodía. Qué pereza, de verdad.

Gala llega a comer seria y no hace más que mirar el reloj, nerviosa. Creo que es la primera vez que va a ver a Ernesto desde que le pidió que abortara y supongo que está tensa por ver qué hace. Porque, en el fondo, sé que Gala espera que él cambie de parecer y le diga que lo siente o que se arrepiente o que estaba enajenado o cualquier cosa que a ella le dé una migaja a la que agarrarse. Su relación le ha minado tanto la autoestima que ya no se cree merecedora de alguien mejor que Ernesto, y es probable que hasta se sienta incapaz de emprender una nueva vida ella sola. Por eso se agarra tanto a recuperar la que tenía. «Ay, Gala. Eres mi hermana, joder. No puedo evitar sentir pena infinita por ti».

Pero lo cierto es que no ocurre nada. Ernesto llega, saluda cortés y cortante, se va con Tito y Gala sube de nuevo al salón para tumbarse en el sofá, decepcionada y hundida. Yo me quedo en la cocina, porque le dejo intimidad, pero trago saliva cuando la oigo sollozar. Mi instinto quiere correr a abrazarla, pero sé que me recibiría una psicópata con la pistola cargada y ya no puedo intentarlo más. En su lugar, enciendo mi portátil y repaso mi currículo para preparar un poco la entrevista de mañana y que salga mejor que bien, al menos por mi parte. Sé lo que buscan y quiero hacer hincapié en los puntos fuertes que puedo ofrecer, así que redacto un par de entradillas para tenerlo todo bien atado.

Gala entra en la cocina después de un buen rato, sin decir ni una palabra. Bebe un vaso de agua y ni me mira en todo el proceso. Ni siquiera cuando carraspeo para hacer notar mi presencia. Tampoco se va, lo que es muy llamativo, y solo se queda ahí de pie mirando los baldosines del fregadero. Ni se va ni se queda. Lo que me deja claro que, en el fondo, no quiere que me vaya yo.

Así que…

—Gala, tenemos que aclarar esto.

Y lo digo porque no puedo más y porque no quiero irme con este lazo tan roto. Porque soy conciliadora por naturaleza y porque no soporto convivir con semejante tensión entre nosotras. Tiene que acabar. Tiene que hacerlo.

—Olvídame —dice altiva.

Suspiro. Actitud pasivo-agresiva: déjame en paz, pero no me dejes en paz, por Gala Sierra.

—No podemos seguir así, Gala. O llegamos a un punto de entendimiento o al final todo se romperá en pedazos, y ni tú ni yo queremos eso.

—¡Que me dejes en paz! —dice con los dientes apretados para después subir el tono hasta gritar—. ¡Añadirme más nervios no me va a ayudar!

—Dejar que nos trates mal y bailarte el agua, tampoco. —Me levanto y ella se gira a mirarme, al menos—. Te crees que ayudarte es decirte a todo que sí y poner una sonrisa, pero eso es precisamente lo contrario. ¡Ayudarte es hacer que te des cuenta de cómo estás y cogerte de la mano para salir del pozo! ¡Esto es ayudarte, Gala!

—¡Pues no necesito tu ayuda! —grita.

—¡Claro que sí! Y más que nunca, joder.

Gala se acerca a mí con mirada asesina. Tanto que casi da miedo. Se queda a unos centímetros escasos de mi nariz y resopla como un toro.

—No eres mi madre, Alicia, ni mi amiga. Así que no necesito tu puta ayuda que además no te la he pedido. Lo único que quiero es que pasen ya estos ocho días y te largues por fin de aquí.

Se gira y se va a la tienda. Yo me quedo unos segundos de pie, parada, con lágrimas en los ojos de la rabia y de pena. Porque tengo la angustiosa sensación de que la, al menos cordial, relación que tenía con mi hermana es irrecuperable y que, por tanto, lo que me queda de familia va cuesta abajo, sin frenos y sin marcha atrás.

47

Sin frenos

Despertarse con la caricia de Jaime en tu mejilla no está nada mal, ¿eh? Y abrir despacio los ojos pesados y verlo ahí, sentado en el borde de la cama, con su camisa azul claro y sus vaqueros, ya preparado para irse al colegio, me hace incorporarme porque quiero besarlo.

—Buenos días —susurra en mis labios.

—Mmmm —respondo remolona.

—¿Has dormido bien? —asiento con la cabeza y él me imita—. Esta noche celebraremos que la entrevista te ha salido genial, estoy seguro.

Suspiro.

—Eso espero.

—Ya verás como sí. —Otro beso—. Tengo que irme. Hoy tengo que estar un poco antes de la hora y voy a llegar tarde.

—Estás muy guapo. —Sonrío y él lo hace tímido.

—¿Me mandas un mensaje cuando aparques, para saber que has llegado bien?

—Claro.

—Y cuando termines la entrevista me llamas, ¿vale? Si estoy en clase, no sé si te lo podré coger, pero lo intentamos.

—No te preocupes —digo mientras me levanto—. Te voy contando.

Nos dirigimos a la puerta, yo para despedirle. Veo que en la cocina me espera un pequeño desayuno custodiado por Lennon y no puedo morir más de amor.

Un último beso y Jaime cruza la puerta mientras yo termino de desperezarme. Lennon abre la boca imitando mi gesto y a mí eso me hace reír. Tropiezo con el maletón que dejé en el salón a medio deshacer. Porque ayer, tras la discusión con mi hermana, decidí traer todas mis cosas a casa de Jaime para pasar con él estos últimos días y evitar más problemas con Gala. Algo que ella debió de celebrar con una fiesta o algo así, porque hasta sonrió cuando se lo dije. Le duró poco la sonrisa, pues le recordé que hoy tenía la entrevista y que no iba a poder estar con Tito durante la mañana. «¿Y dónde lo dejo?», me dijo enfadada. «Le puedo preguntar a Berta». «Da igual, ya me apañaré». «Joder, Gala, que te lo dije en cuanto me llamaron, no te pilla de sorpresa». «Olvídame».

No me deseó buena suerte ni me dirigió más la palabra. Pues bien. Y no puedo decir que no me duela o no me afecte, que lo hace, pero

ahora mismo tengo otras cosas en las que centrar mi cabeza. Como, por ejemplo, vestirme con mi *working outfit*, salir de casa con calma porque voy muy bien de tiempo y arrancar el coche de Jaime, que me lo presta para que vaya más rápido y cómoda a Zaragoza. «Hale, a por mi futuro laboral. ¡Tú puedes, Alicia!».

Pongo música en el coche antes de salir. Alguna lista que dure las dos horas que tengo de trayecto. «Space Oddity», claro. A ver si la oda espacial de Bowie me trae suerte. La canto a pleno pulmón mientras me alejo del pueblo, y después viene «Resistance», de Muse. También me viene bien. Pero no ha terminado la canción cuando mi teléfono móvil suena y me da un susto. Frunzo el ceño, porque veo que la llamada es de la residencia de mi madre. Y me da un vuelco el corazón. Así que reduzco la velocidad, descuelgo con el manos libres y respondo nerviosa.

—¿Dígame?

—Hola, Alicia, te llamamos de la residencia. Verás, es que tu madre ha tenido un traspiés hace un rato y se ha torcido el tobillo.

—¿Cómo? ¿Y está bien? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

Paro el coche en la cuneta.

—Sí, sí. Está bien. Lo que pasa es que, al levantarse de la mesa tras el desayuno, se ha tropezado y parece que se ha torcido el tobillo. La doctora no ha visto nada roto, pero aquí no podemos hacerle radiografías y, como lo tiene muy hinchado y le duele mucho, sería mejor llevarla al hospital de la ciudad para asegurarnos. Podemos llamar a una ambulancia, pero ya sabes cómo va esto: solo hay una para toda la comarca y al no ser una urgencia tardarán al menos un par de horas en venir. Así que no sé si tu hermana o tú podríais llevarla. Sería lo más rápido.

Me pongo nerviosa.

—Madre mía, ahora mismo vamos.

Cuelgo y llamo a Gala dos veces, pero no lo coge ninguna de las dos. Eso me pone más nerviosa todavía. Le mando un wasap que no le llega e intento llamarla otra vez, pero ahora me sale teléfono apagado. Mierda, Gala.

Mi madre está alterada nivel histeria cuando llego. Le duele el tobillo, pobre, y está muy asustada también, lo que me encoge el corazón y eleva los nervios que ya tengo. Es como un bebé que no entiende qué ha pasado y yo solo quiero tranquilizarla, pero es imposible.

—Hay que llevarla al hospital —ratifica la doctora—. Y que las radiografías confirmen que solo es una contusión.

—Deme un segundo, que intento localizar a mi hermana.

Ella asiente y yo cojo el móvil del bolso.

—Gala, por tu padre, enciende el puto teléfono —espeto al aparato que sigue apagado.

Llamo a continuación a la tienda, pero no lo coge nadie. Joder. ¡Joder! Quiero gritar y quiero matar a Gala. ¡Justo hoy, joder! Pero no puedo recrearme en mi mala suerte ahora.

—Venga, mamá, vamos al hospital.

Intento llamar a Gala una vez más mientras nos dirigimos al coche, pero continúa desconectada tanto en el móvil como en la tienda. Se me ocurre llamar a la vecina, por si sabe algo y para que le informe si la ve, pero tampoco responde al teléfono. Joder con el pueblo, ¿qué hacen a estas horas que no están en casa? Con Jaime sí consigo hablar desde el manos libres del coche. Se muestra perplejo y preocupado por mi madre, por mí y por la entrevista, que doy por perdida. «Dime algo en cuanto llegues», me dice antes de colgar. Dejo el móvil con el bluetooth conectado para manos libres y rezo por que Gala me devuelva las llamadas y podamos gestionar esto de alguna forma.

Pero no. No me devuelve nada.

Llegamos al hospital de la ciudad una hora después. Para alivio de mi madre, no hay saturación y pasa bastante rápido. A mí me piden esperar en la salita habilitada, así que saludo a las tres o cuatro personas que hay y me siento. Y cuando me siento, vienen en tromba todos mis nervios. Para que me entendáis, es como cuando te viene todo el cansancio de golpe horas después de haber corrido una maratón, pero con ansiedad. Por mi madre, que aunque sea una torcedura poco importante, para ella esta situación sí lo es. Por Gala, que no sé dónde está y no enciende el teléfono la única vez en mi vida que la he necesitado. Por la entrevista, porque miro el reloj y veo que ni de coña llego, así que tengo que llamar para posponerla, con lo mal que queda eso. Joder. La chica de Recursos Humanos de la empresa a la que dejo colgada se muestra algo perpleja cuando llamo para explicarle lo que ha pasado. Supongo que desde el otro lado del teléfono evalúa mi grado de veracidad, pero creo que, además de que digo la verdad, mi evidente agobio le deja claro que no miento.

—Qué mala suerte —me dice—. Bueno, pues te llamaremos para reorganizar la entrevista cuando el CTO vuelva de sus vacaciones, si el puesto sigue vacante.

—¿Y esta tarde? Puedo organizarme para…

—Vaya, lo siento. —Chasquea los labios y por el tono creo que hasta a ella le da pena—. Pero esta tarde es imposible: tiene una comida fuera, varias reuniones y su agenda no tiene hueco.

Y casi tiro el teléfono contra la pared.

Sin poder evitarlo mis labios tiemblan, a punto de llorar. ¿Se puede tener más mala suerte? Mierda de casualidad. He perdido la entrevista y, con ella, una buena posibilidad para volver con garantías laborales. Todos mis planes se derrumban como un castillo de naipes ligero y sin cimientos. Intento evitar preguntarme el «¿por qué a mí?» que tanto daño hace y que no soluciona nada; no quiero hacer un drama de una mala casualidad: algo que les pasa a millones de personas al cabo del día; trato de ser positiva y pensar que o bien me harán la entrevista en otro momento, o bien esto es una señal para que termine en otro sitio mejor. Lo intento, pero tengo que respirar muy hondo y hacer mucho esfuerzo para tener ese desbloqueo mental.

Hasta pasada la una de la tarde no salimos del hospital, con el tobillo de mi madre envuelto en un vendaje y la seguridad al menos de que no tenía nada roto. Un mal giro, sin más. Jaime me ha llamado en cuanto ha tenido un hueco y está tan cabreado con el karma como yo, aunque no ha dicho nada. Así que con mi madre más tranquila y yo muerta de nervios, las dos emprendemos el viaje de vuelta. De nuevo dejo el teléfono preparado para el manos libres, aunque ahora ya dé igual, y arranco rumbo al pueblo.

—¿Y a ti qué te pasa que estás tan seria? —me pregunta mi madre.

La miro por el espejo retrovisor.

—Que tengo muy mala suerte, mamá —le digo agobiada.

—Bah, eso no existe. —No le contesto. No tengo ganas. Pero ella está contenta y no para de hablar—. Me he torcido un tobillo.

No sé si reír o llorar.

—¿Y te ha dolido?

—Uy, sí. Duele mucho.

—Pobrecita. Pronto dejará de doler.

—Ah, bien.

—Yo también me torcí el tobillo hace poco, ¿sabes? Así conseguí ligarme a Jaime, mamá. —Sonrío.

—¿A uno rubio?

Jodida, de él sí se acuerda.

—Sí. ¿Te parece guapo?

—¿Quién?

—El rubio.

—Ah, no sé. Mi marido era moreno.

Sonrío.

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo conocías? —pregunta sorprendida.

—De vista solo.

—Ah, pues sí, era muy moreno.

—¿Y te llevabas bien con él?
—Todas las noches nos dábamos un beso —sentencia.
—Entonces sí que os queríais mucho.
—¿Con quién?
Suspiro.
—Con nadie, mamá. ¿Quieres dormirte un rato?
—Me duele ahí abajo. —Se señala el tobillo.
—Lo sé. Llegamos pronto. ¿Aguantarás un rato? Ya verás cuando le cuentes a la Tomasa.
—Esa bruja, esa es la que me ha puesto la zancadilla para que me cayera. Qué mala es.
—Ya verás cuando la coja a esa víbora —digo y pienso en Gala.
Sigo parloteando así con mi madre casi todo el trayecto, salvo algún rato que se adormece un poco. Al menos, esta hora de coche hace que me baje algo la rabia y los nervios. Hasta que el manos libres suena.
«A buenas horas», pienso cuando veo «Gala» en la pantalla de mi teléfono.
—Gala —respondo seria.
—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mamá?
—Acabamos de salir del hospital, estoy con ella a punto de llegar al pueblo. Vamos en el coche de Jaime. ¿Dónde estabas?
—¿Quién habla? —pregunta asustada mi madre porque escucha a través del manos libres otra voz que no ve.
—Es el teléfono, mamá. Es Gala.
—Pero ¿qué le ha pasado?
—Que ha tenido un traspiés, ha apoyado mal y se ha torcido el tobillo. No tiene nada roto ni daño alguno. Le han vendado y nada más. En un día o dos se le habrá pasado.
—Menos mal. Pobre. ¿Cómo está?
—Cansada y un poco asustada.
—Normal. ¿Por dónde vas?
—Llego al pueblo en cinco minutos o así.
—Vale, pues yo salgo ahora de la ciudad y voy para allá.
Abro tanto los ojos que no me distinguiríais de una lechuza.
—¿Estás en la ciudad?
—Sí. Tenía hora con el abogado para tramitar los papeles de la separación y hablar de todo el tema.
—Te he llamado como cien veces, Gala.
—Es que había apagado el teléfono y no lo he encendido hasta ahora.
Resoplo.

—Te he llamado a primera hora de la mañana y lo tenías encendido, pero no lo has cogido. Y luego lo has apagado.

—No he visto las llamadas.

—Ya, claro. ¿Te crees que soy imbécil, Gala?

—Oye, déjame en paz, de verdad —espeta.

Niego, con el labio mordido, muertecita de rabia.

—Gala, he perdido la puta entrevista de trabajo que esperaba como agua de mayo porque no te ha dado la santa gana de cogerme el teléfono ni devolverme las llamadas, cuando encima tú estabas ¡a dos putos minutos del hospital!

—Vete a la mierda, Alicia —dice enfadada, y yo alucino—. No he visto las llamadas, y punto. Además ¿y qué si lo hubiera cogido? ¿No podías hacerte cargo tú de mamá por una vez? —y recalca el «por una vez».

—¡¿Por una vez?! —pregunto con voz de pito—. Me he encargado de ella todo el verano; pago de mi bolsillo la residencia, cosa que te aseguro que cuando vuelva seguirá igual; y, además, podré estar más pendiente porque estaré más cerca, pero es que hoy ¡¡tenía una entrevista de trabajo!!

—Mira, no tengo tiempo ni ganas para tus chorradas.

—Pero ¡de qué vas!

—¡Vete a la mierda!

Y cuelga la tía.

Así, sin más.

Y me deja a mí sin poder contener más la rabia ni las ganas de llorar.

48

Y sin marcha atrás

Alicia, cálmate —me dice Berta sentada en el sofá mientras yo doy vueltas por mi salón. He decidido venir a casa para esperar a Gala y pedirle explicaciones, porque de esta no se libra. Y Berta, al notarme tan nerviosa cuando se lo he contado, ha decidido pasarse un rato para acompañarme.

—No puedo. ¡No puedo, joder! ¿Cómo ha podido hacerme esto? ¡Cómo!

—Ha sido una mala casualidad. Estoy segura de que Gala no…

—¡¡Y una mierda!!

—Ali…

—No digo que lo haya hecho aposta, pero ¡joder!, se podría haber evitado. ¡Se podría haber evitado! Lleva todo el verano haciéndome la vida imposible. Me odia y no parará hasta verme lo más jodida que pueda, porque ¡¡está loca y es una puta psicópata!!

Berta me mira sin saber qué decir. Da igual, porque diga lo que diga solo aumentará mi rabia, que ahora mismo está en un punto en el que ni me reconozco.

—Alicia, para y mírame —dice muy seria. Yo obedezco de mala gana—. Gala llegará de un momento a otro, y si tú no te calmas, acabaréis a palos.

—¡No puedo calmarme esta vez! ¡¡Me ha hecho perder una entrevista de trabajo cuando estoy en el puto paro!!

La puerta de casa se abre. Berta suspira, recoge su bolso y me da un beso.

—Te llamo luego.

Justo se cruzan en la puerta del salón. Se miran y se saludan cortantes, ambas conocedoras de que algo no está bien. Y cuando Berta se aleja, Gala me mira y me dice que se cambia de ropa y se va a buscar a Tito, pues lo ha dejado por la mañana con una vecina con quien tiene cierta confianza, para de ahí ir a ver a mi madre a la residencia. Ni siquiera se detiene mientras lo dice, ni mucho menos me mira. Escupe con desgana sus frases, que seguro que se las ha preparado antes de venir para deshacerse de responsabilidades mientras se encamina a su habitación. Me ignora por completo. Y yo no puedo consentirlo más.

La paro agarrando su brazo.

—¿Esa es tu forma de arreglar los problemas, Gala? —Ella me mira con furia y se zafa de mi mano—. ¿Haciendo como que no existen?

—Pero ¡¿de qué coño quieres hablar?!

La miro atónita.

—¿¡Que de qué quiero hablar!? No sé, quizá de que tu puta mierda de actitud y tu desprecio constante hacia mí me han hecho ¡perder la mejor opción laboral que he tenido hasta ahora!

—¡Pues ya encontrarás otra cosa!

—Pero ¿tú me tomas por gilipollas o de verdad te crees que los trabajos son como un probador de Zara? Y, además, es que eso ¡hasta es lo de menos! Tu acritud es lo que me duele, Gala, joder. ¿Qué coño te he hecho?

—¡Me cago en la puta, Alicia! —grita—. Estoy harta, ¡harta!, de que por vivir aquí me coma todos los marrones. Harta de ver cómo tú vives tu puta vida sin preocuparte por nosotros y por una vez, ¡una vez!, que tienes que joderte y hacerte cargo te pones como una jodida loca. ¡¡Bienvenida a mi vida, Alicia!!

—Pero ¿de qué vas, Gala? Te propuse llevarme a mamá a Hamburgo y no quisisteis; siempre he intentado ayudar en todo lo que he podido; pago la residencia y sus gastos; te he cedido esta casa a cambio de nada. ¿Qué coño me echas en cara?

—Tú solo te preocupas por ti, y nosotros siempre te hemos dado igual. ¿Ahora vienes de hermanísima que quiere volver? ¡Vete a la mierda, Alicia! Mamá, papá, yo, Tito y este pueblo te dábamos igual hasta que Jaime entró en tu vida. ¡Has pasado siempre de nosotros y ni siquiera te has dignado a visitarnos en todos estos años! ¡Así que repito: vete a la mierda!

—¿Qué? —digo en shock—. Si me fui a otro país, fue por tener un mejor puesto laboral de lo que aquí tenía y todos, ¡todos!, estuvisteis de acuerdo. Hasta tú me animaste a ello y me decías que ojalá te hubieras podido ir de aquí. ¿Y sabes qué? Creo que eso es lo que te jode: que tú no tuviste agallas de largarte cuando aún era sencillo y ahora odias no haber tomado esa decisión y lo pagas conmigo —Gala resopla una risa soberbia—. ¡¡Y no es justo!! Yo no os relegué a nada ni he pasado jamás de vosotros. ¡Jamás! Mi relación con el pueblo no tiene nada que ver con vosotros, y te recuerdo que la decisión de volver la tomé ¡antes! de estar con Jaime.

—¡Tonterías! —grita—. Hablas y hablas de chorradas y no te das cuenta de que los demás vivimos en el mundo real. ¿Sabes lo que es eso, Alicia? ¡El lugar en el que yo vivo!

—¡Llevo todo el verano intentando acceder a tu puto mundo real, Gala! Llevo todo el verano tratando de entender tu cabeza, tu vida, tus

decisiones y tus silencios. He aguantado cómo me relegas una y otra vez a un plano en el que ¡no existo!, hasta el punto de que te molesta el solo hecho de que respire. He estado a tu lado; te he apoyado en todo —cuento con los dedos—; he tratado de que hablaras conmigo; he soportado tus idas y venidas sin saber a qué atenerme contigo porque todo lo que hacía o decía estaba mal; he aguantado con una sonrisa cada uno de tus ataques porque entiendo la situación por la que estás pasando… ¿Y me dices que no sé cuál es el mundo real? ¡Abre los ojos, Gala! El resto de la humanidad también tenemos problemas y no vamos por ahí disparando metralletas contra la gente que quiere ayudarnos.

—¿Ah, sí? ¡Y dónde estabas cuando de verdad te necesitaba, eh! —grita—. ¿Dónde estabas cuando Ernesto me puso los cuernos con otra; cuando mamá empezó a no reconocerme; cuando Tito se volvió a hacer pis en la cama de los nervios que tenía porque sus padres estaban todo el día discutiendo; cuando la tienda empezó a irme mal; cuando la gente a mis espaldas comentaba; cuando mis amigas me dieron la espalda y yo me ahogaba tanto que no sabía cómo salir? ¡¿Dónde estabas?!

—¡¡Estaba esperando a que me dijeras que eso estaba ocurriendo, joder!! Gala, no soy adivina y no tenía ni idea de todo lo que ocurría en tu vida porque cuando te preguntaba me mentías y me decías que todo iba bien. ¡No puedes ir así por la vida: nos cierras la puerta en las narices a todos y luego te quejas porque estamos al otro lado! ¡Eres incongruente, joder! Si tú no das, ¡no pidas!

—¡Me agobias, Alicia! —dice fuera de sí—. ¡Me agobias! Me agobia verte todo el día pendiente de mí, me agobia ver como mamá se ríe contigo, me agobia ver que has encontrado a un buen hombre, me agobia ver tu nivel de vida y me agobia ver lo mucho que te quiere mi hijo. ¡¡Me agobias porque eres una bofetada para mí!!

Abro la boca para decir algo, pero solo puedo abrir mi nariz y resoplar tan profundo que lo escucha hasta la vecina, fijo. Eso y la discusión, claro está, pero me importa todo una mierda ya.

—Eso no es agobio, ¡es envidia! Y no me puedo creer que mi propia hermana me la tenga. ¡No me lo puedo creer!

—¿Envidia? —Se echa a reír—. ¿Que yo te envidio a ti, Alicia? ¡A ti! Una persona que ha sido el hazmerreír del pueblo entero media vida, que hasta mamá se avergonzaba porque no fueras normal y lo mismo yo, que tenía que justificar ante todo el mundo que mi hermana pequeña fuera una puta rara. —Abro mucho los ojos y de forma automática se me llenan de lágrimas—. ¡Qué envidia te voy a tener yo si tu vida es una mierda, Alicia! No tienes trabajo, no tienes

amigas y el único novio que has tenido es un puto amor de verano que no resistirá la distancia. Así que, ¿qué te voy a envidiar a ti?

La miro con lágrimas cayendo por mis mejillas. ¿Mi madre se avergonzaba de mí?

—¿Sabes por qué estás sola, Gala? ¿Sabes por qué no te hablan tus amigas? No es porque pasen de los problemas o porque la gente sea mala. ¡Es porque apartas a manotazos a la gente que te quiere con palabras crueles y con egoísmo! Y eso es inaguantable hasta para la persona más paciente. Si estás tan sola no es culpa de los demás, Gala. Si estás sola es porque nadie te soporta, ¡nadie! ¡Porque te has convertido en alguien insoportable! ¡¡In-so-por-ta-ble!! —grito.

Su mano abofetea mi cara. Rápido, doloroso e inesperado. Mi hermana me pega una bofetada que me deja atónita y a ella con mucho odio. No hay arrepentimiento en sus ojos como no lo hay en los míos. Ya no nos caben más disculpas ni reproches. Hemos llegado a un punto sin retorno, a la gota que colma el vaso. Y como ya no cabe nada más entre nosotras, Gala lo zanja con una frialdad más dolorosa que el tortazo que me ha dado.

—Fuera de *mi* casa. Fuera. Y no vuelvas a pisarla en tu puta vida. No quiero verte nunca más. ¡Nunca! —grita.

La miro. Ella me sostiene la mirada. Hasta que me señala con el dedo la puerta. La peor de las bajezas. El gesto más doloroso que ha hecho nunca. Echarme de la que fue mi casa. Echarme de su vida.

—Pero qué dices…

—¡Que te largues y no vuelvas, joder! ¡¡Nunca, me oyes!! ¡¡Nunca!! —grita con los ojos inyectados en sangre—. ¡¡Que te vayas y no vuelvas, como ya hiciste una vez!! —Y me empuja. Me empuja. Mi hermana.

Yo la miro muy seria y con una mezcla entre asco, pena y congoja.

—Estás mal de la cabeza, Gala. Y lo peor es que Tito lo pagará. Acuérdate de estas palabras, porque vas a hacer de tu hijo un desgraciado.

Gala grita, fuera de sí. Aprieta los dientes y la saliva se le sale por los labios como un caballo desbocado. Viene hacia mí y me da miedo. Está ida y frenética.

—¡Vete de una vez, joder! —Vuelve a empujarme y casi me hace caer—. ¡Vete! No quiero saber de ti, no quiero volver a verte, no quiero que estés en el pueblo, ¡no quiero que existas! Estás muerta, Alicia. Estás totalmente muerta para mí y para mi hijo. ¡¡Lárgate!!

Bajo las escaleras de forma apresurada, sin poder pensar en nada. Solo quiero correr, correr, correr. Cuando llego a la calle, me paro en un recoveco para intentar respirar, aunque no puedo. Tengo que

sujetarme a la pared para no caerme porque me tiemblan las piernas, tengo la visión nublada y el corazón en la garganta. Me está dando un ataque de pánico y tengo ganas de vomitar. ¿Mi hermana me ha echado de su casa y me ha declarado muerta? ¿Lo ha hecho? Sí, lo ha hecho. Lloro con la mano en mi boca para que nadie me oiga. Jamás pensé que llegaríamos a este punto. Jamás. Y lo peor de todo es que sé que no hay vuelta atrás. La conozco. Su rencor, su orgullo altivo y su soberbia que le impedirán recapacitar. No se arrepentirá de lo que ha hecho ni en un millón de años y no atenderá a razones. ¿Gala y yo no nos volveremos a hablar? Es mi hermana, es imposible. Pero siento que se ha roto el único hilo que nos quedaba. El único que nos quedaba como familia. ¿Y Tito? ¿Ha dicho muerta para su hijo? ¿Y si no lo veo nunca más? Lloro sin control. Pienso que todo ha sido un error. Venir aquí fue un error. Mi hermana no me habla. No volveré a ver a mi sobrino.

Y no puedo.

El corazón bombea tan fuerte que me marea y un sudor frío me recorre la espina dorsal. Tengo tantas taquicardias que ni siquiera las noto, y mucho menos puedo pensar en otra cosa que no sea salir de aquí, irme lejos, muy lejos, muy lejos. Huir. Y cuanto antes.

49

Caos

Entro en casa de Jaime al borde de un ataque de histeria. Literal. Me cuesta respirar, tengo los nervios descontrolados y solo tengo ganas de gritar, de vomitar y de escapar. Él ya ha llegado del colegio, incluso me había estado llamando, pero no estoy para estar pendiente del teléfono. Ni siquiera soy consciente de su presencia.

—¡Ali! ¿Qué ocurre? —Se levanta del sofá nada más verme mientras yo doy vueltas por toda la casa.

Recogiendo mis cosas.

—¡Se acabó! —chillo—. ¡Se acabó!

—Alicia, ¿qué pasa?

—Me ha echado de su casa. ¡De mi casa! ¡Me ha echado de mi casa! ¡Y de su vida! Me ha pegado una bofetada y me ha dicho que estoy muerta para ella y para Tito. ¡¡Muerta!! —grito como una loca.

—Cariño, cálmate. Vamos a hablarlo. Cuéntame.

—¡No quiero hablar! No quiero nada, ¡nada! Me largo. Me largo de aquí. No puedo estar en este puto pueblo ni un solo segundo más. ¡¡Me largo!!

—¡Alicia! —grita—. Para, joder.

—Creí que me había reconciliado con todo, creí que podría volver, creí que podría ser feliz, que podría estar contigo, pero ¡no es cierto! —grito de nuevo—. ¡¡Todo ha sido una puta mentira!!

—¡Para! —chilla y trata de agarrarme de alguna forma.

—¡No me grites! —digo encendida yo.

—Alicia, estás fuera de ti y nada de lo que pasa por tu cabeza es verdad ahora. Grita, chilla, da puñetazos a las paredes si quieres y cálmate.

Niego mientras voy de un lado a otro.

—Nada va a salir bien, Jaime —digo mientras meto lo que encuentro en la maleta—. Nada. Mi hermana no me habla, me he quedado sin familia, mi madre está enferma, no tengo trabajo, no tengo pasado, ¡no tengo nada!

—Me tienes a mí, Ali.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te quedarás, Jaime? ¿Cuánto vas a aguantar viéndome en la distancia? No voy a volver a pisar este pueblo en mi puta vida si ella sigue en él, así que dime: ¡¿hasta cuándo estarás, eh?!

—¡Alicia, para!

—¡No puedo estar aquí ni un segundo más! —Lloro con rabia y cojo mi maleta—. ¡Jamás debí salir de Hamburgo y jamás debí venir aquí, joder!

—No lo hagas. No te vayas así. Estás fuera de ti y en cuanto te calmes, hablaremos de todo y lo verás de otra forma. Pero no te vayas.

—¡Necesito irme! —grito—. Todo está podrido aquí y no me queda nada. ¡¡Nada!!

—No hagas esto, por favor. —Se le quiebra la voz—. No tiene sentido.

—No puedo. —Me dirijo a la puerta—. Lo siento.

—¿Qué significa esto? —pregunta atónito.

—¡¡No lo sé!!

—¿Qué va a pasar con nosotros si cruzas esa puerta, Alicia?

—¡Que no lo sé! —grito más nerviosa si cabe—. ¡¡Solo sé que necesito salir de aquí!!

—¡Estás huyendo, joder! Las cosas se te escapan de las manos y tú lo arreglas largándote sin mirar a quién dejas atrás. ¡Esto no funciona así, Alicia!

—¡¡No me presiones!! —chillo fuera de mí.

—¿Que no te presione? —Se lleva las manos a la cabeza—. Entiendo que estás desbordada y das bandazos sin ser consciente, pero no me hagas esto, por favor. No huyas; no te alejes de mí. Tú no —suplica.

—Solo dame un poco de tiempo, Jaime. Ahora mismo no puedo estar aquí.

Él niega con las manos en su boca, incrédulo, y se da la vuelta hacia el ventanal. Yo hacia la puerta. Tengo un cortocircuito en la cabeza y las neuronas que razonan en situaciones tensas no conectan entre sí. Estoy… en shock. Con la mente muerta. Como me ha declarado Gala. Me caen lágrimas sin control, silenciosas, dolidas y caóticas. Nada funciona. Nada.

Abro la puerta y me voy como si fuera un fantasma fuera de sí, porque me siento alguien ajeno a mí. Y sé que mañana veré las cosas de otra forma y me arrepentiré. Pero mañana todavía es hoy y, mientras bajo las escaleras y llamo al único taxi que hay en el pueblo para que me lleve a la ciudad y allí coger un tren, solo puedo pensar en que necesito salir de aquí. Necesito alejarme de Jaime, de Gala, de mi madre, del pueblo, del verano y de todas las cosas buenas que jamás fueron para mí.

50

Serpientes

Hay varias serpientes enredadas y reptan con sumo sigilo por el suelo. Se mueven despacio, dando más asco todavía y más miedo, porque veo sus movimientos sinuosos, sus lentos retorcimientos imposibles, sus viperinas lenguas que entran y salen de esas cabezas geométricas. Se agolpan unas encima de otras, esconden sus ojos entre esos cuerpos estrangulados. Siento taquicardias al verlas. Taquicardias tan fuertes que resuenan por todo el bosque, como tambores graves que marcan un ritmo que nadie sigue. Tito me observa, llora sin voz, y espera que le saque de allí. ¿Cómo no supimos prever que aparecerían de la nada estas crías de serpiente mientras nos tumbábamos plácidamente a comer en mi rincón especial del bosque? Quiero dar un paso al frente, sacar de ahí a Tito, que chilla, aunque no le oigo. Pero mis piernas se han quedado inmóviles y pesadas, y mis brazos no alcanzan a hacer nada. Quiero gritar, y tampoco me sale la voz. Estoy sola en medio de la nada. Y mientras, las culebras comienzan a reptar por los pies de Tito hasta que se desmaya de miedo, no sin antes mirarme decepcionado porque no he podido hacer nada por salvarlo. Nada. Nada. Nada.

—¡Tito! —chillo por fin.

Doy una gran bocanada de aire y me incorporo de sopetón en mi cama de Hamburgo. Tengo la piel sudorosa, pegajosa, y el corazón me late tan rápido que lo noto en cada músculo de mi cuerpo.

Me doy la vuelta.

Y lloro.

51

Hola, soledad

Tengo un secreto que confesar. Bueno, en realidad son dos. El primero, odio a Hello Kitty por encima de todas las cosas. El segundo es que he vuelto a mi apartamento en Hamburgo y estoy rota. No hay otra palabra que defina mejor lo que siento. Rotura. Demoledora y absoluta, porque me he quedado sin nada.

Cuando una persona pierde a quienes más quiere, cuando todos sus pilares se tambalean hasta caerse y los ve derrumbarse como a un edificio en demolición, con esa nube gris de cenizas y escombros que lo invade todo sin dejarte respirar o abrir los ojos, esa persona se rompe por dentro al mismo tiempo que se destruye todo. Deja de tener una base en la que apoyarse y todos sus recuerdos, buenos y malos, se convierten en amargos porque están intoxicados por la nostalgia, la rabia, la culpa y el desprendimiento. ¿Y qué somos sin nuestros recuerdos? ¿Qué somos si nuestros pilares están destruidos? Nada. No somos nada. Somos errantes a la deriva, enfermos sin pasado y con un futuro incierto. Como mi madre. Como yo.

Llevo una semana en Hamburgo y no estoy bien. Esta vez tengo una compañera de piso inseparable: la culpa, que no me abandona en todo el día. Porque he hecho daño a Jaime en un ataque de nervios y le he perdido, con todo lo que eso conlleva; mi hermana no me habla y estoy muerta para ella porque no he sabido gestionar su depresión encubierta; no me despedí de mi sobrino ni de Berta ni de mi madre, y les he dejado atrás sin explicación alguna. Todo eso por mi culpa. Además, no puedo volver a la que fue mi casa, no sé si pisaré algún día mi pueblo, y solo pensar que quizá no vea nunca más a Tito me provoca taquicardias.

No tener nada que hacer tampoco ayuda. Al volver antes de tiempo, pude adelantar la entrevista y la hice el otro día. Me salió regular, porque se notaba que no estaba muy centrada, así que no creo que me contraten. Mejor, porque aunque me largara como lo hice para así poner distancia de por medio, en realidad no quiero estar aquí. Allí ya no me espera nada tampoco, pero todavía me queda mi madre y quién sabe si… Por eso, me he ceñido al plan de volver, solo que ahora no tengo dónde alojarme hasta que encuentre trabajo, por lo que he mandado más currículos a empresas españolas y he hecho algunas llamadas en una búsqueda ya más en serio. Me llamaron de

una, por cierto, y acabo de hacer la entrevista por videoconferencia. Pinta bien. En Madrid. «Estamos en contacto, Alicia». A ver.

Lo único que me ha hecho sonreír, aunque luego me mataran de pena, son las dos conversaciones que he tenido con Tito desde que estoy aquí. Llamo al iPad y, como ya ve que soy yo, acepta la llamada al segundo. A Gala jamás se la ve en el plano. El primer día, cuando quise llamarlo y así darle alguna excusa por haberme ido sin despedirme, le mandé un wasap a Gala para advertirla de que iba a llamar al cacharro porque quería hablar con Tito. No me respondió, pero yo de todas formas llamé y mi sobrino apareció en la pantallita. Me dijo que estaba muy enfadado conmigo y tuve que aguantar las lágrimas. Le dije que había tenido que venir por trabajo a toda prisa y que esperaba volver pronto porque lo echaba mucho de menos. Él me perdonó, creo, y hablamos un ratito de nuestras marcianadas.

La siguiente conversación fue ayer, su primer día de colegio. Me contó ilusionado que se lo había pasado muy bien y que Diana y él les habían enseñado a unos niños mis juegos inventados. Me dijo que ella es su mejor amiga y que juegan juntos todos los días en el recreo. De nuevo casi lloré, aunque la conversación apenas duró un par de minutos porque enseguida escuché la voz de Gala que le pedía que colgase, que ya estaba lista la cena. Y yo rezo por que no llegue el momento en el que estas llamadas se terminen y ya no pueda ver esa carita.

También he llamado a la residencia varios días. Mi madre está bien. Un día intentaron que se pusiera al aparato, pero fue imposible: no sabía lo que era y solo la escuchaba gritar. Al menos ella no es consciente de la huida hacia delante que ha hecho su hija, otra vez. «Tengo ganas de verte, mamá».

A Berta la tengo contenta. «Pero ¡cómo te vas así, Alicia! ¿Quiénes te crees que somos?», me dijo enfadada cuando le cogí el teléfono tras llamarme varias veces. Pero cuando nos calmamos y le expliqué, me entendió un poco. «Lo has hecho fatal, he de ser sincera», me dijo. «Pero dejar de hablarte con tu única hermana es muy doloroso y hace que todo se tambalee». Sí. Eso pasó. Que todo se tambaleó.

Bueno, no estamos para poner excusas, pero me arrepiento. De la discusión con Jaime y de haberme ido así. Estaba atacada y fuera de mí, no calibré nada. Fui total y absolutamente como mi hermana. Todas las malas reacciones que ella tuvo durante el verano, yo las reproduje durante los cinco minutos en casa de Jaime, y no debí huir otra vez. Las imperfecciones oscuras, recordemos. Y los errores que hacen daño a quienes nos quieren. Así que me arrepiento porque no estuvo bien, porque no se lo merecía y porque lo echo de menos.

Cuando llegué al aeropuerto, un poco más calmada después de las horas en el tren, lo llamé, pero no me contestó. Entonces le mandé un wasap para pedirle perdón. Respondió que hablaríamos cuando estuviéramos más tranquilos y que estaba seguro de que las cosas mejorarían con Gala. Pero fue un mensaje frío y aséptico que lejos de tranquilizarme me entristeció todavía más, porque entendí que Jaime, seguro, comprenderá por qué me marché como lo hice, pero le costará deshacerse de la sensación de abandono que siempre planea sobre él como una sombra. Y eso no me lo perdonará. Durante esta semana le he mandado algún que otro mensaje también. Todos sin respuesta. Consecuencias de tomar malas decisiones durante caóticos arrebatos.

Pero hoy, un poco más tranquila y tras haber dejado pasar unos días, he decidido volver a intentarlo. «Sargento de hierro», de Morgan, lleva toda la semana como banda sonora oficial en mi casa. Y es una canción preciosa, pero ya está bien de relamer mis heridas y recrearme en la tristeza, que así no se solucionan los problemas. Así que, con los dedos temblorosos, cojo el teléfono para llamarlo. Un tono. A Gala también intenté llamarla cuando llegué, pero no respondió y acto seguido apagó el teléfono. Dos tonos. Le mandé entonces un mensaje conciliador, pero ni siquiera lo leyó. Tres tonos. El corazón está en mi garganta ahora mismo. Cuatro.

—Hola —responde por fin.

—Hola. —Silencio. Imagino que espera que diga algo, así que me dejo llevar—. No sé ni cómo empezar. —Más silencio. Inspiro hondo —. Pidiéndote perdón, lo primero. Porque no estuvo bien que me marchara como lo hice. Me arrepiento, Jaime. No te servirá de nada, pero me arrepiento de corazón por haberme ido así. —Ahogo un sollozo que no quiero emitir—. Solo quería que supieras que lo siento en el alma, aunque ya no tenga arreglo.

Trago saliva para no llorar. El silencio al otro lado continúa, pero sé que no ha colgado.

—Estaba descontrolada, fuera de mí. Solo quería salir de ahí o más bien de la situación con Gala y poner distancia, pero no supe racionalizarlo y controlarlo, y se me fue de las manos —suspiro—. Cuando Gala me echó de su vida y de la de Tito, todo se hizo añicos. Porque es mi hermana y, aunque nunca hayamos sido uña y carne, es mi única familia y la he perdido. A ella y a Tito. Todo se cayó, Jaime. Todo. Y no supe ser valiente y enfrentarme a ello.

Rompo a llorar lo más en silencio que puedo y Jaime sigue sin emitir sonido alguno. Tengo que mirar la pantalla para comprobar que la llamada está en curso, porque no hay nada al otro lado. Aun así, sigo. Sé que está. Sé que escucha.

—Pero yo debí tranquilizarme en tu casa y contarte lo que había pasado. Llorar y romperme, pero entre tus brazos. Buscar juntos una solución y dejar a Gala al margen de nosotros. No hay un solo minuto que no me arrepienta por no haber hecho eso, Jaime. Ni uno solo.

Me sueno la nariz y trato de recomponerme. No sé qué más decir, porque no creo que haya más palabras. Cometí un error. «Soy humana, Jaime, joder».

Por fin, se escucha un carraspeo al otro lado.

—Dime, Alicia, ¿te compensa todo lo que pierdes cuando echas a correr así?

Suspiro.

—No, claro que no.

—Entiendo por qué saliste corriendo y siento en el alma lo que ha pasado con tu hermana, pero eso no justifica que te largaras así, como si yo no importara. No es la primera vez que tengo esa misma sensación y, sinceramente, estoy hasta las pelotas de eso.

—De verdad que lo siento, pero no me he largado de tu vida, Jaime, y por supuesto que importas. Lo importas todo. —Ahogo un sollozo—. Solo era incapaz de razonar y…

—Y… te largaste.

—Lo siento.

Él suspira y le siguen unos segundos de silencio.

—Sé que lo sientes, pero tengo miedo. Y ahora soy yo el que necesita tiempo.

Sin decir nada más, cuelga el teléfono.

Y yo no sé cuál es el siguiente paso.

52

«Fix you»

Tengo un plan. Sí, un plan. Escrito y todo. Con esquemas sobre control de las emociones y sobre cómo hacer frente a las cosas que te inquietan. Lo titulé «Plan de rescate y recuperación de Alicia», por Alicia Sierra. En él hice una lista de las cosas que me atormentan ahora mismo: Jaime, Gala, Tito, no tener trabajo, no poder ni pensar en volver a mi pueblo porque allí están ella y todos los malos recuerdos. Esto último y Tito van unidos a mi hermana, así que lo reduje a tres: Jaime, Gala, trabajo. Bien. Sintetizar se me da fenomenal. Ahora, a por el plan.

Pongo «Fix you», de Cold Play, para que me dé alas y cojo el móvil. Lo primero: llamo al departamento de Recursos Humanos de la empresa de Zaragoza a quienes dejé tirados y hablo con Lara, la chica de Recursos Humanos que me atendió en su momento. Le recuerdo quién soy y le pido realizar la entrevista por videoconferencia, si aún tienen el puesto vacante. Se queda descolocada y me dice que tiene que consultarlo con el CTO y que me llamará en cuanto pueda. Bueno, algo es algo. Voy a por lo segundo, que es intentar recuperar lo más importante, o al menos lo que más duele: a mi hermana y, con ella, a Tito. Respiro hondo y tecleo despacio. Sí, tecleo, que si marco su número no solo no me lo cogerá, sino que también tirará el teléfono por la ventana hasta que llegue aquí volando y me dé en toda la cara. Así que mejor le escribo. Además, si no me ha bloqueado el teléfono también creo que es por algo.

«Algún día tendremos que hablar, Gala. Algún día tendremos que reconciliarnos. Creo que la clave es que no nos echemos nada en cara; no más culpas ni reproches, porque no nos llevan a nada. Yo hago cosas mal, tú haces cosas mal y todo el mundo hace cosas mal. Somos la única familia que nos queda y en nuestra mano está sacarla adelante. Yo no quiero perderte, como estoy segura de que tú no quieres perderme a mí. Así que, cuando tú estés dispuesta y preparada, me gustaría hablar. Por ti, por mí, por Tito, por lo que está en camino y por mamá».

Respiro hondo y lo releo mientras doy una calada. Cambio un par de palabras, pongo un par de comas, inspiro y le doy a enviar.

Doble check.

Calada.

En línea.

Doble check azul.

Calada.

Sigue en línea.

Calada.

Desconexión del WhatsApp.

Y suspiro.

¿Qué podía esperar? Hay cosas que no se pueden arreglar. Y se me quitan las ganas de pasar a Jaime, la tercera fase del plan.

53

Un rayo de sol

Estoy nerviosa, lo reconozco. Tengo una especie de presión en el pecho y no es mi ansiedad, sino la presión de que esto salga bien, porque ahora sí necesito un trabajo para poder volver.

Ayer por la tarde me llamaron de la empresa de Zaragoza a quienes insistí el otro día para decirme que, tras consultarlo con el CTO, me harían una entrevista por videoconferencia porque el puesto seguía vacante y continuaban interesados en mí. Y como concretamos hacerla a primera hora de hoy, aquí estoy, sentada a mi escritorio con el portátil encendido, bien peinada, un poco maquillada para disimular las ojeras, vestida con una blusa discreta, americana… y con el pantalón del pijama y las pantuflas. Como me pidan ponerme de pie me da algo.

Espero unos minutos en la sala virtual que proporciona el programa al que nos conectamos y al poco aparecen en pantalla Lara y el CTO. Comienza la entrevista y no es lo mismo que en persona, pero lo cierto es que a pesar de mis nervios sale bien, porque en cuanto empieza me centro en las palabras y me olvido de presiones. Nos damos buena impresión mutua, y la oferta y las condiciones me parecen bien, así que cuando colgamos estoy casi más nerviosa que antes. Pero, por suerte, los nervios no me duran mucho, y tan solo un par de horas después de hacer la entrevista me suena el teléfono.

Me pilla en medio de la calle y, cuando veo el número, se me cierra el estómago.

—Hola, ¿Alicia? —pregunta Lara. Reconozco la voz.

—Sí, soy yo.

—Verás, te llamaba para decirte que nos ha encantado la entrevista y, como te hemos dicho, tu currículo es impecable y es justo lo que necesitamos, así que, si estás de acuerdo con las condiciones y todavía te interesa, el puesto es tuyo.

Me quedo tan petrificada que un chaval en bicicleta casi me atropella. Le pido perdón en alemán y vuelvo en mí.

—¡Sí! ¡Estoy de acuerdo y me interesa! Estaría encantada de trabajar con vosotros.

—¡Estupendo! Entonces, como estás en Hamburgo, tenemos varias opciones. Puedes intentar venir y así ves la oficina y firmas el contrato aquí o podemos enviarte el contrato por correo.

Me quedo pensativa unos segundos. No voy a cambiar de país y de vida por un trabajo del que ni siquiera he visto la oficina, ¿no? Por mucho que tenga referencias de la empresa y sepa quiénes son, firmar el contrato por correo me da mala espina.

—Bueno, creo que podría conseguir billetes para finales de semana en un viaje relámpago y así os conozco.

—¡Perfecto! Luego estaría el tema que nos comentabas sobre la gestión del traslado. Habíamos pensado que empezaras el 1 de octubre y así tienes este par de semanas de tiempo para todo eso. ¿Te parece?

—¡Me parece! —Reímos—. Creo que podría resolver al menos las cosas básicas para la vuelta y el resto podría gestionarlo desde ahí, aunque es probable que tuviera que hacer algún que otro viaje relámpago más, si os parece bien.

—No hay problema. Aquí tenemos la opción de trabajar en remoto desde casa, así que podríamos cuadrarlo.

—¡Genial, gracias!

—¡Muy bien, Alicia! Entonces me avisas cuando tengas los billetes y puedas venir a firmar el contrato.

—¡De acuerdo y muchas gracias!

—Gracias a ti.

Cuelgo.

Y chillo en medio de la calle.

Y doy un salto también.

Mi look otoñal acompañaba a este día feo y gris de mediados de septiembre, porque aquí el verano se termina pronto, pero acaba de abrirse el cielo para mí y una enorme losa que llevaba encima se ha evaporado de golpe. No esperaba que me alegrara tanto, teniendo en cuenta que vuelvo a un sitio en el que ya no tengo nada, pero es un cambio que necesito hacer por y para mí.

Paro un taxi con tal sonrisa que el conductor se ríe conmigo.

—¿Adónde?

—Al ayuntamiento. Me espera un día de mucho papeleo.

—Por su cara parece que son papeleos buenos —me dice amable el taxista.

—Los que debí haber firmado hace tiempo.

54

Último aviso a los señores pasajeros

Hola. Estoy en el tren camino a Zaragoza. Voy a estar tres días ahí, por si te interesa. Mañana por la mañana firmo un contrato de trabajo y me mudaré en un par de semanas, si la burocracia lo permite. Por la tarde me alquilaré un coche y subiré a la residencia a ver a mamá. Me gustaría veros a ti y, sobre todo, a Tito. Me gustaría que me abrieras tu puerta. Me gustaría arreglarlo».

Enviar.

No obtengo respuesta alguna.

«Es el último mensaje que te mando, Gala».

A Jaime le envío uno similar, pero lo hago cuando ya estoy tumbada en la cama del hostal zaragozano en el que me hospedo estos días. El silencio de Gala me ha desanimado, y no sabía si repetir el intento con Jaime, pero me he propuesto no huir de las cosas que importan, aunque sean difíciles. Y a Gala la doy por perdida ya. Pero a él no.

De hecho…

—Hola, Jaime —respondo a su llamada.

—Hola, Alicia.

Inspiro hondo y él también.

—¿Cómo estás? —pregunto.

Segundos de silencio.

—Vuelves. Y a Zaragoza.

—Sí. Vuelvo. Insistí a la empresa de Zaragoza para que me entrevistaran por vídeo y, bueno, ser cansina dio resultado —resoplo una risa triste—. Así que me hicieron la entrevista y me han cogido. Mañana veo la oficina, conozco en persona a la gente, firmo el contrato y me vuelvo, porque empiezo el 1 de octubre y tengo hasta ese día para gestionarlo todo en Hamburgo.

—Enhorabuena, Alicia.

—Gracias. —Trago saliva y voy directa al grano—. Me gustaría verte, Jaime.

—A mí también —suspira—. Pero esta semana me es imposible moverme. La jefatura de estudios está siendo un caos y voy hasta arriba de trabajo y reuniones.

—Ya… Bueno, estaré en Zaragoza hasta el miércoles por la tarde, así que si tienes un hueco solo tienes que decirlo. Y si mañana, cuando

me acerque a la residencia a ver a mi madre, quisieras vernos, lo mismo.

—Lo intentaré.

—Está bien. Tú me dices.

Nos despedimos fríos y colgamos.

Solo espero que aún no nos hayamos perdido.

55

Las valientes

Bienvenida a nuestra pequeña gran familia, Alicia —me saluda Lara.

—Muchas gracias.

Nos damos la mano y le devuelvo el bolígrafo con el que he firmado el contrato.

¡Ya tengo trabajo aquí!

Adiós a hablar en un idioma que no es el mío, a adaptarme a unas costumbres que no siempre son fáciles, a ser la extranjera, a no sentir raíces, al vacío… Sí, por fin ha ocurrido algo bueno. Algo solo mío. La recompensa al esfuerzo.

Salgo del edificio y doy una vuelta por los alrededores porque anoche, cuando llegué, ya era tarde y además estaba cansada del viaje. Está en pleno centro y, como no lo recordaba, tiro de Google Maps para ubicarme un poco. Me gusta y tengo la sensación de que estaré bien aquí y de que me será más fácil recomponer mis esquemas. Sí. Seré feliz. Lo decido.

Mi teléfono suena.

—¡Ey! Iba a llamarte ahora mismo.

—Mentirosa. —Ríe Berta—. Qué, ¿cómo ha ido?

—¡Muy bien! La oficina es muy moderna, tienen buenos equipos, la gente parece normal… He firmado el contrato y ahora voy por el centro para situarme un poco. Anoche me alquilé el coche por internet y en un rato tengo que ir a recogerlo, así que después subo a ver a mi madre. ¿Podré verte?

—¡Claro! Vente a casa cuando termines.

Suspiro.

—No…, yo…, todavía no puedo entrar al pueblo, Berta.

—Ali.

—Lo siento. No puedo. ¿Y si la veo? ¿Y si se da media vuelta y ni me mira a la cara? No puedo enfrentarme a eso.

—¿Y qué vas a hacer, no pisar jamás el pueblo?

—Quizá en el futuro —digo con congoja—, pero no ahora, que sigue todo tan patas arriba. Iré a la residencia, pero no más.

—Está bien. Iré a los jardines, ¿vale?

—Vale.

—¿Sigues… sin saber de ella? —pregunta con cautela—. ¿Te dejará

ver a tu sobrino?

—No, no sé nada. Así que me imagino que no voy a ver a Tito. —Me tiembla el labio.

Ella resopla.

—Lo siento tanto, Ali. No te mereces esto.

—Quizá, pero lo que merezcamos o no carece de importancia. Las cosas pasaron como pasaron y no hay más.

—Bueno, poco a poco. Quizá cuando pase más tiempo Gala entre en razón y…

—No lo creo. Al menos, ya no lo espero. Lo único que quiero es ver a Tito y no perderlo.

—Ojalá —suspira y escucho a su bebé llorar—. Tengo que dejarte, pequeña. Pero ¡esta tarde te veo!

Colgamos y sonrío. Al menos alguien se mantiene en pie en mi vida.

Hombre, pues me emociono al ver a mi madre, claro. Lo disimulo como puedo, pero es inevitable. Está peor que la última vez o al menos, al no verla en estas semanas, me impactan más sus cambios físicos. No me reconoce como hija, eso estaba claro, pero tampoco como chica que la iba a ver cada día hasta hace nada. Vuelvo a ser una hoja en blanco para ella, una completa desconocida que se planta en su habitación y la incomoda hasta ponerla nerviosa, así que la dejo antes de que se altere más.

—Mamá, te quiero mucho —le digo, porque siento la necesidad de decírselo—. Volveré pronto.

—Ah, no hace falta que vuelvas.

Sonrío, triste, y me voy con mucha pena. Pero me dura poco porque, cuando salgo de su habitación, cojo el móvil y veo que tengo un mensaje de Berta que me ensancha el pecho.

«He visto a Gala a la salida del colegio y le he dejado caer que me iba a acercar a los jardines de la residencia para verte. Me ha preguntado si me importaría llevarme a Tito, así que… ¡aquí estamos!».

Casi me tiemblan las piernas al leerlo y de la emoción tengo que agarrarme a la barandilla para no caerme por las escaleras. ¡Voy a ver a Tito! Mi niño.

Él viene hacia mí corriendo en cuanto me ve y le abro los brazos con una sonrisa que no me cabe en el pecho. Me da un abrazo tan fuerte que me ahoga, pero hasta me sabe a poco. Mi pequeño, mi renacuajo. Su olor. Ese olor a niño, ese olor a amor. Berta se va a dar una vuelta por los jardines para dejarnos intimidad. Me guiña un ojo

cuando se aleja, y yo le sonrío abrazada a Tito. Él actúa como si nada hubiera pasado, porque así son los niños de maduros en realidad, y me cuenta emocionado que está aprendiendo a tocar el órgano porque su padre le trajo uno de un viaje. Me habla de notas y de melodías con esa obsesión inocente que tienen los niños por algo que les entusiasma. Yo sonrío, le pregunto un montón de cosas y le pido que me toque algo como si tuviera el órgano ahí. Y él finge que lo hace y pone caras de gran concertista que a mí me hacen reír.

—¿Qué tal en el cole, renacuajo?

—Bien. Han mezclado las clases y la de este año me gusta más.

—¡Pero eso es genial! —Sonrío—. Y los otros niños, ¿te dicen cosas feas?

—A veces. —Baja la cabeza—. En el recreo.

—¿Y tú qué haces?

—Los ignoro, como me dice mamá, y sigo jugando con Diana. Pero a veces les digo cosas y me dejan en paz. —Nos reímos, pillos y cómplices.

—Eso está bien. ¿Le haces caso a mamá en todo? —le pregunto con tono de tía pesada.

—Que sí, jo.

—Así me gusta. —Le revuelvo el pelo.

—¿Por qué no vienes a casa, tata? ¡Podemos hacer pizza para cenar!

—Porque mi avión sale en nada y no me da tiempo. —Él hace un mohín y yo le abrazo—. Pero, eh, dentro de quince días estaré en Zaragoza para siempre, ¡y nos veremos un montón!

—¿Y cuánto son quince días?

Sonrío.

Berta regresa y estamos un ratito sentadas en una mesa del jardín mientras Tito juega.

—¿Cómo estás? —me pregunta seria.

—Mal. —Sonrío—. Pero feliz por mi nuevo trabajo y por el traslado, al menos.

—Eso está bien. Y poco a poco verás como todo se tranquiliza y tú respiras mejor.

—¿Estaré bien, Berta, sin todas las personas que me faltan?

Sonreímos, tristonas. Me acaricia la mano.

—Claro que sí. Todo requiere tiempo, Alicia. Y paciencia. Gala es tu hermana y te dolerá siempre, no te voy a mentir. Igual que tú siempre le dolerás a ella. Pero no sois ni las primeras ni las últimas hermanas que dejan de hablarse, y todas siguen caminando. Y Tito… Me extrañaría que llegara a impedirte verlo, pero si cruzara esa línea

—suspira y a mí se me hiela la sangre al pensarlo—, también tendrías que seguir adelante y vivir con ello. Como con Jaime. Empiezas otra etapa de tu vida, y eso siempre es bueno. No mires atrás. Ocúpate de ti, de centrarte, de tu timón.

Su móvil emite un pitido.

—Es tu hermana. Dice que lo lleve a casa.

Yo asiento con mucha pena porque se me ha hecho tan corto que quiero más. Mucho más. Ver a Tito ha sido una bomba nuclear para mí. No quiero dejar de verlo, joder. Ni de saber de sus cosas. Aunque sea de forma espaciada, como antes del verano. Pero saber que no lo tengo en mi vida y que estamos sujetos a una madre que en cualquier momento cortará nuestras conversaciones telefónicas y mis visitas me da ansiedad y fatiga.

Le doy un abrazo, mil besos, y le prometo que estaré de vuelta en quince días. Berta se lo lleva a casa y ambas nos despedimos con un abrazo. Y cuando se alejan yo me quedo ahí, en los alrededores de la residencia, sola, apoyada en un murete de piedra, con los colores anaranjados y violáceos del atardecer que cubren la colina en la que reposa el pueblo. Los atardeceres bañan todo de una nostalgia especial; quizá porque nos evocan los recuerdos de lo que no hemos vivido. Lo miro, no lo puedo evitar. De reojo, pero lo miro. Y respiro hondo también. Es precioso ver el espectáculo de luces que lo inundan, las primeras estrellas que se dejan ver sobre las chimeneas de sus casas, el olor a hogar que ya se enciende con los primeros fríos del otoño en la montaña, los bosques llenos de colores cálidos y de rincones especiales llenos de recuerdos. «Siento no poder cruzarte todavía, pero me dueles y me escueces demasiado».

A lo lejos, en la parte alta, veo la casa de Jaime. El ventanal da al otro lado, pero hay una luz encendida y lo imagino ahí, corrigiendo ejercicios y pensando en que estoy aquí y en que me odia demasiado como para verme e intentar acercarnos. «Pero yo no te odio, Jaime», así que suspiro hondo y me monto en el coche de alquiler para conducir por el camino que rodea al pueblo hacia su calle.

56

Primer paso…, otra vez

Llamo al portero automático y no tarda ni medio segundo en descolgar el telefonillo. Ni siquiera habla. Solo abre la puerta, porque sabe que soy yo. Con los nervios en la boca subo las escaleras y me planto en su puerta cerrada, a la que llamo con los nudillos. Escucho sus pasos encaminarse lentos, pesados. Dubitativos, quizá. Nerviosos. Noto su mano en la manilla, la puerta que se abre.

Va vestido de negro y gris, lo que hace resaltar su pelo rubio, que lleva más corto. Está un poco más delgado también y tiene ojeras. Joder, Jaime, cuánto daño nos estamos haciendo.

—Hola, Alicia.

—Hola. ¿Puedo pasar?

Asiente y me abre la puerta. Lennon me ladra fiero, hasta que reconoce mi olor y se deshace en carantoñas.

—Iba a llamarte ahora. Acabo de salir del colegio y no sabía si aún andarías por aquí.

Sonrío un poco triste, un poco contenta. Me fijo en las decenas de papeles y agendas esparcidos por la mesa del salón.

—A tope, ¿no? —Los señalo.

—Ni te imaginas —resopla una risa—. ¿Quieres tomar algo?

—¿Una copa de vino?

Él asiente y va a la encimera.

—¿Qué tal tu madre?

—Igual.

—¿Y tu hermana?

—También igual. —Sonrío triste—. No nos hablamos ni sé nada de ella.

Me mira.

—Lo siento. De verdad que lo siento, Alicia. Es injusto que te trate así y que te haya puesto en esta situación.

—Ya, bueno. Es lo que hay.

—Sé que no me creerás, pero me tienes para lo que necesites. A pesar de todo lo que pasó, estoy a tu lado en esto.

Se acerca a mí y me tiende mi copa.

—Gracias —digo—. Brindaría contigo, pero creo que no tenemos muchos motivos por los que brindar.

—Podemos brindar por tu nuevo trabajo, tu vuelta y tu nueva

etapa.

Jaime. Siempre Jaime.

Brindamos.

—¿Estás contenta?

—Sí. Creo que he elegido bien. Y que estaré bien ahí.

—Me alegro por ti, Alicia.

—¿Y tú? ¿Ya sabes qué colegio vas a pedir?

—No. Cuando salga el concurso, veré las opciones y decidiré. Hasta entonces no puedo hacer nada.

—Bueno. —Frunzo una sonrisa—. Por poder, puedes perdonarme, volver conmigo y acercarte a Zaragoza. —Pongo una mueca a ver si cuela.

Él ladea una leve sonrisa cerrada.

—No he bebido suficiente vino.

—Me porté mal, Jaime. Lo sé y te he pedido perdón de todas las formas que sé, pero lo tratas como si te hubiera dejado o traicionado, y no fue así.

—En parte sí, Alicia. Al menos, yo sentí que me dejabas atrás, que no importaba. —Niego con la cabeza—. De lo que no eres consciente es de que cuando sales huyendo, dejas a gente atrás. Y de que esa gente se siente abandonada. Y en mi caso, joder, Alicia, es algo que me duele especialmente.

—Lo sé. Y lo siento. No pretendí herirte, Jaime. Ni que te sintieras abandonado o dejado. En mi cabeza no había nada de eso. Solo quería salir de aquí. Reaccioné mal, sí, pero lo de Gala me pilló por sorpresa y todo lo que aprendí este verano se desmoronó de nuevo —abro la mano— e hice lo que siempre había hecho.

Me mira serio.

—A veces me enfado conmigo mismo por no salir a buscarte y no haber estado a la altura de las circunstancias cuando más me necesitabas. —Baja la cabeza y yo me muero de pena porque conozco esa amarga sensación de culpa por no saber gestionar las reacciones de los demás—. Otras, no entiendo lo que hiciste y me cabreo contigo. Todo es muy confuso, Alicia, y me das miedo porque ahora mismo no sé cómo vas a reaccionar o por dónde vas a salir. Me desequilibra —suspira—. Me asusta que vuelva a pasar, porque ya lo ha hecho dos veces, y no sé a qué atenerme contigo. He visto entrar y salir a muchas personas de mi vida, como todo el mundo, pero tengo una edad en la que ya no caben más huidas.

—Yo quiero estar dentro, Jaime. No he querido salir en ningún momento.

Nos miramos, y sé que él sopesa mis palabras y las cree, pero está

demasiado asustado como para verlo.

—Si te soy sincero, me muero por estar contigo porque te echo mucho de menos, pero no quiero vivir con la posibilidad de que te vuelvas a largar como lo hiciste.

Trago saliva y me acerco un poco a él.

—Huir nunca me ha traído nada bueno. Dar la espalda a lo que más quiero solo ha hecho que me dé la espalda a mí misma, como le pasó a Gala. Y no es que haya aprendido todo un mundo de madurez emocional en quince días, Jaime, pero sí sé que pegar bandazos por no querer mirar al pasado hace que mi futuro nunca llegue. Y quiero mi futuro. Y que tú estés en él.

—Yo quería un futuro contigo, pero te largaste.

—Cometí un error, Jaime. Y solo te pedí tiempo, pero no te dejé.

Baja la cabeza. Doy un paso más. Jaime entrecierra los ojos y no mueve un músculo, pero no se aparta.

—Todavía somos nuestros —le susurro—. Puedes odiarme todo el tiempo que necesites, pero tarde o temprano recordarás a qué saben nuestros besos.

Él me mira y traga saliva.

—No lo he olvidado. Y, por supuesto, no te odio. Pero estoy confuso y tengo miedo. Lo siento, Alicia. Intento sujetar mis demonios todo lo que puedo, pero me cuesta.

Me pongo de puntillas para llegar a su oído. Él se tensa, pero termina por apoyar su mano en mi cintura. Sonrío para mis adentros.

—Los demonios suelen encontrarse cómodos en la oscuridad, Jaime —le susurro las palabras que me dijo él—. Pero es necesario escucharlos para saber qué tienen que decirnos y así poder dejarlos marchar.

Jaime me mira pensativo y a la vez cómplice. Reconoce sus palabras. Me doy la vuelta despacio y me encamino a la puerta, porque quiero dejarlo solo con sus pensamientos.

Pero me voy con la sensación de que sí, todavía somos nuestros.

57

Una caja de sorpresas

Y dónde te quedarás hasta que encuentres un piso? —me pregunta Berta en una llamada internacional Hamburgopueblo.

—En un apartamento de alquiler vacacional que está cerca de la oficina, pero espero encontrar un piso pronto. He mirado estos días por internet y, bueno, he visto cosas interesantes. Cuando estuve allí, visité una agencia para que me ayude en la búsqueda, así que cruzo los dedos.

—¡Joder, Ali! ¡No me puedo creer que en cuatro días ya estés de vuelta!

—¡Ni yo! —chillo—. ¡Todavía no me lo creo! Estas dos semanas aquí han sido tan caóticas de papeleos y de intentar cerrarlo todo que apenas me ha dado tiempo ni a pensarlo, pero ¡estoy a días de vivir allí! ¿Te lo puedes creer? Quién me lo iba a decir, Berta.

—Las dos huimos del pueblo y las dos volvemos a él.

—Yo no vuelvo al pueblo —digo seria.

—Bueno, algún día lo harás. Tú ahora no pienses en eso. Ni en Gala ni en todo lo demás.

—¿La… has visto?

—En el colegio, solo. Y conmigo actúa como si nada, aunque no tiene pinta de estar pasándolo muy bien.

—No puedo hacer más —digo con pena.

—¿Y Jaime? ¿Habéis hablado?

—Bueno, nos hemos escrito dos o tres veces y bien. Hablamos de mi hermana, de Tito, del colegio… esas cosas. Nada sobre nosotros, como dos meros amigos. Pero sé que es lento el chico, y necesita tiempo. Una vez en Zaragoza, avanzará, estoy segura. O eso espero.

El timbre de mi puerta nos interrumpe y le da un susto a Berta.

—¿Qué coño es eso?

—Es la empresa de mudanzas internacionales, que viene a buscar más cajas. Llevan toda la mañana por aquí. A ver si terminan de una vez y no me pierden nada.

—Paciencia, hija. Y que vaya bien.

—¡En nada te veo!

Colgamos y voy a abrir al mensajero. Casi me caigo al tropezarme con una de las cajas que tengo en el salón a la espera de ser recogidas, pero consigo llegar a la puerta antes de quedarme sin dientes. La abro

con el saludo en alemán en la punta de la lengua, pero me quedo con la boca abierta, sin pronunciar palabra.

La Virgen.

Es Gala.

58

Hermanas

Tienes un portero la mar de majo. No le he entendido ni media palabra, pero ha sido decir tu nombre y me ha dejado pasar. Soy un ladrón y te cagas.

Alzo las cejas. Abro la boca. La cierro. La vuelvo a abrir. Señalo a lo alto con mi dedo índice. Frunzo el ceño. ¡Es que no sé qué decir!

—Ho… ho… hola —tartamudeo. Y acto seguido yergo la cabeza y carraspeo—. Puedes pasar a *mi* casa, Gala —digo con tonito. No lo he podido evitar.

Ella entrecierra los ojos y emite un sonido de listilla con sonrisa irónica.

—Si no lo decías reventabas, ¿eh? —dice y entra arrastrando una maleta de cabina.

Pasamos al salón y nos quedamos ahí de pie, mirándonos la una a la otra. No sé quién tiene que hablar primero. O si me va a echar algún discurso para disculparse. O si debo empezar yo. O si…

—Escucho tus pensamientos, Alicia —dice al fin.

Yo alzo una ceja.

—¿Has venido en ese plan?

—No —suspira—. He venido a… —Se queda callada unos segundos —. Joder, qué mal se me da esto —resopla.

—Yo te ayudo: he venido a pedirte perdón, Alicia, por haberte declarado muerta, haberte pegado un bofetón y haberte echado de mi casa y de mi vida; por haber roto nuestra familia y haberte roto a ti; por negarle a mi hijo tener una tía; por no responderte a los mensajes de paz; por gritarte; por tratarte mal; por pagar contigo toda la mierda que llevaba encima; por no valorarte; por haber hecho que perdieras aquella entrevista; por decirte que te tenía envidia y que mamá se avergonzaba de ti, por pasar olímpicamente de ti y por causarte el mayor dolor que nadie te ha causado en tu vida.

Me cruzo de brazos. Ella alza una ceja.

—Pues menos mal que no querías reproches.

—Varios mensajes sin responder dan para cambiar de opinión en eso. —Sonrío.

—Ya veo.

—¿Entonces?

Inspira.

—Entonces, sí. Me disculpo por todo eso. Te pido perdón, Alicia. Me porté fatal, no solo la mañana en la que te fuiste, sino todo el verano. Tenías razón en todo: no supe gestionar mi vida y todo se me fue de las manos. Y lo pagué contigo por ser la única persona que tenía a mi lado. Y lo siento.

Respiramos las dos. Creo que ambas nos acabamos de quitar el muro de acero del pecho. La miro en silencio, pero no con rencor o expectante. La miro a ella, a mi hermana. Tenía razón Berta: está demacrada. Y con la misma mirada rota que tengo yo. Ella me observa también y sé que ha llegado a la misma conclusión.

—Yo te pido perdón por todo también, Gala. No supe gestionar tus necesidades ni respetarlas.

—Sí, pero a mí se me fue de las manos —dice con pena—. Te declaré muerta y te eché de casa, Alicia. Jamás me lo perdonaré mientras viva.

—Ambas dijimos cosas para hacer daño.

—Somos hijas de la misma madre, está claro.

Resoplamos una sonrisa tímida, que destensa un poco el ambiente y hace que nuestros labios tiemblen y las lágrimas asomen en los ojos de ambas.

—Estaba rota, Gala —le digo sincera.

—Lo sé. —Traga saliva—. Y yo también. Siento de verdad todas las cosas horribles que te dije, porque no las pienso. Ni mamá se avergonzaba de ti ni yo tampoco. Me lo inventé. —Se encoge de hombros—. Y claro que quiero que estés en mi vida, Alicia. Yo te quiero y quiero que seas la segunda madre que tendrán mis hijos.

Miro al techo para contener las lágrimas. Mi hermana se seca las suyas con las yemas de los dedos.

—Voy a tenerlo, ¿sabes? —Se toca la tripa—. Y me da igual lo que haga Ernesto. Mi hijo o hija va a tener una madre que se lo va a dar todo, un hermano que le tendrá toneladas de celos y una tía que, si ella quiere, se lo llevará al río cuando su madre no se entere o le dará chocolatinas a mis espaldas.

Me río entre sollozos.

—Claro que quiero, Gala. ¿Cómo no iba a quererlo?

—Yo también.

Chasqueo la lengua.

—Anda, ven aquí. —La abrazo y ella me corresponde—. Dios, qué hija de tu madre eres.

—Y dicen que la abuela Teresa era peor. —Nos reímos.

Nos abrazamos bonito. Con alivio más que con ternura pero bonito. Estamos así varios segundos, porque no nos lo creemos; al menos yo

no me lo creo. Que ella haya venido hasta aquí; que me pida perdón. No quiero ni imaginar el proceso mental que ha llevado a cabo para llegar a esto. Apretamos un poco más el abrazo y nos cogemos las manos al terminarlo.

—Mi casa no es mía —dice seria—. Es nuestra, Alicia. Tuya, mía, de mis hijos, de los tuyos, de mamá y de papá. Siempre.

—Y yo me muero por volver a entrar.

Nos damos un beso. Suspiramos emocionadas y, sobre todo, aliviadas.

—¿Sabes que en cuatro días estoy allí y que te podrías haber ahorrado el viaje? —digo con una mueca entre mis labios y mi lengua. Ella entrecierra los ojos.

—¿Pues no decías en el mensaje que volvías en…? —Cuenta con los dedos y se calla cuando cae en alguna confusión tonta que debió de tener al leer mi último mensaje y por la que pensó que volvía más tarde. Yo me echo a reír—. ¡Me cago en la puta! —Se cabrea.

—Vaya dos —digo mientras ella va hacia el sofá. Me siento a su lado—. Y vaya verano.

—Te dije que sería el verano de tu vida.

—Estoy segura de que el tuyo está por llegar, Gala. Lo superarás todo, de verdad. Solo tienes que aprender a respirar.

Asiente.

—Lo sé. De entrada, estoy yendo a una psicóloga para que me ayude. —Se encoge de hombros.

—Eso está mejor que bien.

—Hablamos mucho de ti, ¿sabes?

—Imagino.

—Me dijo que era gilipollas por dejarte marchar y que, aunque nunca hayamos sido íntimas, nos necesitamos la una a la otra.

—Opino lo mismo. —Sonrío.

—¿Sabes? —Alzo las cejas—. Las dos sabemos que no vamos a ser amigas a estas alturas, pero creo que podemos ser algo mucho mejor.

—¿El qué?

—Podemos ser hermanas, Alicia. Hermanas. Solo tú y yo.

Sonrío.

Seremos hermanas, sí.

Para toda la vida.

59

Volver a empezar

A ver, que no quiero ser repetitiva ni dar explicaciones detalladas porque ya os imagináis lo que es mudarse de país tras cinco años en el extranjero y cambiar de trabajo, de gente y de ciudad. Un caos, sí. Llevo aquí dos semanas y voy como pollo sin cabeza a todas partes. Me paso el día en la oficina para hacerme con el puesto, con la empresa, con mis compañeros y con mis jefes. Que echo más horas extra que un becario, es cierto, pero es lo que toca. Ahora me explico por qué dan tantas facilidades con el teletrabajo y demás, porque hay mucho que hacer. Mucho. No sé si daré abasto con todo, aunque espero que la cosa mejore cuando me haya organizado y automatizado algunas de mis tareas que son nuevas para mí y ralentizan el resto. De todas formas, la empresa me gusta y el trabajo en sí también, porque es parecido a lo que hacía, pero también aprendo cosas nuevas y eso es un aliciente. En cuanto a la gente, hay de todo, pero al menos ya he ido a tomar unas cañas tras el trabajo un par de tardes. Algo muy nuestro. Y yo lo echaba tanto de menos.

Me he instalado en un pequeño apartamento al lado de la oficina. Es un sitio muy cuco y ya amueblado, aunque un poco viejo y sin ascensor. Quizá, cuando me estabilice un poco, me cambie a algo mejor, pero de momento me conformo porque está a un minuto de mi trabajo y en pleno centro. Y me gusta el centro. Y la ciudad. No es demasiado grande como para agobiarte ni demasiado pequeña como para aburrirte. Es manejable y bonita.

Sí. Estoy contenta con el cambio.

Estoy contenta, en general.

Gala y yo nos vimos el día que llegué. Vino a buscarme a la estación de tren con un Tito tan sonriente que lloré de alegría. Y con un cartel hortera de bienvenida. Se quedaron conmigo ese fin de semana y me ayudaron a ubicarme e instalarme. Fue un detalle que agradecí y que nos hizo reconectar un poco. No hemos vuelto a hablar de nada nuestro, ni una sola palabra más íntima ni nada que denote que somos algo más que vecinas del barrio, pero supongo que hemos aprendido a llevarnos sin más expectativas y así estamos bien.

Sí. Estoy bien.

Pero me falta él.

No he querido agobiarlo, porque sé cómo es Jaime y, al igual que

me ocurre a mí, es de procesar lento. Necesitamos nuestros tiempos y así es como gestionamos las cosas bien. Pero me ha costado mucho no hacer nada más que intercambiar wasaps sin mención alguna a nuestros sentimientos, porque lo echo de menos y empiezo a no entender su reticencia a volver juntos. Al menos, mañana voy a verlo y eso me da esperanzas. Estaremos rodeados de medio colegio, pero algo es algo. Es que hace unos días Tito me contó que mañana venía con el colegio a ver la Basílica del Pilar en una excursión para varios cursos, que los llevará, además, en un bus turístico infantil por la ciudad. Él estaba emocionado, claro, por venir en autobús hasta aquí y por hacer algo distinto. «¿Y con qué profes vas, renacuajo?». «Pues con Jaime, Marga y dos de tercero». «Si puedo, me escapo a verte». «¡Hala, sí!».

Al colgar tenía un wasap de Jaime en el que me informaba del mismo plan, aunque lo terminaba con un «a ver si nos vemos» tan poco nosotros que ya no sé qué pensar.

60

Mirarnos con los mismos ojos

Zaragoza a mediados de octubre puede ser desconcertante. Puede ser verano, invierno y otoño en un mismo día, sobre todo si te sacude imparable el cierzo. Pero hoy, después de varios días de vendaval, ha parado el viento y el fresco otoñal asoma por los árboles con sus colores característicos, así que con mi fedora negro, un vestido rojo y medias tupidas, envuelta en un jersey de lana a modo de abrigo, me encamino hacia la plaza del Pilar para ver a mi sobrino. Y a Jaime. Es viernes por la tarde y, como es cada vez más habitual entre las empresas, en mi oficina hay horario reducido. Debería haberme ido hace un par de horas, pero apago el ordenador a las cinco de la tarde tras comer algo tan suculento como un sándwich vegetal de la máquina de vending. Maravilloso. Pero no me entretengo más y voy calle abajo a toda prisa, que en nada termina la excursión y vuelven al pueblo, al que no he ido todavía por falta de tiempo, por cierto.

Llego a la plaza y hay mil niños de distintos colegios agolpados en la puerta. La Virgen. Nunca mejor dicho. Escudriño a todos ellos, aunque no logro encontrar el pelito castaño de mi sobrino. Pero entonces una mano alzada llama mi atención y miro hacia su dueño. Es Jaime, que me saluda.

—Hola. —Sonrío cuando llego al grupo donde están agolpados los maestros.

Todos me devuelven el saludo y Jaime y yo nos miramos, contenidos.

—Hola, Alicia. —Me da dos besos.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Muy bien. A los críos les ha interesado tanto la visita a la Basílica que no han hecho más que preguntar si podemos ir al parque de atracciones. —Reímos.

—¿Dónde está Tito?

Me lo señala y yo le susurro un «ahora vuelvo». Voy hacia mi sobrino con los brazos abiertos de par en par y una sonrisa digna de señorona que va a espachurrar el moflete de un chiquillo. Qué miedito. Pero me da igual, ahí que voy.

Y cuando llego donde está Tito, este me ve y… se da la vuelta el jodido.

—¡Tito! —le llamo. Pero ni caso. Me acerco a él—. ¡Oye! Ven a

darle un beso a tu tía —grito.

Él abre mucho los ojos y niega con la cabeza. Yo abro la boca y veo que Jaime disimula una sonrisa a mi lado.

—Pero ¡Tito! —le digo.

Al final él se acerca.

—Jo, tata, que aquí no —me susurra.

Lo miro con la cara congelada.

—¿Cómo que aquí no?

—Pues que aquí no me des besos ni esas cosas, que estoy con mis amigos y me da vergüenza.

Jaime resopla una risa y se tapa la boca. Yo lo miro indignada.

—Pero ¿desde cuándo estás en la edad del pavo?

—¿El qué? —pregunta el crío.

—Que te pires con tus amigos —digo con toda la dignidad y madurez que me dan mis ya casi treinta y cuatro años.

Él se debe de sentir mal o algo, porque me da un beso atropellado y se va a jugar con otros niños. Será mamón. Pero también sonrío.

—Será posible el adolescente este —le digo a Jaime cuando vuelvo a él.

—A quién se le ocurre. —Se ríe—. Te ha faltado gritar: «Ay, mi niño bonito, mi tesoro que está de excursión» —dice poniendo voz de señorona pesada.

—¡Serás! Pero… tiene amigos.

—Sí, ha mejorado en eso. —Me mira tierno—. La reorganización de alumnos está siendo muy beneficiosa para él. Y ahora todo se ha calmado bastante.

—¿Y el recreo?

Jaime menea la cabeza.

—Ahí se produce algún conflicto que intentamos parapetar de inmediato, pero nada que ver a otros años. Tito es más maduro y tiene más herramientas. Además, juega mucho con Diana y otros niños de esa clase que, aunque tienen otra edad, se acoplan bien. Eso le da fuerza y ha ayudado mucho.

Suspiro como si ochenta kilos hubieran desaparecido de mi espalda.

—Gracias, Jaime. Eres el mejor docente que un niño puede tener.

Niega con la cabeza.

—¿A qué hora os vais? —pregunto.

—Dentro de cinco minutos. El autobús nos espera ahí. —Señala a lo lejos.

—¿Tienes tiempo para un café? —le pregunto alzando las cejas.

—Me temo que no, lo siento. No he podido escaquearme en todo el día y…

Sonrío con pena.

—No te preocupes. Otro día, espero.

—Jaime —le dice otro maestro—. Tenemos que irnos ya.

Él asiente.

—Os acompaño. A ver si el prepúber se digna a darme un mísero beso.

Los maestros recogen a los pequeños y nos encaminamos todos hacia el autobús. Yo voy un poco a mi aire, porque ellos están pendientes de que ningún niño se disperse y no quiero molestar. Llegamos al bus, que arranca el motor mientras los niños suben descontrolados tras un día emocionante para ellos. Tito me da un beso a escondidas y me susurra que me quiere mucho. Yo me río. Jodido embaucador. Y cuando todos los escolares han subido, los maestros han hecho tres recuentos y el chófer da la voz de ponerse en marcha; Jaime se acerca a mí para despedirse.

—Gracias por venir, Alicia.

—No hay de qué.

—¿Vas a ir al pueblo un día de estos?

—Sí. Pronto, espero. Quería terminar de instalarme, ordenar la casa y aprovechar los fines de semana para situarme, ya sabes.

—Bien. Entonces, supongo que nos vemos pronto.

Trago saliva y él lo nota. También lo hace.

—Sí.

Se sube al autobús, que cierra sus puertas. Yo sonrío un poco triste y le digo adiós con la mano a Tito, que me corresponde muy contento. Se me queda un nudo en la garganta por lo poco que hemos estado juntos, y con el nudo en la garganta me doy la vuelta mientras escucho el bus acelerar y alejarse.

Pero cuando apenas he dado unos pasos, me llama.

—Alicia —alza la voz tras de mí.

Yo me giro, incrédula, pero sí: ahí está. Lo miro con cara de sorpresa y miro hacia el autobús, que se aleja entre semáforos y pasos de cebra.

—Esto es muy de película. —Me río sin poder evitarlo cuando llega a mí.

Él pone una mueca divertida.

—Vale, quiero ser claro. —Alzo una ceja—. No quiero forzar las cosas, Alicia. Yo no funciono por impulsos y necesito mis tiempos. Bajar del autobús dos segundos después de arrancar, con las sonrisillas de mis compañeros y los rebufos del chófer, ha sido lo más impulsivo que haré hoy. Y si lo he hecho es porque quiero estar contigo, pero sin presiones y sin expectativas. Reencontrarnos y fluir. Solo eso.

Lo miro con una sonrisa contenida.
—Pues tengo el plan perfecto para eso.

61

Las tardes que son primavera

Hay tardes que son primavera, aunque estemos en otoño. Tardes que, a pesar del fresco, se sienten cálidas, brillantes, con una sensación de adolescencia descontrolada y de esperanza. Tardes que dan ganas. Tardes que son cafés en La Bendita y que comienzan con la tensión silenciosa entre dos personas que quieren comerse la boca, pero en su lugar la cierran. Tardes que son paseos por callejuelas con la caída del sol que se refleja en escaparates y fachadas señoriales.

—Ven, quiero enseñarte algo —le digo.

Tardes que suben a mi casa a por la cámara de fotos, con el aliento contenido y un nudo en la garganta, por estar en un espacio tan íntimo y con una cama. Que recorren las manecillas del reloj entre fotografías de grandes avenidas y edificios antiguos. Que destensan las bocas no besadas y las transforman en risas y sonrisas, en miradas y caricias tímidas. Tardes que transcurren en ver la ciudad desde mi objetivo o en enseñarle los pequeños trucos; tardes que sienten su mano en mi cintura, mi brazo en el suyo… Tardes que no hablan de nosotros ni del pasado ni del futuro y solo viven el presente, que construyen recuerdos, porque son ahora. Tardes que dan paso a tapas en los bares de El Tubo y vinos de buena añada entre sonrisas y mechones tras mi oreja que se deslizan por sus dedos. Y bullicio. Dentro y fuera de nosotros mismos.

—Debería irme ya —me dice en un susurro al oído mientras terminamos sendas copas de vino en un bar con ambiente chic e iluminación íntima.

Sonrío negando con el dedo índice. Él imita mis gestos.

—No. Avisa a tu familia de que llegarás tarde. Ahora iremos a cenar.

—Ali… —Se separa un poco de mí—. Esto no se arregla así.

Alzo una ceja.

—Por algo se empieza. —Me encojo de hombros.

—Quedarme abre muchas posibilidades y no quiero forzar nada, en serio. Todavía no sé si sigo dolido.

—Algún día tendrás que superar eso, Jaime. Sabes que no vas a poder odiarme más tiempo. No tiene mucho sentido.

—No te odio. —Me coge de la mano en un gesto inconsciente—. Pero te tengo miedo.

—Lo sé. —Aprieto su mano y me acerco a su boca. Él mira la mía y contiene la respiración, tenso, pero no se aparta—. Te daré todo el tiempo que necesites, pero… —rozo mis labios con los suyos—, pero me muero al no tenerte dentro, Jaime.

Le doy un beso rápido, a modo de tanteo. Él suspira y me devuelve el beso. Esta vez más lento. Yo me quedo muy quieta porque quiero que él marque su propio ritmo, aunque hiervo por dentro y tengo que retorcer todo el cuerpo. Su respiración se acelera y no tarda en acercarse a mi boca de nuevo para saborearme otra vez los labios. Se recrea en todas las sensaciones que siente, a modo de reconciliación con lo que pasó, y todas sus dudas desaparecen cuando no puede evitarlo y me da un beso que pronto se transforma en uno más intenso. Uno de los nuestros. Tan quietos, tan contenidos. Lengua a lengua, labio a labio, volvemos a ser nosotros y nos encontramos entre suspiros acallados.

Hasta que el beso termina y la realidad vuelve a hacer su ruido.

—No puede pasar de aquí —susurra, y ambos sonreímos.

Nos levantamos y Jaime insiste en acompañarme a casa, aunque vivo al lado. Él pasará el fin de semana con su familia, me ha dicho.

—Ha sido una tarde espectacular, en serio. —Me guiña un ojo en mi portal.

Inspiro.

—¿Estás seguro de que no quieres subir?

—Quiero subir, Alicia. Mucho. Pero… no.

—Está bien. ¿Y quieres que nos veamos mañana? —carraspeo.

—Mañana a primera hora nos vamos a la montaña de fin de semana de chicos. —Alza las cejas dos veces y yo me río.

—Es verdad, lo has dicho antes.

—Pero nos veremos en nada, estoy seguro.

Asiento y ambos nos miramos.

—Jaime.

—Dime.

—Al menos, dame un beso de despedida. —Tuerzo una sonrisa—. Y que sea de los nuestros.

Él niega con la cabeza, pero sonríe. Se acerca a mí y sus manos se anclan en mi cintura. Las mías rodean su cuello y enseguida noto sus yemas deslizarse por mi cuerpo. Nos damos otro beso. De los nuestros, aunque corto y escaso. Pero son sus manos estrujándome. Y somos nosotros en ese beso.

—No sé qué voy a hacer contigo. —Sonríe al apartarse.

—Eso que haces con la lengua cuando… —Pongo una mueca divertida y él se ríe y me pellizca la nariz.

Nos miramos con una complicidad que ha vuelto a nosotros. Respiro profundo y él hace lo mismo. Sé que su cabeza analiza por qué no debería subir y yo espero, paciente, con los dedos cruzados para que se deje ya de dudas y miedos.

—Adiós, Alicia —dice con una sonrisa.

Y antes de que pueda pestañear, se da la vuelta y yo vuelvo a respirar.

62

«Muero de amor»

Hace frío hoy y el cielo encapotado afea las calles, pero aun con un día tan gris la ciudad tiene ese encanto peculiar que me hace saborear el café recién hecho envuelta en mi jersey de punto gordo y mi moño alto. Quizá, cuando termine de desayunar, vuelva a la cama en uno de los mayores placeres que existen para un sábado por la mañana. Berta acaba de irse de vuelta al pueblo. Vino en autobús ayer por la tarde para verme y hacer algunas compras, pero nos despistamos con la hora y perdió el último autobús de vuelta, así que… Así que cenamos y salimos a tomar un par de copas a un sitio tranquilo. «Me siento culpable por estar aquí», me dijo. «Siento decirte que tus bestias sobrevivirán sin ti una noche», me reí. «Pues también tienes razón». Eso significa que hemos llegado a casa de madrugada entre copas y confidencias. Hablamos mucho de la vida y de cómo nos sentimos, pero también nos reímos por tonterías y brindamos por los cambios, las reconciliaciones, los niños y los amores perdidos.

Hice una cosa también. Un clásico etílico. Junta unas copas, una ruptura, un móvil y ¿cuál es el resultado?

«No sé bien por qué te escribo esto. Bueno sí: porque voy borracha y te echo jodidamente de menos. Ya vale, Jaime. Creo que he pagado con creces mis errores y te he demostrado que te quiero y que no voy a largarme otra vez. Eres un capullo por no perdonarme. Te odio».

Pues fenomenal, Alicia. Se te da fenomenal esto.

Me paso la mano por la cara cuando releo el mensaje que le envié a las dos de la mañana mientras Berta roncaba a mi lado y yo no podía dormir. Chasqueo la lengua. «Joder, Alicia, no mandarle un mensaje a tu ex cuando vas medio borracha es de primero de rupturas, ¡pareces nueva!». Bebo un sorbo de café y un bip ilumina la pantalla del teléfono.

«¿Qué tal va esa resaca, Wonder Woman?».

Sonrío mucho. Porque no puede ser más Jaime.

«Del uno al diez, la resaca está en cuatro y bajando. La vergüenza por el mensaje, en cambio, ya está en cien».

Enviar.

«Avísame cuando todo llegue a cero; hoy hay un concierto en Zaragoza al que me gustaría ir y he pensado que podríamos ir juntos».

Sonrío.

«Eso está hecho. ¿Pasas por mi casa antes?».

Me río yo sola porque sé que él también lo está haciendo.

«Buen intento. Te mando la localización y quedamos en la puerta. Toca La Bien Querida, por cierto».

«Imaginaba que sería algún moderno de esos que te gustan, neorrural».

«Es moderna. Y no llegues tarde».

Pues ni tan mal. Se me ha pasado la resaca de golpe. Ahora solo tengo unas nueve horas para decidir qué me pongo y tratar de no pensar en lo que puede o no puede pasar hoy.

Bien, pues ya estoy llegando al sitio en cuestión. Al final me he puesto un look con vaqueros negros rotos, jersey escotado que deja entrever mi sujetador lencero, labios rojos, bolsito mini y botines de tacón. «Te faltan las gafas de montura grande y dorada a lo años setenta, Alicia, qué fallo. Suspensa en modernismo».

Jaime llega cinco minutos después. Sonrío nada más verlo, porque está guapo a rabiar cuando va de negro.

—Estás muy guapo. —Finjo abanicarme.

Él se ríe y me da un beso en la mejilla.

—Tú también.

Le saco la lengua y entramos. Su mano se posa ahora en mi baja espalda en un gesto instintivo y cariñoso que me da calor y confort. Nos acercamos primero a la barra, donde pedimos unas cervezas, y después buscamos un sitio en la sala cerrada donde escuchar y ver bien. Aunque a mí me importa poco el concierto, la verdad. Solo quiero que termine y…

—¿Has escuchado sus canciones? —me pregunta.

—Bueno, las más conocidas y eso.

—Te va a gustar.

El concierto comienza y lo cierto es que suena genial. Jaime me explica un poco por qué le gusta una canción en especial o si esa es de las buenas o alguna historia que tiene detrás. Me susurra al oído cosas que me hacen sonreír, porque le siento cerca y no solo literal. Su mano se mueve entre mi cintura, mi cadera o mi espalda. Las mías no se quedan atrás y aprovechan cualquier excusa para rozarlo. Me recuerda a la vez que salimos con los maestros en el pueblo tras el festival de fin de curso, porque también entonces estuvimos pegados y preparados para un beso.

—¿De qué te ríes? —pregunta.

—Me acordaba de la cena de fin de curso en el pueblo. Tú, yo… y aquel casi beso.

—Jodida vecina. —Reímos—. ¿Cuándo vas a ir al pueblo, por

cierto?

—En cuanto pueda. He querido aprovechar los fines de semana para terminar de instalarme y hacerme un poco con todo, así que no he tenido tiempo. Me muero de ganas, que conste, sobre todo por ver a mi madre y estar con Tito. Él y Gala vinieron un fin de semana aquí y estuvo bien.

—Me alegro mucho de que Gala y tú hayáis fumado la pipa de la paz.

—Gracias. Fue muy duro, y creí que me rompía por dentro. Sé que suena melodramático, pero es así como me sentía.

Él baja la cabeza.

—Siento mucho no haber estado a tu lado, Alicia. Me pudo el enfado y… no me porté bien con este tema.

Yo sonrío y le levanto la cabeza con mis dedos en su barbilla.

—Eso no es cierto —digo tierna—. Estuviste a mi lado. Intentaste calmarme y ayudarme. Y sé que no mentías cuando me dijiste que podía contar contigo por lo de Gala, aunque estuviéramos raros.

Me abraza. Y creo que nos entendemos.

Una canción comienza a sonar a ritmo de vals electrónico. Tiene ritmo y me gusta. Sonrío, y Jaime también. Le tiendo la mano con una mueca divertida, invitándole a bailar, y él acepta. Y así bailoteamos entre risas la canción «Muero de amor», hasta que llega el estribillo y yo me percato de la letra. «Yo muero de amor. Cada vez que me miras, yo muero de amor». Frunzo el ceño y lo miro. «Y hasta cuando me esquivas, yo muero de amor». La saliva se me amontona en la garganta y Jaime lo nota. «Y de tanto sentir ya ni siento el corazón». Se me llenan los ojos de lágrimas y paramos de bailar.

El estribillo se repite y unas lágrimas que no sé de dónde han salido se deslizan por mis mejillas. Salen a borbotones sin hacer el menor ruido, como una catarsis al escuchar una canción que habla del amor delante de Jaime.

Me llevo la mano a la boca.

Él me abraza fuerte y me da un beso en la mejilla. Yo me agarro a él y trato de calmarme para no dar la nota en medio de un concierto.

—Alicia.

—No soporto echarte tanto de menos —balbuceo.

Me coge la cara con sus dos manos y me mira con mucha ternura. Mucha. Me tranquilizo en esa mirada y en ese gesto cariñoso que dura lo que yo necesito. Inspiro hondo con el aire entrecortado. Junta su frente con la mía y me da un beso en los labios. No me confunde esto. Lo esperaba. Me da otro. Yo le doy otro a él. Y antes de que termine la canción, nos besamos como nosotros sabemos. Con uno de los

nuestros.

Respiramos hondo. Jaime restriega su nariz en la mía y yo acaricio su mejilla con los ojos entrecerrados.

—Si te vuelves a ir, Ali…

Doy un suspiro de alivio.

—Ya no tengo ningún motivo para salir corriendo.

Sus manos aprietan mi nuca y las mías abrazan su cintura. Y nos besamos también. Nos besamos entre risas y entre abrazos; entre «no sé qué voy a hacer contigo» y entre finales de canciones desconocidas que ponen la banda sonora perfecta a todo lo que llevábamos dentro y debía salir.

63

Lo pelearemos todo

Afuera llueve. Escucho el goteo en los tejados, bajo las ruedas de los coches y en las alcantarillas.

Me desperezo y me estiro en silencio. Todo mi dormitorio es luz, piel desnuda, sábanas blancas, pelo alborotado y agua corriendo por la calle. Es domingo. Y otoño. Él se despierta a mi lado con una sonrisa. Me abraza y se coloca sobre mí para llenar mi cuello de besos tiernos y de ronroneos.

—Lo pelearemos cada día, ¿verdad? —susurro en sus labios. Él me mira con el ceño fruncido—. Lo que tenemos, lo que deseemos y también los demonios que llevamos dentro.

Sonríe y me da un beso.

—Sí, lo haremos —dice en mis labios—. Lo pelearemos todo. Siempre. La vida va de eso.

Asentimos entre carantoñas y nos perdemos.

Sí. Al final, la vida va de eso.

Los rincones que me han visto crecer

Inspiro hondo y doy un paso al frente. Quiero saborear este momento como se merece y como me merezco yo. Lo miro todo con ojos distintos; ojos orgullosos de lo que ven y de lo que sienten. «Nunca más voy a abandonarte», pienso. «No volveré a renegar de ti». Me adentro de nuevo en sus calles y recorro sus rincones con tanta paz que debe parecer que floto mientras avanzo por mi hogar, por mi vida, por mi pueblo.

—De verdad que llegué a pensar que nunca más volvería a verlo —le digo a Jaime, que camina a mi lado.

Él me rodea los hombros con su brazo y me besa la sien.

Entre paseos y charlas, llegamos a la puerta de mi casa. De la casa que me vio crecer. La miro desde afuera, su imponente fachada, sus ventanas desiguales y sus macetas con flores a medio marchitar. Es mi casa, sí. Y da igual quién la tenga en propiedad: hasta que me muera siempre será mi hogar. Jaime me coge de la mano y me guiña un ojo antes de cruzar la puerta.

Tito baja atropellado las escaleras y me abraza estrujándome el cuello, en un «abrazo de oso con beso baboso» que yo me moría por recibir. Gala nos mira mientras se toca su incipiente barriguita y sonríe al vernos, aunque lleva un calvario dentro porque Ernesto no se ha tomado nada bien su decisión de seguir adelante con el embarazo. Es una niña, le dijeron el otro día. Y se llamará Luz. Mi madre observa la escena sin entender, pero no quiero pensar en que cada día está peor que el anterior y en que apenas recuerda nada ya. Así que comemos los cinco entre conversaciones normales regadas con risas de las que te hacen sentir bien. Y jugamos al Tragabolas, con un Tito emocionado. Natalia Lafourcade suena de fondo con su «Hasta la raíz» y me hace sonreír, porque sé que la ha elegido Jaime con toda la intención de poner banda sonora a un día feliz.

Y respiro, por fin, ese aire puro que no hace daño. Que no tiene reproches, que no grita, que te hace sentir en calma. Las tormentas llegarán, porque son inevitables, pero hoy nos dan una tregua y la vida nos trata bien. Todavía estoy habituándome a todo, despacio, sintiéndome caótica por momentos. Pero no sola. Ya no. Tengo a mi familia, tengo mi hogar, tengo a Berta y le tengo a él.

Jaime.

Que no me suelta la mano y que miramos al futuro juntos. Creo que aún le duelen los oídos de los chillidos que pegué cuando le concedieron el traslado al colegio de un pueblo cercano a Zaragoza, lo que nos permitirá vivir juntos en cuanto termine este curso y seguir construyendo el mundo que empezamos a crear el pasado verano.

—Ven —me susurra cuando hemos terminado la sobremesa.

Yo frunzo el ceño, pero le sigo. Salimos, cruzamos el pueblo y nos adentramos en un camino.

—Creo que te falta ir a un sitio importante —me guiña un ojo.

Llegamos a nuestro río tras bajar la pequeña colina en una fría pero apacible tarde otoñal. El agua baja brava hoy, y la cascada resuena en todo su esplendor, salpicando gotas a varios metros. Es precioso. Y me alegra que no sea un sitio muy conocido para que así se quede intacto y siempre sea mío. Mi río. Mi lugar, ahora nuestro. «Jamás dejaré de sentir paz aquí», pienso.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Todo perfecto.

—Alicia.

—Qué.

Sonríe.

—Dame un beso. De los nuestros.

Y mientras nos enredamos en un beso de los nuestros, sé que siempre guardaré este día en mi memoria con una sonrisa que no se envenenará nunca, al igual que me he prometido hacer con todos los buenos momentos que he vivido. Todos. Sin más nostalgias amargas y sin más sensaciones agridulces al recordarlos. He decidido que se quedarán siempre en ese lugar al que acudir para sentir paz cuando las cosas se descoloquen demasiado o cuando no salga el sol, porque todos sabemos que también llueve en verano. Inspiro hondo. Acciono mi nuevo praxinoscopio. Jaime y yo juntos. El ventanal. Lennon. El azud del río. El murmullo del agua. Nuestros besos. El ensayo de la Noche San Juan. Las risas con Berta. Las copas de vino. La terraza abuhardillada. Las lucecitas blancas. Y los cigarrillos secretos. Los restaurantes de Madrid. Tito. Su olor. Sus besos babosos. Mi madre y sus aventuras con la Tomasa. Su mano acariciándome el pelo. Los refunfuños de mi padre. Bailar bajo la lluvia. Mi hermana cantando. Mi primer amor. La bicicleta con cesta. Hamburgo por la noche. La caseta secreta. El beso que me está dando Jaime. Su mano que abre la mía. Un objeto redondo en mi palma. Sus ojos expectantes. Sonreír al futuro. Sentir calma.

Miro a Jaime y después al azud. Mis alas. Mis raíces.

Y sonrío.

Porque por fin me he aceptado tal y como era en el pasado y como soy ahora.

Agradecimientos

En febrero de 2020 se terminó la edición de *También llueve en verano*, programado para ver la luz ese mismo mayo. Pero la pandemia por la COVID-19 hizo que su salida se pospusiera un año, como pasó con tantos otros manuscritos, en una sabia decisión editorial que no fue fácil tomar para nadie. Por esto, quiero agradecer a todas las personas de Suma de Letras y Penguin Random House que, como tantos, han lidiado con este año difícil e incierto y, en especial, a Ana Lozano, mi editora, que apostó por esta novela y le inyectó la magia y la luz que solo ella sabe otorgar tan bien.

También, desde aquí, quiero hacer especial mención y agradecer a todas las personas y sectores que han estado en primera línea de batalla contra esta maldita pandemia; a todos aquellos que han perdido su trabajo o cerrado su negocio; y, por encima de todo, a los que han perdido a sus seres queridos por el camino. A todos: gracias infinitas, os mando el máximo apoyo para superar esto y el más cálido de los abrazos.

Gracias Chimo, Chita y Labordinis por hacer que este año haya sido un poco menos amargo para Diego y para mí.

Y, por último, gracias a Arbaniés por haberme dado el Azud, la Gorga, las Piedras Pardo, las casetas, las bicicletas, los recovecos, a los amigos de infancia y los mejores veranos de mi vida.

Un pequeño pueblo entre las montañas.
Una mujer que vuelve a su casa para pasar un verano y el descubrimiento de que desde ese lugar tal vez pueda combatir la tormenta.



Alicia Sierra es una ingeniera aeronáutica que disfruta de una vida estable en Hamburgo. Sin embargo, la empresa para la que trabaja está en medio de un ERE que afecta a gran parte de la plantilla y que la deja compuesta y sin trabajo en un país que en realidad no es el suyo. Mientras piensa qué hacer con su futuro, decide aprovechar el verano para regresar a su pueblo donde todavía viven su hermana, su sobrino y su madre. Allí se reencontrará con viejas amistades y con aspectos difíciles de su adolescencia, ya que fue víctima de acoso escolar. En ese pequeño pueblo de la España vacía también conocerá a Jaime, que, sin quererlo, se convertirá en alguien muy especial.

Haciendo gala de una narrativa sugerente y divertida, Sara Ballarín ofrece a los lectores una historia única que nos hace reflexionar sobre la vuelta a los orígenes, la reconciliación con la memoria y el amor como bálsamo para curar las heridas. Porque a veces es necesario volver para empezar de nuevo.

Sara Ballarín nació en Huesca en 1980. Es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Zaragoza. En la actualidad trabaja en una empresa internacional de telecomunicaciones. Empezó a escribir relatos cortos ya desde niña hasta que dio el salto a la novela con *El cuaderno de Paula*, *Contigo en el mundo* y *El vuelo de Lena*. *También llueve en verano* es su cuarta novela publicada en Suma de Letras.

Instagram: sara_ballarin_



Edición en formato digital: junio de 2021

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona
Imagen de portada: ©Arcangel / Jake Garn

ISBN: 978-84-9129-463-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinlibros
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.**»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club

Índice

También llueve en verano

1. La llamada
2. La calma que precede a la tempestad
3. Bienvenida
4. Jaime el maestro
5. Alicia en el país de las fe…
6. Un buen día
7. Por algo será
8. Conocerse
9. Las personas que vuelven a ti
10. Los demonios
11. Las pequeñas sonrisas por recuerdos felices
12. Mi persona favorita
13. Quemar lo malo
14. El salto
15. Cómo se deja de ser imperfecto
16. Las madres que están sin saberlo
17. Ser valiente
18. Dos tormentas de verano
19. Reconectar
20. La historia se repite
21. Berta y yo
22. También fui feliz aquí

23. Los secretos de Gala
24. Las balanzas
25. Las cosas sencillas que superan expectativas
26. El último beso
27. Patas arriba
28. Los despertares
29. Lluvia en la nube
30. Merezco ser feliz
31. Más
32. El ruido del silencio
33. Lo inesperado
34. Gala
35. Bailar sin movernos
36. Sonrisas tímidas y pasos al frente
37. El muro de acero
38. La entrevista
39. Pasos que acercan y pasos que alejan
40. Piensa en mí
41. Revelaciones
42. La hermana pequeña se convierte en hermana mayor
43. La encrucijada
44. Pequeñas noches de brindis
45. No hay tres sin cuatro
46. Cuesta abajo
47. Sin frenos
48. Y sin marcha atrás

49. Caos

50. Serpientes

51. Hola, soledad

52. «Fix you»

53. Un rayo de sol

54. Último aviso a los señores pasajeros

55. Las valientes

56. Primer paso…, otra vez

57. Una caja de sorpresas

58. Hermanas

59. Volver a empezar

60. Mirarnos con los mismos ojos

61. Las tardes que son primavera

62. «Muero de amor»

63. Lo pelearemos todo

Epílogo. Los rincones que me han visto crecer

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sara Ballarín

Créditos